



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES 2012-2019

Acreditación de la CONEAU (224/11)

Tesis para obtener el grado de
Doctor en Ciencias Sociales

***VALORES QUE NACEN DEL HACER, RURALIDADES
PERFORMADAS POR EL VALOR.
FETICHISMO, VALORIZACIÓN Y ESCUELA EN SANTUARIO,
UN MUNICIPIO DEL PAISAJE CULTURAL CAFETERO
COLOMBIANO***

Alumno: Maicol Mauricio Ruiz Morales

Directora: Dra. Diana Milstein

Septiembre de 2019

**FORMULARIO “E”
TESIS DE POSGRADO**

Este formulario debe figurar con todos los datos completos a continuación de la portada del trabajo de Tesis. El ejemplar en papel que se entregue a la UByD debe estar firmado por las autoridades UNGS correspondientes.

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

- a) **Liberar el contenido de la tesis para acceso público.**
 - b) Liberar el contenido de la tesis solamente a la comunidad universitaria de la UNGS:
 - c) Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años.
- a. Título completo del trabajo de Tesis: “*Valores que nacen del hacer*; ruralidades performadas por el valor. Fetichismo, valorización y escuela en Santuario, un Municipio del Paisaje Cultural Cafetero Colombiano”.
 - b. Presentado por: Ruiz, Maicol Mauricio
 - c. E-mail del autor: vientocosmico@utp.edu.co
 - d. Estudiante del Posgrado: Doctorado en Ciencias Sociales UNGS
 - e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado: Universidad de General Sarmiento
 - f. Para recibir el título de (consignar completo):
 - a) Grado académico que se obtiene: Doctor
 - b) Nombre del grado académico: Doctorado en Ciencias Sociales
 - g. Fecha de la defensa: 17/07/2020
 - h. Director de la Tesis: Diana Milstein
 - i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres):
 - j. Colaboradores con el trabajo de Tesis:--
 - k. Descripción física del trabajo de Tesis (cantidad total de páginas, imágenes, planos, videos, archivos digitales, etc.): 336 páginas (3 páginas formulario E, 6 páginas de agradecimientos y tablas de contenido, 327 páginas de tesis), 4 mapas, 29 ilustraciones.

l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis: La presente tesis se desarrolló a partir del trabajo de campo realizado en el municipio de Santuario, Departamento de Risaralda, Colombia, entre los años 2014 y 2018. A través de la tesis describo el despliegue de diversos procesos de valorización de la “caficultura de montaña” en este municipio desde principios del siglo XX hasta la actualidad.

m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves): Valorización, patrimonio, Paisaje Cultural, fetichización, escuela, antropología económica, modernización, “caficultura de montaña”.

n. Resumen en español (hasta 1000 caracteres):

La presente Tesis indaga por las relaciones que se establecen entre educación escolarizada y economía, en el marco del proceso de valorización patrimonial de la “caficultura de montaña” que se está produciendo en el territorio que se ha denominado “Paisaje Cultural Cafetero Colombiano” (PCC). En particular, busca dar cuenta de ¿cómo se configuran y reconfiguran los vínculos y compromisos de los pobladores de Santuario en relación consigo mismos, los demás y su entorno, en un contexto de crisis y valorización patrimonial de la “caficultura de montaña”?, así como también, ¿cómo se realiza el valor de los procesos creativos que tienen lugar en la escuela rural, en un contexto de crisis y transformación de las lógicas de valorización instituidas en torno a la “caficultura de montaña”?. Lo anterior, a partir de las experiencias de indagación y “apropiación social del PCC”, desarrolladas por el grupo de Investigación “Gallitos de Roca” de una institución educativa del municipio de Santuario.

o. Resumen en portugués (hasta 1000 caracteres):

Esta tese investiga as relações estabelecidas entre a educação escolar e a economia, no marco do processo de valorização patrimonial da "cultura do café de montanha" que está ocorrendo no território denominado "Paisagem Cultural do Café Colombiano" (PCC). Em particular, procura explicar como se configuram e reconfiguram os vínculos e compromissos dos habitantes do Santuário em relação a si mesmos, aos outros e a seu ambiente, em um contexto de crise e valorização patrimonial da "cultura do café de montanha", assim como, como se realiza o valor dos processos criativos que acontecem na escola rural, em um contexto de crise e transformação das lógicas de valorização instituídas em torno da "cultura do café de montanha"? O acima, com base nas experiências de investigação e "apropriação patrimonial do PCC", desenvolvido pelo grupo de pesquisa "Gallitos de Roca" de uma instituição de ensino no município de Santuario.

p. Resumen en inglés (hasta 1000 caracteres):

This thesis investigates the relations established between school education and economy, within the framework of the patrimonial valorization process of the "mountain coffee culture" that is taking place in the territory that has been denominated "Colombian Coffee Cultural Landscape" (PCC). In particular, it seeks to account for ¿ how the links and commitments of the Sanctuary's inhabitants are configured and reconfigured in relation to themselves, others and their environment, in a context of crisis and patrimonial valorization of "mountain coffee culture"?, as well as, ¿how is the value of the creative processes that take place in the rural school carried out, in a context of crisis and transformation of the logics of valorization instituted around "mountain coffee culture"? The above, based on the experiences of investigation and "patrimonial appropriation of the PCC", developed by the research group "Gallitos de Roca" of an educational institution in the municipality of Santuario.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado): Laura Mombello, Alexandre Roig y Rosana Guber

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado: Rosana GuberFirma

del autor de la tesis: Maicol Mauricio Ruiz Morales

AGRADECIMIENTOS

“Para criar a un hijo se necesita toda la tribu” dicen en África, *para parir una tesis se necesita toda una tribu*, puedo decir ahora, después de haber transitado esta experiencia tan enriquecedora, de la mano y la palabra de tantos compañeros de viaje que la hicieron posible, a continuación, quiero agradecer su contribución a que esta tesis haya llegue a buen puerto.

En primer lugar, a los profesores, Raúl, Maribel, Angélica, Diana, Reyna, Angie, y sus estudiantes del semillero de investigación “Gallitos de Roca”, quienes de forma generosa me permitieron acompañar, dialogar, aprender, crear y problematizar los fenómenos que estudiaba, a través de sus experiencias investigativas, y me abrieron las puertas para comprender desde adentro ese mundo suyo, el cual a su vez, me permitió construir una nueva mirada sobre una realidad que engañosamente suponía conocer.

Al Profesor Uriel Hernández, por su acompañamiento permanente, como baquiano, informante, compañero de reflexiones, lector crítico y generador de experiencias que me ayudaron a ampliar mi comprensión de los fenómenos que estaba describiendo, en diálogo con diferentes profesores, estudiantes y agentes institucionales comprometidos con la educación ambiental o la *performación* del Paisaje Cultural Cafetero.

A Jaime Vásquez por su generoso aporte al desarrollo de la presente tesis, a través de su meticulosa documentación sobre historia y tradiciones de Santuario, así como sus sabrosas y reveladoras conversaciones al calor del tinto en su plaza, que me permitieron descubrir la profundidad y complejidad histórica existente en aquel territorio. También a Ovidio del grupo GAIA, por su disposición para compartir sus vastos conocimientos sobre la naturaleza, la sociedad y la cultura de su municipio y en particular, sobre los animales, las plantas y los ecosistemas del Distrito de Manejo Especial “Planes de San Rafael”.

Al cuerpo docente del Instituto Santuario y a sus rectores, por haberme acogido en sus diferentes sedes y estar dispuestos a compartir sus experiencias, reflexiones y percepciones sobre lo que acontecía en el colegio y el municipio en general.

A los caficultores, cosecheros, jornaleros, administradores de fincas, asadoras de arepas, mineros artesanales, conductores, cocineras del restaurante escolar, vecinos, concejales, bomberos, funcionarios del Parque Nacional Natural Tatamá, así como a los emigrados que retornan en vacaciones, los empleados de restaurantes y boutiques del pueblo, por su disposición para mostrarme ese municipio que ellos conocían.

A Diana Milstein, por haber aceptado dirigirme y acompañar con sabiduría, rigor, respeto, confianza y estímulo permanente en ese difícil, prolongado y confrontante proceso de

formación como etnógrafo. Su mirada aguda, crítica y siempre propositiva me ayudaron a aguzar la propia y encontrar caminos en medio de la densa niebla de datos que producía en mi trabajo de campo gracias y a pesar de mi formación previa. También le agradezco por haberme invitado a hacer parte de su grupo de Estudio y Trabajo en Antropología de la Educación y posteriormente a la Red Internacional de Etnografía con Niños, Niñas y Jóvenes (RIENN). Comunidades de aprendizaje de una gran potencia en las que encontré honestidad intelectual, fraternidad y un genuino interés por el fortalecimiento mutuo de aprendices, expertos, locales y foráneos, a través de la lectura rigurosa, el aporte oportuno, el contraste de miradas y experiencias de investigación.

A Laura Requena, Laura Celia, Verónica Di Claudio, Cecilia Carrera, Silvina Fernández, Andrea Tammarizo, Jesús Jaramillo, Gabriel Scarletta, Linda Khodr, Laura Zapata, Ángeles Clemente, María Dantas, Regina Coeli, Carolina Gandulfo, Alba Lucy Guerrero, compañeras y compañeros con quienes tuve el honor de mantener un diálogo fecundo desde la presencialidad y la virtualidad a lo largo de mi proceso como tesista.

A mis profesores del doctorado, en particular a Rossana Guber por haberme introducido al mundo de la etnografía y al profesor Alexander Roig por su estimulante manera de abordar los fenómenos económicos, que me ayudaron a definir el tipo de tesis que deseaba realizar.

A mi abuela, que me ha enseñado a valorar mis raíces campesinas a través de sus relatos, a través de los cuales he podido reconocer la incidencia de grandes procesos históricos en nuestra vida familiar. A mi abuelo que me enseñó a orientarme en el monte y en los cafetales, a conocer de plantas y animales, a trabajar la tierra, a ser curioso y darle valor al arte, a la naturaleza y al trabajo manual. Mientras le acompañaba de niño en sus faenas, disfrutaba sus historias legendarias los sábados en la noche o escuchaba como sus manos duras acariciaban la guitarra o el tiple los domingos, cuando se encontraba con sus amigos a *surrunguiar* música campesina.

A mi madre, luchadora incansable que hizo parte de esa primera generación de campesinos que migraron a las ciudades durante la modernización cafetera, la cual me ha enseñado con su vida lo que es la dignidad y me facilitó las cosas para poder emprender mi aventura doctoral.

A mi hija, que le tomó gusto a la biología acompañándome en algunas jornadas de trabajo de campo a lo largo de este trabajo.

A Mónica, por su presencia, su escucha, su lectura, sus observaciones y valiosas sugerencias.

A la Universidad Tecnológica de Pereira y a mis compañeros de la Escuela de Ciencias Sociales por el respaldo recibido.

Contenido

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	1
2. ANTECEDENTES INVESTIGATIVOS.....	12
2.1 Modernizaciones, “crisis cafetera” y patrimonialización	12
2.2 Escolaridad rural, modernización y “crisis”.....	20
2.2.1 La economía de la educación	20
2.2.2 La reproducción y la producción social y cultural	22
3. ORIENTACIONES TEÓRICAS	28
3.1 La economía como un proceso institucionalizado	30
3.1.1 ¿Esferas de intercambio o niveles de valor?	33
3.2 Los procesos de valorización como hechos sociales totales	39
4. EL TRABAJO ETNOGRÁFICO.....	43
4.1 Sobre el trabajo de campo	44
4.2 Comparar para comprender.....	49
4.3 Sobre la escritura etnográfica.....	52
5. CAPÍTULO I: SANTUARIO, UN MUNICIPIO EN BUSCA DE VALORES.....	55
5.1 Una preocupación, dos situaciones y un acontecimiento	55
5.2 Santuario: Un pueblo de montaña que se hizo cafetero	57
5.3 Modernización y crisis cafetera	66
5.4 La crisis cafetera, el Paisaje Cultural Cafetero y la escuela rural	84
6. CAPITULO II. <i>TENEMOS UN SESGO QUE NOS IMPIDE VER LAS RIQUEZAS QUE NOS RODEAN</i>	97
6.1 El encuentro con Uriel	98
6.2 <i>Tenemos un sesgo que nos impide ver las riquezas que nos rodean</i>	104
6.3 Valores que nacen del hacer.....	110
6.4 <i>Eso del Paisaje Cultural Cafetero no me lo enseña nadie</i>	124
7. CAPÍTULO III. <i>ESTO POR AQUÍ ANTES ERA MUY DESARROLLADO</i>	135
7.1 <i>¿Cambiar de chip o leer el Paisaje Cultural Cafetero desde “Una amable población horqueteada en el lomo de una cordillera lejana”?</i>	137
7.2 <i>¿Dónde está el Paisaje Cultural Cafetero?</i>	144
7.3 <i>Pero tú estás ahí y eres la profesora o cómo conocer de otra manera</i>	147
7.4 Haciendo trocha a través de la palabra.....	157
7.5 <i>Esto por aquí antes era muy desarrollado</i>	164
7.6 <i>¿Quién vive en cada casa?</i>	174
7.7 Las supervivencias ancestrales.....	178

8. CAPÍTULO IV. FETICHES Y DESVINCULACIONES MODERNIZADORAS	184
8.1 Modernizar para pacificar	185
8.2 La paz cafetera	188
8.3 El “oro del campesino”	191
8.4 <i>Ahora se necesita plata para todo</i>	197
8.5 El “oro del campesino” pierde sus atributos	210
9. CAPÍTULO V. UN PAISAJE CULTURAL PERFORMADO POR EL VALOR	224
9.1 El nuevo <i>chip</i>	225
9.2 Dones no solicitados, encargos y desencuentros.....	233
9.3 “Paisaje Cultural”: Un algoritmo para invisibilizar visibilizando.....	237
9.4 Una oportunidad educativa que no estaba en el currículo.....	243
9.5 Un paisaje cultural performado por el valor.....	252
9.6 Sacralización de simulaciones.....	258
9.7 La apropiación social de los valores y atributos Patrimoniales del Paisaje Cultural Cafetero .	262
9.8 Patrimonializar para competir	267
9.9 <i>Ser más que PCC</i>	272
10. CONCLUSIONES	278
10.1 Desvinculaciones modernizadoras.....	280
10.2 Fetichizaciones valorizadoras	283
10.3 Institucionalización homogeneizadora.....	287
10.4 Desplazamientos valorativos y formación de ruralidades.....	292
10.5 Una escuela rural en la disputa por la valorización de la “caficultura de montaña”	299
10.6 Sobre los procesos de apropiación social del patrimonio como prácticas económicas socialmente imbricadas	302
11. BIBLIOGRAFÍA	305

Tabla de Mapas

Mapa 1 Municipio de Santuario, Usos del Suelo. Fuente: Carder	59
Mapa 2 Veredas Municipio de Santuario Fuente: Vásquez 2007: 312	59
Mapa 3. Municipios del Paisaje Cultural Cafetero. Fuente: Ministerio de Cultura de Colombia.	61
Mapa 4 Veredas del municipio de Santuario incluidas en el PCC Fuente: Cartografía IGAC Escala 1:100000 Sistema de información Cafetero SIC@web	63

Tabla de Ilustraciones

Ilustración 1. Ubicación del Municipio de Santuario. Perfil Topográfico. Fuente: I.G.A.C., 1971, 1986.....	58
Ilustración 2. Conversatorio sobre Valores y Atributos del PCC. Fuente: Imagen tomada por el autor	65
Ilustración 3. Don Everardo Echeverry en la Finca “Atenas”. Fuente: Fotografía del autor...	90
Ilustración 4. Logotipo del semillero de investigación “Gallitos de Roca”. Fuente: Fotografía del autor	102
Ilustración 5. Cafeteros conversando en torno a un tinto en la Plaza de Santuario. Fuente: Fotografía del autor.....	108
Ilustración 6. Campamento pedagógico “Hacienda Brisas del Tambo”. Fuente: fotografía del autor.	118
Ilustración 7. Bosquecillo “Hacienda Brisas del Tambo”. Fuente: fotografía del autor.....	119
Ilustración 8. Nacho en la Fonda. Campamento pedagógico “Hacienda Brisas del Tambo”. Fuente: Fotografía del autor.	120
Ilustración 9. “Tambo de los Mitos y Leyendas”. Fuente: Fotografía del autor.....	121
Ilustración 10. Cultivos de café en el corregimiento de Peralonso. Fuente: Fotografía del autor.	122
Ilustración 11. Campamento pedagógico vereda la Baja Esmeralda. Fuente: Fotografía del autor.	129
Ilustración 12. Profesor Raúl Pareja. Fuente: Fotografía del autor.....	141
Ilustración 13. Panorámica del Pueblo de Santuario. Fuente: Fotografía del autor.....	143
Ilustración 14. Vivienda del Corregimiento de Peralonso. Fuente: Fotografía del autor	144
Ilustración 15. Calle Principal Corregimiento de Peralonso. Fuente: Fotografía del autor. ..	145
Ilustración 16. Mural “Conectados con Peralonso”. Fuente: Fotografía del autor.	146
Ilustración 17. Profesora Diana y sus estudiantes de la posprimaria rural del INSA en Peralonso. Fuente: Fotografía del autor	150
Ilustración 18. Equipo “Gallitos de Roca” INSA Posprimaria rural de Peralonso. Fuente: Fotografía del autor.....	158
Ilustración 19. Cosecheros Embera esperando su paga. Fuente: Fotografía del autor.....	176
Ilustración 20. Comparativo de matrícula escolar Santuario 2011-2015. Fuente MEN	203
Ilustración 21. La profesora Maribel enseñando a sus estudiantes el comportamiento de la broca del café. Fuente: Fotografía del autor.	216
Ilustración 22. Panfleto que circuló durante el paro cafetero de 2013. Fuente: Fotografía del autor.	217
Ilustración 23. “El café sigue en Crisis”. Fuente: caricatura de Homez con motivo del Paro Cafetero de 2013.	219
Ilustración 24. Publicidad de Nescafé Santuario. Fuente: Versus comerciales –productora-, 2017a.....	225
Ilustración 25. Publicidad de Nescafé Santuario. Fuente: Versus comerciales –productora-, 2017a.....	226
Ilustración 26. Publicidad de Nescafé Santuario. Fuente: Fotografía del autor.....	226
Ilustración 27 Líneas de Acción Estratégica Plan de Desarrollo 2016-2019 Risaralda Verde y Emprendedora. Fuente: Risaralda Verde y Emprendedora (2017).....	232
Ilustración 3028 Promoción de logros en el programa de embellecimiento de fachadas durante el año 2017. Fuente: Risaralda Verde y Emprendedora (2017).....	259

Ilustración 29. Presentación en el Encuentro de Ciencia Abierta y Colaborativa. Universidad Tecnológica de Pereira, octubre 14 de 2015. Fuente: Fotografía del autor273

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

*“Si un hombre se adentra en los bosques por amor a ellos cada mañana,
está en peligro de ser considerado un vago;
pero si gasta su día completo especulando, cortando esos mismos bosques,
y haciendo que la tierra se quede calva antes de tiempo,
es un estimado y emprendedor ciudadano.
Como si un pueblo no pudiese tener otro interés en un bosque que el de cortarlo”*
Henry David Thoreau (2017)

En el año 2011, la Unesco (Ministerio de Cultura, 2009), declaró Patrimonio Cultural de la Humanidad a 416 veredas de 47 municipios¹ de la región centro occidental de Colombia y en los cuales se localizan alrededor de 24 mil fincas cafeteras con una población estimada de 80 mil habitantes. Estos territorios integran, desde entonces, lo que se conoce mundialmente como Paisaje Cultural Cafetero (en adelante denominado PCC).

Según el Comité de Patrimonio Mundial, el PCC alcanzó tal distinción “en virtud ser un ejemplo destacado de formas tradicionales de asentamiento humano, utilización de la tierra, e interacción del hombre con el medio” (Unesco, 2008).

Sin embargo, en la actualidad, el cultivo de café de montaña presenta cada vez más dificultades para los campesinos que se dedican a esa labor, especialmente para los pequeños y medianos propietarios, que se ven abocados a producir cada vez mayores cantidades de grano al más bajo costo posible para competir en un mercado mundial cafetero desregulado, con las consecuentes afectaciones ambientales que tal cosa implica.

Por lo tanto, no todos ellos han podido mantenerse en el negocio de la caficultura. En una entrevista a la prensa el alcalde de Santuario, uno de los municipios incluidos en la declaratoria de la Unesco, planteaba que:

Nuestros cafeteros no están siendo capaces de sostener las fincas y muchos las están abandonando. De pronto los que tienen solvencia económica pueden cambiar los cultivos de café por plátano, aguacate o tomate, pero son siembras que también tienen muchos problemas. (Álvarez Vélez, Karol, febrero 13 de 2019)

¹ En Colombia, los municipios corresponden al segundo nivel de división administrativa del territorio nacional, los cuales mediante agrupaciones constituyen Departamentos. A su vez, las veredas comprenden las zonas rurales de un municipio. Históricamente, las veredas se conformaron a partir del aglutinamiento de la población rural cercana a los caminos rurales que cruzaban los territorios municipales y que servían de comunicación entre varios municipios. En una vereda es posible encontrar, tanto pobladores dispersos en predios de diferente extensión, denominados fincas, en los que regularmente se vive y se trabaja, caseríos, en los que se agrupan viviendas, pequeños negocios y en algunos casos centros educativos, Zonas de Manejo Especial, destinadas a la protección de las cuencas que surten los acueductos veredales y en ocasiones, como es el caso del municipio de Santuario, Parque Naturales destinados a preservar diversas especies y ecosistemas. En los municipios con zonas rurales extensas, las veredas se agrupan en unidades administrativas denominadas corregimientos.

La crisis que enfrenta la caficultura de montaña, ha derivado en un empobrecimiento ambiental y monetario de los pobladores rurales, quienes por años tuvieron unos de los índices de calidad de vida más altos del país. Esto ha supuesto una reducción en las posibilidades de las nuevas generaciones encuentren un lugar en el campo, lo cual, a su vez, los presiona para migrar a centros urbanos de Colombia o del exterior.

Los problemas que enfrenta la caficultura de montaña, han incidido también en que, muchos de los municipios del PCC que vivieron un largo periodo de paz y una relativa estabilidad durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX, se hallan incorporado a las dinámicas de violencia que genera el conflicto armado² que experimenta Colombia hace más de cincuenta años.

En estas circunstancias, las élites regionales emprendieron desde los años noventa la búsqueda de estrategias de valorización que les permita recuperar y mantener el control, tanto

² El conflicto armado interno en Colombia es un fenómeno que se desarrolla a nivel nacional desde 1960 en el siglo XX, caracterizado por el desarrollo de una guerra asimétrica de baja intensidad entre guerrillas de izquierda y el Estado, a estas fuerzas en contienda se sumaron, en la década de los 80, grupos paramilitares de derecha y diferentes carteles del narcotráfico, que contribuyeron al escalamiento del conflicto, con la consecuente afectación a la población civil.

La población más afectada por el conflicto han sido los campesinos, que han sido desplazados masivamente de sus tierras, en una cuantía que, según ACNUR, alcanza 7, 7 millones de personas entre 1984 y 2017, adicionalmente hasta 2015, dicha agencia estima en 340.190, los refugiados en el extranjero (informe anual Tendencias Globales 2018, Agencia de la ONU para los Refugiados - ACNUR).

Desde los años 70, la emigración de colombianos ha ido en aumento, alcanzando su mayor incremento a partir de la década de los 90, pues según estimativos del Ministerio de Relaciones Exteriores, la población de colombianos en el exterior asciende a cerca de 4.7 millones. No obstante, según estudio de Ibernet Media y Consultants (2010), que utilizó cifras oficiales y de las organizaciones no gubernamentales, para 2009 habían alrededor de 5.673.000 colombianos en el exterior, siendo el eje cafetero una de las regiones que más expulsa población en el país.

Según Andrés Suárez, miembro del grupo de investigadores del Centro Nacional de Memoria Histórica, los cinco ejes fundamentales para entender el conflicto armado colombiano serían los siguientes: 1. La disputa entre campesinos y terratenientes por el acceso a la tierra y conflicto agrario en relación con el uso de la misma. 2. La ausencia de garantías para la participación política de la oposición en la vida nacional. 3. El auge del narcotráfico, en especial a partir de los años 80, que ha sido utilizado por todas las fuerzas en contienda para mantener y escalar la guerra. El narcotráfico ha servido igualmente como medio para el ascenso social violento e ilegal de élites no tradicionales, que imponen su control territorial en las diferentes regiones del país y contribuyen significativamente al deterioro moral de la sociedad colombiana. 4. El contexto mundial de la guerra fría y la presión internacional para involucrar al país en guerras internacionales libradas en el territorio nacional, tales como la “guerra contra el narcotráfico” y más recientemente la “Guerra contra el Terrorismo”. 5. La presencia fragmentada del Estado en el territorio colombiano, que ha propiciado un desarrollo desigual entre el centro y la periferia del país.

El conflicto armado colombiano ha vivido un progresivo desescalamiento a partir de la realización de dos grandes procesos de negociación política con las guerrillas y uno más de amnistía y sometimiento a la justicia por parte de los grupos paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

El primero, que se desarrolló entre 1988 y 1994, logró, además, la desmovilización del M19, el Ejército Popular de Liberación (EPL), el grupo indigenista Quintín Lame, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y de la Corriente de Renovación Socialista. Este proceso contribuyó a transformar significativamente el panorama político colombiano a tal punto que hizo posible la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, que redactó una nueva Constitución Política para el Estado colombiano en 1991.

El proceso de sometimiento a la justicia por parte de los paramilitares que operaban en 223 municipios en el territorio nacional, entre ellos Santuario, logró la desarticulación de su estructura político-militar y se desarrolló entre 2003 y 2006.

El segundo proceso de negociación con las guerrillas comenzó entre 2012 y 2017, donde se desarrolló el proceso de negociaciones que hizo posible la reincorporación de la guerrilla más grande y antigua del país, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), un hecho que quedó consagrado en los Acuerdos firmados en el Teatro Jorge Eliezer Gaitán de Bogotá, a través de los cuales las partes se comprometieron a desarrollar e implementar a lo largo de los próximos veinte años a realizar una Reforma Rural Integral, garantice el ejercicio político de la oposición, la implementación de un Sistema Integral de Justicia, Verdad, Reparación y no Repetición, que garantice los derechos de las víctimas, una estrategia de solución al problema de las drogas ilícitas así como los mecanismos de reincorporación de los excombatientes a la vida civil.

sobre el territorio, como sobre el negocio cafetero, entre ellas, la de patrimonializar los atributos bioculturales que singularizan la caficultura de montaña.

A mediados de 2014, interesado en problematizar la idea de que tanto la crisis cafetera como las nuevas estrategias de valorización de la caficultura de montaña eran solo un asunto de *rentabilidad y productividad*, tal como afirmaban muchos estudiosos de la economía cafetera, y, teniendo en cuenta que la escolarización rural había sido históricamente uno de los pilares fundamentales para el despliegue de la caficultura en la región y en particular, desde los años 70 del siglo XX estuvo estrechamente ligada con la tecnificación de la misma, decidí indagar por los significados que aquellos procesos tenían para los docentes y estudiantes de las escuelas rurales del departamento de Risaralda.

Dicha decisión partía del supuesto antropológico de que los fenómenos económicos no se desarrollan de manera autónoma y separada de la sociedad, tal como son presentados por muchos economistas neoclásicos, sino que ellos poseen múltiples dimensiones, están ligados a la producción y la reproducción social.

Por aquella razón me acerqué a la experiencia que, desde el año 2007, realizaba un grupo de maestros y estudiantes de básica primaria, secundaria y posprimaria de la Institución Educativa pública Instituto Santuario (INSA)³, localizada en el municipio de del mismo nombre. Ellos habían conformado el semillero⁴ de investigación Gallitos de Roca, y desde aquel espacio participaban en lo que ellos y algunas instituciones regionales denominaban Proceso de Apropiación social del PCC.

La particularidad de aquel grupo era que, con su participación en él, a partir de sus propias experiencias de investigación sobre su municipio, habían descubierto que tanto ellos como sus coterráneos tenían un *sesgo* que no les dejaba ver como riquezas a *la memoria colectiva, la gente, la biodiversidad y el agua*. Algo que no sólo les impedía percibir las particularidades de su entorno, sino que, además, como señalaba una de las estudiantes del semillero, “nos cegamos en lo que estamos haciendo y no vemos lo que la demás gente está haciendo”.

³ De acuerdo a la Ley General de Educación, la educación formal en Colombia está compuesta por cinco niveles consecutivos: preescolar (1 año), básica (primaria cinco años y secundaria cuatro años), media (2 años y culmina con el título de bachiller) y educación superior o universitaria, siendo obligatorios los primeros 3 niveles de formación, que requieran por lo menos 11 años continuos de escolarización. La educación formal se imparte en Instituciones Educativas oficiales de carácter público o privado. Para las zonas rurales existen, además del modelo educativo oficial, modelos flexibles para el cursado de la educación básica y media, tales como la Escuela Nueva, la posprimaria y el Bachillerato en Bienestar Rural.

⁴ Semillero de investigación hace alusión a un espacio voluntario de aprendizaje a través de la indagación en el que interactúan profesores, estudiantes y expertos en torno a experiencias de investigación.

Aquel descubrimiento, a su vez, les estaba permitiendo percibir el proceso de apropiación social del PCC como una oportunidad educativa para remover dicho sesgo y hacer visibles aquellas cosas que la modernización de la economía cafetera había contribuido a invisibilizar. Sin embargo, el alcance de su experiencia no se restringía solo a las actividades escolares que realizaban desde su institución, sino que trascendía a su municipio e incluso permeaban algunas instancias departamentales en las que se definían las políticas de sostenibilidad del PCC.

Para los “Gallitos de Roca”, el municipio de Santuario era un *aula viva* en la que se podían *hacer trochas a través de la palabra*, algo que, para ellos, significaba desarrollar proyectos de investigación que asocian la biodiversidad de su región y la cultura cafetera, con el aprendizaje de las ciencias naturales y sociales, las matemáticas, la literatura, la lectura y la escritura, en un esfuerzo por lograr lo que ellos denominan la *apropiación social del patrimonio PCC*

De este modo, los profesores que lideraban el semillero, esperaban que los estudiantes aprendieran a reconocerse a sí mismos, en la trama de los vínculos sociales existentes en sus comunidades y a relacionarse con el entorno de *manera crítica*, de tal forma que pudiesen valorar su territorio y hacerlos menos susceptibles de ser seducidos por los medios y los relatos de los parientes emigrados, para buscarse un lugar en los “paraísos” que supuestamente existían en otras latitudes.

Encontrar a un grupo con una postura como la de ellos en Santuario, me permitió a mí como investigador interesado en los procesos de valorización de la riqueza socialmente producida, descubrir y redescubrir de manera situada –como veremos a lo largo de esta tesis– que la realización del valor de las cosas que circulan y se intercambian en una sociedad no se agota en el mercado, sino que tiene lugar en diferentes niveles de valor (Munn, 1977, 1983, 1992), cuya jerarquización se corresponde con la significatividad que dichos niveles puedan tener para los miembros de una determinada comunidad.

En este caso, descubrir la existencia en aquella comunidad de modos divergentes de entender la realización del valor potencial de la caficultura de montaña, asociados a maneras plurales de entender la riqueza, que no se reducían ni a su expresión monetaria o mercantil, ni exclusivamente a la caficultura.

Aquellas maneras, encontraban en el Instituto Santuario, un lugar de enunciación y resistencia, que trascendía generaciones y contribuía a dotar de sentido la permanencia en el campo de muchos de sus moradores, a pesar de la persistente crisis cafetera y los problemas propios de la escolaridad rural colombiana.

Adicionalmente, seguir las *trochas* que los “Gallitos de Roca” habían abierto en su municipio, a través de sus proyectos, me permitió entender que, con sus actividades interpelaban los patrones de acción que, a lo largo del siglo XX, fetichizaron el café y la caficultura de montaña como fuente de riqueza. Un fenómeno cuyas huellas físicas y narrativas, pervivían en el municipio y desde el cual era posible poner en cuestión la aparente homogeneidad, atemporalidad y sacralidad de las imágenes y los discursos patrimonializantes producidos en torno al PCC.

Al rastrear dichas huellas a lo largo de mi trabajo de campo, pude reconstruir los diferentes procesos de apropiación y regulación social que se generaron institucionalmente en torno a la producción y la reproducción de la caficultura de montaña en Santuario.

Fue así como pude percibir las transformaciones ocurridas allí, en relación con la circulación e intercambio de bienes, dones y mercancías, a medida que se desarrollaban en aquel territorio, complejos procesos de valorización a través de los cuales, las instituciones cafeteras estrecharon sus vínculos con el mercado mundial. Cambios que ocurrieron, al tiempo que se deterioraron los complejos ecosistemas de montaña que dan soporte a la producción de este tipo de café, los cafeteros se desvinculaban orgánicamente de sus lugares de vida y las escuelas rurales entraban en escena para contribuir a la transformación de los modos de vida del campesinado montañero.

Durante una de mis estancias en Santuario, pude presenciar una situación que me permitió empezar a problematizar esa escuela rural desde la que el semillero de investigación había construido su lugar de enunciación.

El gobernador del Departamento de Risaralda visitó en septiembre de 2014 el Instituto Santuario. Después de presentar el estado de sus proyectos de investigación, los docentes le contaron al gobernador que una de las mayores limitantes del semillero era la falta de recursos para transportarse a campo. Sin embargo, este decidió *premiar* al colegio por su labor educativa con 700 “tablets”, un don no solicitado que obligó a los docentes a producir con ellas, indicadores de gestión para corresponder al *regalo* recibido (Diario de campo, visita del gobernador de Risaralda al INSA, 11 de septiembre de 2014).

Aquello me pareció muy curioso, porque la mayor cantidad de recursos que recibía el INSA por parte del Estado estaban destinados a fomentar el aprendizaje del inglés y el uso de medios informáticos y, sin embargo, en la presentación de sus productos educativos ante las autoridades gubernamentales y la comunidad santuareña, un escenario en el que se realizaba el valor potencial de lo que se hacía en la institución, lo más valorado era justo aquello que recibía menor apoyo.

Aquella situación ponía en evidencia un desencuentro entre los criterios de valoración de los propósitos de la educación rural para el ente territorial, por un lado, y el INSA por el otro. Aquel desencuentro hizo que me preguntara ¿por qué la Gobernación, en lugar de proveer recursos para fortalecer el proceso de investigación que desarrollaba el semillero en su entorno territorial inmediato, decidió invertir sus recursos para estimular el acceso a los medios informáticos y el aprendizaje de una lengua extranjera? Dicha pregunta, a su vez, hizo que me cuestionara: ¿qué tenía que ver esa manera de priorizar la inversión educativa y valorar la educación rural, con los procesos de valorización patrimonial de un territorio en crisis?

El desencuentro entre los criterios de valoración de los propósitos de la educación rural que dieron origen a mis preguntas, tenía como trasfondo, el proceso de transformación que está experimentando el sistema escolar colombiano para articularse a las políticas de competitividad, promovidas por el Estado, atendiendo las orientaciones de instituciones internacionales como la Organización Mundial del Comercio (OCDE) y el Banco Mundial (BM), para facilitar la “globalización” de la “economía nacional”.

En este proceso, la educación escolarizada cobra valor en la política pública promovida por el Ministerio de Educación Nacional (MEN), en tanto logre producir “capital humano”, es decir, en la medida que la capacidad de los ciudadanos para producir utilidades y ganancias, sea vea incrementada a partir del desarrollo de las competencias cognitivas, funcionales y operativas, requeridas por mercados especulativos cada vez más internacionalizados (Ruiz, 2015).

En consecuencia, los seres humanos y en particular los saberes que incorporan a través de los procesos educativos, se asumen institucionalmente, como medios de producción y formas de propiedad (Tenti 2009:152), cuyo valor se realiza en un mercado laboral altamente estandarizado. Ello ha conducido a que el gobierno nacional busque estandarizar los currículos escolares en torno a unas “competencias básicas” definidas por la OCDE para responder a las demandas, de lo que aquella organización denomina la “sociedad del conocimiento”,⁵ en alusión al modelo de sociedad de mercado, que pretenden instituir como horizonte de valorización de las producciones humanas a escala global.

⁵ El concepto “sociedad del conocimiento”, busca resumir y analizar las transformaciones sociales que se están produciendo en las sociedades industrializadas, a partir de las revoluciones científico técnicas de la electrónica, la informática, la genética y las nanotecnologías, que se generaron a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, al tiempo que ofrece una visión del futuro, para guiar normativamente las acciones políticas, y que ha sido acogida por distintas organizaciones internacionales orientadoras del desarrollo, como la OCDE, la Unesco y el Banco Mundial, entre otras.

El término fue acuñado por Peter Drucker, a finales de los años 50 del siglo pasado, cuando pronosticó la emergencia de una nueva capa social de trabajadores caracterizada por el manejo del conocimiento (P.F. Drucker, 1959) y la tendencia hacia la conformación de una sociedad de conocimiento (Drucker, 1969), caracterizada por una estructura económica y social, en la

En tal situación, los contextos locales y en especial los contextos rurales, se ven devaluados como fuentes legítimas de interpretación de experiencias educativas. Lo cual se ve reflejado en diferentes procesos institucionales generados por el MEN, orientados a limitar la diversidad de modalidades y opciones educativas, como es el caso de los niveles primario y secundario, en los que se ha restringido la autonomía que inicialmente le fue concedida a instituciones educativas para construir sus Proyectos Educativos Institucionales (PEI).

Lo anterior, también es palpable en la obstrucción administrativa que en nombre de la garantía de derechos de los niños, niñas y adolescentes (de la Nación, P.G., 2006), se están estableciendo sobre las prácticas educativas que pretendan vincular a los estudiantes con su contexto inmediato de manera concreta, y en general, el desprestigio y el cercamiento financiero al que están siendo sometidas las propuestas escolares humanísticas, territorializantes, étnicas o interculturales, estigmatizadas desde las políticas educativas como anacrónicas, poco pertinentes e ineficaces para producir “capital humano”.

Las escuelas, y particularmente las escuelas rurales, constituyen en ese contexto, un lugar estratégico en las disputas que enfrentan a diversos grupos por la definición legítima de la realidad y el ejercicio del poder para representarla (Reguillo, 2007:2), así como también, para el agenciamiento de procesos de valorización. Esto, dado que las actividades de producción circulación e intercambio que se presentan en torno a las experiencias escolares constituyen un lugar concreto de articulación desde el cual es posible configurar imaginarios, conducir colectivos, comprometer voluntades y producir imperativos en cuyo nombre se actúa.

Así, elementos como “las TICs”, “el inglés”, “la biodiversidad”, “la caficultura de montaña” o “Paisaje Cultural Cafetero”, aparecen en las instituciones educativas rurales, como objetos potencialmente valiosos en el horizonte de la “sociedad del conocimiento”. No obstante, tales producciones materiales y simbólicas, sólo puede realizar su valor (Munn) en la medida en que puedan ser construidas, percibidas y deseadas socialmente como riqueza.

que el conocimiento substituye al trabajo, las materias primas y al capital como la fuente más importante de la productividad, crecimiento y desigualdades sociales (Drucker, 1994).

De manera complementaria, el trabajo de Bell (1973; 2001) sobre las sociedades posindustriales, previó el tránsito de una economía generadora de productos industriales a una economía basada en servicios, en la que los incrementos en la productividad estarían en manos de profesionales técnicamente cualificados.

Según estos autores y otros más que desarrollaron sus ideas (Becker, 1962, Benhabib & Spiegel, 1992; Thrift, 2006, Rullani, 2009; Aedo & Vargas, 2011), el conocimiento se habría convertido, en la fuente principal de innovación y el punto de partida para el diseño de programas políticos y sociales orientados hacia el progreso científico y tecnológico como garantía para que los países puedan sostenerse su competitividad en los mercados globalizados. En consecuencia, desde los planteamientos de la “sociedad del conocimiento”, las instituciones nacionales e internacionales, les exigen a las organizaciones e individuos, inversiones elevadas en educación para generar procesos permanentes de formación e investigación en ciencia, tecnología e innovación con alcance internacional.

Desde una perspectiva marxista, algunos autores, ven en estas transformaciones una extensión de la lógica del capital a las dimensiones cognitivas de las acciones humanas, en un intento por profundizar la subsunción del trabajo al capital, por ello prefieren hablar de “capitalismo cognitivo” (Fumagalli, 2010; Blondeau, Dier-Witthof, Vercellone, Kyrou, Corsani, Rullani & Lazzarato, 2004; Boutang, 2004)

Para que eso ocurra, tales producciones deben valorizarse, es decir, deben producirse en torno a ellas, procesos institucionalizantes, que las posicionen como socialmente importantes y significativas, en relación con las propiedades o atributos que le sean reconocidos desde algún horizonte de sentido, en este caso desde la denominada “Sociedad del conocimiento”. Dichos procesos deberán, además, estimular a que muchas personas deseen participar de tales producciones y estén dispuestas a contribuir a su reproducción, o en su defecto, que quieran acceder a ellas o incluirlas en los circuitos de intercambio en los que participan, a fin de perseverar en su ser individual y desplegar sus capacidades (Spinoza).

Es por ello que la valorización de cualquier producción humana es un proceso complejo en el que convergen instituciones y agentes con intereses varios y lógicas en disputa, que buscan instituir el suyo, como el sentido legítimo de valorización de las producciones humanas en un contexto dado.

En el caso de Santuario, encontré que instituciones educativas rurales como el Insa, constituían un lugar estratégico para indagar tales procesos. Esto dado que, tanto en las experiencias como las producciones creativas generadas por los “Gallitos de Roca” a partir de sus proyectos de indagación, era posible encontrar el anudamiento de las trayectorias de diferentes agentes sociales involucrados en diferentes procesos de valorización del café y de la “caficultura de montaña” a través del tiempo.

En consecuencia, problematizar la valorización del PCC a través de aquellas preguntas que me suscitó la visita del gobernador, y desde las *trochas* abiertas por los “Gallitos de Roca” en su municipio, me permitió visibilizar los procesos de valorización como hechos sociales totales (Mauss, 1979, 2009). Es decir, como hechos sociales a través de los cuales no sólo se institucionalizan patrones de acción, se legitiman procesos de apropiación y se regula socialmente un determinado contexto (Graeber, 2001), sino que, además, se instituyen sentidos comunes en torno a la riqueza, a partir de los cuales se definen, diferencian y relacionan jerárquicamente las cosas y, a veces incluso las personas, como dones, bienes y mercancías (Mauss, 1979, 2009; Polanyi, 1996, 2003; Godelier, 1976, 1997, 1998, Abduca, 2012; Gregory, 2015).

Asumir tales procesos desde aquella perspectiva, me permitió abordar la valorización de la “caficultura de montaña” no sólo como un fenómeno que pretende recuperar la “rentabilidad” de la industria cafetera y del control territorial de una región por parte de sus élites, sino, además, como un proceso de configuración y reconfiguración institucional del tipo de vínculos y compromisos sociales que las personas de municipios como Santuario, establecen consigo mismas, con los demás y con su entorno.

De modo que los procesos de valorización de la caficultura de montaña, terminan afectando incluso, los modos en que las personas del campo cafetero perciben, conocen, habitan, narran, experimentan, integran y excluyen en aquel territorio, precisamente aquellos elementos que emergían en las experiencias investigativas generadas por los “Gallitos de Roca” en su afán de *apropiarse socialmente del patrimonio PCC*.

Es precisamente por esto último que, problematizando dichas experiencias, pude plantearme la pregunta por ¿Cómo se configuran y reconfiguran los vínculos y compromisos de los pobladores de Santuario en relación consigo mismos, los demás y su entorno, alrededor de los procesos de valorización de la “caficultura de montaña” que han experimentado en su municipio?

Dicha pregunta me remitió a indagar por los procesos de institucionalización de patrones de acción que han definido, prescrito e integrado, las relaciones entre las cosas y las relaciones entre las personas en aquel municipio, para producir y fetichizar, apropiar y regular la caficultura de montaña como fuente de riqueza. Y, adicionalmente, cómo han sido experimentados tales procesos por los santuareños.

El punto de partida para abordar tales interrogantes, fueron las *trochas* abiertas por el semillero “Gallitos de Roca”, que me conectaron con las diferentes personas, instituciones, experiencias y procesos que describo y analizo a lo largo de esta tesis.

Organicé esta etnografía en torno a cinco grupos de experiencias que me permitieron entender las complejas tramas que se urden en torno a la vida rural y escolar en el municipio de Santuario y explorar las diferentes dimensiones, procesos y conflictos que han supuesto los procesos de valorización de la caficultura de montaña en aquel lugar.

Cada experiencia incluye personajes e instituciones concretas y a través de la narración de sus intercambios y sus interacciones, muestro el despliegue de diversos procesos de producción, circulación e intercambio de valor, procurando acercar al lector a lo acontecido en este municipio desde principios del siglo XX hasta la actualidad. Al mismo tiempo, a través del análisis de cada experiencia, intento describir los procesos que sostienen la argumentación de la presente tesis.

Si bien las experiencias narradas en cada capítulo tienen sentido en sí mismas, no están segmentadas una de la otra, ya que cada una aporta nuevos elementos para comprender desde diferentes perspectivas el desarrollo de los procesos de valorización de la caficultura de montaña y los efectos que han tenido en la configuración del paisaje, el territorio, las instituciones, las subjetividades, la vida escolar y rural, así como en la estructuración de horizontes de sentido que, en diferentes periodos han servido como referentes de realización

del valor potencial de las producciones y los productos generados desde el campo por los pobladores del lugar.

En este capítulo introductorio, luego del planteamiento de mi problema de investigación, enuncio los objetivos de la misma y seguidamente, ofrezco un panorama de trabajos que operaron como antecedentes de este estudio. Luego planteo una revisión de las principales orientaciones teóricas que sostienen mis análisis, así como algunas reflexiones relativas a las estrategias elegidas para desarrollar el trabajo de campo y para construir este informe.

En el primer capítulo desarrollo una descripción del municipio, el Insa y del contexto de crisis en la se desarrolla el más reciente proceso de valorización de la caficultura de montaña, a partir de las experiencias de una docente rural, las lecturas de un historiador local sobre la crisis cafetera en su municipio, los análisis realizados por diferentes actores locales y regionales sobre el PCC en varios espacios de discusión pública y la revisión del dossier de la declaratoria del PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad

En el segundo capítulo introduzco, a través de las experiencias de dos profesores, algunas de las problemáticas que supone el proceso de valorización de la caficultura de montaña desde la perspectiva de los habitantes y los agentes educativos que se encuentran y anudan sus trayectorias en una escuela rural tensionada entre el cambio y la continuidad.

El tercer capítulo aborda la experiencia de lectura y valoración que realizaron los niños y adolescentes que integraban uno de los equipos de trabajo del semillero “Gallitos de Roca” en el corregimiento de Peralonso sobre su territorio cafetero. Analizo desde allí, la manera en que se desarrolló el proceso de modernización de la economía cafetera y las consecuencias sociales, culturales y ambientales que supusieron, tanto su momento de auge, como su crisis, al igual que las tensiones que atraviesan a una escuela rural en la que se entrecruzan intereses personales, institucionales con realidades de precariedad, violencia y migración.

En el capítulo cuatro puse en dialogo las perspectivas de un historiador local, tres docentes, una rectora, al igual que las de algunos campesinos, caficultores y analistas cafeteros, sobre los procesos de fetichización del café como fuente de riqueza y las desvinculaciones generadas por los procesos de valorización que, bajo diversas denominaciones ha experimentado la caficultura de montaña en Santuario desde comienzos del siglo XX, así como sobre su relación con la configuración y reconfiguración de los procesos educativos que han ocurrido en dicho territorio.

El capítulo cinco se sitúa en el análisis de los nuevos procesos de valorización que vive la región en torno a la patrimonialización de la caficultura de montaña como Paisaje Cultural y las transformaciones, contradicciones, pugnas y traslapamientos que suponen la introducción

de las lógicas financiadoras del “capitalismo cognitivo” en una sociedad campesina, así como las maneras en las que la escuela y los habitantes locales las asumen. Esto lo desarrollo a través de la descripción de las experiencias de implementación del Plan Nescafé a través del café soluble “Santuario”, la estrategia de Cadenas Productivas de la Gobernación de Risaralda, y las reflexiones de un docente sobre el proceso de valorización Patrimonial realizado desde el INSA por los “Gallitos de Roca”.

Finalmente, en las conclusiones, presento algunas reflexiones sobre la fetichización como mecanismo de valorización, los procesos de institucionalización de referentes sociales de valorización, la valorización de la caficultura de montaña y la *performación* de ruralidades que trae acarreada y, finalmente, sobre el lugar de la escuela rural en los procesos de valorización de la caficultura de montaña.

Reflexiones que no sólo permiten complejizar e historizar los procesos de valorización de la caficultura de montaña que se presentan en Colombia, sino que, además, ofrecen perspectivas para estudiar otros procesos de valorización y generan elementos interpretativos para orientar los procesos de reconfiguración que deberían experimentar las escuelas rurales de Colombia, durante los próximos veinte años, en el marco del cumplimiento de los acuerdos del Teatro Colón, que pusieron fin a la guerra entre el Estado colombiano y la guerrilla de las FARC.

2. ANTECEDENTES INVESTIGATIVOS

Para encuadrar el problema de investigación que abordé en esta etnografía, me puse en la tarea de encontrar estudios del campo académico que se hubieran concebido problemas próximos al que me había planteado, aunque hubiesen sido desarrollados en lugares, tiempos y con actores muy diferentes, o que, en su defecto, hubiesen construido objetos de estudio, que pudiesen ser de interés para enriquecer mis diálogos sobre la valorización del café y de la “caficultura de montaña”.

En ese sentido, me interesé en los procesos que pretendieron modernizar las relaciones rurales de producción cafetera a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Me preguntaba, por un lado, por la forma en la que dichos procesos habían pretendido remover las limitaciones que las redes de parentesco, las creencias religiosas, las filiaciones políticas y las fronteras nacionales ejercían sobre la expansión de la lógica del capital en las actividades rurales. Y, por el otro, por las que Polanyi denomina “formas de integración social” (Godelier, 1976, pp. 155-158), que se generan a partir de la redefinición institucionalizada de aquello que era considerado tradicionalmente como “riqueza”, así como las interpretaciones, respuestas y acompañamientos que desde la escuela se generaron ante ellas.

Para enriquecer el espacio teórico revisé un conjunto de estudios, que a continuación discuto como antecedentes directos.

2.1 Modernizaciones, “crisis cafetera” y patrimonialización

La presencia de la caficultura de montaña en el municipio de Santuario se remonta a principios del siglo XX y está asociada al proceso de modernización que, por esos años, emprendía el Estado colombiano para vincular la zona andina occidental de Colombia con el mercado mundial a través del fomento de cultivos de exportación, aprovechando la apertura del Canal de Panamá.

La historicidad de tales acontecimientos y las repercusiones que tuvieron para la configuración ambiental de la región que llegaría a ser conocida en el siglo XXI como Paisaje Cultural Cafetero, se me hicieron visibles desde la perspectiva local, a través de obras como *Apuntes Cronológicos sobre Santuario* (2007) del historiador santuareño Jaime Vásquez, al igual que su extenso archivo de documentación regional, las obras literarias de Jaramillo (1959, 1980) y Londoño (2013).

A través de ellas pude reconstruir una mirada regional de larga duración sobre la relación los desarrollos que tuvieron los procesos de modernización asociados a la caficultura, con los procesos civilizatorios emprendidos por las élites nacionales a lo largo del siglo XX, para cooptar la autonomía productiva de la que gozaban los campesinos “montañeros” en tanto colonos libres, e integrarlos a la “sociedad nacional” y al “mercado mundial cafetero” en calidad de caficultores.

Dichos procesos supusieron sucesivos reordenamientos en las maneras de producir, intercambiar, redistribuir, donar, preservar y administrar las “riquezas” socialmente producidas, así como la transformación de los modos de pensar, sentir y actuar, propios de los santuareños. Aquello, a través de la institucionalización de relaciones sociales, roles, identidades y sistemas de categorización y jerarquización, que le daban sentidos y valores específicos, en el marco de la caficultura de exportación, a los diferentes aspectos de la vida cotidiana de los santuareños, al igual que a los productos que cultivaban y comerciaban, los bienes que compartían y preservaban, así como los dones que intercambiaban.

Los procesos modernizadores en cuestión pretendieron establecer así, modos de integración social fundados sobre la fetichización y la performación del café y de la caficultura de montaña que devaluaban las posibilidades de realización del valor de los productos generados tradicionalmente en la región, a partir de la visión del hombre y la naturaleza de la que eran portadores los campesinos montañeros. Aquello, con el propósito de movilizar los deseos y afectos de estas poblaciones para que articularan de múltiples maneras, sus acciones y producciones, con las dinámicas capitalistas de realización de valor, promovidas por instituciones nacionales e internacionales.

Aquello se produce a través de un prolongado proceso a través del cual, tanto las materias primas, los medios de producción, la capacidad de trabajo de los pobladores rurales y los productos mismos que generan, son separados de los campesinos y subsumidos a la lógica de realización de valor capitalista. Primero se produce una subsunción formal para transformar a los campesinos montañeros en caficultores y posicionar la agricultura de exportación como modelo de integración social en la región (desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX). Aquello, para, posteriormente, subsumirlos de manera real, en las lógicas del capitalismo agroindustrial primero y financiero después, estandarizando la caficultura de montaña (desde mediados del siglo XX). Y, finalmente, a lo largo del siglo XXI, expandiendo la subsunción formal a aspectos creadores que hasta entonces no habían sido valorizados como productivos, como es el caso de los bienes comunes bioculturales

No obstante, aquello no ocurrió ni ocurre de manera automática, dado que, como señala Sahlins (1988), “los pueblos tienen vida propia y es desde ella que se encuentran con el capitalismo”. En este caso, al igual que los estudiados por Taussig (1993) y Mateo Mina (2011), las sociedades tradicionales sometidas a los procesos de subsunción interpretan la lógica capitalista en términos de creencias y prácticas precapitalistas.

De ahí que, antes que entender los procesos de modernización como procesos abstractos, lineales y unidireccionales, autores como Fernandes, (2008, p337) plantean la necesidad de leerlos en una perspectiva territorial, ya que desde allí es posible apreciar cómo, si bien “en la territorialización del capital está la creación, destrucción y recreación del trabajo familiar. Es a través de la territorialización del campesinado que se producen el trabajo asalariado y el capitalismo”.

Aquello se evidenciaba en los diversos usos que los santuareños le han dado a su tierra, las relaciones que habían establecidos con ella, las formas en las que se organizaban, el tipo de cosas que les importaban y la manera en que interpretaban proyectos institucionales como el PCC. Asuntos estos que fui encontrando, tanto a través de mi trabajo de campo como en los documentos producidos por el semillero de investigación “Gallitos de Roca” (Semillero de Investigación ONDA-INSA, 2013a y Semillero de Investigación ONDAS-INSA 2013b) y las obras antes mencionadas de Vásquez, Jaramillo y Londoño.

Adicionalmente, los avances y retrocesos de los procesos de modernización dentro de un territorio, al estar determinados por factores políticos y económicos, dependen de la fortaleza y la continuidad institucional de quienes los agencien. En este sentido, cada oleada modernizadora busca debilitar las institucionalidades establecidas y a través de ellas, los modos de integración social que le preexistían. De manera que puedan institucionalizarse otros. Aquello origina una serie de crisis en las maneras de entender, valorar y agenciar lo que se hace en el territorio, en el caso del presente estudio, la crisis más importante que se registra es la denominada “crisis cafetera”

Dicha “crisis” es abordada por muchos investigadores como una crisis de “productividad”, en la que incidirían variables como el “alto costo” de la mano de obra artesanal requerida para cosechar el café de montaña (Duque, H., & Dussán, C, 2005; Samper, Topik, Descamps, Bacon, Johnson, do Lago & Pelupessy, 2013), así como los cambios regulatorios en los mercados y patrones de consumo de café a nivel global (Ponte, 2002).

Sin embargo, tales estudios omiten el hecho que la “crisis cafetera” supuso la desvinculación de muchas de las relaciones de valor y poder establecidas socialmente entre personas y cosa, pero que, además, puso en evidencia la existencia, en el seno de la

comunidad santuareña, de intereses opuestos y apuestas de valorización divergentes, que exceden el café y la caficultura como tales.

En esta línea, otro de los aspectos de la “crisis cafetera” que se hizo relevante para este trabajo fue la relación entre conflicto armado, criminalidad, narcotráfico y migración, con la caficultura colombiana en general y de la región cafetera en particular. En esta línea se inscriben los trabajos de Deas (1997), Márquez (2001), Mejía, Fernández, Vergara, Gärtner & Ciro (2002), Vásquez (2007) y Rettberg, A. (2017).

En ellos encontré elementos para comprender de qué manera en los procesos de valorización del café y de la caficultura, han incidido, no sólo dinámicas institucionalizantes legales, sino también ilegales. Lo que a su vez me permitió urdir una serie acciones y relatos que fueron emergiendo de manera dispersa a lo largo del trabajo de campo, pero que poco a poco se fueron revelando como relacionadas con los procesos de “crisis” y valorización de la caficultura que se experimentan en el municipio de Santuario, entre ellos, los usos y significados múltiples que recibía el dinero como expresión de valor, en los diferentes momentos de valorización y crisis del café y de la “caficultura de montaña”.

Un antecedente valioso que me permitió entender este último fenómeno, fue el artículo de Hutchinson (1996) titulado “Blood, Cattle, and Cash. The commodification of Nuer Values”, en el que se describe etnográficamente las maneras en las que este pueblo ganadero articuló sus formas de vida con las dinámicas de comercio colonial británico, a través del mercado, y fue asumiendo progresivamente el dinero como una unidad de intercambio diferenciada, que permitía tanto la realización mercantil y como la realización social del valor de las cosas que se transan con su mediación.

De modo que, en las maneras de asumir y usar el dinero en Santuario, no sólo se expresaban la situación de crisis que atravesaba la caficultura, sino también las hibridaciones que se generaban entre lógicas modernas y tradicionales para salirle al paso, además de los nuevos escenarios emergentes para la realización del valor de lo que se producía e intercambiaba en aquel territorio.

De especial interés para esta investigación fue el informe del Climate Institute (agosto , 2016), sobre los impactos del cambio climático en la calidad del café, lo mismo que el trabajo de Sánchez y Pareja (1999) sobre el cuidado del agua en la región del Tatamá, el de Botero, Lentijo y Sánchez (2014) sobre la biodiversidad en zonas cafeteras de Colombia, así como la investigación de Ghul, (2008) sobre el cambio del paisaje cafetero en Colombia entre 1970-2005 y la Guía para la caficultura sostenible, elaborada por Baker y Duque (2007) para el

Centro Nacional de Investigaciones de Café (Cenicafé), así como el trabajo de Forero (2012), sobre las estrategias adaptativas de la caficultura colombiana ante la crisis.

A través de dichos estudios, en diálogo con mis observaciones de campo y las conversaciones sostenidas con los Santuareños, pude dimensionar la profundidad de la crisis, no sólo de “productividad”, sino de sostenibilidad ambiental que enfrenta la caficultura de montaña. A partir de aquello me fue posible entender, por ejemplo, el interés de una multinacional como Nestlé en producir un café instantáneo rotulado como “de origen” santuareño -en cuya promoción vincularon a una líder ambiental y a un historiador local- y construir en torno a él, su programa de encadenamiento productivo “Plan Nescafé”.

También en esa línea, la investigación desarrollada por Rodríguez (2014) sobre cómo las comunidades mayas del sur de México están enlazando de manera asociativa los diferentes eslabones de la “cadena de valor” de la caficultura, “desde la semilla hasta la taza”, realzando el carácter orgánico de su producción, así como la condición étnica de sus productores, contribuyó a mi comprensión de los planteamientos sobre un supuesto *cambio de chip* que debía darse entre los caficultores si pretendían sobrevivir en el negocio cafetero.

Dicho tema aparecía de manera recurrente en los foros ambientales municipales a los que asistí en Santuario, asociado con la promoción del cultivo de “cafés especiales” y de la articulación asociativa de los pequeños productores a las “cadenas de producción de valor compartido en torno a la caficultura” que promovían grandes multinacionales como Nestlé, como alternativa de valoración de la caficultura.

Por su parte, el trabajo de Reina, Silva, Samper y Fernández (2007) sobre las implicaciones que, para el café de Colombia tiene la aparición “Juan Valdez” como marca registrada que opera de manera autónoma con respecto a la industria cafetera colombiana, me permitieron entender la manera en que el mayor gremio cafetero del país pretendía hacerle frente a la “crisis cafetera”, pasando de ser vendedor de *commodities* a comercializador de productos derivados o asociados con la caficultura colombiana de montaña, a escala global.

Un movimiento que lleva en su seno un desplazamiento simbólico del café hacia la “caficultura de montaña” como fetiche susceptible de valorización y, con ello, la inserción de la Federación Nacional de Cafeteros en el mercado global de la diversidad a través de la patrimonialización de la “caficultura de montaña”.

Así, la declaratoria de PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad, es un proceso que se inscribe en las dinámicas fetichizadoras de la “caficultura de montaña” como referente de valorización. El cual, si bien es específico para el PCC, obedece a un proceso de

reestructuración, que busca responder a las transformaciones y crisis que experimentan los antiguos modelos de modernización agro-industrializadores a escala global.

El rastreo de estudios al respecto, me permitió abordar el proceso de patrimonialización del PCC que experimenta la región cafetera a la luz de cuatro perspectivas complementarias.

La primera, inspirada en la Convención de la Unesco sobre la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales (Unesco, 2005), que abre la posibilidad de utilizar la “diversidad cultural” como motor del “desarrollo humano”. Asumiendo como una “necesidad”, el repensar el patrimonio y sus usos sociales como memoria y factor de progreso (Marcos, 2008, pp. 311-312). De manera que el patrimonio pueda vincularse con asuntos como el turismo, el desarrollo y la mercantilización (Santana, 1997; García Canclini, 1999; Llorenç Prats, 2005; Prats i Canals 2005, 2006; Fernández de Paz, 2006; Lagunas, 2007).

En dicha perspectiva está inscrito el desplazamiento que, a través de la valorización patrimonial del PCC se estaba dando, de la valorización de un *commodity* como el café en el mercado mundial cafetero, a la valorización patrimonial de la “cultura cafetera de montaña” en el mercado global de la diversidad. Desplazamiento a través del cual, se asume que el valor del patrimonio reside más en lo que significa la “caficultura de montaña” como tal, que en la materialidad misma que la encarna.

Aquello, siguiendo la premisa establecida por algunos de los estudios sobre patrimonio según la cual “transmitir conocimiento patrimonial es más importante que conservar objetos patrimoniales” (Gómez, 2010).

Consecuentemente, como lo pude evidenciar a través de mi trabajo de campo, en nombre de la patrimonialización del PCC, se están produciendo representaciones idealizadas y homogeneizadoras de la “caficultura de montaña”, así como una serie de producciones discursivas sobre la “cultura cafetera” que acompañan las campañas de mercadeo de bienes y servicios asociados al PCC.

Una segunda perspectiva, complementaria de la anterior, concibe el patrimonio como un instrumento de revalorización y revitalización de territorios en declive, en el marco de una sociedad postindustrial abocada a la memoria y el ocio (Vall, 1999). Dicha perspectiva supone que los territorios requieren de una gestión “inteligente” para identificar, proteger, realzar y promover sus “recursos patrimoniales”, de manera que puedan atraer turismo e inversiones generadoras de actividades y lugares de trabajo además de reforzar la autoestima de las comunidades territoriales (Frenchman & Lane, 1979; Jacomy, 1982; Maiullari & Whitehead, 1997; Means 1999; Kunzmann, 1999; Ganser, 1999; Conzen, 2001; Sábate & Lista, 2001; Sabaté & Schuster, 2001; y Pérez & Parra, 2014).

Dichos antecedentes me ayudaron a entender la aparente contradicción existente en el hecho de patrimonializar una actividad ambientalmente insostenible, así como a visualizar los nuevos niveles de realización de valor sobre los que las instituciones públicas y el gremio cafetero estaban proyectando programas y proyectos de emprendimiento, bilingüismo, manejo de tecnologías de información y comunicación, embellecimiento de fachadas o estandarización de la oferta turística, entre otros.

Una tercera perspectiva aborda la patrimonialización como un proceso de sacralización, en el que la “Cultura” habría desplazado a la idea de Dios en las sociedades secularizadas. Algo que, a su vez habría llevado a que el patrimonio se convirtiera en una suerte de “religión laica”, que contaría con una “casta sacerdotal” propia (gestores culturales, expertos en patrimonio, museólogos, etc.) capaces de conectar a los “creyentes del patrimonio” con el elemento “sagrado”. (Prats, 2005; Hernández Imartí, 2008; Brumann, 2014; López, 2016a).

Dichas investigaciones me permitieron dimensionar la importancia de la declaratoria de Patrimonio Cultural de la Humanidad en tanto instancia legitimadora y fetichizadora del PCC como palanca de valor en torno a la “caficultura de montaña”, así como el rol de los agentes patrimonializadores en la institucionalización del discurso del PCC como eje de sentido en torno al cual se desarrollarían nuevos procesos de integración social.

Los estudios realizados desde esta perspectiva, sugieren adoptar, en consecuencia, el agnosticismo como principio metodológico en el estudio y comprensión del fenómeno patrimonial. De manera que se le dé relevancia a la experiencia y las creencias patrimoniales de las personas, lo mismo que a los intereses de los grupos, instituciones o individuos que impulsan los procesos de patrimonialización, al igual que las resistencias que se generan en torno a ellos y las consecuencias que acarrearán, tanto, como a la verificabilidad material de los atributos valorizados (Mariano & Conforti, 2013; Brumann, 2014; González Alcantud, 2016; López, 2016b).

En el presente estudio, adoptar esta perspectiva metodológica permitió delimitar los usos e interpretaciones sociales que se le otorgaban al PCC en el municipio de Santuario, al punto de poder entender que cuando se referían a este, muchos de ellos no estaban hablando de la misma cosa a la que se refería el documento técnico, sacralizado por la Unesco, sino que estaban planteando sus propias agendas para encarar la “crisis cafetera” desde los lugares que tenían para comprenderla.

Finalmente, una cuarta perspectiva asume el patrimonio desde un horizonte ontológico, poniendo de relieve el carácter modernizador subyacente a los procesos de valorización patrimonial como el desarrollado en torno al PCC.

Desde esta perspectiva, el patrimonio se entiende como una máquina moderna, propia de una sociedad fetichista, orientada reconfigurar la diferencia y reorganizar la sociedad mediante la promoción de identidades individualizadas, incrustadas en estructuras de poder y desigualdad, que interactúan en un entorno de mercado desregulado más allá de la comunidad “tradicional” (Bonta & Protevi 2004, p 47; Alonso, 2015).

De esta forma, a través de los procesos de patrimonialización como el que se desarrolla en torno al PCC, los agentes sociales no solo performan las condiciones de posibilidad para la existencia de sí mismos y de otros como diferentes, en términos de “patrimonio”, sino que encubren otros modos de existencia (Holbraad, 2009). Un doble proceso en el que, a la vez se performa un paisaje cultural como patrimonio de la humanidad y se inhibe la posibilidad de que los pobladores locales continúen produciendo sus particularidades locales por fuera del marco patrimonializador.

Las investigaciones etnográficas realizadas por Gonzalo, A. H. (2002; 2006), han evidenciado en este sentido, cómo los procesos de patrimonialización contemporáneos han convertido al patrimonio en un tropo fundamental para la negociación de la identidad, el acceso a los recursos y al poder, desplazando a la producción material. Algo que pude evidenciar a lo largo de mi trabajo de campo en la medida en que el PCC se convertía en una suerte de comodín, a través del cual no sólo se justificaba el gasto público y alguna inversión privada, sino que, también se invocaba la defensa del territorio contra la incursión de la megaminería y se presionaba el desplazamiento de los pobladores que no podían asumir la estandarización de los bienes y servicios requerida para realizar el valor de cambio que la patrimonialización hace posible.

En esta ruta, autores como Supervía (2005), señalan como, en el caso español, la patrimonialización de los territorios rurales se ha producido a caballo de su “desertización demográfica” y la desaparición de la cultura campesina que los construyó, la cual no ha sido suplida con éxito por las administraciones ambientales. Un fenómeno que se replica en Colombia de manera moderada, en donde el desplazamiento del campesinado está asociado a factores como la presencia del conflicto armado o la ausencia de políticas de fomento a la economía campesina, familiar y comunitaria.

El mismo autor aboga por desarrollar la “cultura del territorio”, como una síntesis de ciencia (conocimiento) y antigua sabiduría, que reemplace con ventaja a la mera información y al simple consumo de territorio, entendido este como, “solar edificable” o “parque temático natural”, interpretaciones desvinculantes, que contribuyen al desplazamiento y desarraigo de las poblaciones rurales.

Los antecedentes analizados permiten historizar los procesos de modernización y crisis de la caficultura de montaña, así como el proceso de patrimonialización del que está siendo objeto, de tal modo que me permitieron tomar distancia de los discursos oficiales sobre el PCC, que pretenden naturalizar los modos de integración social que han generado y esencializar las identidades culturales que dichos procesos han producido.

2.2 Escolaridad rural, modernización y “crisis”

A través de los procesos modernizadores, las instituciones públicas y paraestatales, como la Federación Nacional de Cafeteros (en adelante la Federación), buscaron generar sentimientos de interdependencia material, política y simbólica entre los campesinos montañeros en torno al café, al tiempo que, a través de procesos educativos formales e informales, intentaban arraigar dichos sentimientos en las nuevas generaciones, de tal forma que se asegurara la continuidad generacional del negocio cafetero.

La “crisis cafetera” puso en evidencia el carácter y los alcances que tuvieron dichas intervenciones educativas. En particular, a través de la exigencia educativa que a lo largo del siglo XX se les hizo a los campesinos montañeros de modernizarse o de *cambiar de chip* para asegurar la rentabilidad y la sostenibilidad de la caficultura. Un cambio que, a su vez, planteó a sus hijos el desafío de renunciar a los capitales culturales con los que sus mayores se posicionaron en relación con la caficultura de montaña, en beneficio de los capitales introducidos por la escuela rural y los procesos no formales de educación promovidos por la Federación, o migrar a las ciudades.

Para entender las relaciones entre la escuela y los procesos de modernización y valorización revisé una serie de estudios que, desde dos grandes perspectivas, han intentado explicarlas.

La primera perspectiva problematiza dicha relación través del estudio de la “productividad” de la escolarización, es decir, de la capacidad de la escuela para contribuir a la producción de “valor” en la sociedad. Una segunda perspectiva, aborda la valorización a partir del estudio de las relaciones que se tejen entre las escuelas y sus entornos desde las perspectivas de la “reproducción social” y “cultural”, la “producción cultural de personas educadas” y la “apropiación social”.

2.2.1 La economía de la educación

En el primer grupo de estudios encontramos los generados en torno al campo de la Economía de la Educación, una especialidad de las Ciencias de la Educación, que emerge en los años

60, cuando la escolarización fue considerada de gran importancia para encarar los cambios que, desde la segunda mitad del siglo XX se han venido produciendo en el carácter de los medios de producción, las formas de organización del trabajo, la propia naturaleza del trabajo, así como en las formas de realización del valor y los patrones de consumo. Cambios que están impactando los modos de concebir y producir riqueza y han transformado el lugar de la cultura, el conocimiento y la educación, en los procesos de valorización del capital (Fumagalli, 2010).

Los estudios desarrollados en el marco de la Economía de la Educación, se interesan en el impacto de la optimización de la “administración educativa” y la generación de “Capital Humano” en la “productividad” de los países. Áreas a partir de las que se han venido generando los lineamientos de la Política Pública Educativa que, desde el Ministerio de Educación Nacional y la Secretaría de Educación Departamental, orientan formalmente el accionar de Instituciones educativas como el INSA.

Las investigaciones sobre administración educativa se han orientado al estudio de fenómenos técnicos asociados al crecimiento de los sistemas educativos nacionales tales como los modelos de “planeación educativa”, los modelos de “demanda por educación”, el “financiamiento” y la “recuperación de costos” (Psacharopoulos 1973, 1981, 1985, 1993), así como el “análisis de eficiencia interna y externa” de los sistemas escolares (Mowery & Rosemberg, 1989; Denison, 1985; Benhabib & Spiegel, 1992).

Los estudios sobre “capital humano”, por su parte, están guiados por el supuesto liberal de que la movilidad ascendente en una sociedad *meritocrática* es el resultado del talento y el esfuerzo individual, suponen que la educación y el entrenamiento crean activos en la forma de conocimientos y habilidades acumulables, que incrementan la productividad de las personas y pueden ser susceptibles de capitalización, a lo que se le denominó “capital humano” (Becker, 2009). Un fenómeno que podría ser medible a través del análisis de “tasas de retorno en educación” (Becker, 1962, 2009) y de la “función de producción” aplicada a educación (Coleman, 1966), por eso estudian la relación entre “educación escolarizada” y el “mercado laboral”, para establecer los efectos de la educación en la “productividad” y los “ingresos” de las personas, así como la incidencia de las habilidades que la escuela desarrolla, en los resultados escolares (Schultz, 1961; Deninson, 1962).

En ambos casos, al igual que en las lecturas productivistas de la “crisis cafetera”, se simplifica y unidimensiona la relación entre escuela y sociedad, asumiendo que el único propósito de la educación es maximizar las posibilidades de que las capacidades productivas de una sociedad “logren pasar por el ojo de la aguja de la forma abstracta del valor de cambio

y sean capaces de transformarse en dinero” (Jappe, 2009, p 38). Imaginando la escuela como una especie de fábrica de “capital humano” sin autonomía productiva, ni capacidad de agencia.

Adicionalmente, como plantea Collins (1979), desde la “teoría del credencialismo”, la escuela queda reducida a un espacio de distribución de titulaciones, al cual los empresarios exigen la acreditación de sus egresados como individuos que se han adherido a un estilo cultural y una psicología personal orientados hacia el éxito económico y social desde la perspectiva de los valores de la civilización capitalista. Esta idea ha calado muy hondo en las experiencias que conocí en Santuario, al punto que, para muchas de las maestras con las que dialogué a en mi trabajo de campo, obtener una titulación que les permita a los jóvenes campesinos conseguir un trabajo urbano, era uno de los propósitos principales de su labor educativa.

2.2.2 La reproducción y la producción social y cultural

Por su parte, el segundo grupo de estudios, entendiendo que la escuela, además de estar vinculada formalmente al sistema escolar como ejecutora de sus lineamientos, informalmente también está vinculada a procesos políticos en los que confluyen los intereses de diversos grupos económicos, étnicos y religiosos. Dichos estudios, problematizan las relaciones entre las escuelas y sus entornos en relación, tanto con los procesos de “reproducción social” y “cultural”, como con la “producción cultural de personas educadas” y la “apropiación social” que las comunidades hacen de los proyectos escolares.

Los estudios que abordan la relación escuela- sociedad desde la perspectiva de la “reproducción social” (Young, 1971; Bernstein, 1973; Bourdieu & Passeron, 1977; Tedesco, 1980; Apple, 1979, 1982; Giroux, 1983), usaban el tropo de la reproducción para caracterizar las estructuras de clase en una economía capitalista y, en consecuencia analizaron la relación entre la escuela y la reproducción social, poniendo de manifiesto que las escuelas no eran lugares neutros de transmisión cultural, en los que se inculcaban valores consensuados, ni trampolines meritocráticos que facilitaban la movilidad social como se propone desde la perspectiva de la Economía de la Educación.

Por el contrario, las escuelas estarían atravesadas por la existencia no declarada de relaciones de fuerza en los currículos, formas de evaluación y promoción, que se correspondían con las ideologías dominantes y la estructura de clases. De este modo, las escuelas servirían para reproducir, más que transformar las estructuras desiguales existentes.

Las investigaciones de Bourdieu plantearon un giro frente a la manera de problematizar la reproducción, a partir del estudio de la valoración altamente sesgada de los estilos culturales y las competencias, los cuales identificó como puntales de la desigualdad social. En este sentido, Bourdieu (1974, 2016) plantea que sólo aquellos gustos particulares y habilidades poseídas por las clases de elite son reconocidas como signos de “inteligencia” por las escuelas y consecuentemente, aquellos que no la poseen, por supuesto, tienen una buena posibilidad de alcanzar logros más bajos, y aún de fracasar.

A nivel regional, el aporte notable para la estructuración del presente trabajo, desde la perspectiva de la reproducción, es el realizado por Parra (1996) con su estudio socioeconómico de las escuelas rurales en el eje cafetero colombiano en los años 90, que las tipificó como espacios educativos que no enseñaba a pensar sino a memorizar, lugares enfocados a la formación de mano de obra en los que se impartían saberes dogmáticos.

El investigador destaca como las escuelas rurales cumplían con la función de ser instituciones integradoras de individuos en los valores y conceptos que proviene de la cultura urbana filtrada por la visión de mundo de la clase media urbana de la que eran portadores los maestros, al punto que destaca como

... entre más exitosa sea la escuela, las relaciones del individuo con su medio original tenderá a hacerse cada vez más conflictivas (problemas de interacción, identidad y ubicación), pero a la vez resultará más apto para moverse en el mundo del que proviene la escuela. (Parra, 1996: 16)

Parra (1996, p.102) también resalta como las escuelas rurales del eje cafetero se desarrollaron articuladas a la producción industrial cafetera, pero a la vez desfasadas con relación a su entorno, ya que, siguiendo los postulados desarrollistas, habrían privilegiado su función de reproductoras de saberes foráneos a través de discursos pedagógicos prefabricados, por sobre su rol como creadoras de saber articulado pedagógicamente a prácticas contextualizadas.

En consecuencia, la des-estructuración que vive el sector cafetero con el advenimiento del libre comercio, habría implicado para las escuelas una reorientación discursiva de sus programas a tal velocidad que está creando la ilusión de que se mueven y se modernizan de forma dinámica, cuando en la práctica son presa del estatismo de su vida institucional y el dominio de las fuerzas de la conservación de la escuela autoritaria.

La situación descrita por Parra representa todo un desafío para la pervivencia de la caficultura de montaña, ya que según Jaramillo (2005), su futuro está ligado al desarrollo de agricultura con altos contenidos tecnológicos, así como al desarrollo del comercio y los

servicios, aprovechando los avances en informática y comunicación. Pero aquello requiere la existencia de habitantes rurales que tengan una escolaridad mínima de nueve años, una mentalidad abierta al cambio, capacidad analítica para calcular riesgos y oportunidades, sentido crítico y espíritu innovador.

Según el mismo investigador, el bajo promedio de escolaridad de la población cafetera, que alcanza apenas los 3.7 años, está detrás de su ineficaz apropiación de las tecnologías para producir café de forma sostenible y rentable que han sido desarrolladas por Cenicafé y la Federación. A esta situación se suma el hecho de que muchos de los niños y niñas rurales perciben su futuro en las ciudades y los jóvenes poseen poco el sentido de pertenencia por sus fincas, su cultura agrícola, sus costumbres ancestrales y su modo de vida. Algo que para Jaramillo se explica por el tipo de relación que han construido con el trabajo agrícola, fundado exclusivamente en el aporte de trabajo físico en labores simples, con muy poco o nulo contenido intelectual, desaprovechando el conocimiento y la capacidad de análisis que han adquirido en la escuela.

Finalmente, Jaramillo plantea como la Federación está apoyando programas educativos tales como la nivelación primaria para adultos, la Escuela Nueva en básica primaria, la Posprimaria, una extensión de la metodología escuela nueva en secundaria, el programa Escuela y Café, para que los escolares rurales aprendan sobre caficultura, la Escuela Virtual, para fortalecer el aprendizaje informático en las escuelas rurales y, todos ellos, orientados a forjar ese nuevo caficultor que “además de aprender matemáticas, ciencias naturales, sociales, computadores, sistemas o inglés, también aprenda de su entorno, de sus problemas, de sus realidades económicas, sus cultivos y sus microeconomías familiares” (Jaramillo, 2005, p 3).

No obstante, al enumerar las dificultades que ha tenido la implementación de tales programas, Jaramillo coincide con lo hallado con Parra (1995), una década atrás: “las escuelas rurales siguen presas del estatismo de su vida institucional”.

La principal crítica a las investigaciones fundadas en la perspectiva de la reproducción, es que se apoyan en modelos deterministas de la estructura y la cultura, que, al privilegiar las estructuras de clase como las principales determinantes de las oportunidades de vida de las personas, e imaginar a los sujetos que estaban siendo interpelados por la ideología, como carentes de capacidad de agencia, simplificaban demasiado, tanto la comprensión del Estado y de las escuelas, como las relaciones que entre ellos se establecían.

De especial relevancia para la presente tesis, fue el estudio realizado por Mejía (2008), a través del cual, indaga sobre la manera en que los cambios en el sistema educativo generados por los programas de apropiación social de la ciencia, la tecnología y la innovación, como el

programa Ondas de Colciencias, construyen porosidades entre las estructuras de control que hacen posible la emergencia de propuestas de resistencia al interior del mismo Estado.

En este caso, Mejía reivindica el rol de los docentes como creadores con capacidad de producir saber a partir de su hacer educativo y, rompe con el adulto-centrismo de las prácticas investigativas, las cuales entiende como

... procesos de desciframiento de la realidad a partir de su problematización, que deben ser ubicadas estratégicamente en la escuela para recuperar la capacidad de las niñas, niños y jóvenes para preguntarse por el mundo y articularlas a procesos organizados de Indagación, exploración, observación y cuestionamiento. (Manjarrés & Mejía, 2011: 26)

A diferencia de los programas analizados por Jaramillo y Parra, el programa Ondas no está comprometido con la expansión y la sostenibilidad de la caficultura, razón por la cual, permiten preservar la autonomía productiva de la escuela, en la medida en que, docentes y estudiantes puedan reorientarlos de maneras múltiples y adaptarlos a sus intereses. Una particularidad que, como pude establecer a través de la presente tesis, les permitió a los “Gallitos de Roca” encontrar en la investigación, un lugar desde el que podían interlocutar tanto con la política del Ministerio de Educación Nacional (MEN) sobre la educación por competencias, como con el discurso patrimonializador del PCC.

Reconocer a través de ella que podían ser *estudiantes competentes* de otra manera y que eran *más que PCC*, pero, además, utilizar las categorías oficiales para *excusas* para promover la preservación y la visibilizar lo que para ellos eran las auténticas riquezas de su territorio, *la biodiversidad, el agua, la gente y su memoria*. Un planteamiento que jugaba con tales categorías, al tiempo que se apartaba de las definiciones técnicas, las regulaciones institucionales y las categorías económicas clásicas y neoclásicas que soportan tanto el dossier de su declaratoria como Patrimonio de la Humanidad (Ministerio de Cultura, 2009, 20011, 2014) como los lineamientos del MEN.

A partir de experiencias como esta, la etnografía problematizó el abordaje reproductivista de la relación entre la escuela y la sociedad, mostrando que las escuelas no eran proveedoras monolíticas de ideologías dominantes (Foley, 1990; Ezpeleta & Rockwell, 1983) y que, por ejemplo, los estudiantes eran “agentes sociales” que, al apropiarse activamente las estructuras, a través de la lucha, la competencia y la penetración parcial en esas estructuras, creaban formas culturales que resistían la interpelación ideológica (Willis, 1988).

Igualmente, en la perspectiva de la “producción cultural”, se inscribe los estudios sociológicos inspirados en Gramsci, que vinculan las prácticas escolares a los procesos de producción de “consenso” y “hegemonía” (Apple, 1987; Giroux & McLaren, 1988), al igual

que el trabajo de Raymond Williams (1980, 2001) y en particular en el análisis que realiza sobre las relaciones entre el campo y la ciudad, el cual me abrió las puertas para abordar el paisaje en relación con las dinámicas propias del ocio y la producción cultural.

La pregunta general de los investigadores que se enmarcan en los planteamientos de la “producción cultural” es “¿cómo las personas históricas son formadas en la práctica, dentro y contra las fuerzas sociales más grandes y las estructuras que los instalan a ellos mismos en las escuelas y otras instituciones?” (Levinson, Foley & Holland, 1996).

Dicha pregunta orienta a los investigadores hacia el entendimiento, que las escuelas, a pesar de estar inscritas en formaciones socio-ideológicas dominantes y soportar las limitaciones estructurales que describe la economía política, pueden producir formas culturales a través de las cuales es posible formar subjetividades y desarrollar capacidad de agencia entre sus integrantes. Así, desde la perspectiva de “producción cultural”, se asume que la gente ocupa creativamente el espacio de la educación y la escolarización, lo cual, a su vez, le genera comprensiones y estrategias que pueden ir más allá de la escuela, transformando aspiraciones, relaciones domésticas, conocimientos locales, y estructuras de poder, como se evidencia en los trabajos de Skinner (1990) sobre la “co-creación de conocimiento” entre maestros y aprendices -muy cercana a la experiencia de los “Gallitos de Roca”, lo mismo que sobre la creación de formas culturales y prácticas entre los estudiantes (Levinson, 1993a, 1993b; Canaan, 1990; Holland & Eisenhart, 1990).

Adicionalmente, Levinson, Foley y Holland (1996) proponen combinar la “producción cultural” con la categoría de “persona educada”, la cual supone que tal concepto no es universal, sino que “en todas las sociedades y culturas se encuentra más o menos presente que una concepción indígena de la persona educada” y que incluso al interior de las sociedades, subgrupos diferenciados por el género, la ideología, la etnicidad o las especificidades culturales, podrían desarrollar concepciones diferentes de ella, asociadas a formas distintivas de “conocer” (Luttrell, 1989).

De esa manera se podría problematizar la “producción cultural de personas educadas” en aras de apreciar las particularidades históricas y culturales de los “productos” de la educación y comprender los conflictos en torno a diferentes tipos de escolarización, cuando son puestos a prueba, y aún transformados, en la práctica cotidiana, dentro, fuera y en contra de instituciones dominantes, patrocinadas por las elites y el Estado. Algo que demostraría que la definición de “educación” siempre es producto de una negociación (Levinson, Foley & Holland, 1996).

Enmarcados en estos últimos planteamientos, Rockwell (1995) y Alfonseca (2005) desarrollan ideas sobre el carácter social y cultural de los procesos de implantación de los proyectos escolares y sobre la pertinencia que, para interpretarlos, puede tener el concepto de “apropiación” estudia las apropiaciones históricas generadas por comunidades locales mexicanas de las propuestas educativas estatales.

En particular, Rockwell (2005), partiendo de la perspectiva de Chartier, quien propone una noción de “apropiación social”, que “acentúa los usos plurales y los entendimientos diversos” de las limitaciones estructurales en las que los agentes desarrollan sus experiencias, propone entender la “apropiación cultural” como un proceso histórico de carácter múltiple, relacional, transformativo y arraigado en las luchas sociales, en el que diversos agentes escolares y extraescolares, locales y foráneos, participan, se vinculan y co-producen la escuela.

En la misma línea, Milstein señala cómo, para entender la educación escolar, “se debe buscar tanto los escenarios escolares como en las relaciones que los articulan con redes de prácticas que se extienden más allá de ellas” (Milstein, 2009, p. 37). Lo anterior, teniendo en cuenta que la escuela es en sí misma, “Estado y comunidad barrial o rural, realidad local y nacional” (Milstein, 2009, p. 26), además de ser ese lugar estratégico, identificado por Reguillo (2007, p. 2), en las disputas que enfrentan a diversos grupos por la definición legítima de la realidad y el ejercicio del poder para representarla.

3. ORIENTACIONES TEÓRICAS

Cuando hablamos de valorización de la “caficultura de montaña”, de entrada, la categoría “valor” que subyace en ella se nos revela polisémica y ambigua. El sentido común con el que me encontré en los municipios del PCC al iniciar mi trabajo de campo, -construido por la modernización cafetera y el discurso económico hegemónico- parecía indicarme de manera inicial, que en este caso “valor” se referiría únicamente a un incremento de la “productividad” y la “rentabilidad” de la “caficultura de montaña”, acompañado eventualmente, por la necesidad de las élites locales y regionales, de recuperar el control sobre los territorios cafeteros, el cual estaban perdiendo debido a su incapacidad para gestionar la “crisis cafetera” a su favor, situación a la que se sumaba la inserción de la región en el conflicto social armado que vive Colombia y el auge del narcotráfico.

Lo anterior, en tanto “lo económico” era percibido por las personas con las que interactúe en aquella región, como aquellas acciones orientadas a la producción del dinero necesario para satisfacer sus deseos y necesidades, con el más bajo costo posible. Actividades que realizarían su “valor”, de manera predominante en el “mercado cafetero” y que no tendrían relación con el resto de las actividades que se desarrollaban en aquel territorio.

Lo problemático en este caso, era que, en el contexto contemporáneo, los procesos de valorización patrimonial de la “caficultura de montaña”, agenciados por diversas instituciones públicas y privadas, pretendían dar valor, precisamente a las relaciones sociales, culturales y ambientales asociadas a dicha empresa económica. Algo que estaba presionando a los caficultores y demás habitantes del municipio, para dar visibilidad “económica” a una serie de valores, atributos, lugares, objetos, personas, procesos e instituciones, que tradicionalmente no habían encontrado un escenario de realización de su valor en el “mercado cafetero”.

Conjugar rentabilidad con patrimonialización se hacía más complejo, cuando, además, esta última se refería a elementos “bio-culturales”, a través de los cuales, los procesos “económicos” de valorización de la caficultura de montaña, eran interpelados desde una dimensión ambiental, a través de la producción de conocimiento local, desde una escuela rural, un lugar aparentemente desligado de “lo económico”.

Para abordar esta situación, me situé desde una perspectiva antropológica, en diálogo con algunos conceptos y visiones provenientes de otras tradiciones disciplinarias que, ante la idea de “lo económico” como una esfera des-socializada y des-culturizada de la acción humana,

buscan historiarla y relativizarla, con el fin de hacer entendible “lo económico”, en relación con el conjunto de la vida social y cultural, articulando estructuras y deseos.

Desde tales referentes, los procesos de valorización del café y de la “caficultura de montaña” aparecen ligados a tres grandes campos de discusión que permiten complejizar lo que se entiende por valor más allá de las ideas de “productividad” y “rentabilidad”.

Un primer campo estaría constituido por los estudios del “valor” en un sentido “económico”, aludiendo con esto, al grado en que los objetos son deseados y a la medida en que estamos dispuestos a renunciar a ciertas cosas para obtenerlos (Boas, 1897; Malinowski 1975; Mauss, 2009; Bohannan, 1959; Meillassoux, 1960, 1975; Godelier, 1976, 1992, 1998, 2000; Sahlins, 1974; Dumont, 1987, 1999; Polanyi, 2003; Godbout, 1992).

Un segundo campo, asume el “valor” en el sentido lingüístico, como la “diferencia significativa” que adquiere un objeto al asignársele un lugar en un sistema más amplio de categorías, el cual estaría enmarcado en la tradición sausseriana (Evans-Pritchard, 1992; Dumont, 1987).

Y, finalmente, un tercer campo asume los “valores”, como concepciones trascendentes de carácter individual o grupal, sobre lo que es bueno, apropiado, o deseable, las cuales influirían en la selección de los modos, maneras y propósitos de acción que alguien pueda concebir. Tales concepciones se mezclarían, según Kluckhohn, (1949, pp. 358-59), con suposiciones sobre la naturaleza del mundo en el que actúan las personas, generándoles a estos criterios socioculturales que les permitirían juzgar qué deseos podrían o no ser considerados legítimos y valiosos, lo mismo que establecer “que tienen derecho a esperar los unos de los otros y de los dioses y, en consecuencia, entender lo en qué consiste la realización y la frustración” en un contexto dado.

El hecho que en los tres campos de discusión nominaran asuntos en apariencia tan disimiles con la palabra “valor”, me indicaba que, para mi estudio, era posible ampliar el campo semántico de lo que se entendía por “valor” en los procesos de valorización del café y la “caficultura de montaña”.

Aquello implicaba incluir en él, las acciones, relaciones e interacciones sociales y bioculturales, que se volvían significativas para los santuareños a través de los procesos de modernización, “crisis” y valorización patrimonial que había experimentado el café y la “caficultura de montaña”, al punto de hacerse deseables, constituirse en objetos vinculantes y generar compromisos de personas e instituciones con alguna totalidad social, que, según las circunstancias, podría llamarse “Caficultura de Exportación”, “Modernización de la Economía Cafetera”, o “Paisaje Cultural Cafetero”.

A partir de estas reflexiones iniciales pude organiza las orientaciones teóricas en las que se sustenta este trabajo en torno a dos núcleos centrales correspondientes respectivamente a la economía como proceso institucionalizado y los procesos de valorización como hechos sociales totales.

3.1 La economía como un proceso institucionalizado

Las discusiones antropológicas sobre economía han girado en gran medida sobre la definición de riqueza y la crítica a la supuesta escasez de medios para el logro de fines que plantean los economistas clásicos, así como sobre la dicotomía don /mercancía, en las cuales, a su vez, subyace la dicotomía producción /reproducción.

Encontramos sí como para un autor como Polanyi, (2003, p. 403) el problema de fondo de cada sociedad no es la escasez, sino por el contrario los excedentes socialmente producidos. Los cuales serían configuradores de garantías que les permiten a los seres humanos liberarse de los condicionantes propios de la mera subsistencia. Es decir, asumir las restricciones que limitan su potencial de acción como especie y la indefinición que pesa sobre la duración de su vida (Spinoza, 1980, p.131), para jugar creativamente con las posibilidades que las coacciones sociales le brindan.

La riqueza sería entonces el conjunto de garantías socialmente producidas que permiten la preservación del ser de las personas y el despliegue de su potencial, en relación con otros, en unas circunstancias particulares y en el seno de un universo de sentido instituido como legítimo por un grupo humano.

En este sentido, todo aquello que una sociedad no produce por la obligación de sobrevivir, los llamados excedentes, son su principal fuente de riqueza. Dichos excedentes son objeto de disputa al interior de cualquier sociedad, dado que todos sus miembros desean de alguna manera poder desplegar su existencia más allá de la mera subsistencia. Este hecho supone un riesgo de crisis y conflicto, para cualquier sociedad, si no logra establecer algún mecanismo legítimo de distribución sostenible de excedentes entre sus miembros.

Sin embargo, la riqueza social no sería la misma, ni en las diversas sociedades humanas ni en todos los tiempos, dado que la producción de excedentes se encuentra intrínsecamente relacionada con los modos de producción y reproducción social y cultural que se desarrollen en su interior.

Lo anterior supone que, si bien instituciones “económicas” como el mercado, el dinero y el comercio, han existido desde la antigüedad, estos no han ocupado siempre el lugar de

rectores del ordenamiento social que se les asigna en el mundo moderno, a través de la imposición de la economía liberal.

Marx, al igual que Polanyi, señaló la atipicidad de la manera moderna en que estas formaciones han sido institucionalizadas, al señalar que el valor de cambio, en tanto fundamento del trabajo productivo, es sólo una forma históricamente específica de riqueza social y se encuentra intrínsecamente relacionada con un modo de producción históricamente específico, fundado en el trabajo asalariado. Tales planteamientos, sugieren que las ideas de “riqueza”, “valor”, “trabajo”, así como las “relaciones de producción”, no han sido los mismos en las diferentes formaciones sociales.

Entendiendo con Polanyi que, la “economía” es un “proceso institucionalizado de interacción entre el hombre y su medio ambiente que le asegura la satisfacción de sus necesidades materiales” (1996, p.166), este trabajo centra su análisis precisamente en la historización de los procesos modernizadores a través de los cuales, tales ideas se han venido transformado a lo largo del siglo XX y XXI en el municipio de Santuario, de la mano con la producción cultural de la figura del “caficultor”, a partir del “campesino montañero” que habitaba estas tierras antes de su incorporación a la “economía” del mercado mundial cafetero.

En tanto proceso institucionalizado, una “economía” no podría entenderse como desimbricada del resto de relaciones sociales, ya que, según Polanyi, esta sólo es posible gracias a la adopción de mecanismos regulatorios capaces de estructurar distancias valorativas, motivacionales o políticas en las relaciones de los hombres con las cosas y sus semejantes. Coacciones a través de los cuales se legitima y ordena la apropiación de las personas y las cosas valiosas en una sociedad.

Históricamente, las coacciones que según Polanyi (1996, pp. 161-166) se han establecido para definir y regular la circulación de riqueza, se habrían constituido en torno a tres formas de valorar los sentidos posibles de esta: dos de carácter moral: la donación y el derecho, y una de carácter no moral, el precio. Cada una de las cuales, a su vez, habrían configurado tres formas de circulación e integración social: reciprocidad, redistribución y mercado.

La reciprocidad se basa en el *don* y el *contradon* y, tiende a operar en condiciones de simetría, diversidad y complementariedad, de ahí que sólo se pueda adquirir aquello que es otorgado por otro. La redistribución por su parte, se soporta en el derecho, el cual supone la existencia de un centro legitimado socialmente como autoridad recaudadora y redistribuidora de las riquezas producidas en una sociedad. Lo que supone que solo se puede acceder a

aquello a lo que se tiene derecho, de acuerdo a la posición social en la que se encuentre cada uno de sus integrantes o grupos.

Finalmente, el mercado promovería la organización social a partir de la imposición de medios de pago para el acceso a la riqueza, es decir, la asunción de esta como mercancía, de modo que una persona sólo puede acceder a ella si tiene con qué pagar el precio establecido para ello. El mercado a su vez, puede variar en radicalidad de acuerdo a la proximidad social existente entre los participantes del intercambio. De ahí que puedan ser, conocidos que concurren al mercado para intercambiar los productos de su labor, extraños provenientes de comunidades diversas que trafican en puertos mercaderías exóticas, o seres anónimos que juegan libremente a ofertar y demandar productos de acuerdo a su conveniencia en mercados pretendidamente autorregulados.

En este último caso, los teóricos liberales presuponen que este tipo de mercados permitirían que cada quien obtenga lo más ventajoso para sí a través del intercambio y, además, que podrían operar como referentes desterritorializados de integración social, a través de la monetarización de los medios de pago y la mercantilización y la financiarización de los objetos de intercambio. Precisamente es a partir de estas ideas que se han impulsado los procesos de modernización cafetera, aunque las mercancías y los fetiches en torno a las cuales se despliegan hayan cambiado con el tiempo.

La perspectiva de Polanyi implica apartarse de las tradiciones teóricas liberales que plantean la existencia de los mercados como una consecuencia natural de las inclinaciones humanas al intercambio y a los planteamientos evolucionistas que suponen que el mercado sería la forma más eficiente de realización de valor alcanzada por la humanidad.

En este trabajo también hacemos uso de la noción ampliada de riqueza propuesta por Polanyi, la cual reconoce la coexistencia de bienes, dones y mercancías en cualquier formación “económica”, al igual que su planteamiento de la economía como un proceso institucionalizador de formas de integración social y de circulación de la riqueza socialmente producida.

Es desde estos planteamientos que me aproximo a los descubrimientos, las narraciones y las reflexiones realizadas por los “Gallitos de Roca” a través de sus investigaciones. Pero, también, al análisis de los diálogos que sostuve con diferentes personas en Santuario, cada una de las cuales era, a su manera, no sólo un miembro de dicha sociedad, sino también, un heredero de las tradiciones campesinas que se habían ido entremezclando con la caficultura a través de los procesos de modernización y, en consecuencia, iniciados en el universo

simbólico del café y la “caficultura de montaña”, aunque nunca hubiesen pisado un cafetal, o hubiese emigrado a un país extranjero.

Aquella perspectiva me permitió abordar fenómenos como la “crisis cafetera”, la “modernización de la economía cafetera” y la “valorización patrimonial del PCC” como hechos no sólo imbricados en la vida social, sino histórica e institucionalmente producidos.

Además, de ver en la escuela rural, no sólo lugar de producción de la “mano de obra” que cada uno de estas oleadas modernizadoras requería, sino como un lugar con autonomía productiva, en que había docentes y estudiantes con capacidad de agencia, que como los “Gallitos de Roca” desplegaban su potencial de creación y reflexividad para participar de la generación social de riqueza en su localidad y diferenciarse de otros profesores que estaban sometidos a la “pedagogía del encargo” así como de aquellos para los que *el conocimiento no es lo más importante*. Así como demostrar que había riquezas en su municipio, ante las cuales muchos de los iniciados en el universo simbólico del café y la “caficultura de montaña” eran *ciegos*.

3.1.1 ¿Esferas de intercambio o niveles de valor?

Las producciones de los “Gallitos de Roca”, exponía la existencia de una interpretación de la valorización de la “caficultura de montaña” más interesada en la producción y mantenimiento de vínculos ente los santuareños y su entorno, es decir, en la producción y reproducción de la vida local en términos ambientales, que en la generación de ganancias.

Una situación en la que se ponía de manifiesto la distinción entre dones y mercancías planteada por Marcel Mauss (2006) quien, a partir de estudios etnográficos comparativos, argumentó que, la economía desarrollada por las sociedades europeas se correspondía con una sociedad de clases, donde la propiedad privada y el reconocimiento de individuos con derechos enajenables sobre las cosas que poseían, era la norma.

Por el contrario, las economías desarrolladas por otros pueblos, se correspondían a sociedades en las que el parentesco y las relaciones personales tenían mayor relevancia, por eso eran sociedades en las que no existía la propiedad privada y la gente tenía derechos inalienables sobre las cosas, de manera que “los objetos nunca están completamente separados de los hombres que los intercambian” (Mauss 2006, p. 31).

Esa inalienabilidad de las cosas era la que las consagraba como dones y las diferenciaba de las mercancías. Este rasgo hacía que, el intercambio de los primeros, se tradujera un intercambio de objetos inalienables, entre personas que tenían relaciones de interdependencia. Un intercambio en el que el valor de los dones se realizaba por su capacidad para generar

vínculos trascendentes, mientras que las mercancías sólo realizaban su valor en tanto generadoras de ganancias.

Siguiendo esta línea de reflexión, Christopher Gregory, plantea que, los valores serían “cadenas invisibles que ligan las relaciones entre cosas y las relaciones entre gentes... formas de conciencia humana que simultáneamente describen lo que es, y prescriben lo que debería ser” (Gregory 1997, p. 12).

Y, en consecuencia, como señala el mismo autor (2015), las economías del don tienden a personificar objetos. Las economías de mercancías, hacen lo contrario: tienden a tratar a los seres humanos, o al menos algunas dimensiones de los seres humanos, como objetos

A partir de aquella aclaración, Gregory plantea la necesidad de diferenciar la economía de la mercancía, regida por el valor de cambio que tengan estas últimas, de la economía del don, en la cual, lo importante sería el valor de rango que estos permitan adquirir a quien los recibe, en función de las cualidades personales de las que dichos objetos sean portadores, una particularidad que hace que los dones, a diferencia de las mercancías, estén jerarquizados.

Así, en el mercado...

El vínculo social es un medio para hacer circular las cosas, intercambiándolas o redistribuyéndolas. En el don, por el contrario, se tiende a observar la relación inversa: lo que circula está al servicio del vínculo, o al menos está condicionado por este. (Godbout, 1992: 220)

Tal distinción disocia las acciones humanas orientadas a la producción y mantenimiento de vínculos sociales, de aquellas asociadas a la circulación, intercambio y redistribución de objetos, ubicándolas en dos esferas de intercambio separadas y encerradas en sí mismas, en las que sólo pueden circular objetos del mismo tipo.

Sin embargo, tal disociación se veía cuestionada en el caso de Santuario, ya que, en dicha localidad, en tanto sociedad tradicional dominada por mercado, convergían las dos situaciones planteadas por Mauss. De un lado poseía rasgos de las sociedades europeas descritas por Mauss, pero por otro, los vínculos parentales y vecinales continuaban siendo importantes en las valoraciones que hacían sus pobladores de los objetos y las personas.

De ahí que la distinción entre bienes y mercancías no fuera tan tajante y que, muy a pesar de los esfuerzos modernizadores por institucionalizar las relaciones de mercado, aún estuviera interferida por creencias religiosas, ideologías políticas, relaciones de parentesco y más recientemente por la “conciencia ambiental” que han desarrollado algunos habitantes, a partir de la intervención educativa de algunos maestros.

Así mismo, la fetichización del PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad, también suponía una transformación en el carácter sacralizado que tenían ciertos elementos bioculturales presentes en el municipio de Santuario. Elementos que, con la patrimonialización se veían incluidos en las dinámicas del mercado globalizado de la diversidad (Herzfeld, 2004), en tanto mercancías “conservable”, una aparente contradicción que suponía simultáneamente, la desacralización de la materialidad de lo patrimonial y su transformación en información “conservable” como mercancía

La idea de que existe una “esferas de intercambio” orientada a la reproducción de la vida social y otra a la producción social de riqueza, las cuales estarían separadas y encerradas en sí mismas, es discutida por Nancy Munn (1977, 1983, 1992), quien plantea que el valor de los productos de las acciones productivas y reproductivas de las personas, se realizan distintos “niveles de valor”, los cuales, a medida que se incrementan, permitirían a las personas, alcanzar un mayor control e influencia sobre lo que ella denomina “espacio-tiempo intersubjetivo” de una sociedad.

Pasar de un “nivel de valor” a otro, según Munn, implicaría para las personas, desarrollar la capacidad para establecer alianzas y obligaciones con personas con las cuales uno está cada vez menos relacionado a través del parentesco. Además, implica que las personas deban iniciarse en algún universo de sentido, capaz de hacer que las relaciones remotas e impersonales que se generen esos otros lejanos tengan significado y orientación. Un universo que, además, permita la institución de formas de circulación e intercambio de objetos cuyo valor se realice de una forma más duradera.

La idea de los “niveles de valor propuesta por Munn para superar la separación en esferas auto contenidas de las prácticas productivas y reproductivas, fue recogida en la presente tesis para explicar la aparente superposición que aparecía entre dones, bienes y mercancías que aparecían en las diferentes oleadas modernizadoras en relación con los “campesinos montañeros” devenidos primero en “campesinos cafeteros”, luego en “empresarios familiares cafeteros” y más recientemente a “productores” o “emprendedores”. Pero, también, en casos como el de los “Gallitos de Roca”, cuando al expandir el aula de clases, para convertir su municipio en un *aula viva* desde la que pudiesen trascender socialmente y participar de la *apropiación social del PCC*, terminan articulándose a las cadenas productivas de valor en torno a la caficultura de montaña para ofertar como mercancía lo que para ellos era un bien común, su lugar de vida.

La perspectiva de Munn, evoca la teoría de valor trabajo de Marx, la cual fue desarrollada por Polanyi, sólo en relación con los espacios en los que se realiza el valor de los productos

del trabajo humano: la circulación y el intercambio. Munn avanza en el análisis de la producción y en particular el hecho que no todo lo que se produce realiza su valor, o, en caso de hacerlo, lo realiza de la misma manera avanza.

Para hacerlo, replantea los términos marxistas de la teoría del valor-trabajo, sustituyendo el concepto de “trabajo”, más propio de las sociedades modernas, por uno más inclusivo como es el de “acción creativa”. Una categoría que si bien dificulta establecer cuanto se ha invertido en un determinado objeto o relación, hace posible integrar en una teoría del valor, asuntos tales como las relaciones sociales, culturales y eco sistémicas como las que hacen posible y realizable la producción cafetera, pero que, sin embargo, son concebidas como “externalidades” no relacionadas con la realización especulativa del valor del café.

Para Munn, las “acciones creativas” de las personas, al pasar de un “nivel de valor” a otro, pueden cambiar de velocidad y dirección, pero siguen siendo acciones humanas generadoras de valor. Actividades en las que las personas invierten tiempo, energía, inteligencia y cuidado. De esta manera, al producir, transportar, intercambiar y consumir objetos, cuidar o educar, se produciría valor, al igual que en la creación y el mantenimiento de relaciones, de hecho, ambas cosas sucederían de manera interdependiente, lo que no significa que su realización se produzca en el mismo “nivel”.

De esta manera, los productos de las acciones creadoras de los seres humanos, serían los medios a través de los cuales las personas “visibilizan” socialmente su capacidad de interactuar e intercambiar, y el “valor” daría cuenta de la forma en que la gente representa la importancia de sus propias acciones en diferentes “niveles” de valorización, algo que no puede ocurrir si las personas se aíslan o si se compartimentan los circuitos de intercambio en esferas separadas el valor.

Ahora bien, tales acciones humanas productoras de valor, sólo lo producirían de manera potencial, dado que, por sí mismas no constituyen un universo de sentido que les permita contrastación, incluso el dinero fetichizado como valor auto referenciado, no tendría sentido si no existiera una totalidad más amplia en la que este fuese reconocible y jerarquizable

En el presente estudio, cada oleada modernizadora es asumida como un universo de sentido a partir del cual se trata de instituir el mercado bajo diferentes formas, como la instancia de realización del valor de aquello que se crea en el seno de la sociedad santuareña. De ahí que en cada oleada modernizadora describamos el tipo de producción que se hace importante, los niveles de valor que estructura, el tipo de personalidades que promueve, lo mismo que los procesos de institucionalización de patrones de acción que despliega para promover la integración social.

De esta manera, fue posible establecer como a través de los diferentes procesos de modernización, fueron configurando diversas maneras de estimar el valor de las “acciones creadoras” de los santuareños. De ahí que, también fuera posible establecer una suerte de jerarquía de “acciones creadoras” de las personas, en función de los patrones de acción instituidos en cada oleada modernizadora para realizar, impedir o limitar la realización del valor de los productos creados socialmente, como en es palpable en la valorización diferenciada de las prácticas tradicionales de los campesinos santuareños, las cuales fueron proscritas en la etapa de la modernización de la economía cafetera y posteriormente son reivindicados *performativamente* en el marco de la valorización patrimonial del PCC.

Existiría así “acciones creativas” consideradas como productivas, en la medida en que sus productos son valorizables en los niveles superiores de valorización, y otras reproductivas, en la medida en que contribuyen a la producción de los primeros, realizando su valor en niveles inferiores de valorización de acuerdo a los principios de realización de valor que ha instituido una sociedad.

En otras palabras, el valor que se le reconozca a cualquier creación humana, no es para nada autosuficiente, natural o normal, sino contrastante, y en consecuencia, el valor de algo no esté incorporado él, como creen por ejemplo los caficultores que asumen el café como un fetiche equivalente al oro, sino que requiere de la existencia de patrones de acción institucionalizados, para integrarse, en un contexto relativamente público, como parte de un todo social más amplio, como los generados por las oleadas modernizadoras.

De esta forma, algo que fue producido potencialmente como don puede eventualmente ser realizado como mercancía, como ocurre cuando diferentes elementos culturales de la “caficultura de montaña” son patrimonializados para ofertarse en el mercado global de la diversidad, o viceversa, cuando las fincas de los colonos del macizo del Tatamá ubicadas por encima de los 2.000 metros fueron excluidas del mercado de tierras y convertidas en Distritos de Manejo Ambiental Especial para garantizar la sostenibilidad del suministro de agua a varios municipios.

No obstante, dadas las condiciones particulares de Santuario, la construcción de relaciones sociales sería el principal objeto de la producción de valor, como se evidencia en situaciones “irracionales” en términos de la economía liberal (Godelier & Blanc, 1967), como la insistencia de algunos santuareños en producir café *a perdida*, mantienen sus fincas enmontadas o preservan en ellas colecciones de objetos antiguos sin que aquello les reporte beneficios monetarios, o se dedican a realizar campañas ambientales, para mantener su lugar de personas vinculadas con la tierra en aquella sociedad rural.

Según Taussig (1993) y Sahlins (1988), esto ocurre, porque el capitalismo se instala en una sociedad en la que preexisten otros universos de sentido, en los que el valor de las cosas no necesariamente se mide con un precio o se expresa a través del dinero, y en caso de medirse de esta manera, dicho valor, no se expresa necesariamente a través de un solo tipo de moneda, como en el caso de los TIV que describe Bohannan (1959). En este caso, las personas de esta comunidad desarrollaron hasta tres esferas de intercambio diferenciadas -subsistencia, mercancías “importadas” y alianzas matrimoniales-, cada una con su propia moneda, y otras dos que estaban excluidas del intercambio monetario, tales como el trabajo el cual era intercambiado de manera recíproca entre parientes y vecinos, y la tierra, la cual era poseída de manera colectiva.

El caso de los TIV pone de manifiesto cómo, pueden coexistir en el seno de un mismo grupo, diferentes formas de intercambio, que complejizan la integración social de las personas en él, haciendo que algunas cosas sean consideradas invaluable en ciertos niveles de intercambio y valuales en otros. Algo que, para los procesos de valorización de la caficultura cafetera, ha sido tanto, una fuente de resistencia al despliegue de las lógicas capitalistas en la región, como un campo sobre el cual se puede expandir la lógica del capital para continuar avanzando sobre la cuantificación de lo invaluable -la cultura y la naturaleza- a través de su conversión, *commodities*, bienes y servicios ambientales o patrimoniales y finalmente en activos financieros, como describo el presente estudio.

Desde la noción de “acción creadora de valor potencial”, valorizar la caficultura de montaña implicaría entonces reconocer el valor potencial existente en los productos generados por las “acciones creadoras” de los santuareños y las instituciones del Estado y las empresas, en torno a ella. Sin embargo, se trata de un reconocimiento que visibiliza el valor que le otorgan, no sus creadores, sino aquellos que evalúan la importancia de lo creado, de acuerdo a los referentes de valor instituidos como legítimos en una sociedad como la colombiana, cada vez más comprometida con el crecimiento de la incidencia de los mercados globales en sus actividades productivas y reproductivas de carácter local.

Finalmente, al plantear que el valor está asociado con la importancia y significatividad que para una sociedad suponen las acciones creadoras orientadas tanto a la producción, intercambio y consumo, la generación y preservación de relaciones, Munn me permitió pensar la valorización de la caficultura de montaña a partir de una teoría del valor que trasciende las miradas economicistas y estructuralistas.

De un lado, la tendencia del economicismo a reducir e inmovilizar las complejas relaciones sociales entre las personas, haciendo de estas, objetos que los actores individuales

tratan de adquirir, como ocurre con la caficultura, cuando las relaciones sociales, culturales y ambientales desaparecen detrás de los fetiches construidos en torno a sus productos. Y del otro, la tendencia estructuralista a atribuirle valor a categorías abstractas, incorporadas en un determinado código atemporal y ahistórico, como ocurre con categorías modernas como “trabajo”, “caficultura de montaña” o “Paisaje Cultural”, que no son universales culturalmente, ni están auto referenciadas.

3.2 Los procesos de valorización como hechos sociales totales

La perspectiva del valor planteada por Munn me ayudó a entender que los distintos procesos de valorización de la caficultura de montaña que se han desplegado en la región no eran fenómenos exclusivamente “económicos”, sino que se asemejaban más a lo que Mauss denominó “hechos sociales totales”, es decir, aquellos en los que fenómenos

“se expresan a la vez y de golpe, todo tipo de instituciones: las religiosas, jurídicas y morales – en tanto las políticas como las familiares- y económicas, las cuales adoptan formas especiales de producción y consumo, o mejor de prestación y de distribución, y a las cuales hay que añadir los fenómenos estéticos a que estos hechos dan lugar, así como los fenómenos morfológicos que estas instituciones producen” (Mauss, 1979, p. 157)

En consecuencia, el valor de la caficultura de montaña, no sólo daría cuenta de la importancia social que se le asigna a los bienes, dones y mercancías generados en torno a ella, sino también, de las relaciones que produce y a las transformaciones que dicho proceso genera en las personas que afecta. De ahí que las expresiones de su valor no se limitan exclusivamente a su cuantificación monetaria.

Asumir de esta manera los procesos de valorización de la caficultura de montaña, me permitió estudiarlos como producciones de la acción creadora y la imaginación de múltiples agentes, las cuales están imbricadas en universos de sentido. Producciones que articulan, a través de acciones situadas, estructuras sociales, repertorios simbólicos y deseos individuales, para instituirse de manera simultánea como formas de conciencia, de producción y de reproducción social.

Es importante señalar aquí que, al hablar de universo de sentido, no me estoy refiriendo a que la sociedad pueda ser considerada como un absoluto universal, atemporal y homogéneo, sino, más bien como lo plantea Graeber (2001) al “proceso total a través del cual se coordina

toda esta actividad y se valora la forma en que los actores ven su propia actividad como parte de ella” (p.76).⁶

Los universos de sentido constituirían el contexto material, social y cultural estructurador de los principios y niveles de valorización en los que se realiza el valor de las acciones creadoras humanas y sus productos. Aquello, al permitirle a las personas que puedan organizar sus experiencias a través de las pautas de acción, que ellas han instituido históricamente y articular sus inferencias, así como sus deseos de actuar, con los sentidos contingentes que una sociedad ha instituido en torno a la riqueza y a sus expresiones.

En consecuencia, como señala Turner (1979)

Los valores que los miembros de la sociedad luchan por alcanzar y acumular en su vida cotidiana son, en última instancia, una expresión simbólica de la realización concreta, en su propio sistema social, de su capacidad de producir los medios materiales y sociales de su propia vida, de coordinar estas actividades productivas de tal manera que formen sistemas interdependientes y adquieran así determinados valores y significados, y finalmente de reproducir las formas de esta coordinación. (Turner, 1979: 34-35)

Lo planteado por Turner, indicaría que, los valores y la normatividad permearía la totalidad de las experiencias, que incluso cuando un grupo no tenga conciencia de las condiciones de creación en las que está imbuido, sus acciones creadoras estarían orientadas a reproducir el orden social que las genera

Así, por ejemplo, en las distinciones que hacen las personas sobre el “nivel de valor” en el que se realiza un intercambio, sobre cómo deben hacerse las cosas o las definiciones que asumen sobre lo que ellos o los demás son, hacen o tienen, se encontrarían codificados diversos elementos del ordenamiento social en el que se encuentran inscritos. Como describo en la presente tesis, en relación con el caso de los caficultores *tercos* que continúan produciendo café, aunque se endeuden un poco más en cada cosecha porque, según señalan, es lo que se han habituado a cultivar, o en relación con la vinculación de los “Gallitos de Roca” a las cadenas productivas de valorización del PCC, a través de la socialización de sus producciones. Esto, dado que, la eficacia de un ordenamiento social depende de la capacidad de los agentes institucionalizantes, para hacer que se encarne, preserve y despliegue desde adentro de las personas.

En tales circunstancias, el valor de los productos y las producciones humanas tiende a fetichizarse, produciendo en las personas la sensación de que este proviene de los objetos que

⁶ Society is not a thing at all: it is the total process through which all this activity is coordinated, and value, in turn, the way that actors see their own activity as meaningful as part of it (traducción propia).

lo encarnan o transmiten, antes que de las acciones humanas que lo producen. Como describo en la reconstrucción histórica de las oleadas modernizadoras que tuvieron lugar en el municipio de Santuario.

En tanto referentes de valorización de las acciones humanas y sus productos, los universos de sentido que asume una sociedad, les permitirían a sus miembros, establecer, por contraste, que acciones y productos podrían jerarquizarse o no, en función de su capacidad para ser integradas a ella.

De ahí que, para efectuar el análisis del valor en el presente estudio, tratamos de establecer las acciones que hicieron posible que las personas involucradas en las experiencias rastreadas, percibieran como referente de sus acciones a cierto público, concreto o imaginario -como “las instituciones públicas”, “los turistas”, “el mercado cafetero”, etc.-, que realizaran cierto tipo de distinciones y diferenciaciones –“la productividad”, “el patrimonio”, “lo ambiental”, “la investigación”, “la biodiversidad”, etc.- e hicieran las cosas buscando realizar su valor potencial.

No obstante, debemos considerar que los universos de sentido estudiados, como cualquier totalidad social

...casi siempre va a ser provisional y cambiante, porque siempre está en proceso de construcción por parte de actores que persiguen formas de valor, aunque sólo sea porque esas formas de valor sólo pueden ser realizadas en algún tipo de escenario más amplio. (Graeber, 2001: 78)⁷

Lo anterior implicó para este estudio, asumir que los universos de sentido estructurantes de los procesos de valorización de la cultura cafetera, no serían unívocos, ni estáticos. Por el contrario, que, al estar ligadas a procesos de construcción social, en lugares y tiempos particulares, abrían la posibilidad de que las personas de Santuario pudieran hacer o interpretar las cosas de manera diferente, que pudieran articular sus acciones con personas distintas, coexistir con ellas de manera conflictiva o, que los productos de dichas actividades se realizaran en escenarios más impersonales que aquellos en los que fueron generados.

Esta apertura me permitió descubrir que la prolongada “crisis cafetera” tenía más matices de los que percibí inicialmente y entender las razones que avocaron a las instituciones locales, regionales y nacionales hacia la reconfiguración de los niveles de valor en los que se realizan las acciones humanas asociadas a la caficultura de montaña, así como las

⁷ “it is almost always going to be a shifting, provisional one, because it is always in the process of construction by actors pursuing forms of value—if only because those forms of value can only be realized on some sort of larger stage” (Traducción propia).

distinciones, definiciones, procedimientos y relaciones de producción que la soportan tal como expongo en el presente trabajo

Igualmente, me permitió abrirme a reconocer la emergencia de acciones instituyentes de otros grupos, como los ambientalistas y agro-ecólogos, que proponen otros referentes para la estructuración de las experiencias de valorización de la caficultura de montaña y sus frutos, a partir de la validación de formas de producción orgánica y policultora. Así como la priorización jerárquica del establecimiento de vínculos sociales y la satisfacción de necesidades sustantivas por sobre la realización de su valor de cambio.

Estudiar la valorización de la caficultura de montaña desde esta perspectiva, también me permitió apreciar cómo, a lo largo del tiempo, algunos objetos, prácticas y roles perdían relevancia e incluso desaparecían. Esto ocurría, en la medida en que un universo de sentido era sustituido por otro, o se entremezclaba, como en el momento en que la producción agropecuaria reemplazó a la producción minera como principal fuente generadora de riqueza en la región y el rol privilegiado de “minero” fue reemplazado por el del “campesino montañero”.

Los universos de sentido también sufrían modificaciones en su forma y su contenido, para adecuarse a las fuerzas cambiantes que modelaban el entorno en el que existían, como describo cuando la modernización de la economía cafetera le dio prioridad al incremento de la “productividad” de los monocultivos de café, por sobre la “sostenibilidad” de los ecosistemas estratégicos que daban soporte a la vida rural de montaña.

Así las cosas, la presente tesis se abre a estudiar los procesos de valorización del café y de la “caficultura de montaña” asumiendo que la producción incluye esas impurezas de la vida social que los economistas liberales han denominado “externalidades”. Qué actividades, comúnmente consideradas como “no económicas”, tales como la educación y, en particular, la producción de saberes desde las escuelas rurales, pueden alcanzar una nueva dimensión al reconocérseles como actividades creadoras de valor potencial. Y, finalmente, que, como señala Godelier “los hombres no sólo viven en sociedad, sino que producen sociedad para vivir” (2000, p.189).

4. EL TRABAJO ETNOGRÁFICO

*“Nosotros estamos entrenados para explicar a los otros,
pero jamás para asociarnos a ellos, para hablar
“con” ellos y que ellos nos ayuden a entender a otros,
o a nosotros mismos, pero con sus propias teorías.”*

**Marcio Goldman (en Argañaraz, C; Torres, P.
Revista del Museo de Antropología [S.I.], pp. 149-158, 2017.**

La etnografía es un enfoque epistemológico de construcción de conocimiento en las ciencias Sociales que implica un método particular de construcción de problemas, preguntas y rutas metodológicas para abordarlo con rigurosidad. Este método no disocia teoría y dato, sino que se plantea como teoría en acto, es decir, busca extrañarse de lo que se nos presenta como evidente y describirlo empíricamente de manera tal, que se haga explícita la trama de relaciones que desde la perspectiva del actor permiten dar sentido a formas específicas de estructurar la vida social. (Milstein, 2009).

Este ejercicio supone el reconocimiento tanto de la alteridad que encarna un actor cuando es puesto en situación, como de la necesidad de dialogar reflexivamente con él, desde esa distancia, para dar cuenta de la realidad empírica, tal como es vivida y experimentada por los actores, pero orientada teóricamente por el investigador (Guber, 2005, p. 39). A partir de allí es posible producir argumentos etnográficos que, desde el extrañamiento, hagan posible la ampliación de la comprensión teórica de fenómenos sociales situados, enlazando interpretativamente datos, evidencia, análisis y demostración.

La etnografía que realicé, está atravesada por el concepto de reflexividad, el cual según Guber (1991, 2004) supone que las actividades realizadas para producir y manejar situaciones de la vida cotidiana son idénticas a los procedimientos empleados para describirlas (comprenderlas, comunicarlas), de tal forma que un enunciado transmite información, pero también crea el contexto en el que esa información cobra sentido. De esta manera, los sujetos producen la racionalidad de sus acciones y transforman la vida social en una realidad coherente y comprensible.

Entendido desde la reflexividad, el trabajo de campo etnográfico que realicé, implicó un tránsito cada vez más explícito desde mi reflexividad socioculturalmente determinada, a la de mis interlocutores santuareños. Lo anterior, teniendo en cuenta que para registrar los diferentes elementos de la vida social es necesario reconocer que estos no se restringen a un

ámbito específico (en este caso la institución escolar), sino que están imbricados con otros en diversas dimensiones (Guber, Milstein & Schiavoni, 2014, p. 42).

En esta sección daré cuenta de las generalidades del trabajo de campo, haciendo énfasis en tres aspectos que singularizaron esta etnografía. El primero tuvo que ver con mi articulación, como observador participante, pero sobre todo como colega, en un nodo de investigación interinstitucional, intergeneracional, interdisciplinario y dialógico que desplegaba su trabajo sobre el municipio de Santuario desde el INSA. Una posibilidad que me permitió conocer desde adentro sus procesos de indagación y producción comunicativa. Además, hizo posible que creciera dentro de ellos y dejara madurar dentro de mí, las huella, indicios, y rastros que encontré trasegando las trochas que habían abierto con sus indagaciones, al punto de permitirme desarrollar la percepción necesaria para comprender lo que ocurría a mi alrededor y captar aquellas cosas que al principio era invisible para mí.

El segundo tiene que ver con los diálogos, los encuentros y los viajes que me permitieron extrañarme de una realidad que, en principio se me hacía engañosamente familiar y, encontrar referentes de contrastación empírica para los conceptos institucionales que, si bien estructuraban el proceso de valorización patrimonial del PCC a nivel local, tenían dimensiones globales. Tales procesos fueron de gran importancia en la definición de la modalidad de escritura que adopté para la redacción del presente informe.

4.1 Sobre el trabajo de campo

La descripción que realizaré a continuación hace parte de un trabajo de campo desarrollado entre los años 2014 y 2018 acompañando a los docentes, estudiantes y egresados del INSA que participan o participaron en el programa Ondas⁸ y al profesor Uriel Hernández, su asesor en dicho proceso en el municipio colombiano de Santuario, en el departamento de Risaralda.

El profesor Uriel, me dio acceso a sus archivos sobre el proceso que había desarrollado el semillero de Investigación “Gallitos de Roca” en el municipio de Santuario, allí pude encontrar diversos informes, fotografías de actividades, dibujos, producciones escritas y publicaciones realizadas por ellos. A partir de aquellos materiales me hice una idea inicial sobre quienes eran sus productores, de las actividades que desarrollaban y de su percepción sobre la patrimonialización de la “caficultura de montaña”.

Aquellas percepciones iniciales serían precisadas posteriormente, cuando al acompañar a Uriel en sus labores de asesoría, pude conocer a las personas que aparecían en las fotos y los

⁸ Programa de fomento de la cultura ciudadana de la ciencia, la tecnología y la innovación a través de la implementación voluntaria de la Investigación como Estrategia Pedagógica en diferentes instituciones educativas de Colombia.

créditos de las publicaciones del grupo o firmaban la autoría de los informes. Se trataba de los directivos, docentes y estudiantes del INSA en sus diferentes sedes.

Uriel me presentó ante ellos como un profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira que quería realizar una tesis doctoral sobre el PCC y las investigaciones que realizaban los “Gallitos de Roca” en el municipio. Algo que fue del agrado de mis interlocutores, los cuales se dispusieron para brindarme la información que pudiese necesitar para mi trabajo, o ponerme en contacto con las personas que según ellos podrían tenerla.

Mi afición por la fotografía y las bondades de la cámara de la que disponía por aquel entonces fue rápidamente detectada por el profesor Raúl, coordinador del Semillero de Investigación, el cual me propuso que les ayudara a documentar fotográficamente sus actividades y a enriquecer visualmente sus presentaciones, algo que acepté.

El rol de fotógrafo me permitió establecer una relación muy cercana con él y participar de los análisis reflexivos que realizaban sobre su experiencia, cada vez que los invitaban a compartirla en diferentes eventos. También, a estar presente en la mayor parte de las actividades del semillero tales como reuniones, jornadas de trabajo, sesiones de asesoría y concertación, talleres de formación, campamentos pedagógicos,⁹ ferias de proyectos Ondas, Foros, Sesiones del Concejo Municipal y Festivales Ambientales. Y finalmente, a acompañarlos en distintas actividades que se realizaban en la escuela y en el pueblo, tales como clases, recreos, actos culturales, desfiles, carnavales, festividades político-religiosas como el día del campesino, ensayos de grupos musicales, celebraciones locales de una cooperativa departamental de profesores y la visita oficial que el gobernador del Departamento realizó al municipio. Participar de esa manera me permitió familiarizarme con las dinámicas que se vivían en el municipio desde diferentes escenarios, lugares y tiempos y aproximarme a las diferentes perspectivas desde las cuales los santuareños percibían lo que ocurría en su municipio.

Acompañando al semillero, pude hacerme un lugar en el INSA y, en consecuencia, pude acceder a los registros a partir de los cuales los “Gallitos de Roca” producían sus informes y presentaciones -fotografías, videos y diarios de campo-. También pude acceder al Proyecto Educativo Institucional (PEI) y al Proyecto Ambiental Escolar (PRAE) del INSA, documentos me permitieron conocer la lectura que desde la institución se hacía sobre el contexto en el que se desarrollaba el proceso de escolarización que agenciaba y las apuestas

⁹ Actividades de exploración que desarrollaban los estudiantes sobre diversos aspectos del territorio acompañados de docentes y en ocasiones por “expertos” en plantas, insectos, mamíferos, mitos y leyendas, proceso de producción del café, la historia local, u otros temas según lo que estuvieran indagando.

institucionales al respecto, tales como el énfasis en la enseñanza del inglés y la progresiva articulación de los proyectos ambientales escolares con el emprendimiento, a través de los Proyectos Pedagógico Productivos (PPP).¹⁰

Gracias también al lugar que tenía en el INSA como acompañante del semillero, pude conversar frecuentemente con los estudiantes y los profesores del colegio y las escuelas de la Institución Educativa, incluso con aquellos que no hacían parte del semillero. Estas conversaciones versaban sobre la vida en el pueblo, las dinámicas escolares, la caficultura, la situación de los niños y jóvenes, la migración y los diferentes periodos de violencia que se habían escenificado en aquellos parajes, entre otros muchos temas.

Tal acompañamiento me permitió conocer los lugares, las personas, los procesos, fenómenos y especies de los que hablaban en sus informes, establecer su relación con la valorización patrimonial de la “caficultura de montaña”, y elaborar sobre ellos una buena cantidad de notas de campo, entrevistas y registro fotográficos.

Un momento muy importante del trabajo de campo estuvo relacionado con las entrevistas que tuve con uno de los equipos del semillero que había funcionado en la posprimaria del INSA en el corregimiento de Peralonso y que por dificultades administrativas y logísticas debió suspender sus actividades. Llegué a aquel lugar a través de Diana, una profesora a la que había dado clase años atrás en la universidad y que había estado liderado aquel proceso.

Tuve la oportunidad de dialogar extensamente con los jóvenes de aquel grupo en varias ocasiones sobre su experiencia investigativa, sus hallazgos y las transformaciones que vivieron a través del trabajo de campo que realizaron en sus veredas.

En una de esas ocasiones socializaron sus descubrimientos con un grupo de estudiantes de secundaria de otra institución que están en grados superiores a los suyos. En aquel momento los jóvenes investigadores desplegaron y explicaron con gran solvencia todas las producciones que habían generado en sus investigaciones, al punto que sus interlocutores se quedaron sorprendidos de que aquellos chicos, con menos edad y escolarización, supieran más que ellos sobre su territorio, se expresaran mejor y que, además se entusiasmaran tanto de compartir lo que habían conocido.

Encontrarme con estos jóvenes fue una experiencia reveladora. Según ellos, habían *experimentado conocimiento* investigando y, a través de ello, habían aprendido a percibir, leer y valorar su territorio desde adentro. Por ello, señalaban que, ahora no sólo sabían más de

¹⁰ Los Proyectos Pedagógicos Productivos constituyen una estrategia didáctica orientada a la articulación de la dinámica escolar con las dinámicas económicas presentes en su contexto, mediante el desarrollo de competencias y el desarrollo de una “cultura del emprendimiento” entre los estudiantes.

su territorio que la mayoría de los pobladores del corregimiento, sino que, además, tenían una disposición diferente hacia el conocimiento, así como y hacia sus vecinos.

También por ello, lo que singularizaba su experiencia de investigación, no era sólo que se interesaran e informaran sobre asuntos de su municipio, sino las relaciones que, a través de ella, habían construido con sus interlocutores, entre ellos, como equipo de trabajo, con sus maestros investigadores y con otros investigadores como yo.

Darme cuenta de aquello, me permitió complejizar la comprensión que estaba teniendo de aquel territorio, la cual había estado dominada por el adultocentrismo y, en consecuencia, poder percibir en él, aspectos de gran importancia, que se hacían visibles cuando eran observados desde los lugares que ocupaban los niños, niñas y jóvenes en aquella localidad.

Una de las maneras que encontré para aproximarme a esos lugares, fue participar de los “campamentos científicos”, que organizaban los “Gallitos de Roca”. Participar de aquella manera, me permitió, evocando a Ingold (2015), forzar una abertura que me resultara propicia en la engañosamente monótona vida del pueblo, y sumergirme, con mis intereses investigativos y preguntas por la alteridad que encarnaban, en la densa maraña de trayectorias vitales que se entrecruzaban en los, lugares y memorias que ellos exploraban y producían.

Aquello me implicó seguir las *trochas* abiertas por los integrantes del semillero, y acompañarlos mientras se emocionaban experimentando conocimiento en aquel territorio que apropiaban como suyo mientras le recorrían. Todo aquello, hizo posible que fuéramos afinando en el camino, las percepciones que teníamos sobre nosotros mismos, los demás y los lugares en el que se desarrollaban nuestras experiencias.

Experimentar conocimiento de aquella manera, implicaba dejar que las memorias de otros interpelaran mis memorias familiares sobre la vida en la región, mientras se transformaban nuestras expectativas frente a los que buscábamos, y descubríamos el poder multiplicador de intercambiar los saberes producíamos juntos.

Compartí con ellos sus haceres, dejándome llevar por las preguntas que reflexivamente emergían de aquellas experiencias, intentando encontrar con ellos, eso que les generaba malestar o bienestar con respecto a su territorio y los acontecimientos que ocurren en él, pero que no lograban apalabrar, aquello que no lograban entender del todo, precisamente por estar interferido por el sentido común, los discursos oficiales, las ideologizaciones, las normalizaciones, las generalizaciones, los condicionamientos, las estandarizaciones que se habían instituido a través de generaciones los distintos procesos de valorización de la caficultura de montaña.

A través de aquellas búsquedas y encuentros, pude entender la manera en que muchos hechos que, en apariencia se presentan como aislados o contradictorios, estaban ligados a las maneras en las que sus pobladores habían habitado estas tierras desde hace más de cien años, pero sobre todo, a los cambios generados por las oleadas modernizadoras que, utilizando fetiches distintos cada vez, encubrían relaciones de producción que desvinculan a las personas de sus formas tradicionales de vivir y educarse en las montañas.

Formas que, eran producto, no sólo de la “caficultura de montaña”, sino de siglos de adaptación activa a las condiciones ambientales de una de las regiones más biodiversas del planeta, así como también, a los procesos políticos que institucionalizaron en él, la caficultura de exportación como la forma dominante de integración social

Así, en la medida en que conseguía extrañarme de la manera de entender la ruralidad que había normalizado desde la ciudad, pude replantear y situar mejor mis preguntas iniciales por el significado del valor en aquel territorio y, plantear mi problema de investigación de manera situada en aquella maraña de trayectorias vitales en la que nada resultaba obvio.

Es por ello que, una parte importante de mi trabajo de campo consistió en caminar detrás de los pasos de los “Gallitos de Roca”, recogiendo sus huellas, acompañarlos en sus expediciones en calidad de fotógrafo, deteniéndome en los mojones que marcaban en el territorio o tirando el hilo de los vínculos que tejían a través de sus indagaciones entre personas, temas, entornos y circunstancias, asesorándoles en algunos momentos y con el paso del tiempo, articulándome como su par académico en la red de sabedores que acompañan su experiencia.

Participar de aquella red, me permitió, a su vez, conocer a diferentes expertos sobre temas ambientales y patrimoniales que asesoraban ocasionalmente al semillero, y dialogar con ellos sobre los procesos de valorización de la “caficultura de montaña” que se desarrollaban en la región. Igualmente, tuve la posibilidad de conversar finqueros, jornaleros, comerciantes, transportadores, mineros, profesores y funcionarios ambientales de la localidad, los cuales me enseñaron, a partir de sus experiencias, sobre “caficultura de montaña”, biodiversidad, agroecología, historia local, mitos y leyendas, geografía y hasta geología, temas que se revelaron de gran importancia para comprender lo que ocurría a mi alrededor y en especial, para entender de qué estaban hablando mis interlocutores.

Conversar con ellos se me hizo más fácil, a medida que organizaba un pequeño huerto enfrente de mi casa y experimentaba de primera mano, las ventajas, dificultades y posibilidades que supone cultivar plantas en una región tan rica en biodiversidad. Aquello me

permitió entender mejor de qué hablaban, preguntarles por aspectos muy concretos de sus prácticas e intercambiar saberes con otros en torno a ellas.

En las cafeterías de la plaza de Santuario, también pude conversar con cafeteros, profesores, estudiantes, egresados, madres de familia y camareras sobre la percepción que tenían sobre diversos aspectos de la vida del pueblo. A través de aquellas conversaciones, pude ir entendiendo la manera en que diversos agentes se relacionaban con el modelo monocultor cafetero, producían modos de educar sensibles al ambiente, valorizaban la vida de los que viven y trabajan en el campo y tejían conexiones entre este y la ciudad.

Igualmente, pude evidenciar las desvinculaciones entre los campesinos y la tierra, así como de la escuela con su entorno, las cuales se habían producido en el marco de algunos procesos de valorización de la caficultura en aquel lugar. Fenómenos que tenía profundas repercusiones en la configuración presente de aquel territorio, y a los cuales pude acceder sólo después de problematizar la aparente homogeneidad y atemporalidad de las imágenes que, de municipios como el suyo, produce contemporáneamente el PCC.

4.2 Comparar para comprender

La comparación fue un recurso metodológico de gran importancia para dimensionar desde diferentes perspectivas, la particularidad del proceso de valorización de la caficultura de montaña que estudiaba.

La primera comparación que establecí fue entre el proceso de valorización patrimonial de la caficultura de montaña y los demás procesos de valorización de la caficultura que se desarrollaron desde principios del siglo XX en el mismo territorio.

Para ello realizarla fue de gran valor la posibilidad que me dio Jaime Vázquez, un comerciante y agricultor, que además es historiador local, gestor cultural y líder cívico del municipio, de acceder a sus meticulosos archivos fotográficos y documentales sobre Santuario.

A través de su estudio y de las conversaciones que establecí con Jaime en torno a ellas, pude conocer en detalle la cronología de los acontecimientos históricos más relevantes del municipio y de su relación con otros municipios de la cuenca de los ríos Cauca y Risaralda. Así como también de las maneras cívico-religiosas, a través de las cuales se desplegó el cultivo del café en la región y los avatares políticos y económicos asociados al desarrollo en ella de la “caficultura de montaña”. Elementos que me permitieron contextualizarme y comprender mejor el significado de algunos hallazgos realizados por el semillero.

Además, pude aproximarme, desde la perspectiva de Jaime, a entender en qué consistía la denominada “crisis cafetera” y, en consecuencia, poder problematizar desde la perspectiva de los santuareños, las razones esgrimidas por las instituciones al proponer la valorización patrimonial de la “caficultura de montaña” como una alternativa para superarla.

Otro tipo de comparación que realicé, fue entre la experiencia desarrollada por los “Gallitos de Roca” y otras experiencias de participación escolar en el proceso de patrimonialización que se desarrollaban en los municipios del PCC. Para tal efecto, entré en contacto con otros grupos de profesores de Risaralda, Quindío y el Valle del Cauca que, sin coordinación alguna, trabajaban proyectos de apropiación del PCC, los cuales fueron convocados por Uriel a tres encuentros que se denominaron “El PCC desde el Aula de Clase”. Aquellos encuentros constituyeron un espacio de contrastación que me permitieron a través del diálogo y la escucha, diferenciar las particularidades de la manera en la que los profesores de Santuario asumían el PCC, en particular, que no se limitaban a reproducir el discurso oficial del PCC, sino que construían uno propio, que les permitía erigirse como productores de conocimiento y autoridad local sobre su territorio.

Una segunda forma de contrastación buscaba establecer la particularidad del proceso de valorización de la “caficultura de montaña” en relación con los procesos de valorización que se estaban desarrollando en torno a otros paisajes culturales.

Para ello, asumiendo la idea de Williams de que “el campo nunca es paisaje antes de la llegada de un observador ocioso que pueda permitirse una distancia en relación con la naturaleza” (2011. P.19), visité en calidad de turista cultural, algunos de los sitios de América Latina, incluidos por la Unesco en su lista de Patrimonio Cultural de la Unesco, entre ellos, las Misiones Jesuíticas de los Guaraníes, las Cataratas de Iguazú y la Quebrada de Humahuaca en Argentina, Valparaíso en Chile, Tiwanaku en Bolivia, Oaxaca en México, así como Cuzco y Machu Picchu en Perú.

Conocer aquellos lugares me permitió entender que el proceso de valorización patrimonial de un paisaje cultural no pretende activar de manera sustantiva las prácticas que lo produjeron, sino usufructuar performativamente la escenografía y la discursividad generadas históricamente en torno a dichas prácticas para desplegar otro tipo de actividades, en su mayoría orientadas hacia el sector servicios. Aquello fue muy importante para entender que lo que se estaba valorizando en el proceso que estudiaba en Santuario, era el paisaje y la discursividad asociadas a la “caficultura de montaña”, no el café como tal.

Esta diferencia, suponía, no sólo un cambio de objeto de valorización, sino, además, un cambio en la relación que hasta entonces se había tejido entre escuela y caficultura, la cual,

hasta aquel momento, había estado orientada hacia la adquisición de competencias por parte de los estudiantes para producir café, administrar su familia como una empresa cafetera y “urbanizar” sus aspiraciones de vida y de consumo.

Dicho cambio de relación entre escuela y caficultura se expresaba, en la experiencia de los “Gallitos de Roca”, a través de sus ideas de *aula viva, estudiante competente, experimentar conocimiento o hacer trocha a través de la palabra*, pero también en los direccionamientos institucionales que pretenden vincular los procesos escolares a cadenas de producción de valor a través de los “Proyectos Pedagógico Productivos”, el aprendizaje del inglés y el entrenamiento de las nuevas generaciones en el manejo de programas informáticos.

Otro tipo de comparación que realicé, fue entre la experiencia desarrollada por los “Gallitos de Roca” y otras experiencias de participación escolar en el proceso de patrimonialización que se desarrollaban en los municipios del PCC.

Para tal efecto, entré en contacto con otros grupos de profesores de Risaralda, Quindío y el Valle del Cauca que, sin coordinación alguna, trabajaban proyectos de apropiación del PCC, que fueron convocados por Uriel a tres encuentros que se denominaron “El PCC desde el Aula de Clase”. Aquellos encuentros constituyeron un espacio de contrastación que me permitieron a través del diálogo y la escucha, diferenciar las particularidades de la manera en la que los profesores de Santuario asumían el PCC, en particular, que no se limitaban a reproducir el discurso oficial del PCC, sino que construían uno propio, que les permitía erigirse como productores de conocimiento y autoridad local sobre su territorio.

Finalmente, contrasté lo que encontraba en mi trabajo de campo, con las producciones institucionales que a nivel regional se estaban generando sobre los procesos de valorización de la caficultura de montaña. Para ello, entre diálogo con funcionarios que impulsaban la agenda regional del PCC desde entidades como la Federación Nacional de Cafeteros, la Fundación Manuel Mejía, El Sistema Universitario Estatal del Eje Cafetero (Sueje), la Universidad de Caldas, la Universidad Tecnológica de Pereira, la Universidad Católica de Risaralda y la Universidad del Quindío, la Caja de Compensación Familiar de Risaralda (Comfamiliar) y la Corporación Autónoma Regional de Risaralda (Carder) y la Universidad de Caldas.

Estas conversaciones me permitieron esclarecer la visión oficial sobre el PCC, más allá de lo que planteaban los documentos oficiales y entender, en particular, el significado que le otorgaban al término *valorización* -expandir la lógica del capital a las dimensiones inmateriales de las mercancías, profundizando su fetichización-, así como también, de la relación que establecían entre este y lo que denominaban *paisajes bioculturales*, una figura

que, no sólo diluía la separación moderna entre naturaleza y cultura, sino que además abría la posibilidad para mercantilizar lugares que habían sido sacralizados como Parques Naturales Nacionales, al igual que saberes y prácticas rurales que hasta hace poco habían sido proscritas durante la “modernización de la economía cafetera”.

Comprender aquello me permitió establecer las relaciones entre el proceso de valorización patrimonial del PCC y los procesos globalizadores de financiarización de la economía, que emergieron como respuesta a la crisis del modelo de producción industrial en el que se enmarcaba la producción agroindustrial de café. Pero, además, me permitió diferenciar mejor la idea de *valorización* a partir de la cual los Gallitos de Roca estaban construyendo su discurso sobre el PCC y la manera en que lo relacionaban con la biodiversidad de su territorio.

4.3 Sobre la escritura etnográfica

La escritura es parte del proceso de investigación tanto por los temas, objetos, relaciones que permite producir, estudiar y visibilizar, dependen de la capacidad del autor para encuadrar, modular y registrar en diversos planos de sentido aquello que ha estudiado. De ahí que la modalidad de escritura adoptada en una tesis etnográfica se convierta en una decisión estratégica que afecta la capacidad narrativa y la flexibilidad del autor para expresarse y hacer entendibles sus descubrimientos.

En mi caso, varias razones influyeron para adoptar dos decisiones fundamentales. Una referida a una estrategia de escritura basada en la construcción de relatos caleidoscópicos en los que se entrecruzaban las posturas y las prácticas de diferentes personas e instituciones sobre asuntos y situaciones conflictivas involucradas en el problema que estudiaba.

La segunda, fue la de mantener en lo posible el lenguaje nativo en contrapunto con el lenguaje técnico y académico que, en ocasiones, el primero trataba de subvertir a través de interpretaciones y aplicaciones que excedían los campos de validez para el que fue acuñado.

Con respecto a la primera decisión, esta me permitió volver una y otra vez sobre dichos asuntos y situaciones, contextualizarlos en diferentes escalas y desde diferentes perspectivas, pudiesen ser detallados, problematizados, relacionados y comparados con otros en cada capítulo, para poder captar las razones y las motivaciones de los otros sobre tales asuntos, así como los lugares desde los que las personas construían sus particulares maneras de percibir, ser, tener, hacer y estar. De tal forma quise evocar la manera misma en la que, a lo largo de mi trabajo de campo, lo que veía y los cambios que ocurrían en mi comprensión de lo que veía se entrelazaban a medida que ampliaba y profundizaba mis redes de interlocución.

De esta forma, en la medida en que van apareciendo las diferentes prácticas y posturas de agentes e instituciones, a lo largo de la tesis, aquellos temas, objetos y relaciones, que al inicio se aparecen como evidentes, coherentes y claramente delimitados, se van revelando capítulo a capítulo como móviles, complejos y sometidos a tensiones inherentes al flujo histórico en el que están insertos, en la medida en que se describen experiencias en las que diferentes agentes se aproximan, entrecruzan, confrontan y resisten, haciendo uso de categorías nativas, académicas y técnicas.

En relación con la segunda decisión, mi intención fue la permitir que las voces de las personas naturales y jurídicas incluidas en las descripciones y los relatos caleidoscópicos. Por eso opté, tanto por conservar algunas formas coloquiales y expresiones a través de las cuales los nativos y en particular los “Gallitos de Roca” daban cuenta de sus comprensiones de la realidad. Pero también, formas técnicas a través de las cuales las instituciones planteaban y argumentaban sus propuestas, todo esto, salpicado por notas de carácter literario y periodístico, propias de la documentación que utilicé como apoyo para esclarecer algunos asuntos y las “Traducciones” que de las conversaciones con los “Gallitos de Roca”, hacía el profesor Uriel para presentar sus informes.

Redactar el texto a la manera de una etnografía resultó ser un gran desafío para mí, dado que implicaba realizar una triangulación armónica entre la reflexividad de mis interlocutores, mi propia reflexividad y los planteamientos teóricos que tienen relación con este estudio. En muchas ocasiones me encontré escribiendo monólogos, ensayos teóricos o descripciones sin filtro de lo que planteaban los protagonistas de este estudio.

Mi principal reto fue comprender que el conocimiento organizado del que disponía, dificultaba mi posibilidad de entender *eso que no se entiende* en el campo, ya que obstruía mis posibilidades para entenderlo desde adentro y en movimiento. Pude superar esos escollos a través de ejercicios de acercamiento y distanciamiento emocional y racional de aquello que estudiaba, de manera que logré familiarizarme con los saberes que los santuareños expresaban en sus propios términos, al tiempo que me extrañaba de los supuestos y juicios que utilizaba para interpretar sus experiencias.

En aquel proceso fui modificando las perspectivas desde las cuales había realizado mis aproximaciones iniciales y trajo como resultado que se me fueran revelando, en las frases, las acciones, las producciones comunicativas y los acontecimientos, de los que daban cuenta los integrantes del semillero y los demás actores con los que interactuaba en el municipio, aspectos y dimensiones que no había contemplado, al igual que relaciones inesperadas que

me fueron mostrando la complejidad, la especificidad local y a la vez la globalidad del fenómeno que estudiaba.

Finalmente, en el proceso mismo de redacción del informe, las categorías sociales que emergieron de los protagonistas de esta etnografía, se transformaron en categorías analíticas, y fueron insertadas en campos semánticos diferentes a aquellos en los que originalmente se produjeron, en tanto estaban definidos por el corpus teórico que soportaba mi perspectiva de construir datos e interpretar y ordenar los hechos que estudie.

5. CAPÍTULO I: SANTUARIO, UN MUNICIPIO EN BUSCA DE VALORES



*“Valoramos sólo cuando hay conflicto de valores,
con lo cual la diversidad de los valores
funciona como una especie de prerrequisito
de la propia actividad cognitiva de valorar.”*
John Dewey (en Esteban, J. M. 2013).

En el presente capítulo expongo las motivaciones que me llevaron a desarrollar mi tesis en el municipio de Santuario, realizó una descripción del mismo, así como de la institución educativa del mismo nombre, y finalmente, planteo el contexto de crisis en la que se está produciendo el más reciente proceso de valorización de la “caficultura de montaña” que vive la región. Todas ellas, circunstancias en las cuales, el semillero de investigación “Gallitos de Roca” de la institución educativa INSA, se involucró en aquel proceso, a través de los proyectos de apropiación social de los valores patrimoniales del PCC, que desarrollaba con el apoyo del programa Ondas de Colciencias.

Tales descripciones las realizaré a partir de las experiencias de una docente rural en uno de los corregimientos del municipio, las lecturas de un historiador local sobre la crisis, los análisis realizados por diferentes actores locales y regionales sobre la caficultura en varios espacios de discusión pública que tuvieron lugar en Santuario, así como la revisión del dossier de la declaratoria del PCC como Patrimonio cultural de la Humanidad.

5.1 Una preocupación, dos situaciones y un acontecimiento

Mi interés por Santuario emergió a lo largo de la formulación del plan de tesis, a medida que se juntaban una preocupación teórica, dos situaciones que llamaban mi atención como

docente de la Licenciatura en Etnoeducación y Desarrollo Comunitario en una universidad pública de Colombia, y un acontecimiento social que me confrontó profundamente.

La preocupación teórica emergía desde mi lugar como profesor universitario formador de educadores, ya que sentía la necesidad de encontrar un marco de referencia para abordar la educación, que me permitiera interpelar los discursos que desde el “capital humano” y “la economía de la educación” están condicionando las prácticas escolares contemporáneas, entre ellas, las que se desarrollaban en las escuelas del campo colombiano, un lugar que, según los expertos, atravesaba una crisis de “rentabilidad” y estaba experimentando un largo un proceso de desruralización.

Tal preocupación se fue nutriendo a lo largo de mis cursos de doctorado con el profesor André Roig y los espacios de *Lectura Mundi* que convocaba el grupo de “Capitalismo Cognitivo” de la Universidad de San Martín, al igual que el curso sobre etnografía que tuve con la profesora Rossana Guber y el encuentro afortunado con el Grupo de Estudio y Trabajo en Antropología y Educación que coordina la doctora Diana Milstein desde el Programa de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

La primera situación que llamaba mi atención como docente, eran los extraordinarios desarrollos comunicativos y cognitivos que mostraban los estudiantes de instituciones educativas públicas y rurales, que participaban en los proyectos Ondas en las ferias que una vez al año se presentaban en el campus de mi universidad. Algo que contrastaba con los resultados de las pruebas Saber de medición de competencias escolares, que ubicaba a las instituciones rurales en los últimos lugares de su clasificación.

La segunda situación, era el sinsabor que me producía todo el despliegue publicitario en torno al PCC, para atraer turistas, cuando al recorrerlo, encontraba por todos lados que, en este bello territorio, el paisaje que promocionaban los medios y las agencias turísticas, estaba desapareciendo al reducirse las extensiones dedicadas al cultivo de café y deteriorarse las condiciones de vida de las personas que vivían en aquellos lugares.

Tal situación, sumada a otras que se le superponían, llevó a que dos años después de la declaratoria de la Unesco, los campesinos de Colombia, entre ellos los caficultores realizaran un paro nacional con una enorme envergadura, que llamó la atención del país sobre la crisis que estaban viviendo y las amenazas que se cernían sobre la agricultura campesina, familiar y comunitaria, a partir de la implementación de las cláusulas del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, que restringía el uso de semillas *nativas* y *criollas* en beneficio de la utilización de semillas *certificadas*, un eufemismo para referirse a las semillas producidas por

las seis empresas transnacionales que para aquel entonces tenían el control del mercado de insumos agrícolas -Monsanto, Sygenta, DuPont, Dow, Bayer y BASF-.

Aquel memorable acontecimiento, que alertó al país sobre la crisis que durante los últimos 30 años se había estado agudizando en el campo colombiano, ocurrió mientras estudiaba mis cursos doctorales en Buenos Aires. En un principio el gobierno nacional minimizó el hecho, subestimando la capacidad de los campesinos para convocar la solidaridad de los colombianos a través de las redes sociales, las cuales se usaron intensivamente para denunciar las agresiones en su contra y visibilizar a través de internet, sus precarias condiciones de vida y de trabajo.

De aquel movimiento surgió un neologismo que me recordó, al igual que a muchos de mis contemporáneos, que la inmensa mayoría de los colombianos que habitamos las ciudades, hacemos parte de la primera, segunda o tercera generación de descendientes de los campesinos que desde la década del 40 del siglo XX hasta el presente, han sido forzados a migrar hacia las ciudades, como consecuencia de un largo conflicto armado aún no resuelto, que tiene en la concentración de la propiedad de la tierra, una de sus causas principales.

Cuando volví a Colombia en vacaciones empecé a compartir mis inquietudes con mis amigos y colegas de la universidad y fue ahí cuando me reencontré con Uriel, un profesor de Ciencias Ambientales y asesor del Programa Ondas de Colciencias que me llevó a conocer la experiencia que acompañaba en Santuario. Después de recorrer el municipio y conversar con sus moradores, en particular con los miembros del semillero de investigación “Gallitos de Roca”, sentí que en aquel lugar convergían de una manera notable esas situaciones que me interpelaban como formador de docentes, como habitante del territorio cafetero, como *agro-descendiente* y como investigador, además de muchas otras, cuya relación con los procesos de valorización de la “caficultura de montaña”, fueron revelándoseme a lo largo del trabajo de campo.

5.2 Santuario: Un pueblo de montaña que se hizo cafetero

Santuario es un municipio colombiano ubicado en la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes Occidentales de Colombia en el que habitan 15.702 personas, de las cuales 8.623 viven en su área rural y 7.079 lo hacen en su área urbana. Santuario se extiende por 160 kilómetros cuadrados a través de una gran diversidad de pisos térmicos, que varían desde el cálido, a 1.000 m.s.n.m. y el páramo, hasta los 4.200m.s.n.m. (ver ilustración 1) (I.G.A.C., 1971, 1986). lo cual permite que se cultive una gran variedad de productos tales como

hortalizas, caña, granadilla, mora, lulo, cítricos, plátano, yuca, entre otros, aunque el cultivo predominante en el municipio es el café. (ver mapa1).

Este municipio es recorrido por los ríos Apía, Mapa, Risaralda, San Rafael y Totuú, los cuales, de la mano con la actividad telúrica del Cinturón de Fuego del Pacífico y la actividad humana, han dado forma a valles estrechos, montañas empinadas tapizadas de verdor y caminos sinuosos que las recorren hasta perderse en los bosques subandinos y andinos del macizo del Tatamá.¹¹

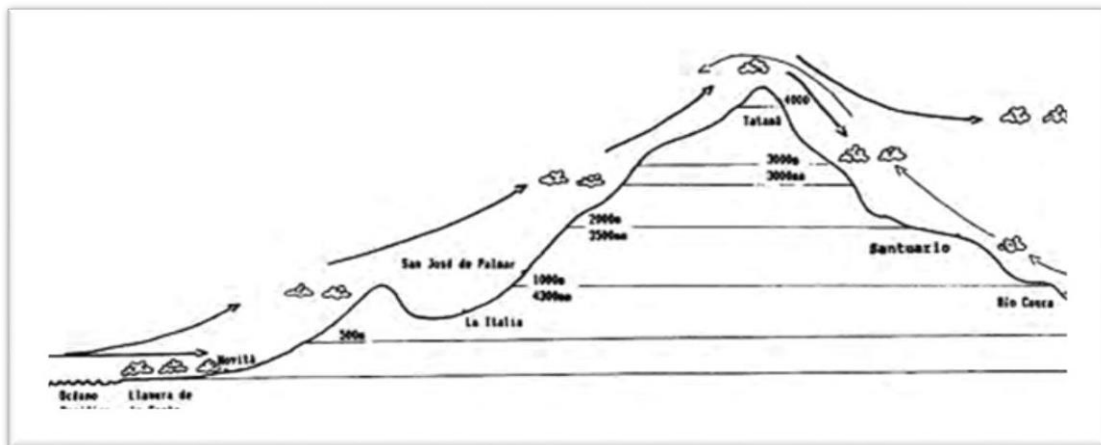


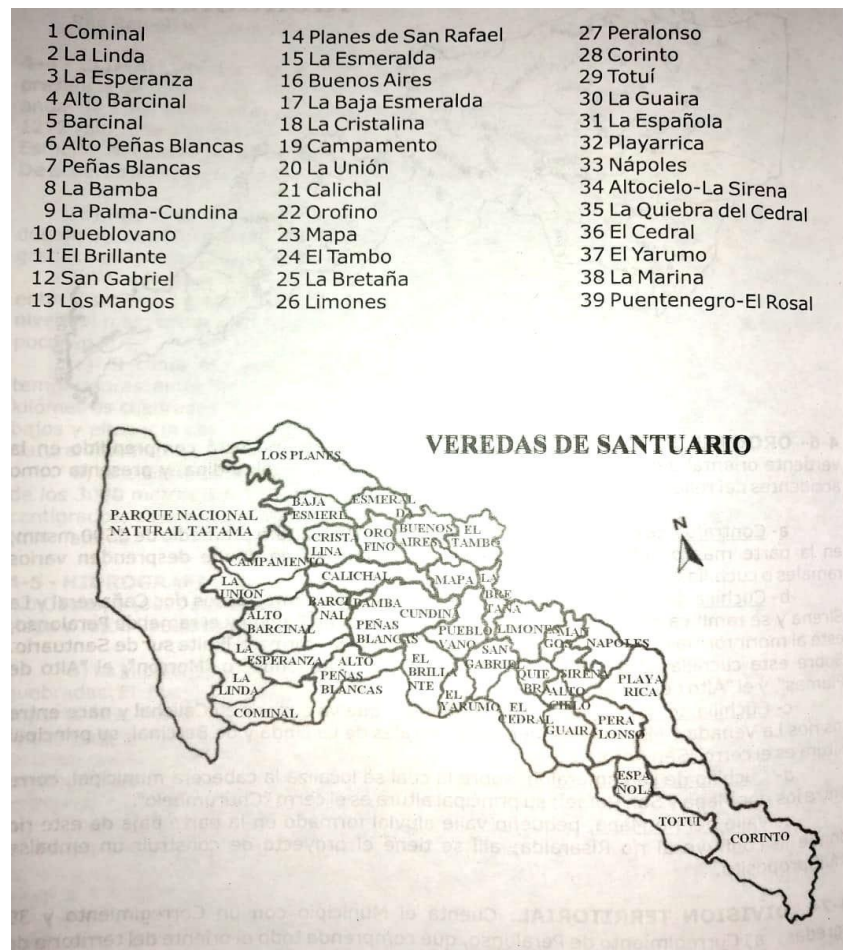
Ilustración 1. Ubicación del Municipio de Santuario. Perfil Topográfico. Fuente: I.G.A.C., 1971, 1986.

¹¹ Según a Unidad Nacional de Parques Naturales Nacionales en el PNN Tatamá, es posible encontrar además de especies endémicas, ejemplares del 80% de las especies de fauna y flora existentes en Colombia

Tales condiciones hacen que este municipio albergue una de las floras y faunas más ricas y únicas del mundo, pero también que sea uno de los lugares en los que se cultiva uno de los mejores cafés arábigos del mundo, el famoso café de Colombia.

En la actualidad el municipio de Santuario cuenta con 39 veredas y el corregimiento de Peralonso (ver mapa 2). Tiene una población de 15.702 habitantes, de los cuales 8.623 viven en su área rural y 7.079 lo hacen en su casco urbano. Muchos de ellos son descendientes de los colonizadores del sur de Antioquia de tendencia católica y conservadora, que durante la segunda mitad del siglo XIX colonizaron estas montañas buscando

riquezas a través de la deforestación de la selva andina, el guaqueo de las tumbas que dejaron los pobladores prehispánicos de aquellas tierras y la explotación artesanal del oro que afloran en el macizo del Tatamá y se sedimenta en los ríos que descienden de él. Igualmente encontramos descendientes de caucanos y alemanes pertenecientes a una facción política conocida como los “Liberales Radicales”, los cuales fundaron el pueblo en 1886, para refugiarse, después de huir de las ricas poblaciones mineras de Riosucio y Marmato, tras ser derrotados en la guerra civil de 1885, que puso fin a la República Federal de los Estados Unidos de Colombia. Los miembros de este grupo tenían dinero, educación formal, formación política y experiencia militar, por ello procedieron a organizar a los campesinos



Mapa 1 Municipio de Santuario, Usos del Suelo. Fuente: Carder

antioqueños que habían iniciado la colonización de aquel territorio unos años atrás, a fin de controlarlo.

Sin embargo, es sólo hasta inicios del siglo XX, después de que culminada la “Guerra de los Mil Días” (1889- 1902), la cual contribuyó a la consolidación de la República de Colombia como un estado centralista y el país empieza a recibir grandes inversiones en infraestructura, que florece el cultivo del café para la exportación como actividad productiva predominante en el municipio, situación que se mantiene hasta el presente.

En estas condiciones, durante más de cien años, estas zonas del municipio ubicadas entre los 1.200 y 2.200 msnm, han sido modeladas por la acción de los campesinos montañeros, en función de producir uno de los cafés de altura o de montaña, más exquisitos del mundo, según los expertos en el tema.

El resultado paisajístico de aquel proceso es un territorio en el que es posible encontrar de manera predominante el monocultivo de café a libre exposición, seguido por los bosques, potreros y zonas con rastrojos o en regeneración natural, las cuales sustentan unas formas particulares de vida rural y urbana que han merecido la atención de la Unesco, al punto que, en el año 2011, Santuario fue escogido para hacer parte de los 47 municipios colombianos, que integran el Paisaje Cultural Cafetero (PCC) (ver mapas 3 y 4), una propuesta de regionalización fundada en la valoración del importante papel que juegan las zonas cafeteras en la dinámica socioeconómica y ambiental del país

El Comité de Patrimonio Mundial de la Unesco, define los criterios de inscripción de los bienes en la Lista del Patrimonio Mundial. Para ello, deben cumplir con al menos uno de los criterios establecidos por dicho Comité. Para el caso del Paisaje Cultural Cafetero (PCC), la declaratoria de Valor Universal Excepcional se justificó según los criterios V y VI:

V. Ser un ejemplo destacado de formas tradicionales de asentamiento humano, o de utilización del mar o de la tierra, que sea representativa de una cultura (o culturas), o de la interacción humana con el medio ambiente, especialmente cuando éste se vuelva vulnerable frente al impacto de cambios irreversibles.

VI. Estar directa o tangiblemente asociado con eventos o tradiciones vivas, con ideas, o con creencias, con trabajos artísticos y literarios de destacada significación universal. (Unesco, 2008)

Según la evaluación que hace la Unesco del Criterio V:

El PCCC es un ejemplo destacado de un paisaje cultural centenario, sustentable y productivo, en el cual, el esfuerzo colectivo de varias generaciones de familias campesinas forjó excepcionales instituciones sociales, culturales y productivas, generando, al mismo

tiempo, prácticas innovadoras en el manejo de los recursos naturales bajo un paisaje de condiciones extraordinariamente difíciles. La finca cafetera típica en el PCCC se encuentra ubicada en un arduo paisaje de empinadas montañas en donde se articula la forma y diseño del paisaje cafetero, su tipología arquitectónica y el estilo de vida de sus comunidades. Ellos lograron crear una identidad cultural sin paralelo en donde el aspecto institucional relacionado con el PCCC no tiene igual en ningún otro sitio cafetero en el mundo. (Unesco, 2008)

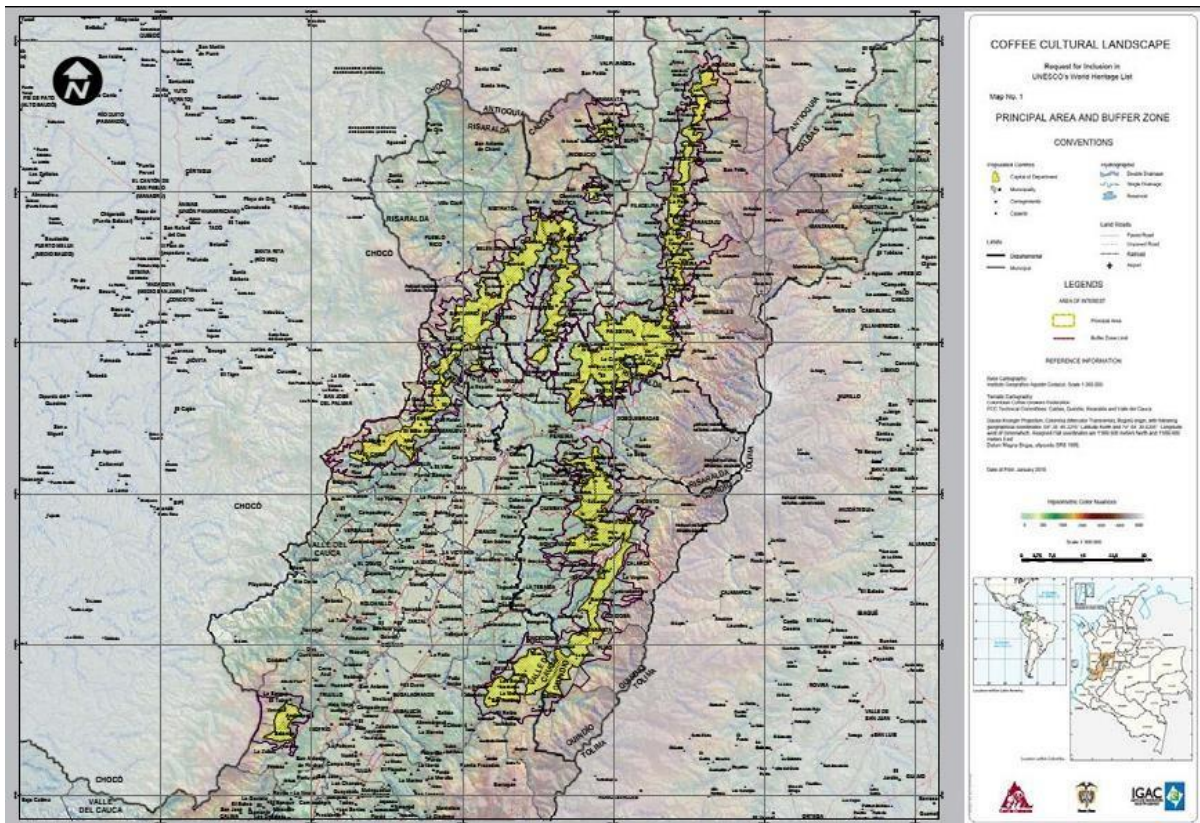
Igualmente, en relación con el Criterio VI, la Unesco señala:

La centenaria tradición cafetera es el símbolo más representativo de la cultura nacional en Colombia, por la cual el país ha obtenido reconocimiento en el ámbito mundial. La cultura cafetera ha llevado a ricas manifestaciones tangibles e intangibles en el territorio, con un legado único que incluye, entre otros aspectos, la música, la cocina tradicional, la arquitectura y la cultura, legados que han pasado de generación en generación. El PCCC representa una armoniosa integración del proceso productivo, de la organización social y de la tipología de la vivienda, única en el mundo y necesaria para el desarrollo de la cultura del café en un área rural tan difícil. (Unesco 2008)

Según el Ministerio de Cultura de Colombia, los elementos evaluados por la Unesco se expresan en

... la profunda identidad cultural que se ha desarrollado alrededor del café y por la existencia de una institucionalidad única que ha construido un capital social estratégico y ha generado sostenibilidad en la producción de uno de los mejores cafés suaves del mundo. Una cualidad que está directamente asociada al territorio en el que se cultiva y

Mapa 3. Municipios del Paisaje Cultural Cafetero. Fuente: Ministerio de Cultura de Colombia.



al conjunto de tradiciones y manifestaciones culturales que están ligadas directamente a la caficultura desde hace más de cien años. (Ministerio de Cultura, 2011)

Es por ello que la Unesco reconoce en el PCC cuatro valores universales excepcionales:¹²

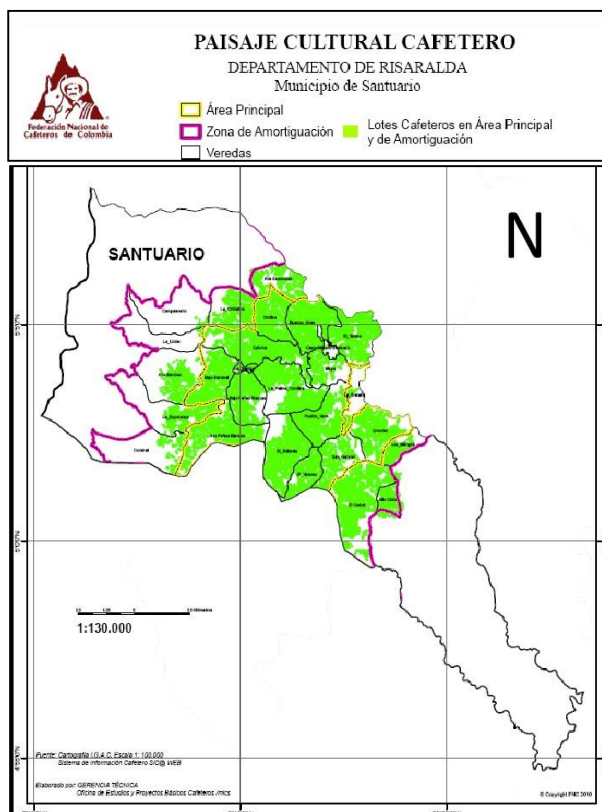
1. Esfuerzo humano, familiar, generacional e histórico para la producción de un café de excelente calidad.
2. Cultura cafetera única para el mundo.
3. Capital social estratégico construido alrededor de una institucionalidad.
4. Relación entre tradición y tecnología para garantizar la calidad y sostenibilidad del producto.

Estos cuatro valores se explicitan de acuerdo con la declaratoria en 16 atributos que diferencian a este territorio de cualquier otro en el mundo:

1. Café de montaña.
2. Predominancia de café.
3. Cultivo en ladera.
4. Edad de la caficultura.
5. Influencia de la modernización.
6. Institucionalidad cafetera.
7. Tradición histórica en la producción de café.

¹² Valor Universal Excepcional hace referencia a la importancia cultural y/o natural de los bienes por su carácter universal y la relevancia que tienen para las distintas generaciones.

8. Estructura de pequeña propiedad cafetera.
9. Cultivos múltiples.
10. Tecnologías y formas de producción sostenibles en la cadena productiva del café.
11. Patrimonio arquitectónico.
12. Patrimonio urbanístico.
13. Patrimonio arqueológico.
14. Patrimonio natural.
15. Poblamiento concentrado y estructura de la propiedad fragmentada.
16. Disponibilidad hídrica.



Mapa 4 Veredas del municipio de Santuario incluidas en el PCC Fuente: Cartografía IGAC Escala 1:100000 Sistema de información Cafetero SIC@web

Vale destacar que esta declaratoria fue posible gracias a un esfuerzo emprendido desde 1995 y retomado en 2001 por diferentes entidades del orden nacional, departamental, municipal y regional que articularon a instituciones públicas, privadas y paraestatales de carácter productivo, ambiental, cultural y académico para construir un dossier que permitiera postular estas zonas cafeteras en la Lista de Patrimonio Mundial de la Unesco, con miras a

encontrar alternativas para reactivar la dinámica económica de la región realizando sus particularidades locales en el concierto de la globalización.

Muy probablemente por tal razón, la Unesco destacó que

“el PCC es un paisaje cultural y productivo excepcional en el cual se combinan elementos naturales, económicos y culturales con un alto nivel de homogeneidad, hecho que respalda el argumento de que el 60% del uso de la tierra está especializado en el cultivo de café” (Ministerio de Cultura, 2011).

Adicionalmente la declaración describe la integridad del PCC haciendo referencia a

“los elementos de adaptación social a un uso único de la tierra pertenecientes a la propiedad, y el desarrollo de tradiciones culturales y sociales altamente específicas y desarrolladas alrededor de la producción de café” (Ministerio de Cultura, 2.011).

Para ser declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad, el Ministerio de Cultura diseñó un plan de manejo del PCC, a través del cual el Estado colombiano se comprometió a garantizar la sostenibilidad de PCC,¹³ garantizando su conservación y la promoción de la apropiación de su valor cultural por parte de la población, en armonía con las actividades económicas que se desarrollan en la zona. Para tal efecto en 2014 emitió el Documento Conpes¹⁴ 3803, que destinó recursos para la gestión productiva del paisaje.

Pensar la sostenibilidad de este patrimonio cultural de la humanidad es un asunto complejo ya que, pese a que en términos formales posee atributos y valores comunes, en la práctica se caracteriza por su alta heterogeneidad en términos de la cantidad y disposición espacial de los usos del suelo y en el manejo que se les da a los cultivos.

Lo anterior se debe en gran parte a la topografía quebrada del terreno y a que la tierra está principalmente en manos de pequeños propietarios -alrededor del 50% de las fincas tienen menos de cinco hectáreas y un 40% de las fincas abarca entre cinco y 36 hectáreas-. El hecho que los predios sean pequeños y pertenezcan a diferentes propietarios permite, por ejemplo, la presencia de pequeños cultivos transitorios como maíz, fríjol y pepino, y la existencia de cercas vivas naturales y pequeñas zonas en rastrojo, los cuales mejoran las cualidades del

¹³ El estado colombiano se comprometió a desarrollar un plan de manejo del PCC para garantizar su sostenibilidad a través de una red que integra Comités Técnicos Locales (integrados por el secretario de cultura departamental, delegados de las secretarías de desarrollo, planeación y turismo, un delegado de la autoridad ambiental respectiva (CAR), un delegado de las universidades y un delegado del comité de cafeteros), Comités Técnicos Regionales (integrado por gobernaciones, un delegado de la autoridad ambiental respectiva (CAR), un delegado del comité cafeteros y otro de las universidades) y un Comité Directivo (integrado por el Ministerio de Cultura, la Federación Nacional de Cafeteros y los gobernadores de los departamentos cuyos municipios hagan parte del PCC).

¹⁴ Documento emitido por el Departamento Nacional de Planeación orientador de políticas públicas y direccionador de recursos nacionales hacia programas de interés nacional.

suelo y permiten la supervivencia y movilidad de diversos animales como mamíferos, aves e insectos, permitiendo así un buen funcionamiento del ecosistema.

Esta heterogeneidad se extiende incluso a los cultivos mismos de café, por ejemplo, si bien el monocultivo tecnificado de café sin sombrero o café de sol es la estrategia de cultivo más extendida en el paisaje, por debajo de los 1.300 msnm en el municipio de



Ilustración 2. Conversatorio sobre Valores y Atributos del PCC. Fuente: Imagen tomada por el autor.

Santuario existen algunas áreas policultivadas con cafetales de sombra. De otra parte, si bien las variedades de café predominantes han sido Caturro y Colombia, después de 2.008 se incrementó la siembra de las variedades Castilla, Catimore y Supremo, y aún subsisten predios con variedades tradicionales de café Borbón y Arábigo.

En un encuentro con docentes y estudiantes del municipio de Santuario sobre valores y atributos del PCC (ver ilustración 2), Sebastián Ramírez, docente de la cátedra de paisaje Cultural Cafetero en la Universidad del Quindío, planteaba:

Risaralda propuso que las áreas que debían ser declaradas como PCC, eran aquellas que tenían caficultura tradicional y si esa propuesta se hubiese acogido, el área declarada sería menos de la mitad actual. (Diario de Campo Conversatorio sobre los valores y atributos del PCC en la ‘Hacienda El Tambo’, Santuario, 14 de febrero de 2015)

Es de destacar también, que, aunque los pobladores reconocen la importancia de los bosques para la producción y protección del agua, actualmente los bosques nativos cubren menos del 6% del área del PCC -aproximadamente 1.330 ha- y se encuentran dispersos en pequeños parches con menos de 20 ha y franjas de vegetación a lo largo de las cañadas. Los parches de bosque más grandes se encuentran en las cimas de algunas montañas la mayoría de los cuales no están protegidos por ley.

De esta forma, los últimos reservorios de agua en esta región son altamente vulnerables a la creciente expansión de las zonas agrícolas. No obstante, es importante mencionar la existencia de áreas protegidas en el paisaje: el Parque Regional Natural Verdum, el Distrito de Manejo Integrado Planes de San Rafael y el Área de Recreación Alto del Rey.

Adicionalmente, resulta extraño para Sebastián y muchos de los moradores de la región que se busque la sostenibilidad de un PCC homogéneo y con un uso único de la tierra, cuando ...se sabe que un único uso de la tierra no sólo deteriora la calidad visual y ecosistémica, sino que es económicamente insostenible para propietarios de parcelas de tamaño reducido. Además, la gente naturalmente cambia, la cultura va evolucionando, es el problema de tener un patrimonio vivo, si se tiene un monumento este se queda quieto, diferente cuando es vivo porque plantea una serie de posibilidades muy amplias, por ejemplo, para donde va a coger la gente, en que se va a interesar la gente, porque finalmente el patrimonio lo mantienen los campesinos y estos tienen trayectorias de vida, social, económicas muy variadas. (Diario de Campo Conversatorio sobre los valores y atributos del PCC en la Hacienda ‘El Tambo’, Santuario, 14 de febrero de 2015)

Precisamente, ese PCC homogéneo que excluye usos múltiples de la tierra es el modelo de caficultura que desde los años 80 se ha venido revelando como insostenible en términos ambientales, económicos y sociales, al punto que la región que está siendo patrimonializada está padeciendo aún los estragos de una crisis cafetera que ha propiciado una pérdida de “rentabilidad” del negocio de la “caficultura de montaña” para sus productores.

5.3 Modernización y crisis cafetera

La crisis cafetera que se desató a partir de 1.989 ha sido considerada hasta ahora la más aguda en toda la historia del grano (Ramírez *et al.*, 2002) es el epílogo de un proceso conocido como “Modernización de la Economía Cafetera” el cual se implementó en la región a partir de los años sesenta del siglo XX y se caracterizó por la implementación de los postulados de la “revolución verde”¹⁵ a la caficultura, los cuales transformaron el paisaje de bosque a monocultivo cafetero buscando incrementar la “productividad” de los cultivos y el posicionamiento internacional de la marca Café de Colombia.

Desde una perspectiva macro, esta crisis está asociada con la reestructuración financierizadora del sistema económico mundial y la revolución tecnológica de la información, la logística y la comunicación y estalló cuando las instituciones cafeteras colombianas perdieron su capacidad estabilizadora y de fomento sobre la caficultura.

¹⁵ La Revolución Verde se refiere al proceso iniciado en los Estados Unidos en 1940 e implementado en los países del llamado “Tercer Mundo” entre 1960 y 1980, que consistió en utilizar variedades mejoradas de semillas, cultivando una sola especie en un terreno durante todo el año (monocultivo), y la aplicación de grandes cantidades de agua, fertilizantes y plaguicidas, para incrementar de dos a cinco veces la productividad agrícola.

Las instituciones cafeteras nucleadas en torno a la Federación Nacional de Cafeteros¹⁶ cumplían, desde los años 40, una importante labor estabilizadora de la relación capital-trabajo a través de su intervención paraestatal como recaudador de los impuestos a la exportación cafetera y distribuidor indirecto de renta a las familias cafeteras. Esto último, a través de inversiones en educación y construcción de infraestructura.

Igualmente, estas instituciones cumplían un importante rol como estabilizador de la relación entre los bancos y los caficultores, relegando a un segundo plano la tendencia a la inestabilidad de los mercados financieros de manera que los bancos y corporaciones de ahorro del grupo cafetero estaban orientados captar el ahorro nacional a fin de dar crédito de la actividad cafetera y estimular las inversiones privadas favorables a los productores cafeteros. Las políticas de liberalización de mercados desarrolladas a lo largo de los años 80 condujeron a la ruptura del pacto mundial de cuotas de exportación a través del cual se regulaba el mercado cafetero y este hecho empujó la caída sostenida de los precios de venta del café a nivel mundial al tiempo que se incrementaban los costos de producción tecnificada del café excelso de ladera en Colombia.

La crisis alcanzó su fase crítica en los 90 cuando la financiarización de la economía desbordó la capacidad de los estados nacionales para regularla y ésta se globalizó, absorbiendo y re direccionando los ahorros nacionales hacia la especulación financiera. Estos cambios condujeron a la quiebra del grupo empresarial cafetero de Colombia, el cual no tuvo la capacidad para adaptarse a las nuevas condiciones de creciente incertidumbre e inestabilidad.

Talbot señala que el principal cambio asociado a la liberalización del mercado cafetero fue establecer “cadenas globales de valor” que van desde el productor al consumidor que

(...) a medida que se intensifican los procesos de globalización, se agudizan los esquemas de desigualdad geográfica en la distribución de las ganancias del comercio global. En este sentido, los nuevos actores que decidan incorporarse a la cadena de valor se involucran en una lucha continua en búsqueda de nuevas formas de renta o nuevas maneras de captar su propio plusvalor, en contra de una hegemonía comercial sumamente poderosa y organizada. (Talbot, 1998)

¹⁶ La Federación Nacional de Cafeteros es una asociación de comercio, entidad privada y organización sin ánimo de lucro con funciones públicas, fundada en 1927 para promover la sostenibilidad del negocio de la caficultura colombiana. Legalmente tiene la autoridad para administrar y gestionar los recursos provenientes de los impuestos a la exportación del grano. Actualmente agrupa a 563.000 productores de café siendo una de las ONG rural más grande del mundo Opera gremialmente como representante de los cafeteros colombianos a nivel municipal, departamental y nacional a través de Comités elegidos democráticamente.

Este proceso de ajuste desigual e injusto en el negocio global del café se ve reflejada en lo que Ponte (2002) ha denominado “la paradoja del café” y es que, pese al estancamiento global del consumo de café en la última década, los precios del café en taza no paran de aumentar, a la vez que los precios al nivel del productor en los mercados internacionales han disminuido. Para el 2017, según Rodolfo Vélez, presidente de la Federación, “de lo que vale una taza de café en Nueva York, US\$3,5, un productor recibe US\$0,05” (Natalio Cosoy, julio 13 de 2017).

A esta crisis institucional se le han sumado a nivel local una serie de plagas como la roya y la broca, producto de los desequilibrios ambientales generados por el predominio del monocultivo cafetero, que afectaron severamente a los cafetales e incrementaron sustancialmente el costo de los paquetes tecnológicos introducidos para contenerlas - fungicidas, semillas genéticamente modificadas, zoqueo¹⁷ periódico de cafetales, entre otros- y el impacto de los mismos en los ecosistemas con los que coexiste la caficultura.

El impacto de estos fenómenos ha afectado severamente a la región especialmente a la “rentabilidad” del negocio cafetero que se ha visto reflejado en aspectos como la reducción de las áreas cultivadas, la concentración de las propiedades cafeteras, la participación del valor agregado generado por el café en la región se redujo en 43% entre 1990 y 2005 y el aumento del desempleo que llegó a alcanzar tasas del 50 y 60% y se mantiene entre las más altas del país.

La crisis cafetera significó un empobrecimiento generalizado de una población que otrora se enorgullecía de tener algunos de los mejores indicadores sociales de bienestar del país y uno de las áreas más afectadas ha sido la educación, la cual ha perdido importancia para el ascenso social de los pobladores, al punto que incluso se han incrementado los niveles de analfabetismo y muchas de las personas con mayores niveles de escolaridad han migrado para sostener a sus familias. En el caso de Santuario se estima en un 7% la población del municipio que ha migrado. A esto se ha sumado la extensión del conflicto armado a estos lares y la expansión del mercado interno de las drogas en los sectores rurales de la región.

Sin embargo, desde la perspectiva de Jaime Vásquez, de quien citaré varios apartes de nuestros encuentro personales, es un reconocido cronista, comerciante, agricultor y dirigente social de Santuario que ha dedicado su vida a recuperar y divulgar elementos culturales e históricos de su municipio desde la época aborígen hasta el presente, la crisis no empezó en 1989, sino que tiene sus raíces en la modernización de la economía cafetera que desde finales

¹⁷ Técnica de renovación de cultivos comerciales de café que implica la tala de arbustos de entre seis y siete años para renovar su capacidad de producción.

de los años cincuenta impulsó la Federación, inspirada en los modelos de agricultura tecnificada promovidos por la Agencia de Naciones Unidas para la Alimentación (FAO), según él,

... la modernización transformó el modo de vida de los campesinos del municipio, los cuales desde finales del siglo XIX habían amoldado sus ritmos de trabajo y sus forma de vida acorde a los ciclos biológicos del cultivo de café, que cada familia supo amoldar a sus saberes y tradiciones en un perfecto equilibrio entre 'productividad' y ecosistema, eso hizo que los cafeteros y su región fueran autosuficientes y sostenibles gracias al producido de la rubiácea, hasta que llegó la moda de someter todo a la especulación económica y financiera, y el café no pudo sustraerse a esta corriente nefasta. (Vásquez, 2013a)

La modernización de la economía cafetera en Colombia corresponde a lo que Fernández (2008) ha denominado territorialización del capital, un proceso que implica la desterritorialización del campesinado, a través del que se crea, destruye y recrea el trabajo familiar, abriendo camino al trabajo pagado -no necesariamente asalariado- y la expansión de la lógica de la ganancia en las relaciones sociales de los habitantes del campo, afectando su relación con el entorno y modificando los valores culturales que proveen de sentido a sus acciones.

En el caso de Santuario, lo señalado por Fernandes, tomó la forma del monocultivo cafetero tecnificado y según Jaime ha afectado al municipio de manera transversal al territorio, sus habitantes y su cultura, al respecto señala que

...la forma de trabajar la agricultura, el café, nos han traído de los policultivos al monocultivo con alta densidad de siembra y a libre exposición, con alto consumo de agroinsumos, eso está afectando gravemente el medio ambiente, ya que se ha sacrificado la biodiversidad que tenía nuestro territorio por llenar especulaciones de exportación de un grano que al campesino no le está dando mayores utilidades. Quizá esté dejándole utilidades a multinacionales y empresas exportadoras de café, pero al campesino lo está sacando del medio, entonces hemos cambiado campesinos por comerciantes del agro. (Jaime Vásquez, 2014)

Jaime hacía alusión a la transformación en el modo de producción cafetera tradicional conocido como policultivo cafetero ya que las variedades que se plantaban requerían sombrío para su producción y dependían de la coexistencia con otras plantas nativas para el control biológico de las plagas que podían afectarlo. Según recuerda Jaime

...el abono de estos cultivos se realizaba de manera orgánica de modo que sus costos de producción eran muy bajos, su rendimiento elevado y la expectativa de producción de un

cultivo oscilaba entre los 50 y los 60 años. Los campesinos que lo cultivaban eran mayoritariamente minifundistas, poseían usualmente huertas caseras en las que tenían cultivos de pan coger, lo mismo que plantas ornamentales y medicinales, además de aves de corral, cerdos, vacas y caballos que aseguraban su soberanía alimentaria lo mismo que su movilidad por los caminos de herradura. (Vásquez, 2013a)

En estas circunstancias los habitantes rurales adquirieron, desarrollaron y compartieron una serie de saberes locales que les permitieron gestionar su vida con autonomía, al tiempo que, al decir de Jaime “de campesino a campesino, de generación en generación se fueron mejorando las prácticas para producir café de calidad para el mundo sin agredir al medio ambiente” (Vásquez, 2013a).

Este fue el modo de producción que pretendió ser transformado por la Federación Nacional de Cafeteros con el proceso de “modernización de la economía cafetera”, el cual impuso un modo de entender el territorio que supuso el reordenamiento de los espacios, las relaciones entre las personas y sus conocimientos en una perspectiva fundada sobre las nociones de “productividad”, organización empresarial, tecnificación, concentración de la propiedad y monetarización generalizada de los intercambios sociales.

Para Jaime

... esto ocasionó el mayor arboricidio en la región cafetera y con ello la desaparición de innumerables especies de flora y fauna, la desaparición de muchas fuentes hídricas, la desaparición de la agricultura de subsistencia y la invasión por los cultivos de café de áreas de bosques, pastos, frutales o las rozas. El suelo empezó a degradar su capa vegetal y su estabilidad por acción del sol, el agua y el viento y por el abuso de fertilizantes y agrotóxicos en procura de forzar una producción, que antes se daba de forma natural. De los ríos desaparecen una gran variedad de peces, y tanto para sólo lograr incrementar un 30% la producción, sacrificando la ‘productividad’, la calidad y la eficiencia. (Vásquez, 2013a)

La introducción de café caturro permitió que las parcelas de cinco hectáreas y menos ganaran importancia monetaria, ya que en el mismo espacio en donde antes se cultivaban 800 matas de café de la variedad tradicional con sombrío, se plantaron hasta 4000 caturros.

Las consecuencias ambientales de este proceso empiezan a ser notables en la actualidad en sectores rurales de Santuario, tales como el corregimiento de Peralonso, donde se concentran las mayores zonas de monocultivos intensivos de café, en donde ha empezado a escasear el agua. Tal situación se generó debido a que, en su afán de maximizar la ganancia, muchos caficultores no respetaron las márgenes de las quebradas o deforestaron las empinadas

cuestas de las zonas altas de la cordillera, poniendo en riesgo los nacimientos que surten de agua a los acueductos veredales.¹⁸ Esta situación que se hizo crítica en las temporadas de verano, cuando el caserío del corregimiento debió ser surtido a través de carro tanques.

La modernización también supuso la transformación de los campesinos en caficultores haciéndoles cada vez más dependientes del financiamiento y la asistencia técnica foránea, así como la pérdida de la soberanía alimentaria del municipio y el incremento de los costos de producción de café tecnificado para los pequeños y medianos productores a cambio de un aumento temporal de sus ganancias y la posibilidad de acceder a créditos con las Instituciones bancarias cafeteras.

En Santuario la modernización implicó la exclusión a mediano plazo de una amplia proporción de trabajadores, así como también a los pequeños y medianos productores. Jaime describe este proceso de una manera descarnada:

Tras este paisaje cafetero uniformado y distorsionado, se ha venido degradando la vida y el trabajo de los hombres del campo de la zona cafetera, que hace posible la existencia de la caficultura: el recolector, el alimentador, o el jornalero deben sobrevivir con menos de medio salario mínimo mensual para pagar el arrendamiento de una vivienda para la familia, alimentarla, costear la educación y salud, y además en muchas fincas cafeteras se les explota en los llamados 'estafariatos'¹⁹ o tiendas, y suministro de sustancias psicoactivas para descontar del pago, sin mencionar dormitorios totalmente indignos. Las malas políticas de la Federación que están llevando a la quiebra los pequeños y medianos productores de café también han hecho que cada vez más gente se vaya del pueblo. Ese pequeño productor que vivía con su familia en la finca, que producía alimentos, que cuidaba el ambiente y que derivaba de su parcela al menos el 80% de sus ingresos, ahora ha venido siendo expulsado mediante la restricción de crédito, por presiones tecnológicas, mediante la aplicación de UAF (Unidades Agrícolas Familiares)²⁰ inapropiadas, por el acoso de colindantes, por cortes en el suministro de agua en los acueductos de las veredas para atender prioritariamente las explotaciones mayores, por cierres arbitrarios de las vías y servidumbres, y hasta amenazas para que salga de su predio y emigre.

¹⁸ Vereda es un distrito rural, los cuales son considerados la división territorial más pequeña posible en el país.

¹⁹ Modificación sarcástica de su denominación original de "comisariatos", lugares en los que se le fia a los trabajadores bienes y servicios.

²⁰ La Ley 160 de 1994 define la UAF como "la empresa básica de producción agrícola, pecuaria, acuícola o forestal cuya extensión, conforme a las condiciones agroecológicas de la zona y con tecnología adecuada, permite a la familia remunerar su trabajo y disponer de un excedente capitalizable que coadyuve a la formación de su patrimonio. La UAF no requerirá normalmente para ser explotada sino del trabajo del propietario y su familia, sin perjuicio del empleo de mano de obra extraña, si la naturaleza de la explotación así lo requiere."

Ahora se busca que la producción del grano esté en manos de medianos inversionistas capaces de asumir los costos de la propuesta tecnológica con variedades más exigentes y con nuevas plagas y enfermedades. No hay espacio para los jóvenes ni para la familia campesina y sólo el analfabetismo, la escasa educación y la pobreza han logrado mantener la mano de obra en la zona cafetera, los cafeteros de ayer están terminando abandonados en asilos para ancianos, ocupando áreas marginales en las ciudades o haciendo largas filas persiguiendo subsidios de Familias en Acción, desplazados, desmovilizados, de la tercera edad, o invisibilizándose para que sus esposas tengan beneficios como mujeres cabeza de familia, etc. (Vásquez, 2013a)

En la actualidad la situación laboral de los trabajadores del campo, en particular de los cosecheros es bastante complicada en toda la región. Dadas las condiciones topográficas del PCC la modernización de la economía cafetera no pudo avanzar en la mecanización de la recolección, por eso todavía hoy, la cosecha de las haciendas cafeteras sigue siendo una labor artesanal llevada a cabo por una población flotante que busca permanentemente oportunidades de ingreso, pero a pesar de ello encuentran condiciones de trabajo tan precarias en el campo que en los últimos años también han empezado a migrar para “rebuscarse” la vida en las ciudades.

Javier, un conductor de jeep interveredal de este municipio me contaba como en septiembre del 2015, al igual que en el 2014, los cafetales que se extienden por toda la zona central del Santuario estaban rebosantes de frutos maduros y, sin embargo, no había suficientes trabajadores para recoger la cosecha

...fincas donde usualmente se contrataban hasta 1000 trabajadores apenas lograron reunir 600, ni siquiera subiendo el precio de recolección lograron atraer cosecheros. Las fincas más alejadas tuvieron mayores dificultades para contratar personal, algunos caficultores compraron incluso chivas para recoger a los trabajadores en sus casas y los transportaban directamente a la finca, para asegurarse que fueran a trabajar, o traían indígenas Embera Chamí de los resguardos del norte de Risaralda para realizar esta labor porque ellos trabajan mucho, se les puede pagar poco, comen lo que sea y duermen en cualquier parte. (Diario de Campo Campamento Pedagógico vereda la Baja Esmeralda, 29 de agosto de 2014)

Avisos en la prensa y la radio regional y nacional convocan mano de obra para la cosecha prometiendo buenas condiciones de trabajo, sin embargo, las relaciones laborales en esta zona siguen siendo informales, los contratantes no les reconocen subordinación laboral alguna a los cosecheros, por tanto, se les paga acuerdo a la cantidad de café que recolecten.

Esta situación se complejiza en años de sequía, en los que se generan las condiciones propicias para que los monocultivos cafeteros se infesten de broca, un insecto pequeñito que devora la semilla desde su interior y que no ha podido ser controlado a pesar de la implementación de costosas tecnologías de control de plagas.

En estas condiciones la recolección se hace más penosa pues como me decía un cosechero de la zona llamado Roberto:

(...) uno ve esos arbolitos rojitos de café y uno se anima, pero cuando uno los recolecta eso no pesa un culo y lo que alcanza a ganarse en un día es muy poquito, además que en muchas fincas uno debe comprar la comida en los alimentaderos y ahí sí que lo que le queda a uno es nada. (Diario de Campo Campamento Pedagógico vereda la Baja Esmeralda, 29 de agosto de 2014)

Sin embargo, la situación parece ser aún más compleja ya que no se limita sólo a un asunto laboral, sino que además involucra otras dimensiones de las relaciones entre las personas, que ponen en evidencia que en la cultura de los cosecheros se encuentran los límites del proceso de modernización. Como lo comentan algunos propietarios como don Isaías:

No siempre están mal pagos, como ahora no hay tantos, los cosecheros ahora buscan las fincas donde les paguen más, hay gente que está ganando mucha plata recolectando, gente que se coge hasta 250 kilos diarios a 450 el kilo, o sea más de \$100.000 al día y cuando nosotros en tiempo de cosecha necesitamos que estén el mayor tiempo posible, nos salen que con que el día viernes ya no lo trabajan, que dizque porque ya me lo gané, ya me cuadré, que me puse una meta de ganarme \$400.000 o \$500.000 en la semana y ya me los conseguí, y uno les dice, hombre, pero, porque no aprovecha ahora que está ganando bien y ahorran para que descansen en la época dura cuando les toca voliar machete²¹ y me dicen: ah no, ya me lo gané.

Tienen mentalidad de negro, de esos que lo que viven el día a día y no les importa ahorrar y eso, y lo que se ganan vienen y se lo gastan en la zona de tolerancia, el día domingo están dizque diciéndole a uno que si les presta después que el viernes recibieron hasta \$400.000. En el caso de los jóvenes, algunos sólo trabajan dos o tres días a la semana y parece que muchos de los que antes cosechaban por acá se fueron a trabajar en la minería ilegal y a raspar coca en el Chocó, donde ganan mucho más. (Diario de campo conversaciones con caficultores en la plaza del pueblo, agosto 15 de 2017)

²¹ Quitar las malezas de los cultivos una vez pasa la cosecha

La modernización de la economía cafetera supuso una profunda transformación cultural, especialmente en lo referido a la preeminencia del valor de cambio sobre el valor de uso de la tierra y sus productos, lo cual a su vez supuso una devaluación de los saberes asociados a las prácticas agroecológicas de cultivo entre la población, lo mismo que los relacionados con las propiedades medicinales y alimenticias de las plantas y el conocimiento del territorio. Saberes estos que han sido construidos a través de la densa red de procesos de territorialización indígena y campesina que ha vivido la región a lo largo de siglos.

Jaime lamenta este hecho:

Ahí hay un error y es no apreciar el valor cultural de lo que tenemos y hemos construido. Estas problemáticas han afectado nuestro patrimonio arquitectónico, desfigurándolo, se ha impuesto la creencia que las casas viejas deben ser cambiadas por casas de cemento, hierro y Eternit. Se desconoce que en nuestro municipio hay una conjugación de valores, porque no podemos desligar el paisaje construido del paisaje natural, ambos son muy ricos e importantes, la arquitectura, las formas de cultivar café tienen un valor cultural muy importante que no se puede desconocer, así como lo tiene el cerro Tatamá, que tras él se esconde una historia grande de épocas aborígenes, de conquista, colonia y colonización. A eso hay que agregarle la cultura de la gente de Santuario, que, aunque es un valor intangible, hay que salir a protegerlo porque está desapareciendo. (Jaime Vásquez, 2014)

En contrapartida la modernización de la economía cafetera propició que los saberes escolares urbanizantes impartidos por las escuelas y la asistencia técnica de los expertos de la Federación fueran ganando un peso cada vez más importante en la vida de las personas del pueblo.

Como componente esencial de tal proceso, la Federación patrocinó la expansión de la educación primaria y secundaria en las zonas cafeteras a través de la financiación y dotación de escuelas públicas, con el ánimo de fortalecer las capacidades de los caficultores para asumirse como empresarios cafeteros, un esfuerzo que fue respaldado a través de la apertura de vías carretables, la extensión de los servicios públicos a las veredas cafeteras y la construcción de la infraestructura para el manejo tecnificado de las nuevas variedades de café.

Todo esto, si bien significó un mejoramiento de los indicadores oficiales de calidad de vida, a la larga terminó generando para Jaime una nueva problemática: el distanciamiento de las nuevas generaciones del territorio que forjaron sus mayores

... la educación que tenemos expulsa a la gente del medio rural hacia el medio urbano y expulsa de acá del pueblo hacia las ciudades y hacia el exterior. En otras palabras, no tenemos colegios que impartan la educación que necesitamos para salir adelante con el pueblo... Lo otro es la pérdida de cultura debido a la falta que las nuevas generaciones sigan trabajando en el territorio, todos ellos están emigrando, Santuario es un gran expulsor de juventud hacia las ciudades y el exterior.²² Estamos quedando los viejos acá, entonces hay una tradición cultural de conocimiento del entorno que se está perdiendo, con decirle que el promedio de un buen trabajador de finca, de esos que saben cómo trabajar la tierra, es de 53 años. (Jaime Vásquez, 2014)

Los argumentos esgrimidos por Jaime, daban cuenta de algunas de las razones por las que, para muchos padres y estudiantes en Santuario, la experiencia escolar aparece como disruptora de su relación con el campo. En este sentido Andrés, un campesino de la zona, me comentaba con preocupación, como la obligatoriedad de enviar a los niños a las escuelas para poder acceder a subsidios como Familias en Acción y la posición de la Federación de impedir que los niños trabajen en las fincas cafeteras que aspiran a ser certificadas, aleja a los niños y los jóvenes no sólo de las faenas del campo, sino del campo mismo, y no les permite adquirir la sensibilidad, los conocimientos y las habilidades que se requieren para vivir en él, y en consecuencia, cuando salían del colegio o alcanzaban la edad de ser contratados, ellos prefieren migrar a las ciudades. (Diario de Campo Campamento Pedagógico vereda la Baja Esmeralda, 29 de agosto de 2014)

Otra muestra de aquello fue la frase que dijo un obrero de construcción que estaba realizando la remodelación de una discoteca, mientras almorzábamos en un restaurante local: “Dios quiera que no me toque trabajar en el campo, allá el trabajo es muy duro y pagan muy mal.” (Diario de Campo, recorrido por Santuario, 1 de junio de 2016).

Todo ello se sumaba a la desazón de Jaime Vásquez en relación con el tipo de educación que se administraba en su pueblo, ya que, según él, estaba planteada no sólo para sacar a las personas del campo, sino además para sacar el campo de las personas (Jaime Vásquez, comunicación personal, julio de 2014).

Esta apreciación la ratificaba el rector del Instituto Santuario (INSA), la mayor institución educativa del municipio de santuario que cuenta con dos sedes de primaria y una de media en el centro poblado del municipio y una de posprimaria en el corregimiento de Peralonso, al indicarme que a la vez que decrece el número de egresados, crece el porcentaje de estos que

²² Santuario presenta en la actualidad un estancamiento en su crecimiento demográfico y una parte significativa de los santuareños han migrado a otras ciudades y a otros países, principalmente a Estados Unidos y Francia.

emigran, y en particular la tendencia a que “los hijos de los campesinos prefieran vender tomates o cualquier otra cosa en la ciudad antes que trabajar en el campo, así sea en sus propias tierras” (Rector del INSA, comunicación personal, febrero 16 de 2015), una situación que se hace más compleja si tenemos en cuenta que niños y niñas de las veredas cercanas a la cabecera municipal están siendo institucionalizados desde edades tempranas como los dos años en hogares comunitarios.

Este desdibujamiento del campo como un lugar de vida posible se expresa también en los resultados del censo realizado por el INSA relativos a las actividades futuras que aspiran realizar los estudiantes: el 42% planea viajar al exterior, el 30% piensa ingresar a la universidad, el 11% deseaba ser deportista y sólo el 17% ser agricultor, a la par con oficios como militar o conductor. No obstante, pese a los esfuerzos de la Federación y los docentes de los colegios y escuelas del municipio la cobertura educativa en básica primaria está lejos de ser universal, datos de la Agencia Nacional para la Superación de la Pobreza Extrema de 2013, señalan como el analfabetismo en el municipio de Santuario alcanzaba al 34% de la población más pobre, un dato que coincide con el censo del INSA, según el cual el 30% de los padres o acudientes reportan no haber tenido ninguna formación académica formal, el 47% dice haber alcanzado algún grado de escolaridad primaria, el 16% han alcanzado algún grado de bachillerato y sólo un 4% ha tenido una preparación técnica o universitaria (PEI INSA, 2009).²³

Esta ausencia de escolaridad pareciera no importar mucho a la hora de encontrar empleo en los negocios del pueblo, como pude constatar con Lucy, una de esas madres de familia registrada por el censo del INSA que labora como cocinera en un restaurante en compañía de un joven bachiller recién egresada del INSA, una situación que hace que, para ella, la escolarización tenga un significado ambiguo, al respecto me contaba:

... yo no pude estudiar porque mis padres no tuvieron con qué, yo me crié en la finca y después me vine para el pueblo y me conseguí este trabajo en el restaurante, pero si me resulta algo yo me voy, yo quiero mucho a Santuario, porque aquí nací, pero aquí no hay futuro si uno quiere progresar, yo creo que por ahí el 80% de la gente de aquí se iría del pueblo si pudiera, o mandaría a sus hijos a estudiar afuera, yo ahora quiero estudiar aunque sea de noche, el gobierno debería ayudar más para que los jóvenes puedan

²³ Esta información varía con respecto al género presentándose mayores niveles de escolaridad entre las madres (52% han estudiado algún grado de primaria, 19% no han tenido ninguna formación académica 26% han estudiado algún grado de bachillerato y sólo un 3% han tenido preparación técnica o universitaria. PEI INSA, 2009.

estudiar, porque qué más los pone uno a hacer. (Diario de Campo, recorrido por Santuario, junio 1 de 2016)

Esa ambigüedad con respecto al efecto de la escolaridad en la vida de las personas puede estar detrás de las respuestas de los estudiantes en el censo del INSA al ser interrogados por las razones de su presencia en la institución: el 55% de los alumnos de las cuatro sedes decían estudiar porque quería un mejor futuro, el 25% porque les gustaba estar ocupados en algo y el restante 20% por presión de los padres (PEI INSA, 2009).²⁴

Los jóvenes que egresan o desertan del colegio y permanecen en el pueblo, en muchos casos tienen sus necesidades cubiertas por las remesas que mandan sus parientes, de ahí que no perciban la necesidad de trabajar y al parecer son pocos los que se animan a estudiar en alguno de los programas de formación descentralizada que ofrece el gobierno, un antiguo profesor del INSA, quejándose de “la proliferación de muchachos que se quedan vagando por ahí”, me decía que “ellos deberían aprovechar el SENA que ha traído programas acá, o la universidad, pero “les parece que si no salen de acá y gastan en vivir y estudiar a fuera no vale la pena.” (Diario de campo, conversación con un profesor jubilado del INSA, 18 de marzo de 2015).

Para los niños y jóvenes que permanecen en el campo, por el contrario, el trabajo, aunque sea precario se ve como la opción más concreta para acceder a aquello de lo que dependen para subsistir y disfrutar: el dinero. Quizá por ello, aunque tengan muchas capacidades valorables en términos académicos siempre tienen el trabajo de jornaleros o cosecheros temporales como una alternativa para resolver su vida (así sea de manera ilegal). Este hecho se ve reflejado en el elevado porcentaje de “deserción” escolar que registran instituciones como el INSA, para el año 2015, de 90 estudiantes que entran a grado 6, sólo 30 llegan a grado 11.

Al respecto Diana, una de las profesoras del INSA en el corregimiento de Peralonso plantea que:

Desde chicos los niños y niñas de esta zona rural se habitúan a trabajar y a recibir ingresos por su trabajo, aunque no lo consideren una explotación, trabajan por horas o temporadas en los cafetales, ayudan a sus madres en los ‘alimentaderos’ de trabajadores, al punto que algunos -especialmente hombres- desertan de la institución escolar ya que consideran que pierden el tiempo en la escuela y es generalizado el hecho

²⁴ Esta información varía con respecto al género presentándose mayores niveles de escolaridad entre las madres (52% han estudiado algún grado de primaria, 19% no han tenido ninguna formación académica 26% han estudiado algún grado de bachillerato y sólo un 3% han tenido preparación técnica o universitaria. PEI INSA, 2009.

que la población envía a la escuela a sus hijos más por considerarlo una obligación para recibir subsidios estatales, que porque le vea como una oportunidad y eso lo perciben los estudiantes. (Profesora Diana, comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Según Diana, la deserción de los chicos tiene mucho que ver con su condición de trabajadores, eso hace que sintieran que estaban perdiendo el tiempo en ella. La profesora veía en ellos casos extremos dolorosos en los que se ponía de manifiesto, de un lado la poca credibilidad que tenía la educación como mecanismo de ascenso social y de otro los escasos recursos con los que contaban los docentes para apoyarse y convencerlos que se quedaran. Algunos de ellos a veces retornaban al colegio cuando percibían la dureza de las faenas del campo, pero cuando lo hacían, habían adquirido hábitos que les dificultaba seguir las normas escolares, mantener niveles de atención y convivencia con otros en el seno de la institución escolar y terminaban interrumpiendo el trabajo de los demás.

El fenómeno de la “deserción “escolar está teniendo tanto impacto en el medio rural que algunas sedes rurales han sido fusionadas con otras y desde la gobernación del Departamento se están reduciendo las modalidades educativas que se ofertan en el medio rural, de modo que se pueda concentrar a la población que queda.

Este es el caso de la modalidad conocida como Bachillerato en Bienestar Rural, una modalidad semiescolarizada a la que, en 2016, le fue prohibido atender a población adolescente, en aras que esta pueda cubrir los cupos de la modalidad de posprimaria y garantizar que los estudiantes tengan más días de escolaridad al año. Ante esta situación algunos de los chicos afectados plantean que “ante tal situación prefieren no estudiar y quedarse trabajando hasta tener la edad para volver a la modalidad semiescolarizada, que les permite hacer las dos cosas simultáneamente.” (Diario de campo, visita a corregimiento de Peralonso 3 de noviembre de 2015).

Algo que también le sorprendía a Diana era que los niños de este corregimiento por lo general no eran maltratados por sus padres y que estos a su vez sintieran temor de ellos al punto que muchas veces se vieran en dificultades para que cumplieran normas.

Esto último me llevó a pensar que, a pesar las preocupaciones de Diana por las condiciones de trabajo de muchos estudiantes, algunas cosas estaban cambiando en ese lugar, probablemente a partir de la intervención social que acompaña los programas de otorgamiento de subsidios estatales de los cuales me hablaban insistentemente. Tal intervención no sólo hace un fuerte énfasis en el reconocimiento y divulgación de los derechos de los niños, sino que los asocia con la posibilidad que las familias puedan continuar participando de sus beneficios. Esto se evidencia en la obligación que tienen las

familias beneficiarias del programa Familias en Acción de enviar a sus hijos en edad escolar a la escuela y la prohibición que ha establecido la Federación de emplear menores de 18 años en las fincas que aspiren a ser certificadas como productoras de excelencia.

En estas circunstancias según Diana, gran parte de los esfuerzos que realizan las docentes de esta institución estaban dirigidos a cuidar de los estudiantes, a preocuparse por sus condiciones de vida y sus maneras de orientarla para que no deserten del sistema escolar

Nosotras -las docentes- somos como maternalistas, porque todas estamos pendientes de mantener a los estudiantes en la escuela, y nos enfocamos en ayudarlo a los estudiantes a elevar la comprensión sobre los problemas de la vida, sin que necesariamente esta produzca transformaciones profundas en ellos, aunque a veces las problemáticas que tienen los estudiantes son tan grandes, que ni aunando el esfuerzo de todas las docentes podemos influir para cambiarlas positivamente. (Profesora Diana, comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Los esfuerzos de los que hablaban las profesoras se referían a garantizarles a los estudiantes el transporte escolar, atender sus necesidades alimenticias mínimas, proporcionarles útiles escolares o uniformes para compensar los bajos ingresos de sus padres, actuar como consejeros en casos problemáticos de desvinculación familiar o abuso de estupefacientes y acoger de manera especial a los estudiantes que presentan problemas críticos de aprendizaje. El apoyo que las profesoras brindaban a sus estudiantes a través de estas modalidades podía comprometer hasta el 10% de su salario según cálculos de Diana.

Es importante tener en cuenta que la mayor parte de los padres de estudiantes del INSA son jornaleros o mayordomos²⁵, personas que no tienen tierra propia o que en caso de tenerla no cuentan con los medios para derivar de ella una fuente de ingresos regular y deben buscar ingresos complementarios a través de la venta de su fuerza de trabajo a los hacendados cafeteros, como empleados en los pocos negocios que existen en el pueblo, participar en redes clientelares políticas que les permitan acceder a subsidios estatales como “Familias en Acción” o aventurarse a migrar para trabajar en el extranjero y enviar remesas a sus familias.

Una vendedora de arepas de Santuario me contó al respecto que

(...) aquí nos sostenemos en gran medida gracias a las remesas que nos mandan los parientes, hay muchos que trabajan en la alcaldía, los colegio y el hospital, los demás nos rebuscamos como podemos, yo hay veces que me bandeo vendiendo empanadas, ellas vendiendo arepas, así. (Diario de campo, recorrido por Santuario agosto 15 de 2016)

²⁵ El 37% de los padres de familia según el Censo del INSA 2009

En este contexto, el énfasis en el cuidado de los estudiantes hace que muchos profesores le den un valor muy especial a la promoción y la titulación educativa antes incluso que a los aprendizajes que puedan adquirir los estudiantes, ya que ven en ellas la principal limitación para que los chicos puedan acceder a fuentes de ingreso formales y a formas de explotación moderadas una vez alcancen la edad para trabajar legalmente. En este sentido Diana afirmaba que:

(...) yo sé que, que a pesar que hay niños que, se graduaran de once siempre haciendo ahí la mínima, la tareíta, sacando siempre un tres -cierto-, pero pues posiblemente en la vida más adelante, él se encuentre en otro contexto y tenga que buscar otro trabajo y sé que más fácil encontrará un trabajo institucionalizado un estudiante que tenga once, a uno de estos que se tuvo que salir antes, pues los otros están destinados a la informalidad y a la explotación extrema, a los otros también en gran parte pero de pronto pueden encontrar la otra posibilidad. (Profesora Diana, comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Estas decisiones contribuyen a que muchos padres y maestros asuman de manera instrumental los propósitos prioritarios de la escuela, suponiendo que esta finalmente debe estar al servicio de fines socializadores y de acreditación (Collins, 1979), cayendo con ello en una suerte de consumismo escolar, un fenómeno que ya ha sido identificado en las clases medias francesas por Van Zanten (2005), pero que en este caso estaría vinculado con estrategias de rebusque monetario en un medio donde escasean tanto las oportunidades laborales como las titulaciones educativas.

Es aquí donde cobra vigencia lo planteado por Emilia Ferreiro (2013) con respecto a que los chicos vienen a la escuela pensando desde hace un tiempo, se hacen preguntas y se interesan en todo aquello que ven que tiene valor para la sociedad en la cual viven, y si eso que tiene valor es el dinero, y además notan que este es más valioso que los saberes que circulan en la escuela, incluso para algunos docentes, entonces se interesan en cómo conseguirlo de manera temprana. En palabras de Huber, un dueño de finca santuareño que no terminó su escolaridad, “al que le gusta la plata y coge platica antes de terminar los estudios, se dedica mejor a hacer platica de ahí en adelante.” (Diario de campo conversaciones con caficultores en la plaza 24 de septiembre de 2015).

Esta tendencia a buscar ingresos monetarios es otro legado de la modernización de la economía cafetera, ya que en los tiempos de la bonanza la Federación impulsada por la idea que mayor consumo significaba menor pobreza, fomentó la adquisición de todo tipo de mercancías modernas que hicieran menos engorrosa la vida en el campo. Pese a que la bonanza cafetera pasó hace casi tres décadas, los habitantes de Santuario continúan

profundizando su vinculación a lógicas urbanas de consumo, según Carlos, el dueño de uno de los establecimientos de internet en el pueblo:

Los chicos no saben muy bien lo que quieren para sus vidas y a través del consumo pretenden satisfacerse, por ejemplo, un jornalero me pidió que le consiguiera el mejor computador para jugar y ver videos y películas. -Dos millones de pesos le cuesta eso- le dije -y me lo puede ir pagando-, desde entonces el jornalero empezó a acumular lo suficiente para adquirirlo. El problema no es que lo consiga, sino que hacerlo se convierta en la prioridad de gasto de sus escasos ingresos porque no es que viva muy bien que digamos, es como vivir en un ranchito, tener un supe celular y no tener con qué comprar minutos o paquetes de datos para usarlo. (Diario de campo, recorrido por Santuario 15 de agosto de 2016).

La profesora Diana me contaba también como

(...) lejos de cualquier idealización bucólica, los chicos de esta zona rural son conscientes que tienen muchas limitaciones frente a su futuro porque, pues, no ven muchas posibilidades que hacer en la vida, sus accesos son muy limitados, tienen pocas oportunidades, eso hace que en muchos casos, una vez graduados, los jóvenes tengan la misma calidad de vida de aquellos que no tienen ningún nivel educativo pues porque igual se dedican a vivir de jornaleros, igual ve uno todos los días a los jóvenes más tremendos y más metidos en el cafetal trabajando de sol a sol. (Profesora Diana, comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Eso le hace pensar a Diana que la educación por sí sola no transforma nada, que

(...) se necesitan otras posibilidades, porque en el campo la única alternativa que tienen es sobrevivir en unas condiciones muy, muy atrasadas, por ejemplo, el machismo es una cosa exagerada y tienen posiciones muy conservadoras frente a la vida, la mujer, la libertad, de lo que se hace y de lo que no se hace, como es una comunidad -remarca-, entonces hay observación de todos sobre todos, hay una vigilancia, hay señalamiento permanente..., una situación que se agrava por el impacto que en tiempos recientes ha tenido la presencia de actores armados en la zona. (Profesora Diana, comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Estos comentarios de la profesora, me hicieron recordar un apartado del libro “Apuntes cronológicos para una historia de Santuario” escrito por Jaime, en el que se establecía que, si bien la población rural del municipio había tendido a ser conservadora desde los tiempos de la colonización antioqueña, estos rasgos se habían profundizado a partir de los años cincuenta, cuando la región fue “conservatizada” de manera forzada en el marco de la llamada violencia política.

Más recientemente, desde finales de los noventa, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y el Ejército Nacional, se enfrascaron en una lucha sangrienta por expandir su dominio territorial sobre el municipio dada su condición de punto estratégico de la geopolítica nacional, e importante generador de divisas a través de la exportación cafetera. (Vásquez, 2007).

El conflicto afectó a siete veredas de Santuario y generó muchos asesinatos y desplazamientos forzados y de manera especial en el corregimiento de Peralonso y las veredas “La Esperanza”, “Planes de San Rafael” y “Campamento”, así como el control del casco urbano por parte de grupos armados.²⁶

La apreciación de Diana parecía indicar que, pese a que en ese momento la intensidad de conflicto había disminuido notablemente, dado que las FARC se habían alejado del territorio, las AUC se desmovilizaron en 2008 y el ejército controla la zona, los mecanismos de control social desplegados por la población en el marco de la guerra siguen vigentes.

Según me informaron vecinos del pueblo, la mitad de los desmovilizados de las AUC eran auxiliares que vivían en el municipio, algunos de los excombatientes se incorporaron a la administración municipal, y parte de los reinsertados de las AUC vivían en la actualidad en el corregimiento y hacían parte de las denominadas Bandas Criminales Emergentes (Bacrim), que estaban expandiendo el mercado interno de la droga en las zonas rurales del departamento de Risaralda, y a través del trasteo de votos de otras municipalidades habían logrado controlar incluso la alcaldía de Santuario y municipios vecinos, fenómeno que ocurre en diferentes regiones del país.

Pese a que no pude verificar qué tan ciertas eran esas afirmaciones, el hecho que estuviesen circulando era un indicador del nivel de desconfianza existente entre muchos santuarioños, a pesar de la aparente tranquilidad en la que transcurren su vida cotidiana.

Según José, uno de los porteros de la Institución, con la aparición de las Bacrim, herederas territoriales de los paramilitares que se desmovilizaron hace ya siete años, la venta de drogas ilícitas, tales como la marihuana, el *bazuco*, las *pepas* o *el pegante*, se ha convertido para muchos campesinos en una fuente de ingresos complementaria, cuando no alternativa, a los subsidios estatales, las remesas de los parientes o el jornaleo. En palabras de don José: “Lo que un trabajador se gana en una semana jornaliando, los jibaros se lo ganan en dos días sin tanto esfuerzo”, me decía José (Diario de campo, recorrido por Santuario, 1 de septiembre de 2016)

²⁶ Esta situación ocasiona que Santuario se constituya en el periodo 1995-2003 como uno de los mayores expulsores y receptores de población desplazada de manera forzada en el departamento de Risaralda.

De esta manera, el narcotráfico y el consumo de drogas ha emergido como alternativa frente a los efectos de la crisis cafetera, de un lado frente a la reducción de ingresos y del otro frente al deterioro de los vínculos sociales en dicha comunidad. Adicionalmente, el negocio del narcotráfico ha encontrado una oportunidad de desarrollo en los procesos migratorios que caracterizan a Santuario desde hace varias generaciones, especialmente a los pobladores de la cabecera municipal. Al respecto Jaime señala que

Mucha de la gente que tuvo que migrar con la violencia de los años 40-50 se tuvo que ir para el exterior, especialmente Estados Unidos y Europa, y mucha de la gente que quedó en el pueblo y que eran sus amigos o parientes, en la década del 60 empezó a viajar como turistas y se alojaban con ellos, en los 70-80, esos viajes empezaron a cambiar de propósito con la aparición de la marihuana, pero fue en los 90 cuando aparece el tráfico de coca que se disparó la viajadera y disparada está.

Un muchacho de 15 o 16 años le dice a uno: ‘me voy a echar un viaje a ver si me consigo una camioneta’, y lo dicen así naturalmente. Ellos empiezan yendo y viniendo hasta que terminan quedándose en el exterior, integrándose a las raíces que sembraron allá los que fueron antes que ellos, así como los colonos que poblaron estas tierras.

De otra parte, los cafeteros están envejeciendo y ya los muchachos no se meten al monte ya, los muchachos no quieren saber nada de la finca, entonces, ¿qué hacen los viejos cuando tienen entre 68 o 70 años?, venden las fincas para mandar a sus hijos al exterior porque aquí no les ven oportunidades de nada, y ellos se vienen a vivir al pueblo pagando arriendo y comiendo con las remesas que les mandan los hijos. También se dan casos de personas que hipotecan sus fincas y casa para mandar a sus hijos al extranjero y luego los hijos quedan con las fincas cuando las pagan, entonces suceden cosas muy curiosas, muchachos que no saben nada de fincas terminan trabajando allá para mantener la finca acá. (Jaime Vásquez, comunicación personal, abril de 2015).

Esta confluencia de circunstancias impacta de una manera especial a la escuela y en particular a la disposición de las nuevas generaciones con respecto a la educación y al uso del tiempo:

La mayoría de gente que usted ve caminando por ahí en el pueblo, si no viven de los programas asistenciales del gobierno, viven del ‘girito’ que les mandan. Usted va a los colegios y le pregunta a uno de esos muchachos: ‘oiga, ¿y usted qué piensa estudiar en la universidad?’, y responden: ‘¿en la universidad?, usted cree que yo me voy a matar estudiando, yo estoy haciendo ya tres octavos y yo para qué salgo ligero, mi mamá me está mandando pa’ que estudie, ¿entonces para qué me voy ligero de acá? En los colegios hay muchos muchachos calentando silla que no les interesa un pepino el

estudio, qué tal que me manden los papeles para irme de acá, yo no me voy a matar estudiando, de aquí no me pueden echar’.

Después del café las remesas son la segunda fuente de ingresos en el municipio y eso ha creado un ocio... malo, improductivo, está bien cuando uno tiene un ocio genérico, que se dedica a leer, a deporte, cultura; pero esta gente como vive sola o con sus abuelos, se dedica a beber, a jugar, a meter marihuana, coca... las generaciones se van perdiendo desde los 11, 12, 13 años, eso aquí es supremamente común. (Jaime Vásquez, comunicación personal, abril de 2015)

Todo este conglomerado de situaciones hace que en el municipio de Santuario escuela y trabajo aparezcan como antagonistas. Ambas instituciones compiten por apropiarse del tiempo de los niños y jóvenes desde dinámicas contrarias. La escuela aparece como un espacio en el que aún es posible concentrar a un porcentaje significativo de la población para compensar de manera individualizada la precarización de las condiciones de vida en el campo, además de mitigar los impactos de la migración e intentar habilitar a las nuevas generaciones para que se orienten hacia ocupaciones urbanas.

De otra parte, los cafeteros modernizados, por su parte luchan por producir y reproducir una forma de vida que es puesta en crisis de manera permanente por dinámicas políticas y económicas que los trascienden, colonizan y desplazan como referentes de producción de objetos valorizables, al punto que muchos de ellos no desean que el futuro de sus hijos tenga relación con el campo.

5.4 La crisis cafetera, el Paisaje Cultural Cafetero y la escuela rural

Para hacer frente a los problemas derivados de la crisis y a la vez recuperar la legitimidad de las instituciones cafeteras, diversos actores públicos y privados a nivel nacional, regional y local, y en particular la Federación, tomaron la decisión de buscar nuevas formas de valorización de la caficultura de altura o de montaña. Tal decisión buscaba aprovechar la reestructuración financierizadora del sistema económico mundial y la revolución tecnológica de la información, la logística y la comunicación para sacar provecho de la mutabilidad y las adaptaciones eco-típicas del café arábigo cultivado en Colombia, sin que esto significara una ruptura con las formas tradicionales de producción cafetera, sino su complemento con miras a ampliar su margen de “rentabilidad”.

Según la Federación, la caficultura debe dejar de ser una artesanía muy costosa de producir y se asuma, además, como arte, cultura, ciencia y tecnología, de modo que, los productores se adapten a las nuevas circunstancias y reformulen sus modelos de negocios de

modo que puedan elevarse en la cadena de valor y alcanzar directamente al consumidor con productos innovadores para satisfacer sus necesidades (Reina, M; Silva, G; Samper, F; Fernández, D., 2007).

Este esfuerzo se realiza en un contexto internacional de incertidumbre e inestabilidad propias de un modelo de acumulación capitalista ligado a la especulación financiera, que ve en el conocimiento una nueva forma de capital.

Un contexto en el que los productores están siendo subordinados a los financiadores, pero también un contexto en el que el desarrollo de los mercados financieros depende de la evolución de la “opinión pública” en torno a convenciones *performativas*, que cada vez tiene menos que ver con el análisis de los activos económicos tradicionales de las empresas y cada vez más con las tecnologías de transmisión de información y de comunicación lingüística, así como con la “productividad” social de nuevas formas de trabajo asociadas a ellas.

Es por ello que para valorizar la “caficultura de montaña” en Colombia y restaurar la legitimidad de las Instituciones cafeteras, se apela a construir una convención como el PCC, que permita que la valorización de la “productividad” social de la caficultura se fije en un mercado financiero autorreferencial constituido en torno a las dimensiones cognitivas de la “caficultura de montaña” que se quieren capitalizar a través de la producción inmaterial, en este caso: lo patrimonial, lo paisajístico y lo cultural.

Dado que los mercados financieros funcionan sobre la base del comportamiento gregario de la masa de inversores (André Orléan, 1999), la validez de esta convención está soportada en la confianza que esta logre alcanzar para que un número cada vez mayor de personas perciba los atributos que caracterizan al PCC como susceptible de ser valorizados como riqueza. Es por esto que para validar en el modelo convencional PCC como el verdadero modelo de interpretación de la realidad cafetera, y evitar que se pongan en cuestión su legitimidad y pertinencia, las instituciones promotoras del PCC buscaron extraer la legitimidad de esta de una instancia como la Unesco.

Este proceso logró que el PCC se fijara como una convención con valor universal y a la vez sentó las bases para que una multitud de personas naturales y jurídicas pudiera constituir una comunidad en torno a ella. Lo anterior implica que, para tener éxito, la convención PCC debe poder constreñir cognitivamente a esas personas, al punto de hacerles creer que tal convención describe aspectos enraizados en la realidad de las cosas a partir de los cuales pueden tomar decisiones -especialmente de inversión-, de ahí la importancia de mantener la confianza en la sostenibilidad de los valores y atributos que caracterizan al PCC en el marco de la declaratoria.

Con este propósito se ha dado continuidad en la región a procesos de planificación territorial que pretenden abrirle paso a innovaciones organizativas y de producto, que, soportados en nuevas herramientas tecnológicas hagan posible desarrollar procesos de tercerización e informatización, que produzcan, además de café, otros bienes inmateriales asociados a la “caficultura de montaña” de manera diferenciada y flexible, aprovechando la capacidad del lenguaje para crear diferencias.

Estos procesos de planeación apuntan también a ampliar la propiedad sobre los medios convencionales de producción inmaterial (PCC patrimonio Cultural de la Humanidad), de manera que no sean sólo un asunto de los productores cafeteros. También buscan establecer circuitos comunicativos que, soportados en las nuevas tecnologías, logren controlar y direccionar los flujos de conocimiento socialmente producido en torno a la convención PCC de forma actualizable, y codificarlos para que puedan ser apropiados y valorizados como riqueza en el mercado que se está constituyendo para ello.

Oscar Arango, un sociólogo de la región que desde la Asociación de Universidades Públicas del Eje Cafetero (Sueje) ha venido impulsado la apropiación institucional de la declaratoria del PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad plantea:

... el PCC debe ser un componente que transversalice los planes de desarrollo territorial de los municipios y departamentos objeto de la declaratoria, de tal modo que las decisiones que se tomen contribuyan a la identificación, apropiación y preservación del patrimonio cultural del PCC, a apoyar los procesos asociativos que garanticen susostenibilidad.
(Diario de campo Reunión preparatoria del Foro ‘Santuario en el PCC, 17 de abril de 2016)

Carolina Saldarriaga, docente del curso “Paisaje Cultural Cafetero” de la Universidad del Quindío, señalaba en el encuentro sostenido en febrero de 2015 con docentes y estudiantes del INSA:

(...) la identidad cafetera, desde la Federación ha servido más como marco político que social, el discurso ha llevado al mercado internacional el negocio del café, dándole un valor a un sistema comercial representado en la Federación a través de la caficultura tecnificada. No ha sido un discurso social, si se le pregunta al campesino ¿qué tan felices se sienten de ser cafeteros?, ellos viven en una paradoja, ‘muy bonita la tradición, pero esto no da, y nos toca cambiar de sistema productivo’, dicen. (Diario de Campo Conversatorio sobre los valores y atributos del PCC en la Hacienda ‘El Tambo’, 14 de febrero de 2015)

Una evidencia de aquella paradoja son los datos que arroja el Departamento Nacional de Planeación para Santuario, el segundo municipio con mayor área vinculada al PCC en Risaralda, en el que se señala que la pobreza multidimensional alcanzaba en el 2014 al 62,75% de su población, 46,40% de la que habita la cabecera municipal y el 75,89% de sus pobladores rurales (Ministerio de Cultura. República de Colombia. 2014:64).

Raúl Pareja, docente del INSA que lidera procesos de apropiación social crítica del PCC en su municipio, da cuenta adicionalmente de factores estructurales que están determinando asimétricamente la capacidad de las personas para incidir en el modelamiento del paisaje cafetero

Hoy prevalece el componente económico del cultivo, tres o cuatro empresarios del café, que manejan sus propiedades por computador. La producción de café se convirtió en una empresa utilitarista, monetaria, agresiva que no mira mucho más allá del banco y la cuenta bancaria, por eso aquí hay fincas de grandes extensiones que ocupan hasta dos veredas completas, y esto significa la pérdida de personal para las escuelas, además, estas propiedades no tienen un árbol de sombrío para proteger las personas para tomar sombra. (Diario de Campo Conversatorio sobre los valores y atributos del PCC en la Hacienda ‘El Tambo’, 14 de febrero de 2015)

Para Jaime Vásquez, preocupado por el franco deterioro que percibe en su municipio, es claro el interés especulativo que subyace en los procesos de planeación, que en la actualidad buscan reordenar el territorio y la vida de los habitantes de las zonas rurales del eje cafetero en función de la convención PCC. En un volante que fotocopió y distribuyó durante las jornadas del Paro Cafetero del 2013 y que denominó “A recuperar el Paisaje Cultural Cafetero”, Vásquez advierte que...

Hay que ser cuidadoso con esas planificaciones exógenas y sujetas a la moda de la globalización, que sólo se interesan de la explotación especulativa de los recursos bajo condiciones ambientales y culturales ajenas y en favorecer la corrupción administrativa que alimenta insaciables burocracias. Bajo este modelo de planificación se viene deteriorando el paisaje cafetero, no sólo en lo ambiental sino en lo productivo, en las condiciones de vida de sus habitantes, se viene destruyendo la arquitectura patrimonial de los pueblos. (Vásquez, Jaime, 2013)

La postura de Jaime coincide con la de Carolina y Sebastián en el sentido que...

Alrededor de la patrimonialización del PCC se ha construido un discurso oficial que ilustra pobremente la variedad de usos y actores que tienen injerencia sobre dicho paisaje, pues se hace un énfasis exagerado en la homogeneidad cultural y paisajística de la región. Sin embargo, no todos los actores que históricamente confluyeron en el proceso de

consolidación del paisaje cafetero como patrimonio están representados en el ejercicio de la patrimonialización. (Diario de Campo Conversatorio sobre los valores y atributos del PCC en la Hacienda ‘El Tambo’, 14 de febrero de 2015)

Esta falta de representación es puesta en evidencia por periódicos regionales como *La Crónica del Quindío*, que escribió en su editorial:

La declaratoria de la Unesco no se hizo para hacerle un favor al turismo de Colombia y el Quindío, como quieren hacerlo aparecer los promotores de este sector de la economía, sino, básicamente, para advertir al gobierno y a las instituciones que las Naciones Unidas comparten la preocupación de los académicos y la Federación de Cafeteros del peligro de muerte en que se encuentra este paisaje y esta cultura en la zona de mayor tradición: Quindío, Risaralda, Caldas y norte del Valle del Cauca.

El peligro de desaparecer consiste en el cambio de la vocación agrícola cafetera, en la transformación de las antiguas fincas en empresas ganaderas, avícolas, frutícolas o en establecimientos hoteleros. Al escabullirse el café, con él se van las tradiciones y la cultura. (Crónica del Quindío, junio 27, 20214)

Jaime valora positivamente la declaratoria de la Unesco, pero le preocupa que por esta falta de representación se pierda esta oportunidad para rescatar todo aquello que él, considera valioso en su municipio.

(...) ahora que la Unesco ha declarado como patrimonio de la humanidad al PCC, urge en los municipios hacer una planificación sostenible en el mediano y largo plazo, que valore las formas culturales de producir, de construir, de vivir en esta frágil geografía, que incorpore activamente a los habitantes de cada porción de paisaje y de cada zona climática en su desarrollo y preservación. Es preferible prevenir que lamentar luego la pérdida de nuestro Paisaje Cultural Cafetero. (Vásquez, Jaime, 2013)

La preocupación de Jaime no es sólo de él, la prensa regional, organizaciones ambientales y congresistas de la región han alertado frente a la posibilidad que la declaratoria del PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad, pueda ser eventualmente revocada por la Unesco, dados los precarios avances logrados en la sostenibilidad del PCC y en particular por el avance de la mega minería en la región.

En la misma editorial del Periódico *Crónica del Quindío* se plantea que

El gobierno nacional aprobó un Conpes del Paisaje Cultural Cafetero con una inversión proyectada de \$110.000 millones para los próximos cuatro años en los 47 municipios del Eje Cafetero y norte del Valle del Cauca. No conocemos con exactitud los proyectos concretos, porque no los han explicado aún, pero sabemos que ellos están muy orientados al turismo, a la promoción, a parques temáticos, pero poco a la agricultura del café y a la

conservación de su cultura propiamente dicha. El mejor regalo del gobierno al PCC debería ser: declarar la zona como un área protegida contra la megaminería a cielo abierto. (La Crónica del Quindío. Junio 27 de 2014)

Jaime Vásquez plantea en su volante una serie de acciones que podrían emprenderse para construir con las comunidades, unas políticas sostenibles de manejo, que, con el apoyo de la Academia y el que denomina sector cultural de la región, logren que el patrimonio se constituya efectivamente en un espacio de reconocimiento colectivo que aglutine y brinde cohesión social de manera duradera en estos municipios:

Podemos comenzar por identificar las familias con manejos agro-culturales diferenciados, evaluar la eficiencia y sostenibilidad de esas diferentes formas de manejo identificadas, hacer el análisis serio de las mejores variedades de café que se deben cultivar, cambiar el mito que se ha difundido que bajo modelos ecológicos u orgánicos la producción disminuye y se encarece demasiado, asociar a esos productores para intercambio de experiencias y apoyos, buscar mercados para esa producción, y valorar y reconocer los saberes y tradiciones de las familias campesinas; es importante poner freno a esos capitales extraños con todos sus vicios que se están apropiando del territorio, y es necesario rescatar y visibilizar la historia, la cultura y la tradición de nuestros pueblos comprendidos en el Paisaje Cultural Cafetero. (Vásquez, Jaime, 2013)

La propuesta de Jaime hacía evidente que, en el caso de Santuario, la crisis generada por la modernización de la economía cafetera en la zona también estaba propiciando la oportunidad para la recomposición de la territorialidad del municipio, lo cual se ponía de manifiesto en el hecho de que, por ejemplo, no todos los cafetales habían sido tecnificados. La misma Federación reconoce que en este municipio aún subsiste un buen número de cafetales tradicionales, a partir de los cuales se están desarrollando proceso de recuperación de las semillas *criollas*, así como las prácticas agroecológicas de manejo de suelos y plagas.

Pese a no ser demasiado numerosas, estas experiencias recomposición territorial, emergen como alternativas a la creciente pérdida de “rentabilidad” del negocio cafetero. Una de estas experiencias es la que se desarrolla en la finca agroecológica “Atenas”, en la vereda “El Tambo” de Santuario, la cual está siendo reconvertida desde hace algunos años por don Everardo Echeverri y sus hijos para hacerla sostenible (ver ilustración 3). Para tal efecto han recuperado prácticas tradicionales de manejo de suelos para promover el control biológico de las plagas, incrementar la capa de tierra fértil en sus tierras y fortalecer la capacidad de los mismos para retener humedad en tiempos de sequía, pero adicionalmente están apropiando

los saberes y equipos necesarios para realiza de manera autónoma el proceso de trillado, tostado y molienda y empaque del café con una marca propia.

Hacer estas cosas me ha permitido reducir el uso de fertilizantes y agrotóxicos en un 50%, ya no tenemos que andar limpiando los cafetal de lo que antes llamábamos malezas y que nos dimos cuenta que en realidad son buenezas que los ayudan a protegerse y producir, por eso ahora nuestros mayores gastos se concentran en lo importante, el pago de la manode obra para el mantenimiento de los cafetales y la recolección del café, porque además ahora nuestros cafetales producen todo el año, no sólo durante dos temporadas como antes y por eso tenemos liquidez siempre y no tenemos que endeudarnos tanto como nuestros vecinos. (Everardo Echeverry, comunicación personal, 26 de abril de 2016)

Otra experiencia de recomposición de la territorialidad campesina en el municipio, es la que se desarrolla en la “hacienda” “Brisas del Tambo” la cual gracias meticulosa labor de preservación patrimonial del “doctor Pareja”, así como del compromiso de su familia para mantener su legado, se convirtió en reservorio de la cultura campesina tradicional y la diversidad botánica local.

Dicho lugar, de menos de una hectárea, no es explotado comercialmente, y se ha convertido en un importante espacio de encuentro y fortalecimiento de los vínculos sociales entre diferentes generaciones de santuareños, en la medida en que diferentes grupos entre los que se cuentan los “Gallitos de Roca”, pueden usarlo para experimentar de manera condensada la rica cultura material e inmaterial que dieron sustento a la vida de sus mayores, actualmente rotulada como “riqueza biocultural”, la cual, al haber perdido sus escenarios de realización de valor a través de los sucesivos proceso de valorización de la “caficultura de montaña” fueron siendo desechados o invisibilizados por los pobladores de aquel municipio.

Una tercera experiencia de reconfiguración del territorio delimitado como PCC es la de un creciente número de fincas que dejaron de producir café y están



Ilustración 3. Don Everardo Echeverry en la Finca “Atenas”. Fuente: Fotografía del autor.

dejándose *enmontándose*,²⁷ debido a que sus dueños no cuentan con los recursos para costear

²⁷ Llenándose de malezas por abandono de las labores de cultivo.

los altos costos de producción del café tecnificado. Otro es el caso de las fincas que continúan produciendo café *a pérdida*, y que se mantienen activas gracias a los subsidios que para sus propietarios representan las remesas que mensualmente giran sus parientes en el exterior.

Tales experiencias ponían de manifiesto que, pese a los esfuerzos modernizadores, las formas de vida campesina perviven incorporadas en la producción y reproducción de la forma de vida capitalista y viceversa, algo que se expresa espacialmente en la configuración discontinua y heterogénea del paisaje cafetero.

En este sentido la sostenibilidad del paisaje cafetero, no pasa, como me lo indicaba don Everardo Echeverri (Everardo Echeverry, comunicación personal, 26 de abril de 2016), ni por profundizar el actual modelo de explotación que deteriora el ambiente y las condiciones de vida de la gente del campo, ni por volver a las prácticas tradicionales de cultivo, algo imposible en un entorno deteriorado como el actual.

Evocando situaciones semejantes en Brasil, Fernandes (2008, p336) plantea que.

la territorialización del campesino también significa la desterritorialización del capital y en consecuencia conduce a la recreación del campesinado en diferentes formas, de manera que el movimiento de la formación del campesinado ocurre simultáneamente a través de la exclusión y generación de las condiciones para la realización del trabajo familiar en la creación, destrucción y recreación de relaciones sociales, como la propiedad campesina de la tierra, ocupación, alquiler, aparcería y cultivo por contrato.

Tales planteamientos, me ayudaron a entender que las experiencias de reconfiguración territorial que estaban agenciando diversos agentes en el municipio, al igual que los procesos institucionalizantes de la Federación y los entes territoriales, incidían en la valorización de la “caficultura de montaña”. Aquello, complejizaba la valorización del PCC al asociarla con acciones en apariencia contrapuestas, tales como el abandono de las fincas cafeteras o la recuperación creativa de las tradiciones agrícolas campesinas, de la mano con su innovación, de la mano de la ciencia y la tecnología contemporánea, como ocurre en la hacienda “Atenas”.

La valorización del PCC ligada al abandono de la producción agrícola, ofrecía la posibilidad de que, sus propietarios pudieran sacar algún provecho de él, a través de su vinculación a programas de preservación ambiental, o al ecoturismo. La posibilidad para valorizar la caficultura de montaña a través del PCC, era perceptible en experiencias como la de la “hacienda” “Brisas del Tambo”, en la cual, sus propietarios privilegiaban la realización no monetaria del valor de lo que producían en ella (arte, preservación de especies, tradiciones y costumbres)

Es precisamente en esta última posibilidad, pero no restringida a los propietarios, que se inscribían las actividades desarrolladas por los “Gallitos de Roca”, como lo ponía de relieve el profesor Raúl al indicar la necesidad de ampliar el ámbito de reconocimiento de valores en el PCC, para garantizar su sostenibilidad.

Hay que patrimonializar y recuperar también otros valores intrínsecos, que nacen del hacer y que han pasado de generación en generación en el PCC, como la palabra empeñada, que se respetaba en los negocios, linderos, el pago de lo estipulado, el respeto por los demás, a la familia, la responsabilidad en las cosas que se nos asignaban para su custodia, el valor de la tierra, la forma de cultivar sin químicos e insecticidas, antes que entraran a funcionar las políticas de la Federación de Cafeteros, se cultivaba con cuidado y amor al ambiente, teniendo especial cuidado por la protección del agua dejando dos cuadras para el lugar donde se ubicaba en nacimiento y producía agua. (Diario de Campo Conversatorio sobre los valores y atributos del PCC en la ‘Hacienda El Tambo’, 14 de febrero de 2015)

En el mismo sentido se manifiesta Uriel, uno de los acompañantes del proceso de los “Gallitos de Roca”. Para este zootecnista formado en la Universidad de Caldas que reorientó su formación hacia la agroecología en los años 90 y que actualmente es un importante promotor de la apropiación del PCC en Risaralda, propuestas de valorización de la caficultura como las que promueve la Federación, sólo contribuyen de manera muy parcial a la sostenibilidad del PCC ya que no reconocen la diversidad de usos que tiene el territorio, ni los conflictos y contradicciones existentes en él. Por ello considera que

(...) ha surgido la necesidad de generar estrategias para que la gente de a pie le encuentre sentido a la declaratoria y pueda participar activamente en los procesos de patrimonialización desde su mirada y una de ellas ha sido llevar el PCC al aula de clase para que los habitantes puedan entender que lo que se llama valores patrimoniales del paisaje están afincados en sus formas de vida, porque la gente de a pie, la que vive en la vereda, el niño, la niña, la mamá, no se da cuenta de eso, ellos ven aparte el Paisaje, pero no se dan cuenta que nosotros somos parte viva de él y que si no reconocen el valor que tiene su forma de vida, todo esto que se construyó en 150 años se va a perder. (Uriel, comunicación personal, abril de 2014)

Para Uriel, la producción de saberes sobre lo propio desde la escuela debe convertirse en un elemento central que le dé valor a los procesos educativos que se producen en ella. Por eso también, piensa que hay que dinamizar el rol de los docentes y lograr que la investigación sobre aquel territorio contribuya a la preservación del PCC. En consecuencia, promueve que

las escuelas y colegios participen de la apropiación social del PCC desde el aula de clase a través de la investigación. Según él, eso permitiría

(...) darle sentido real a ese paisaje, a través de pretextos que permitan repensar las prácticas pedagógicas de una educación rural que castra, aliena y obliga a que le gente no piense en lo local, sino que piense hacia afuera y diga yo voy al colegio a prepararme, pa' irme de aquí, no pa' quedarme. (Uriel, comunicación personal, abril de 2014)

Sin embargo, desde la perspectiva de las instituciones cafeteras y los entes territoriales, valorizar la “caficultura de montaña” implica moldear la vida de las personas de la región en otra dirección. La Gobernación del Risaralda en asocio con el Comité Departamental de Cafeteros están impulsando el programa “Educación Rural Diferenciada”, a través del cual, esperan retener y educar en el campo la cantidad de jóvenes que el negocio cafetero, reformado, requiere para volver a ser rentable.

Para ello, ha creado programas como el de becas estudiantiles para que puedan obtener un grado tecnológico sobre manejo del café, sin tener que salir de sus veredas. De esta manera se espera que se interesen por monocultivo intensivo de café y aprendan a usar los paquetes tecnológicos producidos por los centros de investigación y desarrollo de la Federación y las multinacionales de agroinsumos, los cuales demandan la concurrencia de competencias específicas para su manejo. En palabras de Pablo Jaramillo Villegas, Líder de Extensión Empresarial del Comité Departamental de Cafeteros de Caldas:

De esta manera la Federación espera formar la próxima generación de caficultores, los cuales deberán tener una escolaridad de mínimo nueve años y ser educados con mentalidad abierta, capacidad analítica, sentido crítico y espíritu innovador, para percibir sus predios cafeteros como una oportunidad para realizar sus sueños y realizarse en la vida. Caficultores abiertos al cambio, calculadores del riesgo y tomadores de retos.

Por ello, además de aprender matemáticas, ciencias naturales, sociales, computadores, sistemas o inglés, también deben aprender de su entorno, de sus problemas, de sus realidades económicas, sus cultivos y sus microeconomías familiares. Se requiere una educación adaptada a la realidad y a los contextos locales, pertinente y útil, para el futuro, pero muy especialmente para el presente. (Jaramillo Villegas, 2005)

De esta forma, desde la Federación se le traza un propósito a la educación rural, y es el de desarrollar en las personas “capital humano” que les permita ser valorados como “explotables”, en los circuitos de producción de valor de la caficultura y contribuir a la reproducción y potenciamiento a través de la innovación, de las relaciones sociales y las dinámicas capitalistas presentes en el campo a escala familiar (Parra, 1996).

Tal posición es compartida por Arango, el cual ha venido impulsando la idea que para garantizar la sostenibilidad del PCC hay que transformar las concepciones imperantes sobre café y caficultura y rearticular los esfuerzos de los caficultores con las nuevas dinámicas de mercado que se están generando a nivel mundial en torno a la caficultura. En una reunión preparatoria del foro Santuario en el Paisaje Cafetero, Arango planteó:

La dinámica de la caficultura ha cambiado desde la declaratoria, por ello es necesario dar un giro estratégico en la concepción del café y de la ‘caficultura de montaña’, que abra posibilidades a la asociatividad y el establecimiento de cadenas productivas de cafés especiales del PCC. Estas cadenas podrían articular a diferentes actores locales y académicos en la producción de valor agregado al café desde la producción de semillas hasta la preparación de una taza de café gourmet, así como también en la generación de nuevas modalidades de ofertas turísticas. Esto garantizaría ingresos permanentes a los municipios del PCC, más allá de las temporadas de cosecha, montar una cadena productiva les permitiría a los actores locales participar de los procesos de tostión del grano, pero también de la producción y la comercialización de los diferentes productos que se pueden elaborar con el café, pero la asociatividad es el eje. (Diario de Campo, Foro ‘Santuario en el PCC’, 16 de abril de 2016)

Igualmente, Arango hacía énfasis en que...

(...) detrás de la cadena productiva de los cafés especiales tiene que haber un compromiso educativo, porque es un tema de educación, pero también de profunda transformación cultural, si uno no cambia el chip que tiene de los cafés, pues va a ser muy difícil vender la idea a los niños, a las nuevas generaciones. (Diario de Campo ‘Foro Santuario en el PCC’, 16 de abril de 2016)

Las experiencias nacionales e internacionales de cadenas de productivas de cafés especiales indican, como lo señala Rodríguez (2014, p. 230), que éstas sólo funcionan si están integradas por agentes, individuos u organizaciones que posean o logren desarrollar algunos conocimientos, relaciones, vínculos y redes, los cuales constituyen el “capital social” necesario para conectarse con distintos niveles de realización del valor.

La visión oficial de Colciencias, la entidad que patrocina el acompañamiento que brinda Uriel al semillero tiene una visión de la ciencia, la tecnología y la innovación, que es convergente con los propósitos educativos de la Federación y la “necesidad” de fomentar, a través de la “asociatividad”, de las “cadenas productivas de los cafés especiales. Según dicha entidad, hay que impulsar “la ciencia, la tecnología y la innovación para darle valor agregado a los productos y servicios de nuestra economía y propiciar el desarrollo productivo y una nueva industria nacional”. (Ley 1286 de 2009 de Ciencia, Tecnología e innovación).

Un planteamiento que, a su vez, está en sintonía con los postulados del denominado “capitalismo cognitivo” según el cual, el “capital humano” sólo es capitalizable en tanto se conecte con redes de innovación que generen ganancias, en este caso, cuando un conocimiento sea reconocible como fijable al proceso productivo y funcional al proceso de acumulación de capital (Fumagalli, 2010, p.109).

Las situaciones enunciadas en este apartado me permitieron intuir que, además de la disputa por el tiempo de los niños y jóvenes, de las que traté al inicio de este capítulo, también hay una disputa entre actores sociales con diferentes interpretaciones del PCC, por los usos que, para la valorización de la “caficultura de montaña”, puedan tener, tanto las tierras del campo, como los saberes, las habilidades y competencias desarrolladas por las instituciones educativas rurales, al igual que las titulaciones, los reconocimientos y la asistencia social que se le otorga a grandes sectores de la población santuareña.

El INSA, como la mayor institución educativa de Santuario, también participa de estas disputas, en él confluyen además de las lógicas tradicionales de la educación, las nuevas maneras de asumirla en relación con el PCC. En la primaria y secundaria de la cabecera municipal y la posprimaria del corregimiento de Peralonso, han encontrado en la propuesta de Ondas que promueve Uriel, un espacio de confluencia y trabajo colaborativo, que les está permitiendo reorientar sus labores de educación ambiental, para construir experiencias educativas que encaucen los intereses y motivaciones de niños y jóvenes hacia la indagación sobre las relaciones entre biodiversidad y el PCC presente en su localidad.

De acuerdo con el profesor Raúl Pareja, docente de Ciencias Sociales del INSA

El Instituto Santuario encuentra en esta declaratoria una oportunidad para transversalizar el currículo con el tema del Paisaje Cultural Cafetero desde el aula de clase. Apoyados por el programa Ondas Risaralda, promovido por Colciencias y la comunidad educativa de la institución hemos elaborado una propuesta de transversalización que contribuya a permear el currículo en las diferentes áreas del conocimiento. Así, asuntos como el cultivo del café, el patrimonio arquitectónico, el arqueológico, el patrimonio natural y cultural, el recurso hídrico y las manifestaciones alrededor del cultivo se convierten en temas y contenidos factibles de abordar por los docentes. (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014)

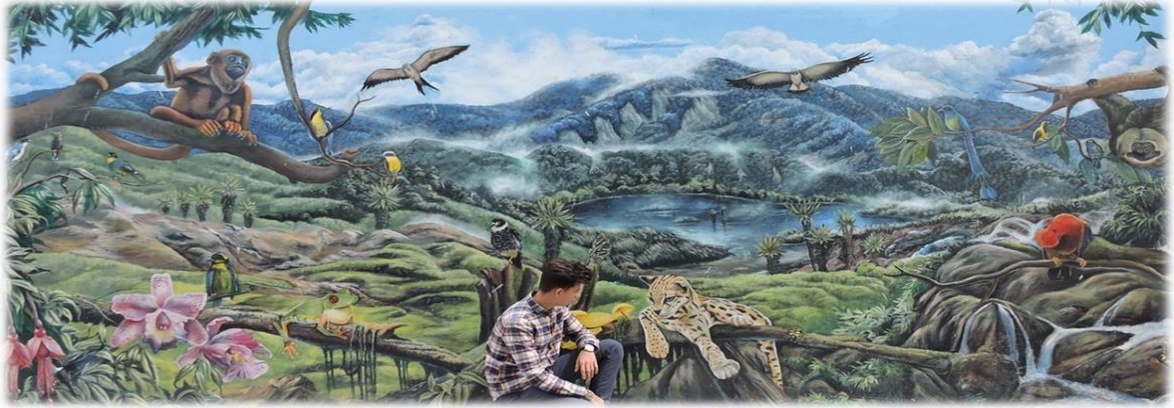
En este proceso se han venido aglutinando de manera progresiva a docentes y estudiantes de la cabecera municipal y las veredas cercanas en el semillero de Investigación “Gallitos de Roca”, a través del cual están desarrollando -con el liderazgo de Raúl y el acompañamiento de Uriel a través de Ondas- un macroproyecto sobre biodiversidad y PCC con ventanas de

investigación que articulan saberes de diferentes áreas y niveles, impactando según Uriel sobre una población de alrededor de 300 personas.

El recorrido de este grupo quedó registrado en diferentes producciones como pendones, cartillas, volantes, plegables, carpetas, además de archivos visuales, audiovisuales y sonoros. A través de ellos y de las memorias de sus participantes, me di cuenta que sus acciones han desbordado el INSA, para relacionarse con pares, padres de familia, autoridades locales y regionales, además de sabedores locales y académicos nacionales e internacionales, y desplegarse en el pueblo, el corregimiento de Peralonso, la finca “Atenas”, la “Hacienda” “el Tambo”, las veredas “Campamento” y “La Baja Esmeralda” en la zona de amortiguación del Parque Nacional Natural Tatamá (PNNT) y del PCC, y a algunas ciudades del eje cafetero.

Este despliegue le ha valido el reconocimiento como una de las experiencias más significativas de apropiación social del PCC desde el aula de clase en Risaralda. Sin embargo, aún presenta muchas contradicciones internas y externas, ligadas tanto a las interpretaciones que realizan del PCC y de la relación de la escuela con esta convención. Igualmente, las contradicciones se presentan con el tipo de circuitos de valorización en los que este grupo conecta sus producciones, y el valor de uso que le dan a los saberes escolares que producen en torno al PCC, estos asuntos se abordaran en los siguientes capítulos.

6. CAPITULO II. *TENEMOS UN SESGO QUE NOS IMPIDE VER LAS RIQUEZAS QUE NOS RODEAN*



“El campo nunca es paisaje antes de la llegada de un observador ocioso que pueda permitirse una distancia en relación con la naturaleza”

Raymond Williams (2011, p.19)

En el presente capítulo me propongo comprender el sentido del proceso de valorización del Paisaje Cultural Cafetero (PCC), que realiza el grupo “Gallitos de Roca” del Instituto Santuario. Emprendo esta búsqueda desde la idea de valor utilizada por la antropología económica: estos son “formas de conciencia humana que describen lo que es, y prescriben lo que debería ser, constituyendo cadenas invisibles que ligan las relaciones entre cosas y las relaciones entre gentes” (Gregory, 1997, p. 12).

Los valores orientan las actitudes y los vínculos de los miembros de una sociedad, y asocian producción y consumo, al asignarles atributos socialmente vinculantes a los objetos con los que nos relacionamos, de forma que estos puedan ser percibidos como garantías para que podamos preservar nuestro ser -reproducir- y desplegar nuestro potencial de acción en relación con otros -producir-, es decir, que sean asumidos y valorados como riqueza.

Dado que esta forma de entender la riqueza está directamente relacionada con la sostenibilidad de nuestra existencia, supone que la actividad de valorar se realiza sobre la base una pluralidad de valores interrelacionados entre sí, que son susceptibles de ser sometidos a presiones sociales y entrar en conflicto, dado que mantienen una interdependencia dinámica con otros valores, creencias, actitudes y decisiones. De modo que todo valor está expuesto a la crítica, la revisión y el cambio cada vez que los sujetemos a

discusión en relación con situaciones o problemas específicos en los que ponen en evidencia sus interdependencias (Esteban, 2013).

En torno a los valores se estructuran de manera situada principios de relación y sistemas de valorativos, que establecen distancias entre las personas y las riquezas, a la vez que regulan el uso de estas últimas. Estos principios y sistemas dan a su vez, pie a la configuración de formas diversas de institucionalizar nuestras relaciones sociales (Polanyi, 1996).

De ahí que los valores no tendrían una existencia ideal y autónoma, ni las cosas y las personas tendrían valores *per se*, sino que los adquieren e incorporan a través de las relaciones que establecen en los distintos circuitos por los que circulan o de los que se sustraen. El significado y orientación de los valores, al igual que las relaciones entre cosas y las relaciones entre personas, que a través de ellos se vinculan, podría variar según los principios de relación y sistemas valorativos desde los que, al situarlos, se les enlace con otros valores, creencias, actitudes y decisiones.

Para lograr mi propósito, en este capítulo abordaré la experiencia de valorización que desde la perspectiva de la biodiversidad han realizado sobre el PCC los profesores Uriel y Raúl, en el marco de los proyectos Ondas que desarrollan en el municipio de Santuario desde el grupo de investigación “Gallitos de Roca” del Instituto Santuario (INSA). A través de estas experiencias trataré de entender puntualmente ¿Qué valor adquiere el PCC cuando este se valora localmente desde la escuela y la biodiversidad?

6.1 El encuentro con Uriel

Una de mis primeras aproximaciones a los proyectos Ondas que desarrolla el grupo de investigación “Gallitos de Roca” la realicé de manera indirecta a partir de una reunión que concerté el 17 de abril de 2014 con el profesor Uriel en su oficina, ubicada en el Laboratorio de Ecología Histórica y Patrimonio Cultural de la Facultad de Ciencias Ambientales de la Universidad Tecnológica de Pereira (LEHPC), para conversar sobre el trabajo de asesoría que desarrollaba con ellos en el marco del programa Ondas de Colciencias.

Su “oficina” era en realidad uno de cinco escritorios en los que se ubicaban otros profesores, que estaban separados entre sí por una multitud de vasijas prehispánicas dispuestas en mesas y anaqueles, algunas esculturas artesanales que representaban a indígenas Embera Chamí y muestras de suelos dispuestas en filtros de papel contenidos en pequeños vasitos de precipitación. De las paredes pendían afiches sobre el PCC, la protección del ambiente, así como eventos académicos sobre arqueología y agroecología.

Aquel había sido uno de los nichos universitarios de trabajo desde los que se produjo el dossier del PCC para la Unesco y seguía siendo uno de los centros académicos desde los que se impulsaba la apropiación comunitaria de la declaratoria del mismo como Patrimonio Cultural de la Humanidad (PCH).

Después de saludar amistosamente Uriel me invitó a sentarme a su lado frente a un computador para observar las fotos digitales a través de las cuales guardaba los registros de su proceso en el INSA.

En las fotografías que me mostraba aparecían paisajes montañosos tapizados algunas veces de cafetales y otras de bosques, niños y jóvenes con uniforme escolar explorando estos lugares en compañía de adultos, presentando experiencias ante una gran cantidad de gente, manipulando aparatos de observación y jugando.

A medida que pasaban las imágenes, Uriel me explicaba que fueron tomadas en el municipio de Santuario, que los niños y jóvenes eran estudiantes del INSA y las actividades que realizaban eran “salidas académicas”, “ferias de proyectos”, “Campamentos Pedagógicos”. Entre ellas destacaba una visita de estudiantes de primaria a la Casa de Cultura del municipio para escuchar la historia de su pueblo de boca de Jaime Vásquez, el historiador local, y un “Foro Ambiental” con el Consejo Municipal para la incorporación del PCC en el Plan de Ordenamiento Territorial, en los que los chicos participaron proponiendo algunas ideas al respecto. (Uriel, comunicación personal, 17 de abril de 2014)

Extrañado por la presencia de adultos de uniforme en las fotos, pregunté por ello y Uriel me aclaró que se trataba de miembros de la Defensa Civil y de la policía que por motivos de seguridad los acompañaban ya que el Ministerio de Educación habían puesto muchas restricciones legales para que los estudiantes salieran de los colegios en horario de clase y por eso era necesario contar con el apoyo de la comunidad para evitarse problemas.

Además de los uniformados, los chicos aparecían acompañados de adultos que, según Uriel, eran personas con saberes específicos sobre biodiversidad e historia de Santuario, procedentes tanto de aquel lugar como de universidades de la región que se vinculaban al nodo de investigación para enseñarles “cosas” a los muchachos en el marco de los proyectos que estos desarrollaban con los profesores (Uriel, comunicación personal, 17 de abril de 2014).

De repente, Uriel se detuvo emocionado ante una foto, en ella aparecía un profesor con un sombrero y un poncho ligero. Él estaba al lado de un pendón dirigiéndose a un grupo de estudiantes en un lugar que parecía hacer eco del discurso de la ciencia que se respiraba en la oficina de Uriel, un laboratorio escolar en el que se podían ver instrumentos de física,

química y maquetas de anatómicas de diferentes partes del cuerpo humano. Señalando al profesor Uriel dijo:

Ese que ve usted ahí es el profesor que lidera el proceso en Santuario, es el profesor Raúl Pareja. A mí me encanta mucho ir donde Raúl porque tiene toda la memoria visual de los proyectos en los que ha participado, entonces adorna su salón con todos los pendones y dice: ‘vea este proyecto lo realizamos en tal año y este otro proyecto trató de tal cosa’.
(Uriel, comunicación personal, abril 17 de 2014)

Uriel me contó que conocía a Raúl desde el 2001 cuando este condujo un taller sobre manejo del agua para sus estudiantes en el marco de un proyecto de fomento de prácticas agroecológicas en el área de amortiguamiento del Parque Nacional Natural Tatamá (PNNT).

Sin embargo, decía Uriel, Raúl sólo empezó a destacarse para él desde que le correspondió asesorar su primer proyecto en el programa Ondas en el INSA -un proyecto de manejo de residuos sólidos en su municipio-, porque notó que era diferente de los profesores que usualmente responden a las convocatorias de Ondas, ya que además de ser un profesor “gomoso”²⁸ de la educación -particularmente a la educación ambiental-, se encontraba dispuesto a participar voluntariamente en procesos extracurriculares, *él estaba interesado en salir del aula y proyectar sus acciones sobre la comunidad para sensibilizarla sobre asuntos ambientales*, me enfatizó Uriel destacando que compartía el interés del profesor por lo ambiental y su estilo de trabajo.

A partir de esta afinidad ambos docentes se encontraron desde sus lugares institucionales y decidieron focalizar, por sugerencia de Uriel, la biodiversidad como una categoría de estudio que les permitiría leer la complejidad de aquel territorio, formular proyectos a partir de estas lecturas y conectarse a través de ellos con los circuitos de valorización de las acciones ambientales que Uriel conocía. Al respecto Uriel recordaba que

Para su segundo proyecto Ondas él me dijo: -ayúdame con la clasificación de estas mariposas que me encontré por el Tatamá, y yo le dije: - esa no es la pregunta problematizadora, aquí vamos a estudiar es la biodiversidad, porque ese es el tema que va a ocupar la agenda pública en los próximos 10 años en la región. Raúl se puso a pensar y recordando que el monocultivo del café es agresivo con la biodiversidad se le ocurrió investigar cómo se afecta la biodiversidad por causa de los monocultivos.

Yo le dije que estaba bien, pero que lo hiciéramos mirando hacia la zona de amortiguamiento del Tatamá en la que se vive cotidianamente la presión de los productores por expandirse sobre las zonas protegidas. Ese proyecto de Raúl le dio la

²⁸ Un apasionado de algo que le gusta, en este caso Uriel.

oportunidad de ir al Encuentro Mundial de Biodiversidad en Cali y ahí entendió la dinámica y la proyección que tenía esto en los contextos nacionales e internacionales, allá alcanzó a dimensionar que se tenía que preparar para cosas muy grandes. (Uriel, comunicación personal, abril 17 de 2014)

La manera en que Uriel relataba aquella anécdota me permitió percibir que las perspectivas desde los que cada uno de ellos se posicionaba frente a lo ambiental no eran las mismas: Raúl lo hacía desde una perspectiva más concreta, particular y local, asociada al ejercicio de la docencia en ciencias naturales en la educación media, a su experiencia de vida en el pueblo, y la curiosidad de autodidacta.

Uriel tenía una perspectiva más abstracta, general y global, asociada al ejercicio de la docencia en la Facultad de Ciencias Ambientales en la Universidad y a su compromiso institucional con el LEHPC, por eso usaba categorías valorativas propias de ese ámbito como “biodiversidad”, considerada por la academia como el rector de los valores ambientales, y por Uriel como eje de la agenda pública a nivel global, y otras como “monocultivo” o “zona de amortiguamiento”, las que suponen que la naturaleza tiene valor para el hombre en tanto pueda ser comprendida, dominada y controlada para su beneficio.

Esta diferenciación cobró fuerza cuando Uriel continuó relatándome que el tercer proyecto que desarrollaron surgió a partir del hallazgo de unas piezas arqueológicas cerca de la plaza principal de Santuario. Este evento inesperado movilizó la participación del LEHPC para rescatarlas. De acuerdo con Uriel, Raúl se sumó con sus chicos a esta experiencia y de paso tuvo la oportunidad de aprender sobre patrimonio con Carlos, un arqueólogo que dirige el Laboratorio y que por aquél entonces participaba en el equipo interdisciplinar que elaboraba el dossier del PCC para la Unesco.

Uriel recordaba que este encuentro le permitió a Raúl aproximarse de manera temprana a los planteamientos del PCC y, con su acompañamiento, avanzar en prácticas de reconocimiento del patrimonio local, de modo que cuando llegó la declaratoria de PCH, él estaba en capacidad de entender mejor la relación del patrimonio con el paisaje y juntos decidieron montar un proyecto más ambicioso que les permitiera hablar de PCC desde el aula de clase.

Es ahí cuando otros profesores empezaron a ‘pegársele’, me contaba emocionado Uriel, ‘el profesor de castellano con un proyecto de elaboración de cuentos, relatos y preparación de contadores y dos profesoras de las escuelas satélites, atraídas también por el profe, para que los niños cuando salgan de la escuela y pasen al colegio vean que hay otras posibilidades’. (Uriel, comunicación personal, abril 17 de 2014)

Precisamente en la foto que estábamos viendo, Raúl aparecía con el pendón que correspondía a dicho proyecto, el cual se denominó “Haciendo Trocha a través de la Palabra”. Cayendo en cuenta de ello, Uriel sacó de entre sus carpetas una cartilla diagramada en forma muy básica en la que se veían fotos a todo color y pequeñas notas descriptivas sobre el citado proyecto. Empezó a mostrármela mientras me decía que ese era uno de los proyectos que mejor habían logrado.

La cartilla llevaba por nombre “*El Paisaje Cultural Cafetero desde el Aula de clase “haciendo Trocha a través de la palabra”*” y en su portada aparecía el nombre



Ilustración 4. Logotipo del semillero de investigación “Gallitos de Roca”.
Fuente: Fotografía del autor.

del Instituto Santuario, con su escudo y el logo de Colciencias y una caricatura de un gallito de roca ataviado con un poncho semejante al que portaba el profesor Raúl, pero con los colores de la bandera del INSA, parado en una rama de café y flotando sobre una onda que se expandía en el agua (ver ilustración 4).

Ante mi extrañeza por ver un ave poco común en la iconografía de la región, le pregunté a Uriel ¿por qué la habían escogido? y el me indicó que:

El logo del grupo fue el resultado de una convocatoria a los estudiantes. De las diferentes propuestas presentadas se escogió como emblema el gallito de roca -rupícola rupícola-, un ave en riesgo de desaparecer por el impacto de los monocultivos, que habita en la zona de amortiguación del PNN Tatamá, los estudiantes le encontraron luego otras características con las que se identificaban como que era aletoso,²⁹ o que tiene el mismo peinado que los de los niños del colegio o que tiene los colores del uniforme del colegio. Se retomó el café que identifica la región y las ondas por el programa, para indicar que ellos están en la onda de la investigación. (Uriel, comunicación personal, abril 17 de 2014)

La valoración que hacía Uriel del logotipo daba cuenta de sus intereses y propósitos institucionales en relación con la educación ambiental, el PCC y la construcción de una cultura ciudadana de la ciencia, la tecnología y la innovación -propósito del programa Ondas-

La valoración de los chicos parecía diferir sin embargo de tales propósitos académicos y destacaban en el logo atributos estéticos y de personalidad con los que se identificaban y que

²⁹ Persona que actúa con alboroto para figurar.

parecían indicar que valoraban más el componente socializador del grupo que el investigativo o el ambiental con el que Uriel lo promocionaba.

Al hojear la cartilla noté que el proyecto aparecía en ella con el nombre “haciendo trocha a través de la palabra, la cultura que somos en el marco del PC” -omitiendo la tercera C de la sigla-, y que en sus párrafos introductorios hacían una especie de declaración sobre el sentido de lo que estaban haciendo. En primer lugar, destacaban que veían en la declaratoria del PCC como PCH la oportunidad de integrar los que denominaban “valores de la cultura cafetera” y que se manifestarían a través de las personas que encuentran su sustento en sembrar y cultivar café, es decir, los pequeños y medianos productores de café de montaña.

En segundo lugar, aclaraban que el PCC tenía valores que sobrepasaban el concepto de paisaje cultural porque el territorio también tiene que ver con usos, costumbres y expresiones. Los cuales, afirmaba, era necesario que las personas se los apropiaran, sin especificar a qué personas se referían o, porqué si supuestamente se trataba de los valores existentes en su territorio, estos debían ser apropiados por los habitantes locales.

Paso seguido, el documento planteaban que, para superar este problema, los profesores del INSA estaban construyendo estrategias interdisciplinarias con los niños y jóvenes que participaban en el grupo de investigación, promoviendo la participación social y la investigación para reconocer los criterios y valores de autenticidad especificados en la declaratoria, además de vincular a sus familias en el proceso de valoración, comunicación y discusión del patrimonio cultural.

Finalmente, aquel documento cerraba argumentando que

(...) la promoción de habilidades propias del saber científico que se visualizan en el desarrollo de la propuesta investigativa que realizamos nos lleva a integrar conocimientos desde las áreas de ciencias naturales, español, artística, biología, sistemas e informática, para superar debilidades de comprensión lectora y las competencias argumentativas, procedimentales, socializadoras y valorativas hacia la formación de ciudadanos éticos, críticos y responsables. (Semillero de Investigación ONDAS-INSA, 2013a)

Después de leer esta introducción tan rica en alusiones institucionales y afirmaciones inespecíficas, de las que Uriel se percató mientras seguía mi lectura en voz alta, él me aclaró que ellos habían tenido la posibilidad de elaborar materiales propios, pero que, aun así, se notaba mucho en ellos la mano del asesor. Uriel afirmaba que incluso, en ocasiones, él había tenido que escribir los informes de avance del proceso de investigación, a partir de entrevistas que realizara con docentes y estudiantes y posteriormente, ellos los revisaban, ajustaban. Esto

porque, a pesar que hacían cosas muy buenas, ellos no eran muy buenos para escribir sobre lo que hacían.

No obstante, Uriel reconocía que lo que aparece en los informes era, en gran medida, *inventado* por él a partir de las reuniones que sostenía con ellos, a partir de *las perlititas que soltaban mientras conversaban*, las cuales él traducía *al lenguaje del formalismo* (Uriel, comunicación personal, abril 17 de 2014).

La aclaración de Uriel ponía de relieve su incidencia en la adopción ya no sólo de la perspectiva de la biodiversidad, sino también de un discurso institucional sobre el PCC, centrado en la autenticidad de los “valores de la cultura cafetera”, en las publicaciones del grupo. Esta acción era justificada por Uriel en relación con las debilidades escriturales de los docentes, una cualidad a través de la cual él se diferenciaba de ellos. Sin embargo, esa aclaración no me permitía entender, más allá de los requerimientos formales de las instituciones, ¿por qué Uriel veía necesaria esa traducción?

6.2 Tenemos un sesgo que nos impide ver las riquezas que nos rodean

*“El ojo humano,
condicionado por la historia y la sociedad,
supone que sus percepciones son reales”
Michael Taussig (1993, p.26)*

Tratando de encontrar respuestas a esta pregunta, noté que el texto de la cartilla que había producido el semillero también dejaba entrever las resistencias de los profesores que lo elaboraron frente al discurso institucional de Uriel al señalar que “el PCC tiene valores que sobrepasaban el concepto de paisaje cultural” (Semillero de Investigación ONDAS-INSA, 2013a). Sin embargo, como me daría cuenta semanas después, mientras sostenía una amena y larga conversación con el profesor Raúl en su oficina del INSA sobre cómo entendía el PCC, las resistencias que percibía eran más extensas y estaban relacionadas con la experiencia de vida de los profesores en aquel territorio.

En el caso de Raúl, una primera fuente de resistencia al discurso institucional del PCC parecía provenir de lo que él denominaba “la pedagogía del encargo”, mientras conversábamos sobre su experiencia como educador ambiental, se quejaba de la forma en que los maestros habían renunciado a generar propuestas de manera autónoma. Para ilustrar esto, me mostró un apartado de sus tesis de especialización en el que planteaba:

Los maestros al asumir la educación ambiental por encargo, hemos renunciado a desarrollar nuestras propias iniciativas, la pedagogía del encargo no nos ha llevado

participar en el proceso de la construcción colectiva del conocimiento, por eso la escuela no ha podido abrirse y generar sus propios procesos con proyección a la comunidad. No han sido las iniciativas de un colectivo al interior de la escuela las que han marcado ese proyecto de vida que tiene que ser la educación ambiental, es por ello que todo el proceso educativo está descontextualizado, es improductivo y carente de sentido. (Sánchez & Pareja, 1999: 100)

Semejante afirmación ponía de relieve que, de asumirse como discurso institucional exógeno, el PCC corría el riesgo de ser otro “encargo” más, que sería fagocitado por esos procesos educativos” descontextualizados, improductivos y carentes de sentido” que ocurrían en la escuela.

Frente a esa “pedagogía del encargo”, Raúl veía necesario desarrollar la capacidad de los estudiantes y docentes para resolver problemas concretos de su entorno a partir de la producción de saber sobre este y así adelantar procesos educativos propios, que les permitieran relacionarse desde una mejor posición intelectual con los agentes foráneos que, como Uriel, traían los “encargos” a la escuela. Para afirmar eso me señaló otro apartado de su tesis en la que planteaba

Que no nos vengan a hablar de basuritas, no, tenemos nuestro propio legado de saberes y conocimientos en el entorno. Lo que pretendemos nosotros es generar escuela desde el reconocimiento de nuestras potencialidades como maestros ambientalistas y formadores. Una escuela con maestros que tengan más preguntas que respuestas, que al estar armados de hipótesis contribuyan a la búsqueda colectiva de respuestas provisionales. Una escuela en la que el niño cuente como parte del problema, pero también como agente de primer orden para la solución. (Sánchez & Pareja, 1999: 100)

Esa actitud de resistirse a la “pedagogía del encargo” a partir de reivindicar su propio legado de saberes y conocimientos y su disposición a la búsqueda, era evidente en el texto de la cartilla cuando afirmaba que “el PCC tenía valores que sobrepasaban el concepto de paisaje cultural”. Aquella era una manera de decir, que, desde su posición, él y su grupo estaban en capacidad de reconocer en el territorio que habitaban, valores que no habían sido captados por la mirada de los expertos que habían elaborado el dossier para la Unesco en torno a una categoría académica globalizadora, como era la de “Paisaje Cultural”.

Dicha categoría resultaba ajena a las dinámicas locales. En ellas, “paisaje” se entiende desde una perspectiva estética que hace irrelevantes los detalles que lo integran, de ahí que cuando un santuareño dice que algo *es parte del paisaje*, alude a aquellas cosas del entorno que, de ser tan familiares ya no se perciben y en consecuencia no se valoran.

De ahí que Raúl prefiriese hablar de *territorio* en lugar de *paisaje* y que identificara en él, *valores que sobrepasaban el concepto de paisaje cultural*. Ahí pude encontrar una segunda fuente de resistencia al discurso oficial del PCC asociada con la manera que tenía Raúl, de entender la caficultura y sus impactos en la configuración de aquel territorio.

Yo le pregunté *¿por qué un profesor de ciencias naturales se interesa por algo como el PCC?* Y él me respondió que *su interés no era de ahora*, y se remitió a los años 90, cuando participó como educador ambiental en un proyecto de conservación de los recursos hídricos de la mano de técnicos y expertos locales en la zona de amortiguación del PNN Tatamá, a través de él, pudo darse cuenta de la vulnerabilidad en la que había quedado la región frente al Fenómeno de “El Niño”³⁰ a raíz de la severa deforestación que supuso la implantación de monocultivos cafeteros, lo cual, por aquel tiempo generó una sequía tan vasta que el pueblo se quedó sin abastecimiento de agua por varios días.

Esta experiencia, le había ayudado a entender la necesidad de cambiar la perspectiva de valor a partir de la cual se jerarquizaba la naturaleza y sus productos en una región donde según sus palabras *cada bonanza cafetera significa una catástrofe ambiental por la expansión de las áreas de cultivo, el uso intensivo de agrotóxicos y el empobrecimiento de los suelos* (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014).

Una primera elaboración de esta comprensión quedó registrada en una cartilla de educación ambiental que había producido para el proyecto ACUA-CAI y que me enseñó mientras conversábamos:

... aunque la mayoría de las personas sólo vean el café como riqueza³¹, hay que dar valor de riqueza al agua y al monte porque son un tesoro escondido no sólo para un solo hombre, ni para muchos hombres sino para toda la humanidad, mejor aún, para todos los habitantes de la tierra, plantas, animales, nubes y hasta las piedras. (Pareja, 1998: 9)

Tal elaboración suponía una concepción de la naturaleza misma de los seres humanos o de las relaciones sociales diferente a la normalizada por la modernización cafetera, ya que reconocía el carácter común y no homocéntrico de tales riquezas y, asumía que el valor de algo estaría dado por la importancia que una comunidad le asigna a lo que produce, lo que necesita y lo que comparte, de ahí que puedan existir expresiones variadas de dicho valor, no reductibles exclusivamente al dinero. Aquellas ideas fueron actualizadas por Raúl en nuestra conversación a través de una afirmación que era a la vez una queja: *acá en santuario tenemos*

³⁰ El Niño es un fenómeno climático relacionado con el calentamiento del Océano Pacífico oriental ecuatorial, que se manifiesta en ciclos de entre tres y ocho años, que en Colombia produce sequías intensas.

³¹ El *oro del campesino*, como llamaban los cafeteros a estos granos dorados en tiempos de bonanza cafetera (aclaración propia).

un sesgo que nos impide ver las riquezas que nos rodean, la biodiversidad, el agua, la gente, la memoria colectiva (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014).

Le pregunté a qué sesgo se refería y me contestó que se refería al giro que dio la caficultura con el auge de los monocultivos y las posibilidades de consumo que se les abrieron a las personas al incrementarse el dinero circulante en el pueblo. Este hecho se reveló crucial para entender su posición, ya que, según él, a partir de entonces...

a la gente se le abrió la agalla³² con el café y pensaban que con él iban a tener carro, apartamento en la ciudad, que el que les administraba iba a vivir en el pueblo y que el dueño de finca no iba a tener que trabajar y que sobre todo siempre habría manos para trabajar el campo. (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014)

Y es que la bonanza cafetera puso a disposición de los caficultores grandes cantidades de dinero que, al incrementar su capacidad de consumo hacían creíbles aquellas promesas. Por eso no vacilaron en abandonar muchas de sus prácticas tradicionales de vida y de relación con las personas y las cosas, al tiempo que asumían dinámicas de consumo de mercancías y tecnologías foráneas, que los vinculaban con ideas y racionalidades económicas con las que no estaban familiarizados. Estas nuevas vinculaciones ocasionaron cambios de todo tipo, incluida la liberación de la mano de obra local, que tradicionalmente había estado sometida a los medianos y grandes productores locales a través de relaciones en las que se hibridaba lo laboral, lo político, lo religioso y lo familia. Al transformar sus expectativas de vida y de consumo, también cambió su disposición para trabajar en el campo, así como para disponer de los frutos del mismo.

Sobre este fenómeno tuve la oportunidad de conversar con algunos cafeteros locales, los cuales me explicaron que la modernización de la economía cafetera (en adelante modernización cafetera), había supuesto un desplazamiento del valor de los productos del trabajo de la tierra, de modo que estos pasaron a tener importancia sólo en función de su posibilidad para ser intercambiados por dinero.

El impacto de este cambio puede ser ejemplificado en una de las anécdotas que me contaron en la plaza de Santuario (ver ilustración 5): muchos de ellos, los productores del “mejor café suave del mundo”, no sabían, a qué sabía el café que salía de sus fincas -que no les costaría nada- y preferían comprar y consumir un tinto³³ elaborado con productos industrializados de baja calidad en los que, según ellos, se entremezclan *pasillas extranjeras*,

³² Expresión que denota ambición.

³³ Denominación local para referirse genéricamente a un café servido en taza.

lentejas molidas y sangre de ganado seca y pulverizada, para hacerlo más rendidor (Diario de campo conversaciones con caficultores en la plaza 22 de septiembre de 2015).

Siguiendo con su explicación, Raúl también me contó que desde que llegó la primera bonanza del monocultivo, los caficultores se dedicaron a incrementar la producción de café, a sembrarlo *hasta la pata de la cama*, eliminado todo aquello que no consideraba útil para incrementar la “productividad” comercial de los cafetos: los cultivos de pan coger, los árboles de sombrío y las plantas que fueron catalogadas como *malezas*.

Tales acciones propiciaron el rompimiento de los equilibrios ambientales que controlaban la proliferación de plagas y la erosión de los suelos. Eso hizo que, lo que inicialmente parecía una bendición, se convirtiera con el tiempo en una pesada carga, ya que poco a poco los caficultores fueron quedando en manos de los comerciantes de pesticidas y abonos, lo mismo que de los bancos en los que obtienen los créditos para comprarlos.



Ilustración 5. Cafeteros conversando en torno a un tinto en la Plaza de Santuario. Fuente: Fotografía del autor.

¿Y qué pasó después?, porque igual se sigue produciendo y exportando café, le pregunté. Él me respondió que, aunque siguen existiendo las personas que trabajan en la caficultura no quieren que sus hijos hagan lo que ellos:

el trabajador sueña que a sus hijos no les toque tan duro como a él, igual piensa el administrador, por eso usted ve que cada vez hay más administradores de finca que viene del Chocó, y el dueño de finca está endeudado con los bancos, está pensando en cómo va a conseguir el abono del próximo año y ellos saben que están esclavizados de los agroquímicos que cada vez son más costosos. (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014)

Raúl veía en esto

... el producto de las políticas cafeteras de la Federación, las cuales fueron pensadas para beneficiar a unos cuantos que monopolizan el territorio, se apropian de veredas enteras y las vacían de gente por las buenas o por las malas, para que después lleguen otros que así no sepan de caficultura invierten en este territorio y compran todo. (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014)

¿Y si la gente sabe eso porque siguen cultivando café?, le pregunté. Él me respondió que para tomar distancia de esta forma de vida había que *desenamorarse* de ella y que eso era muy difícil. Para ilustrar su respuesta me dijo:

para revertir 40 o 50 años de malas prácticas asociadas al dinero, cuatro generaciones metiendo la pata con algunos picos de contentillo se necesitan varias generaciones. Es como en el amor, si uno se demora cuatro años enamorado, se demorará otros cuatro años en desenamorarse. Decirle esto el día de hoy a unos campesinos que están cabecigachos, verracos, pelaos y en crisis es imposible, la crisis tiene que tocar fondo, para generar un ejemplo de algo que pueda ser una alternativa pero que aún no vemos. (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014)

En otras palabras, Raúl no creía que la actual generación de caficultores se *desenamorara* de la caficultura tecnificada que aprendieron con la Federación, como una colección de recomendaciones aplicables en cualquier circunstancia y, por eso insistía en que más que un asunto de saber lo que pasaba, era de comprenderlo, y que por eso

El PCC tendrá sentido de veras cuando se cambie de paradigma. Los que entiendan más rápido el paradigma en el que están metidos, más rápido van a salir, si nadie lo dice y nadie hace nada al respecto, ahí si hay un problema. Aquí hay que hablar de otras formas de hacer caficultura, por eso digo que el problema es generacional. (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014)

Profundizando en lo generacional Raúl acotaba:

Cuando las personas se acuerden que sus abuelos tenían tierra y vivían en el campo con dignidad y valores, que tenía historias que contar y no como los de ahora que están envejeciendo en apartamentos de cuatro por cuatro., entonces valoraran las cosas de otra manera, a eso le apunto yo con los chicos. (Raúl, comunicación personal, 30 de abril de 2014)

En este punto Raúl coincidía con las apreciaciones de Jaime Vásquez:

... el futuro en Santuario deberá reconsiderar la caficultura que tenemos, porque no dejaremos de ser cafeteros, no nos vamos a salir de ahí y eso pasa por recuperar nuestras raíces campesinas que están ligadas al manejo de semillas y de suelos a partir de saberes propios, y tomar distancia de la idea de productor que nos han metido, que está asociada con la aplicación de paquetes tecnológicos estandarizados que nos hacen dependientes de saberes y recursos foráneos. (Diario de Campo Charla de Jaime Vásquez en el Instituto Santuario 6 de julio de 2017)

En esas *otras formas de hacer caficultura* que deberán nutrirse de la memoria colectiva y la valoración de la biodiversidad, la gente y el agua presentes en el territorio, es que anidan los *valores que sobrepasaban el concepto de paisaje cultural* que señalaba Raúl, esos valores que sólo percibe un tipo particular de observador, aquel que no ha tomado distancia social del mundo del trabajo y por ello puede ver la tierra, el territorio, la memoria y la gente de manera concreta y personalizada, antes que como paisaje (Williams, 2011, p.19). Aquello habilita a este observador, para percibir, más acá del PCC celebrado por la Unesco, la huella ecológica que la modernización cafetera ha dejado en su lugar de vida, así como las tensiones sociales, ambientales y financieras que suponen hacer parte de la ruralidad cafetera.

6.3 Valores que nacen del hacer

“La nueva experiencia de la producción de artículos de consumo fragmenta y desafía esa interrelación orgánica del alma con la mano. Sin embargo, el significado de ese modo de producción y de las contradicciones que ahora plantea, inevitablemente se asimila a modelos que están preestablecidos en la cultura del grupo”

Michael Taussig (1993, p.27)

La mirada de Raúl sobre el PCC era la de un maestro que conocía su territorio y a su gente, pero que además había educado a varias generaciones de hijos de los caficultores. Por eso podía entender el potencial valorativo que este podía representar para dignificar la existencia de las personas en el campo, y percibir algo que, según él y Uriel, se le había pasado por alto a los académicos que prepararon el Dossier para la Unesco: El Plan de manejo inicial del PCC no habían tenido en cuenta el rol de los niños, los jóvenes y las escuelas rurales en la sostenibilidad de aquel patrimonio universal.

Para Raúl, esa ausencia, antes que un problema, representaba una posibilidad para reivindicar la autonomía productiva de su escuela a través del agenciamiento de proceso de indagación y producción de conocimiento fundados en la experiencia directa, la interacción participativa y el aprender haciendo. Pero, además, una oportunidad para insertarse en la discusión sobre la sostenibilidad del PCC desde categorías de la realidad que trascendían las limitaciones comprensivas que la convención PCC imponía a las prácticas institucionales y poner en valor sus creaciones. De esta forma buscaban aprovechar las aperturas generadas por la crisis, para contribuir, desde la escuela, a reconstituir los deteriorados vínculos con el

agua, su gente, la biodiversidad y la memoria colectiva, lo mismo que entre saberes escolares, saberes tradicionales y conocimiento científico

Es por ello que Raúl señalaba que

Al PCC hay que darle un manejo respetuoso, solidario, pertinente, y pensado no a una o dos generaciones como pensaron los monocultivos de caturrales, sino pensado a largo plazo y de manera general. Nosotros pensamos que el PCC es una oportunidad para que no se acaben estos pueblos, pero no está diseñado para chicos de colegio, lo pensaron en función del turismo, para vender el país y canalizar recursos. Nosotros lo vemos como una oportunidad educativa que no estaba en el currículo y nos convidamos solos en un cuento que no era para nosotros, para decirles a los que montaron el PCC que sin los niños y los jóvenes no hay futuro para la Eco-región. (Raúl, comunicación personal, 7 de noviembre de 2016)

En su argumentación era palpable que su resistencia al discurso oficial del PCC no significaba que rechazara esta iniciativa, sino que, por el contrario, veía en ella una oportunidad para reorientar los modos de vida en los pueblos cafeteros, hacia prácticas y representaciones que los hagan sostenibles,

Es por ello que proponía, desde sus intencionalidades como maestro, educador ambiental y habitante de la localidad, darles una mayor relevancia a los valores ambientales para interpretar el PCC. Aquello, entendiendo que lo ambiental surge como otredad insalvable para el proceso de modernización cafetera y el modo de vida derivado de ella, en tanto pone de manifiesto la condición material y finita de sus posibilidades y conflictúa las prácticas que quieren sobrepasar tales límites para obtener ganancias a corto y mediano plazo. Una perspectiva que abría la posibilidad de valorar el territorio de una manera plural.

La manera de usar la convención PCC que plantea Raúl pone en evidencia que, si en la actualidad se pretende valorar el territorio, es precisamente porque hay un conflicto de valores en torno a las condiciones de existencia en él.

De esta forma, Raúl hace una valoración pragmática del PCC, a través de la cual, pone en evidencia que la valoración del territorio y de lo que ocurre en él, no pueden reducirse, ni a la búsqueda de un mejor precio para el café y sus derivados, ni a la reificación de los 4 valores de excepcionalidad universal que le son reconocidos al PCC por parte de la Unesco.³⁴ Esto, dado que ambas miradas homogenizan y simplifican la lectura de un territorio en el que las

³⁴ Los valores universales reconocidos por la Unesco son los siguientes: 1. Esfuerzo humano, familiar, generacional e histórico para la producción de un café de excelente calidad, 2. Cultura cafetera única para el mundo, 3. Capital social estratégico construido alrededor de una institucionalidad y 4. Relación entre tradición y tecnología para garantizar la calidad y sostenibilidad del producto.

relaciones de la caficultura y de los caficultores, con su entorno, su comunidad y la sociedad, son diversas, complejas y cambiantes.

En consecuencia, Raúl trata de abordar el PCC de un modo que se visibilicen los problemas que han generado las prácticas cafeteras homogeneizantes y de paso destacar los valores que podrían dar sustento a otras maneras de vivir y producir café en ese territorio, o que por lo menos podrían de hacerlo más vivible para sus pobladores tradicionales.

Para ello, Raúl pone en relación los discursos institucionales del PCC con experiencias sustantivas que interrogan la validez ecológica y social de los valores y atributos patrimoniales a través de los cuales se pretende valorizar la caficultura colombiana de montaña. Al respecto él me contaba en aquella larga conversación que sostuvimos esa tarde en el INSA que...

La idea es apropiarnos del tema del PCC e incluirlo en los chicos, pero no se trata de tragarnos todo lo que nos manden sobre PCC, es mantener una posición crítica, es preguntarse ¿por qué Santuario ha destruido tanto su biodiversidad para abrirle paso a los monocultivos especialmente el de café, arrasando el sotobosque?, es entender que hablar de caficultura es también hablar que no nos gusta la política cafetera, que a todos nos ofusca cuando se va a coger la cosecha y el precio baja, y que los campesinos se quejan porque no pueden obtener con su trabajo un ingreso favorable sino que los precios son manipulados desde arriba para que los que producen el café se vayan a pique desde el productor hasta el más humilde garitero de una finca, esa posición crítica nunca la podemos perder de vista. (Raúl, comunicación personal, 7 de noviembre de 2016)

A través de sus planteamientos pude notar que Raúl acogía la propuesta institucional de apropiación social de los valores y atributos patrimoniales del PCC que promocionaba el LEHPC a través de Uriel, pero la asumía, no como un asunto a reproducir y divulgar, sino como un tema a discutir, poniendo en duda que tales valores fuesen inherentes a este territorio o por lo menos, que las valoraciones que las instituciones hacían de ellos, coincidieran con las que la población experimentaba a nivel local.

Raúl se refería a esos valores nacidos del hacer tradicional de los campesinos en los que se ponía en evidencia su interdependencia con los demás y con la naturaleza y, en consecuencia, propiciaban formas de integración social consecuentes con ello, antes de que entraran en vigencia las regulaciones de la Federación Nacional de Cafeteros.

Precisamente por ello, en sus publicaciones sostenían que aquellos eran “valores que trascienden el paisaje” (Semillero de Investigación ONDAS-INSA (2013a)). Tales valores emergían del hacer concreto de los campesinos que habían nacido, trabajado y habitado en

aquel territorio y cultivaron la tierra en estas montañas andinas, los que ven en ellas campo, los que saben que *cada verde en el paisaje es algo diferente*, o como decía un campesino de la zona que practica la agroecología, que son capaces de ver muerte donde otros ven un paisaje muy bonito, porque la experiencia les ha enseñado a establecer a la distancia las carencias minerales de los suelos cultivados (Diario de campo Gira “Lab-Ter”, julio 23 de 2017).

Situación distinta es la de los valores reconocidos en el PCC por la Unesco, los que, al consagrarse como referentes universales se estandarizaron y se hicieron indiferentes a las particularidades naturales y locales. Estas cualidades los hicieron lo suficientemente generales y abstractos como para que en torno suyo se pudieran *performar* de manera autorreferencial, una gran variedad de relaciones de significado que usufructúan la valorización de la “caficultura de montaña” como bien patrimonial. Ello debido a que fueron producidas por expertos y empresarios, que, al poder permitirse una distancia en relación con la naturaleza y el trabajo, lograron matematizar estos tonos de verde que diferencian los campesinos, al punto de delimitarlos de manera geo referenciada, para hacerlos ver como un continuo homogéneo indiferenciados de paisajes culturales y negocios.

El lugar desde el que Raúl percibía estos *valores que nacían del hacer* fue quedando en evidencia para mí cuando al ampliar su respuesta precisó:

Para mí hablar de PCC ha sido hablar de algo que está dentro de mí, es decir muévase, pero a mi manera, yo no sé de barismo³⁵ ni de cafés especiales, pero sí entiendo las relaciones que existen entre gente, café, flora, fauna, agua y suelo, y eso lo aprendí siendo la persona que se crio bajo palos de café, cogiendo café, viendo los pájaros rondando el cafetal, las ardillas subiéndose a los palos de zapote, sintiendo cuando los zapotes se le caían a uno en la cabeza, visitar las fincas donde había frutales y uno podía traer comida de allá porque estaba todo ahí, aguacates, naranjas, mangos, o que mi papá me dijera, vaya mijo coja un revuelto pal patrón y yo coger unas gajas de plátanos, unas yucas, unas arracachas, unas naranjas, unos zapotes y unos aguacaticos y llevárselos al patrón, y también lo que aprendí en la Fundación Manuel Mejía donde adquirí el amor por lo ambiental y entendí cómo funcionaba la caficultura y como esta afectaba la biodiversidad.
(Raúl, comunicación personal, 7 de noviembre de 2016)

Curiosamente, la Fundación Manuel Mejía de la que hablaba, había sido creada en el marco de la modernización cafetera, con el propósito de formar a los campesinos como

³⁵ Barismo es una modalidad de preparación de café para la venta al detal, realizada por un profesional especializado en el café de alta calidad, que trabaja creando nuevas y diferentes bebidas basadas en él, usando varios tipos de leches, esencias y licores, entre otros

recursos humanos para operar los cambios que se estaban implementando en la producción agrícola en general y de la cafetera en particular, potenciando su tendencia a optimizar sus opciones, minimizar riesgos y utilizar eficientemente los recursos disponibles, para que se convirtieran en pequeños productores orientados al mercado. Sin embargo, en este como en otros programas de desarrollo rural que tuvieron lugar en Colombia entre los años setenta y ochenta, se encontró una “resistencia de los campesinos a producir para el mercado”, que parecía estar íntimamente ligada a ciertas concepciones de la alimentación, la tierra, el desarrollo y la naturaleza en las que, las actividades de subsistencia y de reciprocidad e intercambio locales, eran cruciales para el sostenimiento de sus modos de vida (Escobar & Ochoa, 2012, pp. 229-230).

Escuchando a Raúl entendí también que la biodiversidad de la que hablaba era diferente de la que promovía Uriel, no era un tema de agenda pública sino una experiencia que había vivido espontáneamente cuando esta se desplegaba exuberante en los cafetales de esta región antes de la modernización. De ella anota Londoño en su libro “Retazos de Pueblo” (2013):

... ese territorio constituía el bosque más diverso y exuberante plantado por el hombre en todo el país: guamos, mestizos, nogales, laureles, aguacatillos, quiebrabarrigos, yarumos, carboneros, vainillos y toda la variedad de frutales propios de esta tierra: aguacates, guanábanos, mangos, zapotes, naranjos, mandarinos, limones, pomos, papayos, madroños ente otras muchas, sin anotar que todas las fuentes de agua conservaban los bosques de guadua... como había tanto alimento, tanto follaje y ninguna amenaza, convivían con esta naturaleza exuberante, gran cantidad de animales... El hombre mismo vivía en armonía con el medio y sin saberlo ni proponérselo, lo conservaba y lo respetaba. (Londoño, 2013: 14-16)

Algo de aquel paisaje subsiste en Santuario en algunos lugares entrañables para Raúl como las zonas de amortiguamiento del PNN Tatamá y la “Hacienda” “Brisas del Tambo”, los cuales preservan esas riquezas poco valoradas por los empresarios cafeteros porque restringen su ánimo de lucro, pero que constituyen el mayor patrimonio común con el que cuenta toda la comunidad: montes ricos en biodiversidad donde cada tanto descubren nuevas especies, abundantes fuentes de agua y la memoria colectiva de su comunidad. En ellos los Gallitos de Roca realizan muchos de sus *campamentos pedagógicos* a algunos de los cuales pude acompañarlos después de la charla con Raúl.

En las zonas de amortiguamiento se evidencian los conflictos entre los campesinos y empresarios agrarios que quieren extender las zonas de cultivo a expensas de la exuberancia de la selva andina y las autoridades ambientales que tratan de resguardar está última, al igual

que los páramos que surten de agua a la región. Por ello a la vez constituyen la principal despensa agrícola del municipio y también se han posicionado como importantes lugares para la realización de investigaciones biológicas y educación ambiental.

Una de ellas, la vereda “Campamento”, fue escenario del conflicto armado entre guerrillas, paramilitares y ejército, en medio del cual, la vereda fue utilizada para cultivar marihuana y procesar pasta base de coca. Como consecuencia fueron expulsados de allí tanto pobladores como educadores e investigadores, hasta la desmovilización de los paramilitares en el 2009, cuando algunos campesinos empezaron a retornar. Raúl y su grupo fueron de los primeros volver a aquel lugar con propósitos educativos, su visita tenía la intención que los estudiantes conocieran el hábitat de su ave insignia, el gallito de roca, a fin de fotografiarlo y grabar sus cantos en el marco del proyecto Ondas “Los sonidos de la Biodiversidad”. Al respecto Raúl recuerda que,

Cuando fuimos a ver el gallito de roca, nos recibió un retén de los cuatro campesinos vendiendo empanadas en un frío impresionante, en un filo, estábamos con Uriel, Lucho de parques, Santiago del colegio y la profesora Maribel. Nos bajamos del vehículo compartimos un refajo de cerveza con empanadas y dijimos ‘por aquí volvemos’, es una forma de robarle espacios a la violencia. (Raúl, comunicación personal, 11 de noviembre de 2015)

A partir de entonces este sitio adquirió un doble significado para el grupo “Gallitos de Roca”, ya que además de ser el lugar en donde se ubica uno de los cantaderos (lek) del ave que les representa, también es un espacio en el que es posible sensibilizar a los chicos sobre el impacto de la agricultura comercial legal e ilegal en el ambiente. Para tal efecto Raúl dispone de un juego que diseñó para visibilizar la densidad de la biodiversidad presente en el municipio. El juego consiste en un gran mapa de Santuario y fichas de madera en las que se encuentran dibujadas las especies animales y vegetales más comunes en él, al tratar de ubicar su distribución en el mapa, los participantes pueden evidenciar como las zonas de monocultivo son las menos diversas en flora y fauna, mientras que la biodiversidad se incrementa a medida que se acercan al PNN Tatamá.

Los chicos reconocen, a través del juego, el riesgo por desaparición de hábitats o alteración por los monocultivos, o plantas que se usan, que son exóticas o agresivas contra la flora nuestra. Con este juego se puede dar una clase de ciencias o una charla a los interesados en la biodiversidad de Santuario. (Raúl, comunicación personal, 11 de noviembre de 2015)

En esta vereda y otra cercana llamada la Baja Esmeralda, el grupo de investigación “Gallitos de Roca” realiza también jornadas de observación de insectos, plantas medicinales y pájaros. En ellas comparten experiencias con los estudiantes de las escuelas veredales y de manera conjunta realizan recorridos y prácticas básicas de laboratorio en las que aprenden a reconocer su entorno, a preparar aceites medicados y, sobre todo, como lo señaló Raúl cuando fuimos a ese sector,

...a valorar las habilidades de observación y los conocimientos que sobre el campo poseen los niños que viven en las veredas, con respecto al que tiene los niños que viven en el pueblo y cuestionar las prácticas privadas que hacen insostenible la vida en el campo.
(Diario de Campo Campamento Pedagógico vereda la Baja Esmeralda, 29 de agosto de 2014)

Otra de las zonas amortiguadora está ubicada en la vereda “Planes de San Rafael”, un frente de colonización agraria que fue contenido a mediados de los años 80 cuando fue declarado Área Protegida y luego Parque Municipal para salvaguardar el aprovisionamiento de agua del casco urbano del municipio, pero que ante la presión de los campesinos vieron restringidos los usos que podían darle a sus propiedades, se convirtió en Distrito de Manejo Integrado, donde ellos son coadministradores y pueden tener una fuente alterna de ingresos a través de la educación ambiental, el ecoturismo, y la guianza, haciendo uso del saber que adquirieron en su relación con las autoridades ambientales y en sus experiencias como colonos, cazadores y agricultores, en el marco de la flexibilización de las políticas ambientales que favorecen la emergencia en este tipo de zonas de negocios ambientales.

En este lugar Raúl y su grupo van a reconocer la importancia del agua para la vida de todos en la región y a entender el poder de la biodiversidad en su territorio, constatando como un lugar que otrora fuera un pastizal, después de casi treinta años de restricción de uso agrícola o pecuario, se ha convertido en un bosque alimentado por las semillas que llueven, traídas por el viento desde lo alto de las montañas, en el que pueden conocer las especies de árboles que utilizaron sus ancestros para construir muchas de las casas en las que viven actualmente.

“Brisas del Tambo” por su parte es un espacio de apenas una hectárea de extensión situado en la cima de una montaña, a la que su propietario, un doctor de pueblo con una gran capacidad crítica para leer el contexto en que vivía y con un fino sentido del humor y el sarcasmo le denominó “Hacienda”, no porque fuese muy grande, porque se produjera mucho café como las de sus vecinos o se manejara de acuerdo a las relaciones sociales propias de esta forma de producción, sino porque para él su valor radicaba en que a lo largo de 30 años

acopió y conservó en ella una innumerable colección de objetos y especies relacionados con la historia y la diversidad botánica de Santuario desde sus orígenes gvaqueros hasta el presente. A través de ella es posible apreciar desde su perspectiva las transformaciones materiales y simbólicas que acompañaron los cambios económicos, políticos y sociales que vivió el municipio a lo largo de su existencia.

Raúl fue un gran amigo de él, y al evocarlo destacaba que...

A él le gustaba coleccionar esas cosas por inquieto, siempre estaba atento a las que podía servirle, que esa piedra, ese cuadro. Él al principio era un acumulador, pero tuvo la cualidad de seleccionar cosas y organizarlas por puntos de interés, que la cocina, que la casa típica, que la fonda montañera, que las cámaras, que las planchas y que el tambo de los mitos y leyendas. Allá encuentra uno la colección de orquídeas del Tatamá, hay palitos y maticas que ya no se encuentran en ninguna parte. (Diario de campo visita 'Hacienda Brisas del Tambo', 29 de agosto de 2014)

En la “Hacienda” es posible encontrar de manera destacada un conjunto de partes disecadas de animales propios de la zona que cuelgan bajo un letrero que reza “Trofeos al crimen ecológico”, en alusión a la matanza de animales que acompañó el proceso de desarrollo en el municipio. Antiguas máquinas manuales para el despulpado del café se encuentran desplegadas por todo el lugar como materas de plantas ornamentales que evocan la diversidad de flora que se perdió con los monocultivos de café, en ellas hay letreros que ilustran sobre las diferentes variedades del grano que se cultivan en Santuario y las enormes desigualdades de ingresos que existen entre un peón de finca, un productor y un exportador de café.

Los balcones de las edificaciones están decorados con grandes serruchos³⁶ los cuales se empleaban anteriormente para porcionar en tablones los árboles de maderas finas que constituyeron la principal fuente de ingresos para los primeros colonizadores, además del material básico para construir las casas y la mayoría de los utensilios que usaron los antiguos moradores de esta zona.

En todos ellos aparecen inscripciones de instituciones públicas, organismos de control, cuerpos legislativos, movimientos políticos, organizaciones armadas y sonados casos de corrupción, los cuales en su conjunto denuncian de manera picaresca los múltiples actores y niveles que a los ojos del doctor Pareja estaban involucrados en el saqueo continuado del tesoro público, pero además recuerdan algo que las nuevas generaciones no logran

³⁶ En Colombia serruchar tiene la connotación de repartir las ganancias de un acto delictivo de manera equitativa entre los implicados.

dimensionar y es el hecho que estas tierras ahora dedicadas a la caficultura albergaron en otro tiempo densos bosques de niebla.

Al parecer la intención del propietario de “la Hacienda” era que no se perdiera la relación de las personas con el valor de uso que aquellas cosas tuvieron para las antiguas generaciones, pero que además las nuevas generaciones pudiesen reflexionar a través de ellas sobre el camino que los llevó a su realidad presente. Tal intencionalidad quedó plasmada en el pendón de presentación del lugar a través de unos versos del poeta Jorge Robledo Ortiz, en el que describe a los colonizadores antioqueños como gentes a la vez admirables y temibles:

*Hubo una Antioquia de mineros fuertes,
de arrieros invencibles,
de músculos que alzaban el futuro
como vara de mimbre.
Una raza enfrentada a la montaña
con tesón de arrecife.
Siquiera se murieron los abuelos,
con esa muerte elemental y simple.*

(Diario de campo visita ‘Hacienda Brisas del Tambo’, 29 de agosto de 2014)

Este poema invita a mirar con admiración pero también con reservas a esos hombres que, como dijera Londoño (2013), “vivía en armonía con el medio y sin saberlo ni proponérselo, lo conservaba y lo respetaba”, pero que también, como documenta Vásquez (2013), descuajaban montañas, despojaban violentamente de tierra y de vivienda a sus vecinos, además de ser poco tolerantes en materia política y religiosa, comportamientos que como pude evidenciar en la vereda “Campamento” aún persisten con nuevos nombres y expresiones en el municipio.

Para Raúl la importancia de la “Hacienda” radica en que le permite a propios y extraños entender el pasado de Santuario a través de la vivencia del rico patrimonio cultural y biológico reunido en ella, el cual incluye especies que está en riesgo como los chochos y los corozos, antes que a través de libros y fotos (Diario de



Ilustración 6. Campamento pedagógico “Hacienda Brisas del Tambo”. Fuente: fotografía del autor.

campo visita “Hacienda” “Brisas del Tambo”, 29 de agosto de 2014).

Sin embargo, al destacar el componente ambiental y patrimonial de este lugar, Raúl evita involucrar en su remembranza el pasado violento que también hizo parte del hacer de esos campesinos cuyos valores admira, esto es notable en el recorrido que dispone para conocerlo.

La “Hacienda” “Brisas del Tambo” está estructurada en torno a cuatro espacios básicos que condensan la visión que tenía el Doctor pareja del Santuario en el que vivió y los cuales integra Raúl en lo que ha denominado *Recorrido de la añoranza en Brisas del Tambo*.

El recorrido comienza en la casa principal (ver ilustración 6), una vivienda tradicional, modificada para destacar los usos que los antiguos



Ilustración 7. Bosquecillo “Hacienda Brisas del Tambo”. Fuente: fotografía del autor.

colonizadores hacían de ella: amplios corredores enchambrados rodean la casa, en ellos familias, vecinos y trabajadores se reunían en torno a la palabra, la música de cuerda y los alimentos, igual que en una inmensa cocina construida en torno al fogón de leña, que contrasta con habitaciones más pequeñas.

La segunda parada es un pequeño bosquecillo de árboles frutales y maderas nobles, el cual es complementado por un jardín de orquídeas, bromelias, plantas medicinales y aromáticas, todas ellas propias de la zona (ver ilustración 7). A través de él es posible hacerse una idea de las especies vegetales que otrora poblaban las montañas en las que en la actualidad se cultiva el café, Raúl las llama *los tesoros* y cuando hace sus recorridos con los estudiantes los desafía a identificarlos y a verificar como este pequeño lugar funge como una especie de oasis para varias especies de pájaros que encuentran allí alimento y refugio, lo cual es un atributo adicional de este lugar si se tiene en cuenta como dice Raúl que la cantidad y diversidad de aves en un entorno son un indicador del estado de la vegetación en los alrededores.

La tercera parada del recorrido es la Fonda Paisa, un lugar construido para evocar las antiguas posadas camineras que funcionaban como alojamientos, restaurantes, oficinas de correo, lugares de encuentro, comercio e integración territorial para las comunidades dispersas que fundaron los colonizadores en la quebrada geografía de los Andes colombianos.

En la Fonda (ver ilustración 8) se encuentran dispuestos los enseres, muebles, herramientas, instrumentos y variados utensilios que antaño fueron empleados por los santuareños en diferentes ámbitos de su vida y está decorado con letreros cómicos que hacen alusión a las relaciones amorosas y la vida cotidiana. Nacho, un profesor Jubilado que se ocupa del mantenimiento de lugar, nos describió



Ilustración 8. Nacho en la Fonda. Campamento pedagógico “Hacienda Brisas del Tambo”. Fuente: Fotografía del autor.

a grandes rasgos lo que había en ella, durante uno de los campamentos pedagógicos que acompañé

Allá hay instrumentos musicales con los que tocaban la retreta los domingos en la noche, el maletín del médico, la caperuza para dar luz, la medida para la panela, los juegos tradicionales, bacinillas, carrieles con muchos bolsillos, la romana, las alforjas en las que se llevaban los encargos importantes para la familia, las maletas de cuero que usaban los trabajadores andariegos para moverse de finca en finca y que dieron origen al refrán: ‘por la maleta se conoce al pasajero’, ya que los más pobres llevaban su ropa en una estopa. (Diario de campo, campamento pedagógico ‘Hacienda Brisas del Tambo’, 29 de agosto de 2014)

El recorrido culmina en el rincón de los espantos, o “el Tambo de los mitos y leyendas” (ver ilustración 9), un espacio en el que se encuentran grandes telones en los que los pintores santuareños Julián Valencia y Jorge Bedoya, representaron algunos de los espantos más reconocidos en la tradición oral local. Estas entidades mestizas que integran analógicamente representaciones de lo exótico, lo extraño y lo sobrenatural, que no le temen a la paradoja y la contradicción, y que se prestan a todo tipo de recuperaciones y asociaciones, fueron usadas por los antiguos colonizadores para ordenar de manera heterodoxa las tradiciones indígenas, africanas y europeas que coexisten en la región en aras de dar cuenta de lo que ocurría en ella y orientar sus vidas.

De esta forma, entidades como *el Anima Sola* aparece asociada allí con la existencia de enterramientos y guacas o santuarios indígenas, otras como *el Mohán*, *El Hojarasquín de Monte*, *la Madremonte* y *el Duende* aparecen como guardianes de lugares ambientalmente sensibles como las fuentes de agua y los montes. Otros seres mitológicos representados en el

Tambo de los Mitos y Leyendas como *la Patasola, La Llorona, La Colmillona, el Pollo Maligno, la Bruja, el Sombrerón o el Diablo* estaban relacionados con conductas, que como el aborto, la infidelidad, la fiesta, el alcoholismo, la envidia o la desobediencia a la autoridad familiar. (Diario de campo visita Hacienda “Brisas del Tambo”, 29 de agosto de 2014)



Ilustración 9. “Tambo de los Mitos y Leyendas”. Fuente: Fotografía del autor.

Este lugar de evocaciones, es utilizado por los “Gallitos de Roca” para promover el diálogo intergeneracional e intentar que los estudiantes encuentren vínculos más profundos con el territorio, que logren percibirlo, conocerlo y comprender cómo ha sido producida la sociedad en la que viven su cotidianeidad. Sobre él, Raúl me comentó el día en que lo acompañé a este sitio:

En el colegio utilizamos este espacio para con los chicos, hacer conversatorios y recordar historias, invitando a la gente para que cuente las propias, hemos hecho talleres de narración en los que integramos historias de vida, los mitos y leyendas, los sonidos que se encuentran en el recorrido de la finca cafetera, o los que se encuentran en una salida de campo por el pueblo, y hemos tenido resultados sorprendentes. Este espacio se presta para que los muchachos se enamoren de su entorno, que sean conscientes que este existe. Para eso la oralidad y la reconstrucción cultural de la memoria son herramientas clave que además nos permiten enseñarles a los muchachos que en una finca no todo es plata. (Raúl, comunicación personal, 29 de agosto de 2014)

Desde lugares como estos, que encarnaban una riqueza biológica y cultural que aún es susceptible de ser preservada o donada por estar en gran medida sustraída de los circuitos de intercambio comercial, es que Raúl se posicionaba ante mí y sus demás interlocutores foráneos, como un nativo que, más allá de su condición de maestro, estaba ecosistémicamente relacionado con su entorno desde niño y por eso conocía su complejidad desde adentro, desde antes de la declaratoria de la Unesco y la modernización cafetera.

Eso hacía que Raúl entendía que en su territorio no sólo existían propiedades privadas dedicadas a la producción de café para la exportación, como los planificadores gubernamentales y los agentes turísticos hacían creer con sus representaciones, sino que aún

existían dones que conservan algo de las personas que los dieron, como la “Hacienda” “Brisas del Tambo”, y bienes comunes que buscan preservar identidades históricas y valores ambientales como las zonas de amortiguamiento o los parques naturales, los cuales si bien no siempre tienen que ver directamente con la caficultura, ni con la producción de beneficios monetarios, si juegan un papel



Ilustración 10. Cultivos de café en el corregimiento de Peralonso. Fuente: Fotografía del autor.

crucial para la sostener la continuidad de la vida en aquel territorio. Desde esta comprensión era que Raúl generaba, con cualquier excusa, experiencias para que los estudiantes del colegio aprendieran que *en una finca no todo es plata*, como piensan muchos caficultores que *... en su afán por mantener la ‘rentabilidad’ de sus negocios pasan por alto los equilibrios ambientales que sustentan sus actividades agrícolas, se separan cada vez más de la tierra y de lo que cultivan haciendo daños increíbles. Ya uno ve, por ejemplo, dueños de finca que andan con su computadora mirando como cotiza el café en la bolsa.* (Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015)

En el este sentido Raúl suele oponer las zonas de amortiguamiento y fincas como “Brisas del Tambo” a otros lugares del municipio como el corregimiento de Peralonso (ver ilustración 10), en donde años atrás uno de los equipos de “Gallitos de Roca” desarrollo sus investigaciones. En aquel lugar existen grandes monocultivos de café a libre exposición y se presentan conflictos por el acceso al agua, según señala Jaime Vásquez,

... como consecuencia del afán de lucro de los caficultores que pensaron que con las ganancias del café podían construir acueductos veredales y comprar el agua que necesitaban en municipios vecinos, haciendo innecesario abstenerse de sembrar el grano en las zonas cercanas a los nacimientos. (Jaime Vásquez, comunicación personal, 14 de febrero de 2015)

En aquel sitio, al igual que en otros municipios del eje cafetero, la propiedad de la tierra se ha venido concentrando desde mediados de los años 90, en manos de particulares que vieron en la crisis cafetera una oportunidad para comprar fincas pequeñas a bajo precio. Según los viejos habitantes del lugar que aún permanecen allí y con quienes tuve la posibilidad de conversar en uno de mis recorridos, las propiedades de estos terratenientes se extendieron hasta alcanzar casi la mitad del corregimiento, mientras muchos pobladores emigraban de la

zona. Tras los nuevos linderos quedaron la mayoría de los nacimientos de agua de los que anteriormente se beneficiaba toda comunidad.

Los nuevos propietarios tenían el dinero suficiente para implementar los cada vez más costosos “paquetes tecnológicos”³⁷ de la Federación y decidieron implementar la caficultura tecnificada a gran escala, haciendo más densa la cantidad de cafetos sembrados por hectárea y extendiendo el área sembrada a expensas de muchos de los reductos de bosque que protegían los nacimientos y las microcuencas de las quebradas, a pesar que este tipo de agricultura consume grandes cantidades de agua. Como resultado muchos nacimientos se secaron y el corregimiento entró a depender de un acueducto rural obsoleto e inestable cuya bocatoma se encuentra a 35 kilómetros de distancia.

Dado que este acueducto no logra satisfacer las necesidades de la población y la caficultura del corregimiento, se empezaron a presentar racionamientos de hasta 75 días consecutivos que afectan a todos sin distinción, agudizando las disputas por el acceso al agua.

Una muestra de ello se hizo patente cuando el dueño de la finca que surtía de agua a una escuela veredal en Peralonso, decidió cortarles el suministro, desconectando una manguera que llevaba agua desde un nacimiento en su propiedad hasta ella afectando así el desarrollo de la cotidianeidad escolar. Después de muchas gestiones ante el comité de cafeteros local, la rectora consiguió que se adecuaran los baños de la escuela y que otro vecino consintiera proveerles de agua, a condición que la comunidad se encargara del mantenimiento del tanque de almacenamiento.

En otra ocasión, cuando desde la escuela local se fomentó una campaña de reforestación para promover la recuperación de los nacimientos y proteger las microcuencas, los dueños de finca pusieron como condición que sólo admitirían especies que no compitieran por el agua con el café, desconociendo que los cultivos a libre exposición permiten la evaporación de grandes cantidades de aquel preciado líquido de manera natural y el sombrío podría ayudar a reducir este fenómeno.

Otros propietarios le dijeron a la profesora encargada que en sus fincas sólo sembraban los árboles que podían otorgarle al café las notas de sabor y aroma que a ellos les interesaba. Ella se puso en la tarea de conseguir las especies que cumplían estos requisitos y hacer la campaña, así esta no tuviese el efecto esperado inicialmente. *¿Qué más podía hacer? Me dijo, ellos son los dueños de la tierra y viven del negocio del café, por eso todo lo que hacen*

³⁷ Esquemas de producción de café suave calidad exportación, que buscan maximizar la productividad de los cultivos y reducir la vulnerabilidad de la planta al ataque de plagas, a través de la siembra de semillas genéticamente modificadas, la aplicación intensiva de fertilizantes y agrotóxicos durante el proceso de desarrollo del cafeto, así como la aplicación de técnicas y tecnologías especiales para el procesamiento de los frutos.

es en función de ese cultivo. (Diario de campo visita al corregimiento de Peralonso, 21 de septiembre de 2017).

6.4 Eso del Paisaje Cultural Cafetero no me lo enseña nadie

*“Las cosas son activas,
no porque estén imbuidas de agencia
sino por el modo en que se ven atrapadas
en estas corrientes del mundo de la vida”*

Tim Ingold

La posición que asumía Raúl con respecto a su municipio lo diferenciaba del posicionamiento pretendidamente científico asumido por Uriel, y a la vez, le permitía valorar el PCC con una autoridad que no tenían ni los expertos que hicieron el dossier, ni los funcionarios de la Federación que buscan como rentabilizar el negocio del café. Es desde esta autoridad, fundada en su experiencia de vida campesina y saber técnico y ambiental desarrollado, que Raúl se relaciona con el PCC, esa convención que pretende performar una nueva configuración territorial en su lugar de vida y que pretende, desde afuera, contener la crisis de las representaciones con las que el proceso de modernización cafetera territorializó su entorno y plantó la semilla de problemáticas como las que vive Peralonso.

¿Qué representaciones eran esas? y ¿qué implicaciones tenían en la manera en qué Raúl estaba valorando el PCC? Para entenderlo decidí preguntarle ¿qué había pasado para que un campesino como él se convirtiera en profesor y se interesara por estos temas? Cuando lo hice, él se rió y me contestó que *“eso había sido por pura casualidad”*, intrigado por su respuesta le pedí que me contara cómo había sido eso de convertirse en profesor por casualidad, y él me narró la siguiente historia:

Mi papá manejaba una finca en la vereda Pueblo Vano acá Santuario, cuando esto era el departamento de Caldas, yo terminé el bachillerato y me mandaron pa´ Medellín, un año, como allá no pude entrar a la universidad, me puse a trabajar, pero entonces me llamó mi papá para que le ayudara a coger café porque había una cosecha muy buena.

Cuando se acabó el café en la casa, un vecino le dijo a mi papá que le prestara dos trabajadores bien buenos para ayudarlo a coger la cosecha de café caturro en una finquita de cinco cuadras que manejaba junto con su hijo y tenía una esposa muy joven, mi papá me mandó a mí y al ‘loco’, que era mi mejor amigo, mi papá sabía que él y yo nos entendíamos bien y nos entreteníamos trabajando juntos.

Había mucho café porque esos caturrales cargaban mucho sus ramas, tanto que uno podía pasarse un día entero cogiendo café en un espacio de tres metros cuadrados, como cogíamos tanto nos dijo que paramos y que trabajáramos sólo medio día porque no daba abasto para beneficiar tanto grano.

Al final de la cosecha el señor era del comité de cafeteros del municipio quedó muy agradecido, nos pagó muy bien y a los días me dice mi papá: mijo, que si se quiere ir a estudiar administración de fincas cafeteras en la Fundación Manuel Mejía, pero que ya. Y qué hay que hacer le dije. Ir a Pereira y decir que va de parte de Don Gonzalo y no más. Entonces me fui.

Cuando me gradué me vine para el pueblo, me emborraché y en esas apareció el rector y me dijo: ¿que hubo Raúl, usted que se había hecho?, le conté que había estado estudiando en la FMM. El me preguntó: ¿y qué estudió?, yo le dije que administración de fincas, me preguntó: ¿y que vio? Yo le dije que había visto cítricos, ganadería, café y administración de café y tal cosa y tal otra, y entonces me dijo: usted me sirve, pal colegio, pa'l Instituto, va a dar artes con énfasis en lo agropecuario, y nos fuimos pa' Pereira, porque esto ya era el departamento de Risaralda y la capital era allá.

El viejo tenía mucha vara allá, había un ingeniero agrónomo que me dijo -hay un problema, yo conozco la Fundación Manuel Mejía, ¿usted cuánto estudió?, yo le dije -6 meses de estudio y seis de práctica y me contestó que eso no me servía pa'nada... - hagamos una cosa, yo le voy a ayudar, pero no se deje ver de nadie, no vuelva por acá que con esa cara de culicagao lo emprobleman..., y me nombraron.

Mi nombramiento era para cubrir la licencia por dos meses y resulta que la muchacha que se fue para Estados Unidos, a los ocho días, cuando ya había 'coronado el viaje', mandó la carta de renuncia. Entonces llega el rector con esa carta a la Secretaría de Educación y dijo: - 'se me fue esta persona y yo estoy contentísimo con este muchacho, nómbremelo' y me nombraron de tiempo completo en 1979.

Yo no me fui de Santuario porque mi mamá no hipotecó la casa para que me fuera, me quería mucho y no deseaba verme lejos, además tuve la fortuna de encontrar en el Instituto Santuario un nicho de trabajo que me ha permitido realizarme y crecer como persona, avanzando y nunca renegar del oficio como docente, todos los días me hacían entender que iba avanzando. (Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015)

Para alcanzar la comprensión profunda de la intencionalidad valorativa del PCC presente en aquel relato, es necesario contextualizarlo en relación con los procesos económicos políticos y culturales en los que se desarrollaron los acontecimientos de los que da cuenta.

Raúl había vivido su juventud cuando estaba iniciándose la modernización cafetera, un momento en que los pequeños propietarios descubrían que, aplicando los paquetes tecnológicos de la “revolución verde” a sus terrenos podrían conseguir mucho dinero, tanto, que los ingresos que se percibían en las zonas rurales cafeteras eran superiores a los que podía alcanzar un trabajador promedio en las ciudades, al punto que en esa época, a diferencia de la actual, trabajar como cosechero era una opción deseable, incluso para las

personas que egresaban de secundaria y la actividad cafetera convocaba la participación de todos los miembros de la familia.

El periodo de la modernización cafetera también coincidió con la última fase del Frente Nacional, un pacto político a través del cual los partidos Liberal y Conservador acordaron dejar de combatirse mutuamente y repartirse los cargos de las entidades estatales y paraestatales como la Federación Nacional de Cafeteros de manera igualitaria.

Raúl tuvo la oportunidad de beneficiarse de esta situación cuando, gracias a las afinidades y los vínculos que tenía su vecino con las redes partidistas de distribución de favores políticos, ingresó becado a la Fundación Manuel Mejía (FMM), creada en 1961 por la Federación con el propósito de desarrollar actividades educativas de carácter vivencial que favorecieran la comprensión de la tecnología y cultura aplicada al proceso productivo del café por parte de los agricultores.

Posteriormente cuando le nombran profesor, Raúl vuelve a beneficiarse de este reparto clientelar de los empleos públicos en el que era posible obviar la formación que tuviesen los “recomendados” por los directorios partidistas para ocupar tales cargos. Raúl se benefició de estas transacciones, justo cuando, en el marco de la masificación del sistema escolar colombiano, el magisterio se convertía en una de las mayores fuentes de empleo a nivel nacional y los nombramientos de profesores estaban empezando descentralizarse de la capital del país a los departamentos,³⁸ situación que fortaleció el clientelismo político a nivel local.

Igualmente, el auge de la migración de colombianos a partir de los años setenta hacia los Estados Unidos, el lugar del que provenía la mayoría de las mercancías que los cafeteros compraban con las ganancias de la caficultura, a través del famoso *Hueco* en la frontera con México, terminó jugando un papel importante en el posicionamiento de Raúl como docente nombrado cuando entró a reemplazar a la profesora que renunció para buscar el “sueño americano”, una de las formas de realizar la promesa de desprendimiento del campo que tenían los caficultores para sus hijos.

Esta cadena de acontecimientos, sumado al amor de su madre protectora, hizo que Raúl, a diferencia de otros compañeros de su generación, pudiese quedarse en su municipio y encontrar en él la posibilidad de ejercer un oficio, es decir, una ocupación laboral que no requería de estudios formales para ser ejercida y que, se supone, puede ser aprendida a través de la experiencia.

³⁸ A partir del 1 de enero de 1976 las entidades territoriales diferentes a la nación fueron autorizadas para nombrar docentes

Esta forma de asumir la docencia incidió en que la educación se representara como un oficio que cualquiera podía desempeñar, siempre y cuando contara con los contactos políticos adecuados. Por ello este oficio es denominado corrientemente por muchos como un *trabajadero*, o un *escampadero* con el que los políticos continúan traficando para mantener sus clientelas electorales, como lo ilustra la respuesta que le dio uno de los concejales electos en el municipio a uno de sus votantes que acudió a él en busca de empleo mientras compartían un café en la plaza del pueblo: *tranquilo, que aunque sea de profesor lo ubico* (Diario de campo conversaciones con caficultores en la plaza 22 de septiembre de 2015).

Tal representación ha incidido en la valoración social y política de la docencia en el país, y no ha variado mucho incluso en la actualidad, cuando su composición es más heterogénea,³⁹ que presente variaciones de carácter regional⁴⁰ y que la contratación estatal exija que sean licenciados. A esto se le suma el hecho que muchos de los educadores son normalistas o Licenciados formados en programas de carácter presencial o a distancia, que por lo general aparecen clasificadas como de calidad inferior en los concerniente a su capacidad para desarrollar competencias profesionales en sus egresados, y que el grueso de quienes las cursan, lo hacen por descarte, ante la imposibilidad de cursar otras carreras de mayor prestigio social debido a los bajos puntajes de evaluación que obtienen al egresar de la secundaria (Compartir, 2014, p 153).

Esta baja valoración hace que diferentes actores institucionales asuman que los docentes no tienen la capacidad intelectual suficiente para orientar procesos educativos de manera autónoma y tratan de direccionar su labor encargándoles la ejecución de propuestas prediseñadas de acuerdo a sus agendas de trabajo. Esta dinámica de trabajo corresponde a lo que Raúl denomina “pedagogía del encargo”, a la que los profesores no parecen muy interesados en resistir.

De otra parte, el hecho de que Raúl pudiese permanecer en su pueblo y encontrar allí un oficio, hizo de él una persona atípica para sus contemporáneos que no encontraron tal suerte en su terruño. Raúl señalaba al respecto que “*por todos lados lo están bombardeando a uno pa’ que se venga pa’ la ciudad, muchos compañeros míos me dicen: Raúl ¿y usted que hace en*

³⁹ Los maestros en Colombia están regulados por dos decretos ley diferentes que coexisten en el ámbito magisterial. El primero de ellos es el Decreto Ley 2277 de 1979 y el segundo el Decreto Ley 1278 del 2002. El primero de ellos establece reglas para los docentes que entraron al magisterio antes del 2002 y el segundo para los que entraron partir del 2004. El Decreto 1278 introduce un concurso para escoger a los docentes, algo que no ocurría anteriormente y que dio lugar a que los nombramientos de maestros estuvieran largamente influenciados por su adhesión a la clientela de algún político. Este decreto también introduce evaluaciones a los docentes como criterio para los ascensos y establece salarios de enganche superiores a los del decreto anterior. Los dos decretos coexisten. (“*Tras la excelencia docente*” de la Fundación Compartir, 2014:154-155)

⁴⁰ Los docentes con mayor cualificación están concentrados en la zona andina y particularmente en sus áreas urbanas (“*Tras la excelencia docente*” de la Fundación Compartir, 2014:160)

un pueblo?” (Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015), una pregunta que condensa las representaciones modernizantes que devalúan el campo como lugar de vida y suponen el consumo como lugar de realización personal, de las que se reconoce tributario, al señalar:

... hasta uno les dice a los campesinos, no dejés a esa niña en la vereda, tráela a estudiar al pueblo y cuando está en el pueblo le decimos, mándala a la Universidad, y después de graduado, cómo te vas a quedar en un pueblito como es Pereira, ándate pa’ Bogotá a que veas horizonte, a que veas vida, y cuando estás en Bogotá te dicen, vos aquí estás perdido, ándate para Toronto o San Francisco y los que están allá, ándate pa’ Dubai que allá es donde está la salsa.

Estamos en una sociedad corrupta y llena de contradicciones, es el paradigma del consumismo loco el que nos tiene así y hace más estragos entre las personas que no tienen horizonte como los muchachos de ahora. (Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015)

Era curioso que Raúl se refiriera a los muchachos de ahora como “*personas que no tienen horizonte*“, ya que, en el relato de su vida, él tampoco parecía haberlo tenido, pero a diferencia de los chicos de hoy a los que se refería, él tuvo una serie de experiencias sustantivas que le permitieron sustraerse de las dinámicas de expulsión de la población campesina que, si bien estaban presentes en su tiempo, en la actualidad han cobrado mayores dimensiones. Lo anterior se evidencia en el estancamiento del crecimiento poblacional del municipio, el incremento en la concentración de la propiedad sobre la tierra y la migración de la gente joven. Por eso Raúl insiste en decir que *si no se involucran los jóvenes es seguro que muchas cosas del PCC se pierden y corremos el riesgo de dejar pasar una oportunidad valiosa* (Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015).

La frase de Raúl hacía alusión a la importancia de que desde la escuela se use la convención PCC como una excusa para que las nuevas generaciones aprendan a indagar, indagando el territorio, para que lo experimenten y puedan usar los saberes escolares para elaborar sus experiencias en él, como ocurre en los campamentos pedagógicos que realiza (ver ilustración 11). De forma que la escuela se convierta en un lugar desde el cual se pueda producir saber sobre el territorio, pero además preservar saberes ancestrales producidos en relación a él y propiciar su redistribución en la comunidad, para que las nuevas generaciones de santuareños reconozcan el territorio de sus mayores y se lo apropien.

De acuerdo a su narración, Raúl también fue testigo a lo largo de su vida de lo efímeras que pueden ser tanto las bonanzas cafeteras como las construcciones institucionales en

Colombia, lo mismo que constatar el poder de las redes clientelares para usufructuar los recursos públicos en beneficio propio.

Al respecto decía que había crecido en un departamento y se hizo adulto en otro sin cambiar de municipio, aludiendo a la desintegración que vivió en los años sesenta el departamento de Caldas y que originó los departamentos de Risaralda y



Ilustración 11. Campamento pedagógico vereda la Baja Esmeralda. Fuente: Fotografía del autor.

Quindío. Un acontecimiento que estuvo vinculado con el reparto partidista del Estado, propio del Frente Nacional, en el que los límites de tales entes territoriales fueron definidos en relación con el poder que los partidos liberal y conservador tenían en los municipios que los integraron.

Raúl también vio desfilar a través del tiempo las diferentes representaciones que han configurado este territorio, antes de la denominación de PCC. Cada una de ellas expresaba propuestas productivas insostenibles que fueron construidas desde afuera de la región: *En tiempos del auge del café se hablaba de la región como Eje Cafetero, con la crisis, cuando se vio que la caficultura tecnificada era insostenible, se le empezó a denominar Ecorregión del Parque de los Nevados* (Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015).

A través de esta suma de experiencias vividas por Raúl, es posible percibir como las dinámicas institucionalizantes en la región, están atravesadas por la desarticulación, el capricho personal, la interpretación arbitraria de normas, políticas y programas de acuerdo a intereses particulares, algo que no es ajeno a los procesos de producción, gestión, valoración y apropiación que se desarrollan actualmente en torno al PCC.

Ante este panorama, la valorización pragmática que del PCC realiza Raúl, le permite desmarcarse de la inferiorización intelectual y la devaluación social que pesa sobre la docencia y encontrar en su entorno un sustrato más concreto para realizar acciones educativas y ambientales que se salen del aula, pero también de los parámetros prescritos originalmente para valorar el PCC. Estas acciones cobran la forma de investigaciones colaborativas del territorio y la socialización de sus hallazgos con la comunidad santuareña.

Actuar de esta manera le da validez social y ambiental a su modo de valorar el PCC desde lo local y le permite, entre otras cosas interpelar de manera lúdica a sus coterráneos frente a la insostenibilidad de las prácticas que agencian. Entre chanzas y preguntas de una dudosa

ingenuidad, Raúl, resalta ante sus amigos, la riqueza cualitativa de su territorio en medio del deterioro ambiental al que ha sido sometido y pone en evidencia que sus maneras de valorar el entorno y que sólo les permiten percibir en él lo que pueda producirles dinero, no producen tanta riqueza como ellos suponen. Esto se hacía evidente cuando después de repasar su experiencia de vida, me decía

Eso del Paisaje Cultural Cafetero no me lo enseña nadie y me da la autoridad para decirle a mis amigos muerto de la risa y almorzando en la finca de ellos: dejá pues los zapoticos, es que ustedes son unos bárbaros, mirá como tenés esto ahora de pelado, mirá que vas a tener problemas después, mirá que vos te metiste hasta el monte del agua. Decirles con la tranquilidad del mundo, es que ustedes son muy güevones cómo acabaron con esa finca o vos sos un tacaño, como es que no le pagás al trabajador lo que se merece, o ir a una finca y decir, ¿aquí que hay?, ¿hay chachafrutico?, ¿hay frijolito?, mirá que vos podés tener eso acá. (Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015)

Esta manera coloquial de interpelar a sus coterráneos le permite a Raúl plantear sus ideas desde la perspectiva de una persona curiosa, informada, simpática, respetuosa y diestra en el manejo humorístico y sarcástico del doble sentido, un elemento clave en la comunicación entre la gente del campo, que juega con los límites de un orden social que le molesta, pero al que también se reconoce subordinado.

Actuar de esta forma le ha permitido a este profesor mantener abiertos los canales del diálogo con sus paisanos, incluso en los periodos más álgidos de la violencia, además de granjearle el reconocimiento por parte de algunos programas universitarios de la región. Es por ello que Raúl se percibía como

... el hombre que está en su medio, que la gente conoce y recibe con aprecio y con la que pueden tener un diálogo fluido sobre esos asuntos porque es lo mío, soy la persona que ha estado cerca, pero a la vez lejos del campesino, que le ha educado los hijos y por eso me conocen y los conozco, y me dan un reconocimiento de manera natural, que uno no lo busca uno, pero lo tiene, y que me permite conversar con la gente de manera respetuosa y saber también a quién puedo decirle las cosas, no se trata de ganarse enemigos y en un pueblo menos, y si no, escribir para mí y para las universidades donde lo escuchan a uno. (Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015)

Tal forma de actuar, al contrario de la de los planificadores y los caficultores no esperaba sin embargo que se produjera algo concreto en las personas con las que trabaja, además de cultivar esos valores en los que creía con la esperanza de que la comunidad pudiese, de alguna forma aprovechar esa otra la riqueza que tenían

Lo que uno hace es más como un estilo de vida de tratar de mover el colectivo de los chicos, de sembrar una semilla que no se sabe cuándo dará fruto y da frutos inesperados. Como que la comunidad se haya apersonado del embellecimiento del parque con plantas y no con cemento, o que los niños pasen a secundaria y quieren vincularse a los proyectos Ondas, o casos como el de Diana Sierra que participó en el ACUA-CAI haciendo las ilustraciones de la cartilla cuando era estudiante y ahora trabaja con la ONU y es una reconocida diseñadora industrial enfocada a solucionar problemas ambientales en África.
(Raúl, comunicación personal, 4 de marzo de 2015)

En síntesis, el posicionamiento que logró constituir Raúl desde lo local le permitió encontrar un lugar de reconocimiento social e intelectual que valorizó su oficio, habilitándole para interactuar desde allí con sus paisanos y con ese mundo institucional maleable que les hace “encargos” a los docentes y produce las representaciones oficiales de la realidad.

Raúl toma entonces la convención PCC, una convención performativa construida por otros, como una oportunidad educativa a desarrollar, a partir de sus intereses. Para ello sitúa esta convención en lugares concretos de su municipio a los que el PCC alude en forma abstracta y procede a valorarlos desde la perspectiva de *los valores construidos a través del hacer*, que reivindica. De esta forma, aprovecha las formas instituidas de legitimación del PCC y articula las legalidades que estas invocan, con los deslices, deformaciones y torsiones de sentido que él ejerce sobre ellas, a partir de conocer el territorio que habita.

En el caso de la modernización cafetera, la preminencia del valor de cambio no significó la desaparición de los valores de uso en lugares como Santuario, por ello no todo el municipio corrió la suerte del corregimiento de Peralonso y existen lugares como las zonas de amortiguamiento del PNN Tatamá o la Hacienda “El Tambo”.

Gracias a ello, cuando el modelo modernizador entra en crisis, muchos de estos valores de uso, incorporados en las prácticas de los lugareños, recobran validez social y ambiental para configurar otras formas de hacer caficultura y vivir en el campo. Lo anterior ha dado pie a que personajes como Jaime, el historiador del pueblo planteen que *eso que ahora llaman agricultura ecológica o agroecología no es otra cosa que la manera de cultivar que tenían nuestros ancestros montañeros*. (Jaime Vásquez, comunicación personal. Julio 22 de 2017).

No obstante, los “Gallitos de Roca” no son los únicos interesados en esos bienes comunes, otras instancias como la Federación, los agentes turísticos, los inversionistas foráneos y las asociaciones de productores, entre otros, han puesto sus ojos en ellos, con el ánimo de integrarlos a los procesos de producción cultural de la diferencia que caracteriza las nuevas lógicas de capitalización financiera que buscan convertir bienes comunes bioculturales en

mercancías ficticias (Polanyi, 2003) desligadas de sus usos tradicionales y reducidas a la condición de meros recursos susceptibles de ser puestos en circulación en los nuevos mercados de la diversidad.

En estas circunstancias, el movimiento realizado por Raúl le permite ampliar, desde la escuela, el proceso de valoración del PCC que desarrollan tales actores, evidenciando que este no se agota en la valorización financiera del negocio cafetero a partir de los bienes bioculturales presentes en el territorio o la puesta en circulación del patrimonio biocultural del municipio en circuitos de intercambio comercial, del que habían estado sustraídos, para producir beneficios monetarios

Esta ampliación supone también que la valoración del PCC no puede obviar condiciones sustantivas y las lógicas culturales específicas de las localidades que han sido rotuladas como parte de este patrimonio cultural. Estas hacen referencia a los linderos, clarificaciones, representaciones, aprehensiones cognitivas y relaciones espaciales propias de las comunidades (Richards, 1993) que no necesariamente coinciden con las delimitaciones técnicas, georeferenciadas de la convención.

Es en este sentido que, el ejercicio que anima Raúl, pone en evidencia que la valorización del PCC se realiza precisamente porque hay un conflicto de valores en torno a la cultura del café que se desarrolló en la región y que ese conflicto subyace a la continuada crisis cafetera que ha alterado las condiciones de vida de la población y ha afectado el patrimonio biológico y cultural que poseen en común, amenazando la sostenibilidad de este modo de vida.

Al usar el PCC para desarrollar un conjunto de prácticas educativas situadas, en torno a lugares en los que se anudan diversas trayectorias del pasado y del presente, Raúl y su grupo logran vincular las acciones de preservación, producción y comunicación de saberes sobre el territorio que producen desde la escuela, con procesos y conversaciones más amplias (Gudeman & Rivera 1990, p. 14) que buscan instituir la convención PCC como el nuevo referente de ordenamiento y performación del territorio. Por esta vía, las acciones del grupo se insertan en la disputa ontológica sobre las formas de percibir, valorar y orientar la vida en esta región en crisis.

Como parte de esta disputa, Raúl y su grupo logran, sin proponérselo, destacar dimensiones corporales, simbólicas y utilitarias (Abduca, 2012, p. 8) de la “caficultura de montaña”, a partir de las cuales, las prácticas, lugares y saberes locales asociados a ella cobran valores de uso distintos a los que usualmente se les ha dado. De esta forma, logran destacar, por ejemplo, el carácter común y no monetario de la riqueza que representan los

bienes comunes bioculturales presentes en su territorio, aquello, acentuando sus atributos sociales y ambientales, como esenciales para la preservación sustantiva de la vida en él.

Es desde ahí que intentan remover el *sesgo* que impide a los santuareños percibir estas prácticas, lugares y saberes como productores de valor y cuestionar otras prácticas configuradoras de la territorialidad local que deterioran los ecosistemas de soporte vital para la comunidad, como las de monocultivo cafetero tecnificado. El cual, además, contribuye a la fetichización de la caficultura de exportación, cómo el único medio posible para que los habitantes de estos campos puedan realizar sus deseos y necesidades, incluido, como en el caso de Peralonso, el acceso local al agua.

En este contexto, los lugares, prácticas y saberes destacados por las acciones de los “Gallitos de Roca” encuentran utilidad educativa, como herramientas ontológicas, a partir de las cuales, las nuevas generaciones pueden apropiarse de su entorno e imaginar futuros posibles a partir de él, con referentes distintos a los que heredaron de la modernización cafetera. Por esta vía Raúl y su grupo aspiran a afectar el campo del deseo que mueve las acciones valorativas de sus paisanos, al igual que la manera en que jerarquizan sus expectativas de vida y de consumo, para que entiendan la necesidad de cambiar el paradigma con que orientan su vida en estos campos.

Por lo anterior, podemos decir que el PCC representa para Raúl un lugar de posibilidad, a partir del cual intenta ampliar la percepción de lo que se entiende en su entorno por riqueza, para incluir en ella aquellos bienes comunes bioculturales, en tanto prestaciones totales, las cuales, como señala Godelier (2000, p, 179) “implican a grupos o personas que representan a esos grupos”, pero además son “son socialmente necesarios para producir y reproducir las relaciones sociales, el tejido de una sociedad, las condiciones sociales de la existencia de cada uno en una sociedad determinada” (Godelier, 2000).

Es desde este lugar de posibilidad, encarnado en sí mismos y en los sitios donde los “Gallitos de Roca” desarrollan los procesos de indagación, que han pretendido que las nuevas generaciones puedan entrar en diálogo con sus mayores, con sus vecinos y con agentes provenientes de otros lugares en los que se valoran las riquezas bioculturales de Santuario, para que, al apropiarse de saberes ancestrales y contemporáneos, puedan entender que no todo en su entorno tiene valor de cambio.

De esta manera el PCC les permite, a Raúl y su grupo, encontrar un lugar para cuestionar el proceso de empobrecimiento de la vida en su pueblo que se produjo a raíz de la adopción de la caficultura tecnificada, ese empobrecimiento que hace que sus habitantes vean a Santuario, como lo dijera una de las camareras de la plaza principal, *un lugar del que hay que*

salir tan pronto como se pueda, si se quiere progresar (Diario de campo conversaciones con caficultores en la plaza 21 de septiembre de 2015).

Probablemente fue por eso que Uriel, desde su lugar de mediador entre la institucionalidad que representa y el educador ambiental que encarna, veía necesario traducir en el lenguaje formal del PCC esas “perlas” impensadas por los diseñadores del PCC, planteamientos, reflexiones y acciones que surgían en sus conversaciones con estos agentes económicos no mercantiles que *se convidaron solos en un cuento que no era para ellos*. En este sentido la traducción que hacía Uriel y el acompañamiento que realizaba para divulgar las producciones este colectivo, parecía querer darles un marco de legitimidad desde el que sus ideas pudiesen ser puestas en circulación en los circuitos institucionales de promoción del PCC.

7. CAPÍTULO III. ESTO POR AQUÍ ANTES ERA MUY DESARROLLADO

*“Al recordar, el pasado no está terminado,
sino que sigue activo en el presente...”*

Tim Ingold

Entre los ejercicios que había realizado el semillero de investigación “Gallitos de Roca” se destacó uno realizado en el año 2013 que se denominó “Haciendo Trocha a través de la palabra”. A través de él, pretendieron, por primera vez aproximarse a la idea del PCC en sus propios términos, con el ánimo de apropiarse y valorizar localmente este discurso desde una perspectiva territorial, es decir, a partir de los lugares que sus integrantes habitaban y las trochas que recorrían para conectarlos.

Para los “Gallitos de Roca” *hacer trocha a través de la palabra*, implicó producir experiencias sustantivas de investigación, sobre algunos de los atributos biológicos y culturales que se están patrimonializando en su localidad, de tal forma que las nuevas generaciones de santuareños aprendieran a reconocerse a sí mismos, en la trama de los vínculos sociales existentes en sus comunidades y a relacionarse con el entorno de *manera crítica*.

De este modo los profesores que lideraban el semillero, esperaban que los estudiantes pudieran encontrar vínculos con la tierra que ocupaban y además, remover algo que llamaban el *sesgo*, el cual, a juzgar por la gran cantidad de personas que emigraban de aquel municipio, no sólo *no les dejaba ver como riqueza la biodiversidad, la gente, la memoria y el agua que les rodeaba*, sino que además les hacía susceptibles a ser seducidos por los medios para buscarse un lugar en los paraísos que supuestamente existen en otras latitudes.

Para producir tales experiencias, el grupo adoptó un modo de conocer, que implicaba formarse a través de la indagación, como narradores del territorio. Lo cual evocaba esa oralidad a través de la cual los viejos colonizadores montañeros producían sentido a su existencia en aquellos parajes y le daban valor a lo que hacían allí.

Este modo de conocer era consecuente con la idea, tradicional en aquellas comunidades campesinas, según la cual *los valores nacen del hacer*. Es decir, que el valor de las cosas procedía de lo que se hacía con ellas y, en consecuencia, que para que algo tuviera valor había que hacerlo valer a través de la acción.

Para los “Gallitos de Roca”, la idea era que, para hacer que el territorio tuviera valor para los niños y jóvenes, estos debían afinar su capacidad para percibirlo, dado que, al habituarse a

contemplantlo y a interactuar con él desde el *sesgo* que dejaron en ellos los procesos de modernización cafetera, se habían desvinculado tanto, que no se percataban de lo que había en él. Afinando su percepción, lograrían rememorar los modos de vida pasados a través de los cuales, los antiguos habitantes de aquellos territorios, configuraron la realidad social en la que ellos ahora esbozaban su existencia. Un paso que para los profesores era importante para que pudieran imaginar otras posibles formas de vida futura en el municipio o a partir de él.

Aproximarse de esta manera a su territorio, les permitió a los chicos empezar a percibir y valorar la riqueza biocultural presente en él, no a partir de lo que agencias como la UNESCO dijera sobre él, sino a partir de *experimentar conocimiento* de él, sobre él y en él a través de sus experiencias de indagación.

A través de sus acciones, los “Gallito de Roca” lograron poner en movimiento, desde sus posibilidades, las normalizadas y poco percibidas riquezas bioculturales existentes en aquel lugar, algo que a su vez propició que los estudiantes tejieran vínculos sustantivos entre sí y con el territorio y, que empezaran a entender que el territorio que habitaban se producía de manera permanente mientras sus habitantes buscaban satisfacer activamente las necesidades propias de la forma de vida rural en la que estaban insertos.

De esta forma, estudiantes y docentes interactuaron, no sólo con donantes, redistribuidores y preservadores de los bienes bioculturales de su territorio, sino también con comerciantes, productores de café, sabedores locales, expertos nacionales e internacionales en diferentes campos del conocimiento, al igual que con instituciones públicas, obras literarias de autores regionales y el legado de los grandes exploradores de la biodiversidad en Colombia.

En el presente capítulo describiremos dichas experiencias y estableceremos cómo, lo que emergió de aquellas interacciones, lejos de reivindicar los valores de la cultura cafetera que la declaratoria del PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad pretendía reificar, puso en evidencia las desvinculaciones entre los campesinos y la tierra, que había producido la modernización cafetera en aquel lugar.

Aquel fenómeno, resultaría tener profundas repercusiones en la configuración presente de aquel territorio y me ayudó a dimensionar la complejidad del proceso de valorización de la caficultura que se adelanta en la región, y su incidencia en la configuración de la escuela rural, al entender que, además de los cuatro valores y 16 atributos desde los que oficialmente legitimaba el proceso, existían otros universos de sentido, como “el desarrollo”, “la biodiversidad” o “lo ambiental” desde las cuales agentes locales buscaban dar visibilidad, significado y valor, a las cosas y las acciones que tenían lugar en dicho territorio.

Para dar cuenta de ello, en el presente capítulo describiré la experiencia investigativa “Haciendo Trocha a través de la Palabra”, que desarrolló del semillero de investigación “Gallitos de Roca”, profundizando en el análisis de los hallazgos realizados por uno de los equipos en el corregimiento de Peralonso y los descubrimientos que realicé transitando por las trochas que ellos habían abierto con en el territorio.

7.1 ¿Cambiar de chip o leer el Paisaje Cultural Cafetero desde “Una amable población horqueteada en el lomo de una cordillera lejana”?

“La percepción es un acto que crea de una vez, junto con la constelación de los datos, el sentido que los vincula, no solamente descubre el sentido que estos tienen, sino que hace, además, que tengan un sentido.”

Merleau-Ponty

En nuestro primer encuentro Uriel me había regalado una copia del informe que el grupo había presentado al programa Ondas sobre el macroproyecto “Haciendo Trocha a Través de la Palabra” (Semillero de Investigación ONDAS-INSA, 2013b).

Al principio no le di mucha importancia porque me pareció una especie de colcha de retazos, sin embargo, a medida que adelantaba mi investigación cada retazo se fue haciendo relevante, así que lo leí varias veces hasta que pude entender que lo que estaba escrito. Aquello era una especie de caleidoscopio que daba cuenta de la manera en que los “Gallitos de Roca” territorializaron la convención PCC en las diferentes sedes del INSA mediante experiencias investigativas diversas.

Dicha experiencia había surgido inicialmente como respuesta económica y política a la queja de los docentes del INSA respecto a que, si bien los proyectos que cada uno estaba realizando eran muy pertinentes, los recursos monetarios que el programa Ondas les aportaba y las condiciones administrativas que tenían que cumplir para ejecutarlos eran muy engorrosas. Frente a aquella situación, Uriel logró convencerlos de que si se organizaban para armar un macroproyecto podían optimizar esos pocos recursos y, además, que si trabajaban colaborativamente tendrían un mayor impacto en los procesos de apropiación local del PCC (Uriel, Comunicación personal, 17 de abril de 2014).

El informe daba cuenta inicialmente de la conformación de “Gallitos de Roca” como un grupo en el que convergieron los diferentes docentes y estudiantes del INSA, que hasta entonces habían trabajado en los proyectos Ondas, en torno al PCC. Para ello, los profesores, liderados por Uriel, delinearon el macroproyecto y esbozaron la manera en que se podrían

vincular a él las diferentes áreas y niveles escolares en los que ejercían su labor. Luego de esto, convocaron a los estudiantes para que se vincularan a los proyectos específicos que cada uno lideraría.

De acuerdo al informe, la idea del grupo era que los participantes de este macroproyecto pudiesen “aprender de manera colectiva conocimientos referentes al legado histórico de los primeros pobladores, sus costumbres y tradiciones, la manera como hicieron uso del entorno (prácticas agrícolas, pecuarias y manejo del ambiente) y conformaron una identidad propia”.

Igualmente, el semillero de investigación se interesó por la manera en que se vivían valores tradicionales como el respeto por el valor de la palabra y el reconocimiento de los mayores en la cotidianidad familiar, dos de esos “valores que trascienden el paisaje” de los que hablaba Raúl. (Semillero de Investigación ONDAS-INSA (2013a)

En el mismo texto, se planteaba que la propuesta pedagógica de aquel macroproyecto buscaba que los maestros acompañaran como interlocutores a sus estudiantes en un proceso de lectura múltiple de su municipio a través del cual ayudarían a afinar su capacidad de narrar y hacer preguntas al entorno, de acuerdo al nivel educativo y el área desde la que se abordara.

Para ello harían uso de medios variados según el énfasis que adoptaba cada proyecto específico: indagación y consulta de fuentes y archivos históricos, elaboración de encuestas, escritura de relatos, cuentería, representación teatral, audiciones de música tradicional, capacitación como vigías del patrimonio, elaboración de dibujos, interpretación de textos literarios y algo que denominaban un “campamento pedagógico”, entre otros.

Según argumentaba aquel informe, el grupo también buscaba movilizar la acción, el lenguaje y el pensamiento de los estudiantes, para ampliar su relación con su localidad a través de diversas experiencias de intercambio que les permitiera concebir su valor. Sin embargo, el documento planteaba también que el equipo de trabajo aspiraba a “transformar la percepción que los estudiantes tenían de su pueblo”.

Aquella pretensión se me figuró bastante ambiciosa, teniendo en cuenta que la percepción nos permite captar ciertos aspectos de la realidad con la que nos sintonizamos a través de las experiencias que vivimos, incidiendo en la valoración y el significado que estas tienen para quien las experimenta, al igual que de los atributos socialmente vinculantes que reconocemos en aquellos seres y cosas con las que nos relacionamos y las actitudes y vínculos que constituimos (Merleau-Ponty 2000).

La expresión “transformar la percepción que los estudiantes tenían del pueblo” que estaba escrita en aquella cartilla, era además muy cercana a la idea expresada por Oscar Arango, uno de los principales impulsores del PCC en la región y superior de Uriel en dicho proceso,

cuando en un foro sobre el tema señalaba que *si uno no cambia el chip que tiene de los cafés, pues va a ser muy difícil vender la idea de la cadena productiva de los cafés especiales a los niños, a las nuevas generaciones* (Diario de campo Foro Municipal de divulgación del PCC, Santuario, agosto 12 de 2015).

Con estas palabras hacía referencia a que para que puedan concretarse nuevas ideas de negocio en torno a la “caficultura de montaña”, se debía producir una profunda transformación en la percepción que los habitantes de la localidad tenían de la cultura cafetera. La expresión de Arango, era a su vez una extrapolación al mundo cafetero de una idea económica expresada por Shumpeter (2010) según la cual vivimos en una nueva economía, donde las empresas han pasado de hacer dinero creando productos, a hacer dinero creando significados y en el que los “emprendedores “realizan la práctica de “destrucción y creación de significados” para crear “innovaciones”, nuevos significados para el consumo de la gente.

Una concepción que asume como necesaria, para la producción de valor en el contexto del capitalismo cognitivo y financiero, la “generalización de la “forma empresa” a todos los modos de conducción: la conducción de organizaciones antes consideradas como no económicas, del gobierno y de los propios individuos” (Hall, S. & Du Gay, p. 1996), para diseminar el modelo de mercado a todas las esferas y actividades y configurar a los seres humanos exhaustivamente como actores del mercado, siempre, solamente y en todos lados como “homo economicus”.

La manera en que Arango exponía su argumento daba cuenta de cómo, en la percepción modernizada de caficultura y las relaciones de producción que se generaron en torno suyo, radicaba el principal obstáculo para que esta nueva forma de hacer economía, apuntalada en la convención Paisaje Cultural Cafetero, se materializara en la región.

Tal reconocimiento ponía en evidencia, hasta qué punto la economía no puede reducirse a la función de producción o la relación de los sujetos con las formas en que producen, intercambian y consumen, sino que para abordarla hay que tener en cuenta que ella es también una forma de integración social (Polanyi, 1996) en la que se relacionan sistemas de producción, juegos de verdad, relaciones de poder y de significación, es decir que es una producción cultural con capacidad para producir sujetos humanos y ordenes sociales de determinado tipo. (Escobar, 2000, p. 33).

Pese a que la crítica de Arango se asemejaba a la de Raúl, en la medida que llama la atención a la necesidad de valorar dimensiones bioculturales que no habían sido tenidas en

cuenta por la modernización cafetera, era distinta la percepción que cada uno tenía de lo biológico y lo cultural, así como del uso posible de ambas dimensiones.

Mientras que la crítica del primero veía en la diversidad biológica y la especificidad cultural de la zona, la posibilidad de encontrar nuevas fuentes para incrementar el valor de cambio del café en los mercados internacionales y abrir otras posibilidades de negocios relacionadas con la explotación turística de lo patrimonial, el segundo estaba preocupado por el deterioro de las condiciones sustantivas que hacían posible la vida campesina en aquel lugar así como por los cambios culturales que se estaban presentando y que hacía que las personas no le encontraran a su territorio otro valor de uso que no fuera la caficultura.

Esta diferencia despertó mi asombro, dada la cercanía que observé, en aquel momento, entre la idea de “cambiar la percepción que los estudiantes tienen de su pueblo” y la de *cambiar el chip que uno tiene sobre los cafés*. Ambas pretensiones suponían, como criticaba Merleau Ponty (1975), que el mundo puede ordenarse en torno a uno y que empieza a existir para uno, “como si este no estuviese ahí previamente a cualquier análisis que uno pueda hacer del mismo, como si fuese posible para el hombre conocer por fuera del mundo en el que está inmerso” y en consecuencia suponen posible que las personas orienten su existencia en un territorio a partir de la absorción o eliminación de representaciones mentales y esquemas conceptuales pre elaborados sobre su lugar de vida.

Esta particularidad cobraba especial relevancia teniendo en cuenta que las pretensiones de cambio en cuestión, tenían como objeto precisamente a las poblaciones que habían sido descritas en el Dossier del PCC que se remitió a la Unesco, las mismas que existían antes de que dicho documento hablara de ellas y definiera su forma de vida como patrimonial, las mismas que se erigían ante las pretensiones de Arango como límite sustantivo de la convención del PCC.

Con el paso del tiempo me di cuenta que aquella pretensión que aparecía en la cartilla era otra de las “traducciones” que Uriel, en su afán de enlazar biodiversidad y apropiación social del PCC, había hecho de un propósito distinto manejado por los docentes. Eso ocurrió en una tercera entrevista que tuve con Raúl a propósito del macroproyecto “Haciendo Trocha a Través de la Palabra”, cuando al preguntarle ¿cómo habían echado a andar esta iniciativa? me respondió:

Lo primero es que, para dar valor y generar apropiación social de los atributos del Patrimonio contenido en el PCC hay que leer el territorio y para eso se necesita perspectiva. Nosotros nos preguntábamos, si en el municipio de Santuario la economía gira en torno a producir café, ¿cómo incitar a los estudiantes para que reconozcan,

valoren, comprendan y apropien socialmente los valores patrimoniales del Paisaje Cultural Cafetero? (Raúl, comunicación personal, 12 de noviembre de 2015)

La respuesta de Raúl me daba a entender que las personas de Santuario no reconocían, valoraban, ni comprendían por qué, parte de su municipio era para la Unesco, un Paisaje Cultural que ameritaba ser reconocido como Patrimonio Cultural de la Humanidad.



Ilustración 12. Profesor Raúl Pareja. *Fuente:* Fotografía del autor.

Adicionalmente, Raúl (ver ilustración 12) parecía entender que el Paisaje, al dar cuenta sólo de los atributos percibibles de un lugar, no era la plataforma adecuada para que los locales, tan acostumbrados a verlo, que ya no lo percibían, pudiesen valorarlo y apropiarlo como Patrimonio Cultural de la Humanidad. Por ello propuso situarse desde el territorio, una noción que da cuenta del hacer de las personas y las vinculaciones que estas establecen con la tierra, sus congéneres y demás criaturas que la habitan.

De ahí que, antes que transformar percepciones, como pensaba Uriel en clave institucional, lo que pretendían los profesores con experiencias de este tipo, era incitar a los estudiantes para que se animaran a indagar el territorio local con la perspectiva de un narrador de historias, con el ánimo de que ellos pudieran afinar y expandir la percepción que tenían de sus lugares de vida y pudieran ver en ellos, las riquezas que la experiencia de la modernización cafetera les impedía percibir.

Para lograr su propósito, Raúl buscó producir una manera de conocer que le permitiera conducir la atención de los estudiantes hacia su terruño, a lo largo de los mismos caminos de oralidad y literatura que él había recorrido. La manera que encontró se correspondía con su forma de entender la docencia, como un oficio de “montaje” y “orquestración” de los temas que le tocaba dar. Por ello acudió a su capacidad para utilizar la literatura como mediadora del aprendizaje de los chicos y la juntó con su experiencia como narrador de las historias que habían construido a su municipio. De acuerdo a Raúl

Pensamos que la narrativa nos podría brindar muchas oportunidades ya que para ser un buen narrador se debe escuchar, escribir bien, ser buen hablador, tener un bagaje cultural, un acervo de términos y reconocer el entono, eso nos llevó a la obra de Euclides Jaramillo. (Raúl, comunicación personal, 12 de noviembre de 2015)

A través de aquella enunciación, Raúl le daba valor a unos atributos muy particulares de la narrativa regional que estaban arraigados en la oralidad y que les permitirían a los estudiantes descubrir a través del hacer, ese territorio discontinuo, contradictorio, fluctuante, vivo y ecosistémicamente condicionado del que hacían parte.

Para Raúl Euclides Jaramillo encarnaba a través de su obra ese tipo de hacer, siendo un referente para analizar lo que fue, lo que es y lo que eventualmente podría ser el territorio cafetero. Raúl veía en ello *un nicho desde el que maestros y estudiantes pudieran lanzarle preguntas al PCC*, desde su localidad y desde el presente.

Raúl entendía así de manera práctica lo que Ingold (1993, p. 60) teorizó al señalar que las historias que se narran sobre el territorio permiten conducir la atención de los oyentes o lectores hacia él, de modo que quien sea capaz de narrarlas está perceptualmente más sintonizado para producir información en relación con su entorno y dirigir la atención de su audiencia por los mismos caminos que los suyos.

Al recordar a Euclides Jaramillo, Raúl sonrió y me contó cómo lograron encontrar algunas de sus obras:

Con Uriel nos fuimos a esculcar en las librerías y nos encontramos con ‘Los Cuentos del Pícaro Tío Conejo’, que representa la astucia del hombre del campo para vencer las adversidades diarias y salir airoso. Este escritor tuvo que ver con la fundación de la Universidad del Quindío, del Comité de Cafeteros de Armenia, también fue juez en Santuario y tiene historias cafeteras que no las tiene nadie, compiladas en libros como por ejemplo ‘Un extraño Diccionario’, en él se encuentra un aparte que se llama ‘El País de las Achirillas’, en el que se muestra como los agencistas del café se fueron enriqueciendo a costa de los productores y muestra el proceso de la Federación. (Raúl, comunicación personal, 12 de noviembre de 2015)

Después de haber conocido la historia de cómo Raúl se hizo profesor, fue inevitable para mí ver en su sonrisa, la herencia de esa astucia del pícaro Tío Conejo que le había permitido darse cuenta del sesgo que les impide a sus paisanos ver la riqueza en biodiversidad, agua, gente y la memoria colectiva que les rodean.

La sintonía del grupo con aquel autor se afinó cuando se enteraron que había trabajado como juez promiscuo municipal en Santuario y que fue allí donde, recién titulado como abogado y enfrentado con las dificultades para juzgar a personas de las cuales no sabía ni su idioma, nació su amor por lo nativo, lo nacional, lo sencillo (Jaramillo, 1989, p.12).

Un testimonio de aquella sintonía quedó plasmado en uno de los objetivos del proyecto, que, parafraseando al autor, proponía *encontrar rutas asertivas para fortalecer la cultura desde el Instituto Santuario, situado al noroccidente del país, horqueteado en el lomo de una cuchilla de la cordillera occidental*. (Semillero de



Ilustración 13. Panorámica del Pueblo de Santuario. Fuente: Fotografía del autor.

Investigación ONDAS-INSA, 2013b). Haciendo alusión a la descripción que hace Jaramillo de Santuario como “una amable población horqueteada en el lomo de una Cordillera lejana” (ilustración 13) en su libro “Un extraño diccionario”, el cual da cuenta de los colombianismos que aprendió durante su estancia en Santuario.

Para seguir esas rutas, decidí encontrar las trochas que habían abierto a través de este macroproyecto y poner sus hallazgos en dialogo con lo que encontré en aquel territorio. Para ello decidí empezar por la trocha que había abierto el equipo de la posprimaria rural del INSA en el corregimiento de Peralonso, teniendo en cuenta que en él se concentran los mayores cultivos de café del municipio, por ello era posible encontrar allí grandes centros de acopio, despulpado, secado, trilla⁴¹ así como el despliegue pleno de las tecnologías de la revolución verde asociadas al monocultivo del grano.

En dicho corregimiento el semillero de investigación había rastreado “Las formas específicas en las cuales la vocación cafetera había permeado aspectos tales como el paisaje, las lógicas de poblamiento y las tradiciones de la comunidad” (Semillero de Investigación ONDAS-INSA, 2013b), lo cual en primera instancia hacía de aquel, el lugar adecuado para sintonizarme desde adentro con el proceso de valorización que de su territorio había emprendido este semillero de investigación.

⁴¹ La trilla se refiere al proceso de descascarado o pelado de la cubierta de la semilla de café a través de procesos industriales.

7.2 ¿Dónde está el Paisaje Cultural Cafetero?

Llegué a la sede de la posprimaria en mi moto, orientándome con el mapa que Diana, la profesora que había coordinado ese proyecto en aquel lugar había diagramado en mi diario de campo. Salí de la capital del departamento de Risaralda situada en las estribaciones de la cordillera central por una autopista muy bien asfaltada, crucé el río Cauca, me interné en el valle del río Risaralda hasta encontrar uno de los accesos viales que me permitirían llegar a una de las cimas de la cordillera occidental en la que se encontraba el caserío de Peralonso. Ascendí a través de una carretera destapada⁴² de las muchas que abrió la Federación de Cafeteros durante el proceso de modernización para facilitar el acceso a las zonas productoras del grano.

La carretera zigzagueante me llevó montaña arriba en medio de un día soleado por un paisaje vegetal en que los monocultivos de caña de azúcar que ocupaban de los valles eran reemplazados por los monocultivos de café a medida que superaba los mil metros de altura. Dicho paisaje era salpicado por algunos pequeños matorrales, jardines de plantas floridas de vivos colores que decoraban los corredores de las casas campesinas (ver



Ilustración 14. Vivienda del Corregimiento de Peralonso.
Fuente: Fotografía del autor.

ilustración 14), algunos cultivos de plátano o frutales y lugares para el acopio y el embarque del café, sólo en algunos sectores había árboles maderables dando sombra al lado de la carretera, esto último según me contaría luego una docente, porque muchos propietarios consideran que los árboles nativos compiten con los cafetos por el sol y el agua y en consecuencia prefieren no tenerlos en sus predios. (Diario de campo visita a escuelas del corregimiento de Peralonso, 21 de septiembre de 2017).

Al llegar al caserío (ver ilustración 15), encontré que en él se destacaba la presencia de una unidad de bomberos, una iglesia, una planta procesadora de café, casas antiguas pintadas con vivos colores que alternaban con construcciones modernas de cemento y adobe, que de tanto en tanto daban paso magníficos miradores al paisaje circundante. Estos elementos estéticos y, probablemente el hecho de haber sido escenario de combates en el marco del conflicto

⁴² Carretera de tierra nivelada con una cobertura irregular de grava.

armado colombiano, hicieron que a principios de siglo aquel lugar fuera escogido como locación para rodar la película colombiana “La Pasión de Gabriel” (Alberto Amaya Calderón, Jorge López, productores, y Luis Eduardo Restrepo, director, 2007).

En ella un cura carismático lucha por mantener vivo el espíritu de la comunidad entre los pobladores en medio de la guerra, el olvido, hermosos paisajes y agua en abundancia.

La sede de posprimaria del INSA en Peralonso queda en la parte más alta de la montaña, justo al final del caserío y fue construida, al igual que las redes de



Ilustración 15. Calle Principal Corregimiento de Peralonso.
Fuente: Fotografía del autor.

electrificación rural y el acueducto, con recursos del Comité Departamental de Cafeteros, en la época de la bonanza cafetera. Está compuesta por cinco bloques de aulas, uno de baños y un planchón de uso múltiple que está rodeado de una cerca metálica.

En sus paredes aledañas encontré varios murales pintados por los estudiantes: el emblema del Colegio Básico Nuestra Señora del Rosario, el cual resultó ser el propietario de la sede, un computador con la forma de una vieja máquina de despulpado manual de los granos de café, debajo del cual se leía la frase “Conectados con peralonso.com” (ver ilustración 16) que parecía reflejar metafóricamente el deseo de modernizar la caficultura apoyándose en los recursos informáticos, pese a que en aquel lugar no habían muchos disponibles.

Un mural grande y colorido dominaba el planchón, en él estaba “Caperucita Roja” cerca de una casa de estilo europeo en medio de un vallecito rodeado de montañas de un verde uniforme, que no se parecían a las del paisaje frondoso y heterogéneo que se podían divisar desde aquella escuela.

Pese que aquella escuela estaba en el área principal del PCC y su paisaje había atraído la atención de cineastas, en aquel mural no había ni rastro de él. Aquella imagen daba cuenta más bien de las representaciones que aparecen en las series de dibujos animados, los libros de cuentos, los libros de texto y los relatos de los emigrados (Diario de campo Peralonso, 25 de abril de 2014).

El paisaje de aquel mural, junto al del computador, en una institución cuyo énfasis era el inglés, parecían expresar la idea de que los estudiantes deberían proyectarse hacia un mundo más amplio y lejano en el que fueran realizables las expectativas de vida y de consumo que la modernización de la economía cafetera habían introducido en aquella comunidad y que en la actualidad eran difícilmente alcanzables para los habitantes del corregimiento.

A diferencia de lo ocurrido en otras latitudes, en donde la creciente educación y accesibilidad a un mundo más amplio, propicio que los pobladores vieran las aldeas rurales como lugares aburridos y poco atractivos, donde a duras

penas se podía llevar la existencia diaria (Newby, 1987) en el caso de Peralonso era diferente. Según me contaron algunos vecinos, si bien la escuela tenía alguna responsabilidad, este proceso fue propiciado mayormente por dos fenómenos económicos y políticos que afectaron profundamente la vida de sus habitantes.

El primero fue la tecnificación y la crisis cafetera, situaciones que obligaron a muchos pequeños propietarios a vender sus tierras, al punto que, según la rectora del Colegio Básico, en la actualidad sólo el 10% de los habitantes del corregimiento son propietarios de tierra.

El segundo fue el asesinato del mayor terrateniente del lugar y uno de los mayores exportadores de café en Colombia, cuando la guerrilla de las FARC intentó secuestrarlo. Al no dejar herederos con vocación por la caficultura, su muerte generó la pérdida de cerca de 800 puestos de trabajo en el corregimiento dado el carácter artesanal que aún preserva esta actividad.

En estas circunstancias los relatos que se inscribían en las imágenes de los murales daban cuenta de cómo muchos moradores del corregimiento no lo percibían como un lugar de vida posible a futuro y estaban tanteando otros, en ciudades y países lejanos. Lugares estos de los que tienen visiones fragmentadas y dispersas, construidas a través de los relatos de los migrantes, los programas de televisión, las películas, los videojuegos y en alguna medida, de lo que aprenden en la escuela, pero ante todo de lo que ella omite, según decían algunas docentes de la posprimaria (Diario de campo visita a Peralonso, 25 de abril de 2014).



Ilustración 16. Mural
“Conectados con Peralonso”.
Fuente: Fotografía del autor.

7.3 Pero tú estás ahí y eres la profesora o cómo conocer de otra manera

La desconexión entre las aspiraciones de los estudiantes y las posibilidades de su entorno también tenían relación con la escuela, como pude evidenciarlo cuando al conversar con la profesora Diana me contó con alegría, que a través del proyecto de investigación que orientó se habían propuesto un acercamiento a la vereda, un contexto que, según ella, *difícilmente se convierte en tópico de estudio, aunque siempre esté permeando la escuela* (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014).

La distancia entre escuela y vereda de la que hablaba Diana parecía estar lastrando una vieja división de las labores educativas que se instauró en el marco de la modernización cafetera como lo señala Parra (1996, p 63-103) y cuyos efectos se prolongan hasta el presente. En ese entonces la Federación desplegó dos sistemas de actividades educativas tendientes a producir cambios en los conocimientos, actitudes y destrezas de los caficultores, que separaron a la escuela de su contexto.

El primero estaba dirigido a los hijos de los caficultores y se relacionó con un sistema de educación formal a través de las escuelas rurales y las “concentraciones rurales agrícolas” las cuales eran orientadas por educadores pagados por el estado que trabajaban en infraestructuras construidas por la Federación. El segundo consistía en programas de educación no formal dirigidos a la familia -empresa cafetera y conocida con el nombre de “labores educativas con adultos” que es orientado por extensionistas rurales o asesores técnicos pagados por la Federación.

El primer sistema estuvo orientado a la alfabetización, la educación básica y el aprendizaje de rudimentos de agricultura, mientras el segundo buscaba hacer llegar al caficultor los nuevos conocimientos para tecnificación de sus cultivos y el mejoramiento de su nivel de vida de acuerdo a estándares internacionales, a través de su formación como empresarios agrícolas. Con el paso del tiempo la tecnificación de la producción cafetera propició la concentración de la propiedad de la tierra y la desaparición paulatina del pequeño productor que se vio forzado a proletarizarse al no poder inscribirse en las nuevas formas productivas del grano que requerían capital y tecnología intensiva.

Este fenómeno se reflejó en la reducción de los estudiantes que acuden a las escuelas rurales, el incremento de mayordomos y agregados de finca entre la población y la conversión de antiguos propietarios en jornaleros sin tierra o emigrantes.

De otra parte, en la medida en que avanzaba la tecnificación y llegaban las bonanzas cafeteras, las Escuelas y Concentraciones Rurales se convirtieron en Centros e Instituciones Educativas les dieron cada vez menos importancia a las actividades rurales, en beneficio del

desarrollo de valores, conceptos y habilidades requeridas para relacionarse con el entorno urbano (Parra, 1996, p.114).

En tal entorno, la fetichización de las mercancías tiende a profundizarse, haciendo que estas sólo devengan productos sociales, una vez que han sido intercambiados en el mercado y que el trabajo no esté inserto en el conjunto de las relaciones sociales. Aquello lo hace indiferente con respecto al contenido que produce, y permite que sea abstraído como tiempo de trabajo incorporado en la producción de una mercancía, que le da a esta un valor de cambio potencial, que sólo se realiza cuando se convierte en dinero. Esto conduce a que el principal propósito del trabajador sea la obtención de los ingresos monetarios, los cuales, a su vez, le permitan adquirir las mercancías que él supone, mejoraran su vida, aunque para ello deba subordinar sus capacidades humanas a los mecanismos de acumulación de capital.

En estas circunstancias, capacitar para la obtención de ingresos o ganancias antes, que para la producción del propio sustento a través de las labores agrícolas se convirtió en prioridad para las escuelas, por eso se hizo habitual escuchar a los profesores animar a los niños y jóvenes del campo para que se escolaricen con frases tales como “*hay que estudiar porque pesa más un azadón que un lápiz*” o consejos como:

(...) muchachos, yo no digo que los que estén trabajando en las fincas sean malos, el trabajo en la finca es muy duro y les pagan muy poquito. ¿Ustedes quieren vivir esa misma vida?, ¿Cierto que no? Hay que estudiar para tener otras posibilidades de trabajo, para hacer otras cosas, para ganar mejor dinero para que nuestra familia este mejor. ¿Cierto que a sus papás a veces no les alcanza para muchas necesidades que tienen en el hogar? entonces uno les siembra como eso, les habla de la importancia de estudiar, de lo importante que es aprender. (Maribel, Comunicación personal, octubre 29 de 2016)

Al priorizar la obtención de ingresos o ganancias a través de actividades no vinculadas con el trabajo agropecuario las escuelas progresivamente fueron dando mayor peso a las actividades dentro del aula en detrimento de las relaciones con el campo, el cual sólo relacionan con trabajo manual agropecuario pobremente remunerado. Esta deriva ha conducido a que muchas de las Instituciones y Centros Educativos Rurales como las de Peralonso, hayan perdido los terrenos y las herramientas que les fueron asignados originalmente para las prácticas agrícolas y pecuarias de los estudiantes y han quedado reducidas a sedes pequeñas que tiene como lugares privilegiados el aula de clase y, en el mejor de los casos, el patio de cemento como pude constatar en la sede de la posprimaria en Peralonso.

A esta situación se sumó la falta de acompañamiento de las autoridades a los procesos educativos que se desarrollan en el campo, de ello me percaté cuando una de las profesoras de la Posprimaria, alegre de ver mi presencia en la institución me dijo: *acá no viene mucha gente a visitarnos, ni siquiera el rector, él sólo viene cuando necesita presentar informes* (Diario de campo visita Peralonso, 25 de abril de 2014).

Este relativo abandono se explicaba en parte, por lo que la profesora Diana percibía como *un sistema educativo con muchas falencias organizativas y procesos de muy mala calidad, adelantados por personas que llegan a la educación por accidente en la mayoría de los casos* (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014).

Este fenómeno a su vez hacía parte de lo que había evidenciado en la experiencia de Raúl cuando hablaba del clientelismo político que había instaurado el Frente Nacional en el nombramiento de profesores, pero desde la perspectiva de Diana este adquiriría un nuevo matiz de género.

Según ella, los procesos de vida y formación de muchas profesoras, hacía que encontrarán en la docencia una fuente de ingresos distinta a la que parecía tener como destino en las zonas de las que provienen: ser empleadas de casa, aludiendo a una antigua costumbre heredada de época colonial española, según la cual las familias de las ciudades buscan a las mujeres del campo desde muy temprana edad para que sean sus sirvientes, o alimentadoras en las haciendas cafeteras (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014).

Ante la poca visibilidad del PCC en la iconografía de la institución educativa y el escepticismo con el que la profesora Diana se refirió a la experiencia que estaba viviendo, le pregunté ¿qué había encontrado en el proyecto “Haciendo Trocha a través de la Palabra” que la animó a participar? Ella respondió entre risas:

Siempre me ha parecido que es un proceso muy interesante, entonces cuando el profesor Raúl, que es una persona con mucho liderazgo, propuso ampliar a todas las sedes del INSA el proyecto que había escrito y que traía de tiempo atrás en torno al Paisaje Cultural Cafetero, yo elegí estar ahí como voluntaria porque me interesaba trabajar con los chicos.
(Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Al parecer, Diana había encontrado en el proyecto una lógica de intercambio que ve en el campo un lugar de aprendizaje sobre la cultura y la naturaleza, lo cual les permite a ella y sus estudiantes (ver ilustración 17) tomar distancia de la idea productivista que había instalado la modernización cafetera en la escuela con respecto a él. Igualmente, esta lógica de intercambio se diferenciaba de la lógica formal con la que opera la escuela según la cual, en ella debe ser un espacio auto contenido de alfabetización y distribución de saberes y

desarrollo de competencias que respondan a expectativas externas al contexto local en el que se encuentre.

Esta lógica de intercambio se me hizo evidente al preguntarle por las diferencias que encontraba entre ese ejercicio que realizaba de manera voluntaria y el que habitualmente realizaba en el aula de clase en el marco de la modalidad de Posprimaria. La



Ilustración 17. Profesora Diana y sus estudiantes de la posprimaria rural del INSA en Peralonso. *Fuente:* Fotografía del autor.

profesora Diana me respondió entusiasmada que la ventaja más grande que encontró, es que se trataba de una iniciativa que vinculaba la escuela con la práctica investigativa.

Una práctica que permitía al maestro compartir una relación mucho más dialógica con los estudiantes, en una indagación que no venía determinada por unos contenidos y unos estándares establecidos desde fuera, sino que se construía desde los ámbitos de lo que tiene sentido y significatividad para los estudiantes (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014).

Aquella manera de educar le permitía a Diana poner a dialogar los saberes que traían o podían adquirir los niños en sus veredas, con los saberes escolares, lo anterior sin desconocer, como señala Parra (1996), que “en cualquier caso la escuela es portadora de un mundo social diferente al rural y constituye una institución externa, más alejada al mundo campesino entre más campesino sea el mundo de la comunidad” (p.119).

El trabajo en el proyecto de investigación ofrecía entonces una alternativa para conectarse desde la escuela con los atributos naturales y culturales presentes en el campo, obviando las limitaciones físicas de las instalaciones escolares y disociando tales atributos de la búsqueda del ánimo de lucro. De esta manera se abría la posibilidad para que tanto profesora como estudiantes asumieran la escuela y la vereda como dos elementos heterogéneos entre sí, portadores de una multiplicidad real y potencial, que podrían usar para desplegar proceso de aprendizaje que les permitiera a todos conocer y comprender mejor el lugar en que vivían.

Este cambio de perspectiva tuvo una incidencia importante en la disposición de los estudiantes para relacionarse entre sí, con los demás y con su entorno, evidenciando por

oposición, las derivas que la posprimaria rural estaba teniendo, las cuales me ilustró Zully una de las participantes del semillero cuando, al referirse a las actividades que desarrollaban en el proyecto señalaba que:

(...) es como una cosa distinta a uno estudiar, uno si puede conocer a Dayana, pero una cosa es verla así y uno saludarla y otra muy distinta es trabajar con ella, mirar su forma de trabajo y dialogar con ella, integrarse más y además uno va viendo las capacidades que tienen las demás personas para desenvolverse en los trabajos. (Semillero de investigación 'Gallitos de Roca' grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

En aquella respuesta se ponían en evidencia que para Zully, estudiar en la posprimaria no implicaba conocer y dialogar con sus compañeros ya que esto suponía para ella, *trabajar juntos a través del tiempo*, una práctica muy común en las comunidades campesinas, pero que no parecía tener lugar en las aulas de clase.

En una conversación que había tenido con la profesora Diana antes de visitar el corregimiento, ella me había explicado la diferencia a la que se refería Zully, al indicar que *la escuela no estaba organizada en términos de la investigación* y que los *niveles de recompensa* que esta ofrece no tienen nada que ver con los que se manejan en los proyectos Ondas:

Los chicos en la escuela tienen que aprender a dominar unos procesos estandarizados y todos tienen que aprender a dominar los mismos procesos. En Ondas está muy bien que la una sepa de historia, la otra de demografía y muy bien que la otra sepa de biodiversidad, pero en los procesos comunes de la escuela todos tienen que saber de demografía, todos tienen que desarrollar todos los contenidos que no vienen de su interés, sino que es de la organización de lo mínimo que tiene que saber cada persona pa' poder avanzar en los niveles de educación. (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Con sus afirmaciones Diana ponía de manifiesto que, en Instituciones Educativas rurales, como la suya, interés, investigación, saber, aprendizaje y avance en los niveles de educación eran asuntos que no necesariamente iban de la mano. La lógica productiva presente en ellas estaba orientada hacia la promoción de los estudiantes que hubiesen alcanzado un mínimo de competencias estandarizadas, independientemente del contexto en el que se desarrollaba su experiencia educativa.

Aquel era un mandato del Ministerio de Educación, que atendía a su vez las orientaciones de la Organización Mundial del Comercio (OCCDE) y el Banco Mundial (BM) para desarrollar en los estudiantes unas competencias que puedan ser negociadas en mercados de

trabajo predominantemente urbanos y le permitan a los individuos generar riqueza compitiendo por posiciones o bienes que son insuficientes, como por ejemplo, un lugar en los agronegocios o en el negocio de los cafés especiales, acceder a formación universitaria, conseguir trabajos en las ciudades y en otros países o poder identificar, adquirir y usar los bienes de producción y de consumo importados, entre otros.

Al ser prácticas y estar asociadas a un cambiante e inestable mercado de trabajo, tales competencias inducen formalmente la escasez de conocimiento en la escuela, asumen los saberes escolares como bienes de consumo o en el mejor de los casos en bienes de producción de uso limitado en el tiempo y el espacio. En ese sentido las competencias instrumentalizan el conocimiento escolar reduciendo su margen de utilización al plano de la producción de ganancia para darle a sus portadores mayor movilidad laboral y estimular hipotéticamente sus capacidades empresariales.

Tal manera de asumir el saber escolar además de presentar dificultades para su aplicación en entornos rurales, inhibe sus posibilidades de ser usado o de contribuir a que los estudiantes amplíen su percepción de sí mismos, de los demás o el entorno local, para producir otros saberes desde su lugar de vida, o configurar modos de vida locales alternos al mercado.

Probablemente ahí se radicaba una de las contradicciones con las que se encontraban los padres de familia de los niños que acuden a las escuelas rurales, cuando percibían que enviarlos a ellas, si bien era una posibilidad para recibir subsidios estatales, como el denominado “Familias en Acción” o acceder a alimentos en el restaurante escolar, también significaba perderlos para el campo, porque no desarrollaban los vínculos con la tierra que se generan a través del trabajo como me había explicado aquel campesino con el que había conversado en la vereda Campamento.

Además, concurrir a la escuela no significaba efectivamente que los niños pudiesen desarrollar las competencias esperadas a pesar de que pasaran de un nivel a otro cada año, dado que el mundo para el que los preparaban no sólo era ajeno y lejano al que experimentaban cotidianamente, sino que en muchos casos era tan ficticio como el mural del patio del colegio, en un país en el subempleo y la informalidad laboral son la norma para un gran porcentaje de la población como lo señala el estudio “Informalidad y subempleo en Colombia: dos caras de la misma moneda” (Uribe G, José; Ortiz Q, Carlos; García C, Gustavo, 2008).

En tales circunstancias tanto padres de familia como los profesores no esperan que los estudiantes del campo tengan un gran desempeño escolar ni que vean en la escuela un factor significativo para la transformación de sus vidas, eso se veía reflejado en la creciente

disminución de la matrícula escolar que se presentaba en el municipio, que había pasado de 3106 a 2502 estudiantes entre el año 2011 y el 2015 (Fuente: “Santuario Empresa de Todos”, Plan de Desarrollo Municipal Santuario 2016-2019).

El caso de los estudiantes que participaron del proyecto en Peralonso no era la excepción. Algunos de ellos eran hijos de caficultores que habitaban el corregimiento hacía mucho tiempo, otros eran hijos de agregados, jornaleros o trabajadores temporales, pero todos eran considerados malos estudiantes por parte de sus profesores. Sin embargo, me decía Diana, en las circunstancias del proyecto, estos alcanzaban desempeños *buenos, mejores y excelentes*. Esto ocurría porque los escenarios, actores, medios, temas y sentidos en torno a los que se desarrollaban los procesos de aprendizaje lograban motivarlos a aprender, como me lo describió Gisela otra de las integrantes del semillero:

En Ondas ya no era lo de siempre, que saquen el cuaderno y el lápiz que vamos a hacer tal cosa, sino, a ver, ¿qué se aprendió de nuevo? o ¿qué investigaron con las salidas que teníamos?, así nos relacionábamos más con la gente, en cambio pues en clase sólo nos vamos a relacionar para preguntarnos: ¿oiga y eso cómo es?, me explica ¿qué esto? - refiriéndose a los temas de las cartillas guía con las que trabajan-. Mientras que en el grupo íbamos a saber más de la gente, qué les gusta, cuáles eran sus comidas, qué si han llegado a atreverse a comer guatín o güirre, entonces eso es lo que más nos motivaba o nos motiva, todavía. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Gisela oponía en su apreciación el saber de la gente sobre su entorno, al saber de las cartillas guías sobre los temas que el MEN considera básicos para el aprendizaje de los colombianos, el saber generado a través de la experiencia reflexiva sobre sus veredas y el saber estandarizado que debían aprender en la modalidad de posprimaria.

El primero les proponía “hacer trocha a través de la palabra” como modo de conocer que les permitía experimentar rutas de indagación, hacerse caminantes para producir conocimientos integrados sobre sus veredas mientras se relacionaban con la gente de su comunidad.

El segundo, por su parte, suponía el seguimiento punto a punto de una colección de datos importados desde otras latitudes, a partir de los cuales sería posible constituir en la mente de los estudiantes un sistema de conceptos y categorías que, como señala Ingold (2012, p. 26), al romper los vínculos que unen cualquier suceso a su contexto nativo, les permitiría ordenar los datos de sus experiencias locales.

Precisamente esta última era la dinámica escolar más proclive para producir lo que algunos campesinos denominan “desterritorialización mental”,⁴³ es decir, que el proceso de sacar la tierra de los campesinos, provoca que las personas del campo dejen de ser con el territorio para aprender a ser para el mercado. De tal forma que su percepción del entorno va siendo modelada por la utilidad monetaria que los elementos presentes en él puedan generar y sus actuaciones en él van cobrando valor sólo en función del lucro que puedan proveerles.

El trabajo de campo que realizaban los integrantes del semillero, por el contrario, les permitía descubrir y escudriñar los silencios y olvidos que sobre el pasado de su comunidad se había generado a través de partir de los esfuerzos modernizadores de la Federación. En consecuencia, los estudiantes generaron saberes y desarrollaron aprendizajes específicos de su localidad que contrastaban con la generalidad de los saberes escolares que regularmente veían en las clases. Esta diferencia les hizo valiosos para sus compañeros, como reflexionaba Gisela:

(...) es que cuando uno se sienta a hablar con las personas sobre el grupo y de las investigaciones que estábamos haciendo es totalmente diferente a lo que todo el mundo ve y escucha siempre en el contorno de ellos, entonces ya la gente más se motivaba porque no conocen sobre lo que uno ha investigado y entonces cuando les mostrábamos otra cosa, dicen ¡uy esta interesante! (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

De esta manera, a través del proyecto, además de divulgar saberes sobre la localidad, también se valorizaban los atributos de los que eran portadores los integrantes del semillero. Tales atributos, por su escasez en el medio en el que se encontraban, adquirieron relevancia como medios para tejer vínculos intergeneracionales y reflexionar sobre lo que ocurría en su corregimiento.

Por experiencias como esta, la profesora Diana manifestaba en nuestra conversación que *... a través del proyecto, los estudiantes se asumieron como miembros reflexivos de la comunidad escolar y de su contexto, al punto que ellos lo valoraban mucho como un ejercicio académico en el cual sus abuelos fueron resignificados como fuentes importantes de investigación.* (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Las afirmaciones de Diana ponían de manifiesto la importancia que tenía el ponerlos en situaciones que les vincularan de manera voluntaria y sustantiva con su contexto local, para

⁴³ Expresión de Álvaro Arroyo en el Foro ‘Otra economía posible para otros mundos posibles’, organizado por el Proceso de Comunidades Negras (PCN), Buga, julio 17/21, 2014.

incitar a los estudiantes a reconocer y valorar su entorno. Estas circunstancias hacían posible que tanto docente como estudiantes pudieran desplegar sus potencialidades.

Tales consideraciones hicieron que a lo largo del proyecto cada uno de sus participantes se entusiasmará con cosas distintas: indagar las especies de animales existentes en la vereda a través de fotografías, relatos y clasificaciones, establecer la cantidad de habitantes del corregimiento y entender más o menos como se mueven en el territorio, graficar datos con Excel, construir una línea del tiempo para establecer fechas y acontecimientos importantes, presentar los resultados de sus investigaciones en público, articulando el conocimiento aprendido de su maestra con el propio y el de sus compañeros, y asociarlo además con lo que ha sucedido en esa localidad y eso asociado a lo que sucede en el país y en otras zonas (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014).

No obstante, aquella experiencia parecía ser poco frecuente tanto en la institución educativa como en la comunidad, ambas volcadas hacia la realización de objetivos externos a ellas, la titulación de chicos de acuerdo a los parámetros del Ministerio de Educación en el primer caso y la exportación de café en el segundo.

En este sentido, la experiencia de aquellos chicos contrastaba con la tendencia de las instituciones en esta región a producir formas idealizadas de lo que podrían ser y hacer los hijos de los habitantes del campo.

Esta tendencia, visible en instituciones como la Federación, la Gobernación, las escuelas y otras instituciones de bienestar, lleva a que en muchos casos, niños y jóvenes se aturdan y enajenen sus capacidades para actuar y dar sentido a lo que ocurre con sus vidas y con su territorio, o las subordinan a intereses foráneos.

De ahí que la Federación tienda a reducir a los niños y los jóvenes al rol de cafeteros con su discurso de la necesidad del relevo generacional en la caficultura, que la gobernación busque hacer lo propio encasillándolos como productores agropecuarios, que las instituciones educativas los encasille como estudiantes y que las instituciones de bienestar los dimensionen exclusivamente como niños y adolescentes.

La descripción que hicieran Diana y sus estudiantes del trabajo que habían realizado, me ayudó a entender como el proceso de reconocimiento y valorización del PCC que promovía Raúl antes que cambiar la percepción que los estudiantes tenían de su localidad como pretendía Uriel, lograba cambiar, sin proponérselo, la percepción que la comunidad local tenía sobre estos chicos, al valorizar como una fuente de reconocimiento, su capacidad para producir y comunicar saberes sobre las particularidades naturales y culturales de aquel lugar.

Un acontecimiento que abría una nueva posibilidad para que las nuevas generaciones se pudieran insertar en las dinámicas sociales de su corregimiento.

Este hecho ponía de manifiesto uno de los mayores logros de esta experiencia: poner en evidencia la desvinculación de las escuelas rurales con su territorio y explorar caminos a través de los cuales campo y escuela podía re vincularse.

Todo aquello sonaba muy bien, de hecho, me parecía que operaba en la lógica de *los valores construidos a través del hacer* de los que hablaba Raúl. Sin embargo, Diana también me había dicho, al inicio de nuestra entrevista, algo sobre la generalidad de los estudiantes de su institución que me inquietaba. Ella planteaba que, si un docente de manera inocente, como le pasó a ella, les proponía a los estudiantes una relación de horizontalidad, ellos lo asumían como una inversión de la jerarquía, a lo que preguntaba retóricamente *¿Cómo no van a hacerlo?*, para luego responderse

Es esperable que los chicos actúen así, ellos se han socializado en familias patriarcales y han sobrevivido en contextos donde los actores que bucean en la ilegalidad son los que han determinado las lógicas dominantes, y ni hablar de los modelos que representan los hombres públicos, porque cualquiera de los muchachos te cuenta cómo es que funciona la corrupción en su localidad y si se sienten en confianza hasta te enumeran los muertos que dichos pro-hombres cargan encima. (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Aquella cruda descripción del contexto en el que ejercía como profesora, daba cuenta de una buena parte del tejido social que había sido producido en este territorio cafetero a través de la violencia bipartidista de los años cincuenta, el Frente Nacional, la modernización cafetera, su crisis, el conflicto armado, la migración y el narcotráfico. El mismo tejido social, que produjo los paisajes cafeteros que las agencias turísticas promovían en la actualidad como Patrimonio Cultural de la Humanidad⁴⁴.

Lejos de desanimarse ante este panorama, Diana, asumiendo su rol y hablando de sí misma en tercera persona concluía: *pero tú estás ahí, y eres la educadora, te quedan dos opciones: o encarnas al mediocre y te vales de argucias para pasar de agache, o bien te preguntas y ensayas cómo hacer educación en esas circunstancias.* (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014). Expresando así su deseo de encontrar una manera de hacer educación pertinente y contextualizada en aquel territorio tan particular.

⁴⁴ Sobre estos asuntos realizo una descripción más pormenorizada en el capítulo de contexto.

Trabajos como el de Diana podrían contribuir a la larga a revalorizar la caficultura y abrir caminos para imaginar cómo podría hacerse habitable el campo para los pequeños y medianos propietarios. Sin embargo, ni los estudiantes, ni los docentes que participaron eran los campesinos arraigados a la tierra que evocaba Euclides Jaramillo, y tampoco los inversionistas o los académicos que podían generalizar el territorio como paisaje.

Por eso sólo alcanzaban a lanzarle preguntas a su territorio sobre “las formas específicas en las cuales la vocación cafetera había permeado aspectos tales como el paisaje, las lógicas de poblamiento y las tradiciones de la comunidad” (Semillero de Investigación ONDAS-INSA (2013b), que les ayudaron a percibir su corregimiento como territorio vivido, a rememorar el modo de vida contradictorio que la caficultura inscribió en él y a visibilizar elementos naturales y culturales que fueron desvalorizados a lo largo de los procesos que se desplegaron históricamente aquel lugar.

7.4 Haciendo trocha a través de la palabra

Tuve la oportunidad de conocer los resultados de la investigación del semillero en una reunión que sostuve con la profesora Diana y sus estudiantes en la sede de la posprimaria rural de Peralonso (ver ilustración 18).

En aquella ocasión, me enseñaron una carpeta en cuyo interior estaban las memorias del proyecto que habían elaborado de manera conjunta todos sus participantes: un par de pequeños afiches hechos de manera artesanal en los que se registraban las especies animales que habían inventariado en las diferentes veredas del corregimiento, una cartilla como la que me había mostrado Uriel y una libreta grande de tapa dura. En esta última habían registrado su proceso de conformación, la manera cómo habían problematizado su contexto para formularse preguntas sobre él, cómo habían delimitado los alcances de su indagación, el diseño metodológico que utilizaron en la investigación, relatos de cómo habían aplicado ese diseño y un extenso capítulo dedicado a los hallazgos que habían realizado (Diario de campo visita a Peralonso, 25 de abril de 2014).

Al ver todo aquel material reunido, me sorprendí porque detrás de cada pieza se evidenciaba el mucho tiempo de trabajo que habían invertido en su elaboración. *Esto fue lo que investigamos*, dijo Dayana con orgullo:

Como por acá la mayoría vive en fincas y muy pocos viven en el caserío entonces nos reuníamos acá en el colegio y nos repartimos los temas entre los compañeros que podían juntarse, ya después veníamos acá y hacíamos la reunión general y decíamos que habíamos investigado, que nos faltaba por averiguar o qué más queríamos saber.



Ilustración 18. Equipo “Gallitos de Roca” INSA Posprimaria rural de Peralonso. Fuente: Fotografía del autor.

‘Gallitos de Roca’ grupo

Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Al parecer, el grupo había logrado utilizar la dispersión de sus miembros para indagar su territorio desde adentro, para ello conformaron una red que les permitió entrar con sus interrogantes a las diferentes veredas, procesar de manera colaborativa los hallazgos que encontraron en ellas y contrastarlos con múltiples lecturas que les sirvieron para contextualizarse y entender mejor lo que habían encontrado.

Hilda otra de las participantes intervino para señalar que esos productos fueron el resultado de recuperar la historia de su corregimiento a partir de preguntarse por cosas como ¿quién lo fundó?, ¿quiénes llegaron? y haberse puesto a averiguarlo, algo que a ella en particular le producía mucho gozo

(...) cuando la profesora dijo que era para saber las historias pasadas de acá, entonces a uno le dio como entusiasmo, entonces uno echo más pa´ delante y uno se alegraba cuando iba a investigar eso, yo era toda feliz cuando me decían todos los datos y yo los escribía, y es como algo bueno. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

En su manera de narrar la experiencia, Hilda no sólo daba importancia al hecho de haber aprendido sobre el pasado de aquella localidad a la que las derivas de sus padres la habían traído desde las lejanas tierras de Santander y en la que ahora le gustaba vivir. También le daba importancia a la posibilidad que había tenido de salir del anonimato, de haber dejado de ser una más que asume estoicamente las adversidades en aquellas veredas y poder expresarse

como un Yo a través de la escritura y lograr ser escuchada por los demás, aunque fueran desconocidos.

Hilda, Zully, Gisela y Dayana se dedicaron a estudiar la historia local. Según Hilda, empezaron con

... un documento anónimo de la historia de Peralonso, un papelito como de dos o tres páginas escrito a mano que encontramos en la corregiduría. Ahí nos dimos cuenta de que hay que tener presente la historia porque para nosotros fue difícil encontrar información debido a que la gente deja olvidar la historia como si no tuviera importancia. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Dayana intervino a continuación con aire serio tratando de aclarar también en plural, lo que Hilda estaba planteando:

Es que aquí hay muchas familias que viven aquí desde hace muchos años y no conocen nada de lo que fue anteriormente, ni de la historia que tienen, es como decir yo quiero a esa persona, pero yo no sé su pasado y la conozco como es ahora pero no sé lo que era antes, entonces es lo mismo, vivimos aquí y sabemos que es un corregimiento, pero no sabíamos qué era antes, no sabíamos nada ni siquiera le dábamos importancia a las riquezas que tiene esto por acá. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

A medida que hablaba, Dayana fue cambiando su aire serio hasta terminar en una risotada, como si estuviera tratando de encontrar las palabras correctas para expresarse y se sintiera contenta de haber dicho algo importante. En su planteamiento logré vislumbrar que Peralonso era un lugar que se vive en familia y en presente, un corregimiento en el que las nuevas generaciones crecen sin saber la densidad de las trayectorias que han confluído en él para constituirlo.

En este contexto, realizar una indagación como la que hicieron los “Gallitos de Roca”, le había permitido a esto chicos, ampliar su capacidad para percibir y valorar en el entorno, una serie de objetos, seres, relaciones y transformaciones que antes le eran invisibles en su vida cotidiana, al igual que para el resto de sus vecinos.

Hilda terció en la conversación ampliando aún más lo planteado por Dayana al señalar, igualmente en plural, que con el proyecto habían aprendido a valorar mucho el entorno en el que estaban, y que, en particular a ella, que venía de otro departamento lejano, la investigación le había ayudado a conocer y *aprender a querer esto por acá*.

De algo semejante daba cuenta Natalia cuando, venciendo su timidez, señalaba en nuestra conversación colectiva que para ella lo más importante de su trabajo en Ondas fue *aprender a valorar como importante lo que tenían en Peralonso* y por extensión, *aprender a mirar el paisaje cafetero* (Semillero de investigación “Gallitos de Roca” grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014).

Todas ellas apelaban a una suerte de ampliación de sus campos de visión que les permitían expandir el rango de lo que valoraban como importante en su territorio. Gisela, otra participante del semillero fue aún más lejos señalando que *cualquiera puede recuperar una historia y traerla*, pero que lo importante del proceso había sido lo que les dejaba en términos de educación y aprendizaje y propuso un ejemplo para ilustrar su posición:

(...) nosotros de ahí sacamos que vamos a leer más, que vamos a desenvolvemos más con la gente, que vamos a ser más respetuosos y valorar lo que la gente hace y que uno hay veces no ve, pero que ahora queremos que otros también vean, porque muchas veces no nos damos cuenta, nos cegamos en lo que estamos haciendo y no vemos lo que la demás gente está haciendo y eso es como ser egoístas. Aparte ahora sabemos valorar lo que nosotros hacemos. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Para Gisela la experiencia vivida le había permitido superar lo que ella denominaba *ceguera* y relacionaba con el *egoísmo*, formas de distorsión que impedían valorar a la gente por lo que hace, al igual que la valoración de los haceres propios. Esa misma *ceguera* y *egoísmo* que estaban presentes en su medio, y que se había instalado en relación con los saberes y prácticas de los campesinos que sembraban café de manera tradicional, cuando se modernizó la economía cafetera.

Hilda, retomando la metáfora visual fue aún más lejos al comparar su proceso con un quitarse *una venda de los ojos*, aquella metáfora, que no era solamente visual y refería a la importancia que en aquel proceso había tenido para ellas superar el auto centramiento al que estaban acostumbradas en el aula de clase y en su vida cotidiana, para entrar en contacto con sus compañeras y diferentes miembros de una comunidad que habían naturalizado a tal punto que ya no veían, ni valoraban, ni respetaban.

El relacionarse reflexivamente con los otros de su corregimiento les había permitido entender fenómenos sociales y culturales que, como la *ceguera* y el *egoísmo*, estaban detrás de ese sesgo que no les dejaba ver la riqueza que los rodea, de la que les hablaba Raúl. Sin embargo, un aprendizaje de mayor trascendencia derivado de aquella experiencia tuvo que ver con descubrir que su presencia era también importante para las gentes de su territorio.

En ese sentido, dar valor a algo pasaba entonces, por inscribirlo en una relación que lo hace visible a través de la acción, la cual, a su vez, visibiliza a quien la realiza. Algo que, no sólo trasciende las circunstancias y las relaciones en las que ese algo fue producido, sino que además le revela como una expresión no monetaria de la riqueza y de afirmación del lugar de las personas en el seno de una comunidad.

Quizá por ello, Sergio afirmaba que después de participar en el proyecto *ya no veía las cosas igual que antes*, que había comenzado a valorar más lo que había a su alrededor, a *pararle bolas a eso del medio ambiente*, y a contribuir junto a sus compañeros con esa causa, llevándole a la gente el pasado de Peralonso que ellos habían recuperado para que recordaran cómo era antes de la modernización. Un cambio importante en el hijo de uno de esos campesinos montañeros que desmontaron sus fincas para monocultivar café, que vivió las bonanzas y ahora sobrevivía a la crisis cafetera, probablemente por haber conservado en su propiedad pedazos de selva andina donde los trabajadores indígenas aún iban a *brujiar gürrres, iguanas, pájaros barranqueros y tucanes falsos*. (Semillero de investigación “Gallitos de Roca”. Comunicación personal, 25 de abril de 2014).

Natalia otra de las participantes, también reflexionando sobre su experiencia afirmaba de manera impersonal que

... uno ya ve distinto las casas, la gente que viene a la parroquia, los palos de café y eso es porque ya tenemos más inteligencia, sabemos más del tema y porque conocemos ya más la manera de ser de las personas. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Tal postura que daba cuenta de un cambio en su percepción semejante al esperado por Uriel y que asociaba con el despliegue de sus capacidades cognitivas a lo largo del proceso. De todos los participantes ella fue la única que se refirió explícitamente al Paisaje Cafetero y de las más entusiasmadas con la posibilidad de conocer otros lugares a través de la divulgación de sus hallazgos, como si, desde su timidez, en su encuentro con la institucionalidad del programa Ondas hubiese descubierto la importancia de usar una terminología oficial que se aprende leyendo y escuchando atentamente, para acceder a ciertos lugares a través de su participación en circuitos comunicativos específicos.

La posibilidad de des-familiarizarse de sus comportamientos habituales también había logrado que Peralonso se hiciera importante para ellas, en la medida que lograron percibir sus atributos y valorarlos como una riqueza que trascendía las expectativas de ganancia a mediano y corto plazo con la que sus mayores habían decidido relacionarse tiempo atrás.

Esta valorización les permitió darse cuenta de que tales atributos no eran asuntos de *montañeros ignorantes*, como era corriente escuchar a la gente de las ciudades haciendo alusión a los campesinos que habitaban las montañas de la región, sino asuntos de interés para sus compañeros, profesores locales y foráneos, investigadores de universidades, funcionarios del estado e incluso políticos locales.

Entender esto, les permitió a estos chicos percibir la necesidad de aprender a conocer a sus interlocutores para modular lo que decían sobre lo que sabían, como hacía Uriel con sus *traducciones* sobre lo que las personas percibían, valoraban y conceptualizaban localmente.

El modo de conocer al que se habían abierto *haciendo trocha a través de la palabra*, les permitía, como semillero de investigación, construir senderos desde sus localidades e ir entrelazando sus vidas con las de otros, que provenientes de otros lugares, también recorrían senderos que se entretejían con los suyos en diferentes escenarios. De esta manera pudieron ganar la distancia suficiente para extrañarse de su territorio cotidiano, de sí mismos y de los demás, afinar sus capacidades perceptivas para ver lo que antes no veían, valorarlo y poder narrarlo públicamente con orgullo y propiedad.

Este periplo les había permitido apearse de las certezas con las que se habían orientado hasta entonces en su proceso escolar, reconocer en su corregimiento un lugar a la vez cercano y desconocido, sobre el que era posible hacerse preguntas y asumir roles diferentes a los ordinarios. Como por ejemplo ser investigador y relacionarse con parientes y vecinos para indagar a saberes, lugares y cosas que antes pasaban inadvertidos para ellos, tales como las ollas de barro que encontraron en las guacas, las colecciones de fotos familiares, los trofeos que consiguen los trabajadores en el monte, los cafetales a su alrededor o los indígenas que los reemplazan como cosecheros.

Realizar viajes por los montes de su corregimiento y encontrar en todos estos componentes aparentemente aislados, relaciones inesperadas que, como señala Merleau-Ponty (1985, p.58) a propósito de la percepción, “crean de una vez, junto con la constelación de los datos, el sentido que los vincula, de modo que, no solamente descubre el sentido que estos tienen, sino que hace, además, que tengan un sentido”.

Los saberes producidos en el encuentro con su territorio, les permitieron a los “Gallitos de Roca” activar la comunicación con sus vecinos en torno a las memorias de su pasado común. Eso les hizo caer en cuenta de que su mundo no había sido siempre igual, que no había obedecido siempre a las mismas lógicas económicas. Pero, sobre todo, que su experiencia de vida en la zona rural no era una fatalidad de la cual deben elevarse y escapar hacia mundos abstractos como plantea Massey (2005, p183), sino una posibilidad de partida (Ingold,

2000:229) para conectarse con otras personas en lugares distintos, urdiendo tejidos que les permitieran habitar el mundo desde su terruño.

En consecuencia, los estudiantes entendieron, a través del proyecto, que para conocer su territorio y darle valor al habitar sus veredas, debían dejar de ocupar el espacio cerrado que la escuela había abstraído para transportarlos al mundo del desarrollo a través de la transmisión de conocimientos homogeneizadores.

Por el contrario, debían entender que su territorio era un aula viva en la que ellos podían entrelazar las sendas propias con las de sus mayores, las de los recién llegados y las de los desconocidos que, como yo, podían emerger en algún punto de sus caminos, para descubrir, crear y comunicar desde adentro, la densidad simbólica presente en las formas de pensar, sentir y actuar de los habitantes de aquel lugar.

Así, aprendieron a moverse a través de su corregimiento, para entender que no sólo los *valores nacen del hacer* como decía Raúl, sino también que, es a partir del hacer que se construye el territorio, una realidad dinámica de la cual el paisaje es sólo la pequeña parte que usualmente los foráneos logran percibir.

En este ejercicio, los estudiantes construyeron montones de datos sobre su entorno y descubrieron, a través de ellos, que su existencia no se agotaba en lo que dicen de ellos sus familias, las instituciones, los vecinos, los medios o los registros oficiales, sino que se prolongan hasta donde sus memorias les permitan imaginar su futuro.

Por eso, al experimentarlos, los chicos se vieron obligados a situar las representaciones que habían incorporado sobre ellos a lo largo de su vida y al hacerlo pudieron ampliar sus relaciones, lograron diferenciarlos mejor en su singularidad y valorarlos a partir de referentes plurales debido a esa diferenciación.

Es por ello que esta forma de producir saber sobre su localidad a través del hacer, les permitió concebir e historizar los diferentes elementos y dinámicas presentes en su territorio, independientemente de sus intereses particulares y más allá de los marcos familiares.

Todo ello hizo que los miembros del semillero se emocionaran al experimentar conocimiento en el sentido de Ingold (2015) de forzar una abertura y luego seguir hacia donde nos lleve, y sentir que en ese camino se afinaba la percepción que tenían de sí mismos, de los demás y de su entorno, a la par que cambiaban sus expectativas, aprendían cosas nuevas y descubrían el poder multiplicador presente en el compartir los saberes que habían producido.

7.5 Esto por aquí antes era muy desarrollado

Para suplir las carencias iniciales de información, las investigadoras recurrieron al precario internet rural para remontarse a los tiempos precolombinos y averiguar por los Quimbayas,⁴⁵ el pueblo indígena que habitó la región por aquel entonces y que es reconocido mundialmente por su trabajo de orfebrería.

Posteriormente se enteraron de la existencia del libro de Jaime Vásquez sobre la historia de Santuario. Al leerlo pudieron ubicar las zonas de su municipio donde aquellos indígenas del pasado habían vivido y se dieron cuenta de la relación que existía entre ellos y las muchas guacas⁴⁶ que algunos de sus parientes habían encontrado y desenterrado en el pasado, para extraer piezas precolombinas en oro y cerámica, las cuales, al ser vendidas, les permitieron a muchos colonizadores contar con los recursos necesarios para iniciar la producción de café en la región (Semillero de investigación “Gallitos de Roca” grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014).

El olvido de la historia local al que habían aludido las estudiantes, no se debía sólo a que lo ocurrido no tuviera importancia para sus moradores, en muchos casos, el contexto de ilegalidad al que había aludido Diana también tenía su cuota de responsabilidad. Muchas de las cosas que se habían realizado en ese territorio en el pasado y que habían dado origen a la actual distribución del poder y la riqueza en el corregimiento, si bien eran legitimadas por sus artífices, no siempre habían estado amparadas por la legalidad.

Este era el caso de las piezas precolombinas encontradas en las guacas, las cuales conservaron algunos particulares como recuerdos de los tesoros que encontraron en las tumbas que excavaron. Tales piezas, pese a estar en Peralonso, eran celosamente guardadas por las familias que las poseían, al punto que ni siquiera todos sus miembros sabían de su existencia.

Uno de estos casos fue el de Zully, quien después de conocer en la Casa de la Cultura de la cabecera municipal las ollas de cerámica que hicieron los Quimbayas, se dio cuenta por casualidad que su abuelita tenía una igual en una ocasión en la que ella sacó un gran recipiente de un depósito y lo puso en el patio de la casa. *¿mita,*⁴⁷ le dijo Zully, *¿usted de donde saco eso?* y ella le respondió *yo no sé, eso hace años está por ahí* (Semillero de investigación “Gallitos de Roca” grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014).

⁴⁵ Un grupo de la familia de los indígenas Arawak.

⁴⁶ Tumba indígena precolombina.

⁴⁷ Diminutivo de “mamita”, término empleado regionalmente para denominar a la abuela.

La fragmentación y dispersión de la información y la evidencia relacionada con el pasado de aquel lugar hacían que la labor realizada por este grupo fuese más valorada por sus interlocutores. Tan así que al final de su proceso, acabaron viendo lo que antes no veían en sus veredas y sabiendo más sobre lo que había ocurrido en su corregimiento que sus vecinos, sus maestros e incluso, como se ufana Gisella, más que el mismo historiador Jaime Vásquez.

Sobre el periodo que más información local encontraron fue el de la bonanza cafetera, en gran parte gracias a que Sergio resultó ser el nieto del fotógrafo de la vereda y pudo encontrar en los archivos de su abuelo fotos que les mostraron como muchos de los lugares que habían hecho de Peralonso un centro de actividad local importante, ya no existían. Al respecto Dayana afirmaba en aquella conversación, que a través de las fotos y hablando con las personas mayores supo que...

(...) esto por aquí antes era muy desarrollado, cuando empezó la vocación cafetera, el corregimiento se fortaleció mucho, había tiendas y la gente no se tenía que desplazar hacia La Virginia⁴⁸, entonces la gente no tenía que ir a mercar allá porque aquí había almacenes, carnicería, puesto de salud, policía, discoteca, cementerio y hasta un prostíbulo. (Semillero de investigación 'Gallitos de Roca' grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Aquella lectura coincidía con la que Raúl había hecho en relación al empobrecimiento de la vida en su pueblo, el cual que se produjo a raíz de la adopción de la caficultura tecnificada. Un empobrecimiento que paradójicamente tuvo momentos de bonanza, en las que los santuareños lograron mejorar sus condiciones de existencia y les hizo pensar a los campesinos *montañeros*, que sus prácticas y saberes ancestrales no eran tan valiosas como las enseñanzas e insumos de los técnicos agropecuarios que promovían el discurso del desarrollo. Aquella situación, condujo a la desvalorización del campesino *montañero* entre los caficultores y sus descendientes, pasando a ser sinónimo de atraso e ignorancia.

La caficultura tradicional ya había presentado una primera bonanza cafetera entre los años 1953 y 1954, mientras Colombia vivía la denominada época de la violencia, pero la que aparecía en estas imágenes correspondía al periodo 1976-1979 cuando el despliegue de la modernización cafetera coincidió con unas fuertes heladas que afectaron la cosecha cafetera de Brasil, el primer productor mundial del grano, lo que ocasionó que los caficultores colombianos recibieran ese año los mejores precios de su historia por la venta de café.

⁴⁸ El principal eje comercial del Valle del Risaralda.

Un caso semejante ocurrió en 1986 cuando una sequía afectó de nuevo la cosecha brasilera, después ocurrió la ruptura del pacto mundial de cuotas cafeteras y desde entonces los caficultores colombianos ven como el precio de su café sube y baja por la especulación de los mercados internacionales hasta alcanzar en 2013 el más bajo precio de su historia, sin embargo, pese a la inestabilidad del mercado del café, muchos de ellos siguen cultivando esperanzados en que las bonanzas vuelvan a redimir su negocio.

Aquellas bonanzas pusieron al alcance de personas como el abuelo de Sergio, mercancías y productos tecnológicos, como la cámara fotográfica con la que registró las memorias visuales de tal transformación, lo mismo que electrodomésticos, gasodomésticos y maquinaria agrícola, cuya eficiencia productiva hizo más amable la vida en el campo al tiempo que minaban la confianza de los campesinos en sus propias tradiciones y anclaron en el territorio un nuevo régimen de producción agroindustrial, cada vez más desvinculado del mundo rural.

Tal régimen supuso la profundización de la centralidad del valor de cambio como criterio básico para percibir y establecer relaciones con uno mismo, los demás y el entorno, algo que, como señalaba Werner Sombart (1989), contribuye a la destrucción creativa de las actividades productivas menos rentables, para dar paso a otras más rentables, así como la devaluación de las actividades relacionadas con la reproducción de la vida.

De tal manera que tanto las actividades productivas como comerciales de Peralonso quedaron sujetas principalmente a la sostenibilidad de su “rentabilidad”, antes que, al mantenimiento de vínculos sociales entre los vecinos, algo que se agudizó con los procesos de concentración de la tierra que vivió tal corregimiento a partir de los años 90.

Lo más curioso de la afirmación de Dayana era que ponía en evidencia como para aquellos chicos la vocación cafetera de su corregimiento había comenzado con la modernización. La caficultura tecnificada era la única forma de agricultura que conocían, y por ello suponían que era la única que había configurado el paisaje que percibían.

Pocas eran las referencias a que anteriormente hubiera existido un bosque cafetero en aquellos lares o que, tal forma de cultivo había desaparecido, después que las fuerzas conservadoras derrotaran y expulsaran de en los años cincuenta a la dirigencia liberal que había gobernado Santuario desde su fundación, como parte de un proceso de “limpieza política” que fue denominado en aquellos tiempos la *conservatización* de Caldas.

En este contexto, además del desplazamiento forzado que implicó tal proceso, el olvido al que se refería Dayana estaba también relacionado con lo que Camarero y Pino (2017) señalan cómo la merma gradual en el campo de economías basadas en la artesanía, estaban

íntimamente ligadas a la vida agrícola. Una merma que es perceptible a través de una creciente desconexión entre las personas y la tierra en la que viven, lo mismo que el debilitamiento de su capacidad para autoabastecerse.

La modernización cafetera había supuesto un proceso a través del cual los referentes políticos y morales que habían detonado la guerra bipartidista en aquel territorio, trataron de ser sustituidos por referentes industriales y mercantiles, de tal modo que la política quedara reducida a una mera gestión instrumental y tecnocrática que hiciera posible la maximización de la ganancia de los productores o por lo menos el mantenimiento de las clientelas.

De este modo se impuso la idea de que sólo quien contara con los medios para convertir sus productos agrícolas en mercancía y estuviese dispuesto a insertarse en circuitos de mercado cada vez más competitivos y exigentes en inversión de capital, o en su defecto, aquel que lograra insertarse en las redes clientelares de distribución del poder público, podría permanecer en el campo.

De ahí que, para los campesinos, devenidos en “empresarios cafeteros” la preocupación central de su vida en el campo pasó a ser la producción de café, dado que era el producto cuya conversión en dinero estaba asegurada por las políticas de la Federación. A su vez su principal preocupación como productores cafeteros pasó a ser el aseguramiento de la “rentabilidad” de sus cultivos, una labor que contaba con la asesoría técnica también de la Federación, pero para contar con ese apoyo debían modernizar no sólo la forma de cultivar café, sino también sus maneras de vivir en el campo.

Es por ello que modernizar la economía cafetera significó un gran esfuerzo estatal y paraestatal para lograr que la acción productiva se convirtiera en la región, como señala Polanco (2017, pp. 9-20), en la fuente suprema de todo valor humano. En consecuencia, que la racionalidad económica formal se institucionalizara en torno a la idea de la “productividad” y la competitividad comercial generalizada.

Tales esfuerzos intentaron que los campesinos cafeteros entronizaran normativamente la maximización de ganancias como el principal propósito de su hacer en el campo y de esta forma se asumieran como los sujetos que producían el “mejor café suave del mundo”, una labor frente a la cual todas las otras fuentes de producción de sentido de sus vidas, empezaría a tener un papel subsidiario.

Un ejemplo de ello pude percibirlo conversando con la docente que promovió el proceso de reforestación en el corregimiento. Según me contaba, al conocer los nombres de los árboles que se plantarían, los vecinos se oponían a reforestar porque los árboles competirían por el agua y el sol con el café, ella sabía que eso ocurría con coníferas como los pinos o

eucaliptos que algunos de ellos sembraban para producir madera y venderla, pero no tenía noticias de que ello pasara con los árboles nativos que había conseguido en un vivero de la autoridad ambiental del departamento situado en la capital.

La profesora les preguntó a qué árboles se referían y ellos le dijeron que el guayacán y el gualanday. Ella, un poco confundida porque había visto muchos de estos árboles florecidos en otros municipios de la región, les preguntó que le ayudaran a identificar en los arbolitos que tenía para sembrar, cuáles eran esas especies y ningún padre de familia supo dar razón de ello. Después de mucho averiguar, uno de los más viejos habitantes de la vereda pudo hacerlo, expresando sus dudas con respecto a lo que decían sobre las dos especies nativas. (Diario de campo visita a escuelas del corregimiento de Peralonso, 21 de septiembre de 2017).

Posteriormente al preguntarle a Uriel que tan cierto era eso de que los árboles nativos competían por el sol y el agua con el café, él me aclaró que la Federación promueve la siembra de árboles maderables como alternativa de ingresos entre los caficultores en las temporadas de zaqueo, cuando deben esperar a que los arbustos de café vuelvan a crecer para renovar su producción. Las especies nativas no son promovidas para estos fines ya que se demoran mucho más que las foráneas para alcanzar alturas de corte y suelen tener una propiedad que los botánicos denominan “hospitalidad”, la cual consiste en que en sus ramas y troncos admiten que otras especies puedan crecer en ellos, lo cual enriquece la biodiversidad de los sitios en los que están presentes.

En aquel caso pude evidenciar el proceso modernizador no sólo se había reducido la capacidad de los caficultores para reconocer las especies no comerciales de árboles, sino que, además, había impulsado entre los campesinos *montañeros*, el criterio capitalista según el cual los bienes derivan su valor, de los usos para los cuales se pueden aplicar; y que su mayor o menor valor no se deriva tanto de sus usos necesarios, como de la mayor o menor cantidad de ellos en proporción a su demanda en el mercado (Laville 2009). Las bonanzas cafeteras no hicieron otra cosa que ratificarles que ese criterio era el adecuado para relacionarse con los demás y el entorno rural.

Antes de la modernización, los campesinos cafeteros al igual que los campesinos de las fincas de árboles que estudió Taussig (1993) en el Valle del Cauca,

(...) producían para el mercado nacional, pero consumían pocas mercancías del mercado. No tenían demasiadas facilidades para incrementar el excedente, ni les interesaba mucho, tampoco. Sin los lineamientos claramente establecidos de la propiedad privada en el moderno sentido burgués, se mostraban reticentes ante las instituciones financieras y los

alicientes que resultaron atractivos a las clases dominantes. Los lazos de parentesco y grupo de los campesinos significaban que la acumulación de capital era virtualmente imposible. Se podía amasar una fortuna, pero no capital, y solamente para que se dividiera entre las generaciones futuras. (Taussig, 1993: 102)

Raúl y Jaime me habían relatado algunas historias que ilustraban aquello. Ellos hablaban de personajes que se hicieron ricos con la exportación de café antes de la modernización, personajes que se hicieron dueños de muchas fincas, al punto de no saber de cuales eran dueños e intentar en algunos casos querer comprar algunas que ya eran de su propiedad.

Personajes que caminaban descalzos, comiendo y bebiendo lo mismo que el promedio de la población a pesar de que tenían tanto dinero que los bancos regionales sólo les recibían una parte en consignación. El resto, lo tenían que guardar en sus casas, en los mismos costales en los que se empacaba el café y de tanto en tanto sacaban los billetes a asolear en los secaderos del grano, para evitar que con la humedad del ambiente estos desarrollaran hongos y se destruyeran (Jaime Vásquez, comunicación personal. 22 de Julio de 2017).

Igualmente Raúl y Jaime relataban las disputas entre el clero católico y la dirigencia liberal y masónica de Santuario por el lugar adecuado para realizar los sacramentos o enterrar a los difuntos, disputas que llevaron a que los restos de muchos liberales fuesen sacados de sus tumbas en el cementerio y arrojados a la vía pública, que durante algunos años los sacerdotes atendieran desde un pueblo vecino o que los liberales acogieran a un cura que había sido expulsado de la curia por librepensador, como rector de la primera institución educativa del municipio (Jaime Vásquez, comunicación personal. 22 de Julio de 2017).

Raúl daba también cuenta de la existencia de *entierros*, escondrijos subterráneos o paredes falsas construidas en las casas de bahareque para ocultar el dinero que, en pesos, libras esterlinas y morrocotas de oro, poseían las personas por temor a que los miembros de algún grupo armado de un partido político adverso quisieran robarlo. Según la creencia popular, si alguien moría y no dejaba instrucciones sobre la ubicación del entierro para que otro se beneficiara de él, se quedaría rondando el sitio del entierro como alma en pena, manifestándose a través de luces, ruidos, cambios de temperatura y movimientos de objetos hasta que alguien por fin descubriera el tesoro y le diera uso (Raúl, comunicación personal. 28 de Julio de 2017).

Tales relatos daban cuenta de una forma de organización social en la que el dinero y las mercancías jugaban un papel relativamente restringido por el sectarismo político y el fanatismo religioso que existía en aquella región, los cuales impedían la configuración de un mercado local de tierras, trabajo y capital en constante expansión. Una sociedad en donde el

autoconsumo era la norma, el acaparamiento un pecado y el conocimiento compartido de la cultura y la enorme diversidad de la naturaleza local, eran fundamentales para asegurar la sobrevivencia.

La modernización de la economía cafetera se enfocó precisamente en ponerle fin a tal estado de cosas, centrando la atención de los campesinos en aquellas que, si bien tenían un alto valor de cambio en el mercado internacional, frecuentemente, tenían poco o ningún valor de uso para ellos, como el café. En contraste, desvalorizó aquellas cosas que, teniendo un alto valor de uso para la preservación de la vida en el campo, como el agua, la biodiversidad, la memoria colectiva o los alimentos locales.

Y es que como señala Taussig (1993, p.162), la organización de la percepción del sentido humano está determinada por circunstancias, tanto históricas como naturales, por ello, un cambio en el modo de producción es también un cambio en el modo de percepción, lo cual implica que el avance de la organización de mercado desgarró también una manera de ver que ha sido configurada previamente.

Ese sentido común de la modernización, con el tiempo se convirtió en *el sesgo que no permite ver la riqueza que nos rodea*, del que hablaba Raúl. El mismo sesgo que está detrás del desplazamiento de los pequeños propietarios y la transformación de los paisajes, el trabajo y las prácticas de producción, para desarrollar la agricultura comercial en la región.

Es en el marco de este proceso que aparecen los *comerciantes del agro* especializados en la producción y la exportación de café, pero cada vez más desvinculados de la cultura rural y la naturaleza en la que este se produce. También aparecen los jornaleros que, abandonaron sus parcelas para *jornaliar* en las tierras de otros con mayor capital, capacidad empresarial o influencia política, convencidos de que vender su trabajo por dinero es mucho más provechoso que invertirlo en la producción del propio sustento y que la tierra en la que viven o trabajan sólo tiene valor en tanto les permita producir ganancias, aunque producir las termine destruyéndola.

Es a través de ficciones y abstracciones como estas, que el proceso modernizador ata los destinos de las personas en aquel territorio al precio que la bolsa de valores de Nueva York fije diariamente al café. Y de manera similar hacer depender la realización de sus necesidades de subsistencia de alimentos que se cultivan en otras tierras, agua que se potabiliza en otro lado, las mercancías importadas de otros lugares. Lo mismo ocurre con la producción que queda supeditada al acceso a agroinsumos, pesticidas y créditos bancarios, subsidios estatales. En este contexto no es de extrañar que incluso para reforestar, las personas de estos territorios dependan de los árboles que se siembran en los viveros de las ciudades.

El desplazamiento axiológico producido por la modernización logró consagrar al café colombiano como el “oro del campesino” en la mentalidad de los caficultores. Además, hizo que en la región quedaran atrás la violencia política bipartidista y las persecuciones religiosas de los años 40 y 50, pero también quedaron atrás los tiempos en que los alimentos de pancoger⁴⁹ eran cultivados por quienes los consumían, que estos no tuvieran precio, que fueran regalados a quien los requiriera, intercambiados entre los vecinos o retribuidos como compensación al trabajo, como recuerdan los escritores costumbristas Euclides Jaramillo (1959 y 1980) o Elías Londoño (2013).

Los caficultores de los que me habían hablado la rectora y los vecinos de Peralonso eran los hijos y los nietos de los campesinos que sobrevivieron en el campo a la violencia de los años 50. Los mismos que vivieron el proceso modernizador y que en la actualidad no toleraban árboles ni en las veras de las carreteras porque suponían que competirían con los cafetos por el sol. Los que creían que las zonas de protección de las microcuencas y los nacimientos competían por el espacio con los cultivos de café, los que veían como maleza toda especie vegetal que emergiera en los cultivos, los mismos que en diferentes ocasiones había visto comprar frutas y verduras en el pueblo de Santuario, los que tenían que desplazarse desde Peralonso hasta La Virginia a comprar el mercado y los que llevaban panales con huevos en el capot de los camperos a sus viviendas veredales.

Ellos eran, en la actualidad, los mismos que sólo introducían modificaciones en su manera de cultivar si esta implicaba la garantía de obtener lo que ellos denominan un *sellito de calidad* adicional, que les asegurara un mejor pago por su producto. Pero también, aquellos a los cuales, las derivas adversas de la modernización, habían dejado sin recolectores para cosechar el café o se veían obligados a vender o hipotecar sus fincas para migrar a otras latitudes en busca de fortuna.

Todos aquellos comportamientos ponían en evidencia, día a día, los efectos erosivos que la violencia política, aunada al proceso de valorización impulsado por la modernización cafetera, había tenido sobre las relaciones de reciprocidad e intercambio cíclico que sustentaron el modo de vida de los campesinos cafeteros. Igualmente refractaban los cambios de significado y orientación que, en la actualidad hacían valiosas sus interacciones sociales, así como, las transformaciones que tuvo el aumento de su capacidad de compra, en sus expectativas de vida. Algo que, en Peralonso, se expresaba en la forma de una creciente

⁴⁹ Se denominan así aquellos cultivos que satisfacen parte de las necesidades alimenticias de una población determinada. En la zona cafetera son cultivos de pancoger: el maíz, el fríjol, la yuca y el plátano.

dependencia de sus moradores, de los paquetes tecnológicos, el crédito, la especulación financiera en torno al café y las dinámicas urbanas de consumo.

La dueña de una boutique del pueblo me permitió percibir aquello de una manera muy elocuente, cuando, al conversar sobre el tipo de personas que visitaba su local, me reveló que la gente del campo que visitaba su negocio, *ya no es como antes que se ponía cualquier cosa, no importa si son pobres, son muy exigentes, quiere cosas de marca, ya ni quieren recibir la ropa que uno regala porque disque no es ropa de moda* (Diario de campo, recorrido por Santuario, 19 de agosto de 2017)

El cambio de expectativas de consumo hace que cotidianamente los moradores de aquella localidad se sientan presionados para conseguir el dinero con el que pueden suplirlas cada tanto. Para responder a estas presiones, pobladores han debido redefinir sus roles, ampliar sus redes de conectividad e incrementar su movilidad a nivel regional, nacional e internacional al punto de constituir comunidades multilocalizadas cuyo pasado, en apariencia irrelevante y sin valor, se desvanecía de la memoria colectiva de los actuales pobladores del corregimiento para dar paso a nuevas aspiraciones.

La modernización, que en un principio permitió construir opciones de vida en el campo para los campesinos que la violencia no pudo desarraigar, terminó generando nuevas condiciones para desarraigar a sus descendientes. De ahí que las fotos que mostraban un Peralonso muy poblado y autoabastecido que ya no existe, daban cuenta además de cómo la producción de café, esa mercancía que generó empleo y redistribución de ingresos entre las gentes del campo durante gran parte del siglo XX, ha venido cediendo su lugar a la capacidad de los locales para incluirse en los flujos globales de migrantes. Tal cambio se ha traducido en la dependencia de recursos externos y la influencia creciente del sector servicios para el sostenimiento de la vida en el campo, un fenómeno que, en nuestra conversación sobre los hallazgos del proyecto, Hilda intuyó de manera muy lúcida cuando señalaba que

Peralonso estaba muy avanzado y entonces uno va viendo que al pasar el tiempo se va deteriorando mucho... pero ahorita se está volviendo a levantar, porque el colegio se está fortaleciendo mucho, han llegado muchos recursos y con irse fortaleciendo el colegio, se puede ir fortaleciendo todo lo demás... (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Sin embargo, escuchando a Hilda, recordé cuando Diana decía que los chicos del colegio saben *cómo es que funciona la corrupción en su localidad*, recordé al concejal en la plaza de Santuario diciéndole a su elector, *aunque sea de profesor lo ubico*, y me parecía asombroso

cómo, a pesar todo eso, esta estudiante no perdiera la fe en la educación y percibiera a su colegio como un fortalecedor de todo lo demás.

De esta manera, Hilda, además de poner en evidencia su dificultad para entender como un todo, las complejas relaciones sociales que habían hecho declinar el desarrollo de su corregimiento, parecía seguir anidando la esperanza que había sembrado la Federación: que la escuela ensancharía los horizontes limitados que tenía la gente que habita estos campos.

Ella parecía esperar que a través de experiencias de investigación como aquella en que había participado, el colegio les permitiría percibir su corregimiento de un modo distinto al que construyó la modernización. De esta forma, la misma escuela que contribuyó a desarraigarles, podría permitirles ver esas riquezas naturales y culturales que la modernización había desvalorizado y participar con ellas, desde su localidad, en ese mundo más amplio que existía en los relatos de los migrantes, las exportaciones de café y las pantallas.

Pero, además, las palabras de Hilda tenían algo que me hizo evocar a mi abuela campesina con su enorme disposición para afrontar las adversidades de la vida sin quejarse y trabajar para que lo que pudiese salir bien, así fuera hecho.

Ese algo eran las supervivencias de la ancestralidad rural que permanecía entre los habitantes del corregimiento, que los seguía conectando con la tierra a pesar de los esfuerzos modernizadores por urbanizarlos. Esa misma que era capaz de hacer que los santuareños emigrados al extranjero persistieran en subsidiar con sus remesas la presencia de sus familias en fincas cafeteras “improductivas”, que, los santuareños emigrados a las ciudades sigan cultivando plantas donde puedan, que pidan o roben *pies* de las plantas que encuentran en los sitios que visitan, que preserven de manera fragmentaria saberes sobre plantas y animales o que desarrollen iniciativas pedagógicas como “Haciendo Trocha a través de la Palabra”.

Estos elementos habrían contribuido a que el campo santuareño aún se mantuviera poblado a pesar de que los cambios estructurales en su manejo, había supuesto en aquel lugar, al igual que en el resto de América Latina, un descenso en el empleo asociado a las labores agrícolas (De Janvry & Sadoulet, 2004, p. 4) y que el 90% de los habitantes del corregimiento no tuvieran tierra. Sin embargo, el que todavía estuviese poblado, no significaba necesariamente, que estuviera habitado por las mismas personas de siempre, como descubrirían los investigadores al estudiar la población de su corregimiento.

7.6 ¿Quién vive en cada casa?

En su experiencia, los chicos del semillero intentaron caracterizar la población presente en el corregimiento, una labor que les reveló una de las facetas de la caficultura que no habían dimensionado: la modificación de la composición poblacional que estaba viviendo el corregimiento a partir de la crisis cafetera. Laura, una de las estudiantes que lideró este proceso describió modestamente un ejercicio que les demandó mucho tiempo:

A mí solamente me tocaba averiguar cuantas casas había, cuantas fincas, cuantas personas aproximadamente y los estudiantes, los niños, el censo. Dayana y yo hicimos un listado de todas las fincas y las casas y empezamos a contar cuántas mujeres había adultas, cuántas niñas, cuántos hombres, niños, en que grados estaban y así nos dimos cuenta, eso lo hicimos de memoria. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Para realizar semejante empresa Dayana me explicó que:

(...) nos fuimos pa’ la casa de Laura y entonces empezamos a mirar todas las casas y empezamos a recordar quien vivían en cada casa y los papás de Laura nos ayudaban, entonces después veníamos al colegio y mirábamos los estudiantes, el corregidor también nos dijo que hay en el caserío había como trescientas personas –trescientas cincuenta y dos personas incluidos niños le precisa Laura-, entonces después hicimos el recuento de todas las casas y las personas -continuo Dayana. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

La manera de hacer el conteo daba cuenta del sentido de vecindad que aún existía en aquel sector, la manera en que trataban de precisar las cifras daba cuenta del afán de estas chicas de permanecer en su rol de investigadoras. Ante la imprecisión o inexistencia de cifras oficiales, era habitual que los grupos y armados que llegaron a la zona a mediados de los años noventa, hicieran conteos de este tipo, la diferencia en este caso era que este método era utilizado por investigadores locales y resignificado como un instrumento para conocerse a sí mismos antes que un insumo para el control territorial y de la población.

Gisela intervino para destacar que cuando hacían las presentaciones de estos datos, les habían aclarado que esas cifras subían en tiempos de cosecha porque llegaba más trabajadores de afuera. Su participación permitió que Hilda sacara a flote algo que atraía bastante su interés: *muchos indígenas también trabajan en fincas, están cambiando de trabajo cada ratico, entonces le queda a uno muy difícil saber cuántos son* (Semillero de investigación “Gallitos de Roca” grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014).

Inmediatamente Gisela nombró a los indígenas los demás quisieron aportar algo sobre esta población que les resultaba novedosa y enigmática:

Sergio: ellos vienen y van, vienen y van.

Elton: Por ejemplo, en la casa los trabajadores que hay son meros indígenas, no sé, pero mi papá siempre los que contrata son esos, ahora, hay como quince.

Hilda: Normalmente se ven muchos, pero uno no sabe realmente en donde viven.

Natalia: Ellos van donde haya mejor trabajo. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Aquella conversación, en torno a la presencia de este grupo poblacional nómada, difuso y a la vez conocido, que les desajustaba los cálculos de población, daba cuenta de los cambios en la caficultura que no aparecían en las fotos del abuelo de Sergio.

Atrás había quedado la época en la que el profesor Raúl se había venido de Medellín a coger café en la finca de su padre, ya ni siquiera era fácil encontrar *chapoleras* en los cafetales, esas recolectoras de café que en las representaciones del PCC en los centros turísticos del Eje Cafetero se muestran como mujeres con vestidos de flores, pañoletas en la cabeza, flores en el pelo y delantal blanco. Con la crisis de la caficultura, ser cosechero había dejado de ser atractivo para muchos pobladores de la región, los cuales preferían desvincularse de las actividades agrícolas para incluirse en los flujos de trabajo globales, bien como emigrantes o como proveedores de servicios en el centro poblado del municipio o ciudades cercanas.

Este faltante de cosecheros locales del que me había hablado antes Raúl fue el resultado inesperado para los caficultores, de las políticas cafeteras que privilegiaron el mantenimiento de la calidad y “productividad” de los cultivos por encima de la calidad de vida de los pobladores rurales. La situación era tan grave que había movilizó a dueños de fincas, comités de cafeteros y autoridades civiles y militares de la región a realizar una gran campaña para atraer los 40.000 cosecheros que se requieren para recoger la cosecha grande en el departamento de Risaralda.

Para tal efecto, como afirmaba el presidente del Comité de cafeteros de Risaralda, estaban evocando incluso la equidad de género para que “las mujeres se apropien otra vez del cultivo del café y que ojalá, las mujeres cafeteras empleen mano de obra de mujeres en una especie de cuarteles rosados” (Redacción El Tiempo. 5 de septiembre 2017).

En tales circunstancias, el lugar de los cosecheros estaba siendo ocupado en Santuario por los indígenas Emberá (ver ilustración 19), los cuales habían encontrado en aquella labor una fuente de ingresos que no generaban en sus resguardos y que atraía incluso a los indígenas homosexuales que eran expulsados de sus comunidades, los cuales encontraban en Santuario un lugar



Ilustración 19. Cosecheros Embera esperando su paga.
Fuente: Fotografía del autor.

en el que podía obtener los ingresos para sostenerse y hacer su vida.

Muchos de ellos no portaban documentos de identidad, por ello el alcalde de Santuario, en una entrevista para Univisión, decía sobre ellos que “Tienen menos papeles que un marrano robado” (Tobella, Mayans Alba, marzo 10 de 2018).

Aquella coartada que permitía a los finqueros contratarlos como menores de edad, a pesar de las prohibiciones de la Federación para garantizar las condiciones laborales y ecológicas de la agricultura sostenible. Pese a ser irregular, aquella situación no era ajena para las autoridades locales, quienes afirman que, si los empresarios cafeteros siguen las reglas de la Federación al pie de la letra, con la escasez de mano de obra, la cosecha podría perderse.

Los Emberá, al igual que los administradores de finca procedentes de comunidades negras del Pacífico no aparecían en las imágenes turísticas de promoción del PCC, a pesar de que eran los responsables a través de su trabajo, de preservar el carácter artesanal de la “caficultura de montaña” en medio de la crisis de “rentabilidad” del negocio cafetero. Lo que indicaba que la modernización había desvinculado a los campesinos *montañeros* de la tierra, y a la caficultura misma de la gente que la producía.

El modo de vida de los indígenas era motivo de interés particular para los estudiantes, al respecto Hilda y Laura comentaron:

Hilda: *Sin embargo, pa' bajo, pa' bajo, yendo pa' Corinto hay dos casitas... y creo que allá viven un montón, eso es lleno de gente.*

Laura: *Lo tiene todo encercado y tienen quesque una antena de Direct TV y todo (risas)... ah civilizados...* (Semillero de investigación “Gallitos de Roca” grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Los Emberá representaban para muchos santuareños un símbolo de atraso porque, como señalaba Ovidio, un líder ambiental y comunitario del municipio, *permanecen igual de*

primitivos que antes (Ovidio, Comunicación personal, 20 de marzo de 2017), en contraste con el *progreso*, que habían tenido los pobladores del campo y que se expresaba a través de la tenencia o disfrute de ciertos productos y servicios, propios de la *civilización*, tales como la televisión satelital, los almacenes, la carnicería, el puesto de salud, la policía, la discoteca, el cementerio y el prostíbulo.

Por eso, los chicos se sorprendían al notar que aquellas personas compartían sus mismos deseos de consumo, aunque habitaran el territorio de una manera diferente a la que conocían y vivieran hacinados en sus ranchos.

En la actualidad, los indígenas que habitan el municipio acceden al dinero a través de su trabajo y, en consecuencia, cuentan con los mismos medios de intercambio general que los demás para realizar sus transacciones. Aquello implica que, a pesar de que los indígenas reciben menos ingresos, también participan de los intercambios que se realizan en el mercado local y desarrollen interés por consumir mercancías semejantes a las que consumen los no indígenas, como pude constatar en diversos lugares de Santuario, tales como la plaza, los almacenes y mercados del pueblo, así como en las veredas (Diario de campo, recorrido por Santuario, 19 de agosto de 2017).

Estos comportamientos resultaban extraños para los chicos ya que, a través de sus investigaciones sobre los primeros pobladores de aquella región, asociaban lo indígena con objetos bonitos y valiosos producidos por gentes que murieron hace tiempo y cuyos esqueletos reposaban en las guacas que excavaron sus mayores.

El asombro de los chicos con respecto a los Emberá, radicaba en que, al conocer sus consumos, se percibían más cercanos a estos indígenas contemporáneos, de lo que quisieran. Algo que ponía en cuestión las diferencias identitarias que pudieran existir entre ellos y que han sido cultivadas desde los tiempos de la colonización de aquella región. Sin embargo, dado que no interactuaban entre sí, los chicos sólo podían juzgar el significado que los indígenas le daban a esas mercancías, desde su propia perspectiva, es decir, conectando las actividades económicas de los Emberá con los símbolos culturales que hacían significativas sus vidas como integrantes de una población mestiza.

Tuve la ocasión de toparme con uno de aquellos indígenas cuando fue a la escuela para recoger a sus hijos, me llamó la atención que su cuerpo sudoroso por el calor del medio día despedía un olor muy intenso a glifosato, el agroquímico que a pesar de haber sido denunciado por muchos investigadores médicos como potencialmente cancerígeno, se utiliza para fumigar regularmente los cafetales.

‘Es común que esté empapado de ese químico porque es un fumigador -me dijo la profesora de sus hijos- lo que ocurre es que como hace tanto calor, él se resiste a usar camisas de manga larga que lo protejan’, a lo que él respondió que eso no tenía problema, que su patrón y los técnicos le habían dicho que ese veneno no afectaba a las personas. (Diario de campo visita a escuelas del corregimiento de Peralonso, 21 de septiembre de 2017)

Aquel encuentro me hizo recordar una charla que había sostenido con personal del hospital local en la que me informaron que la principal causa de consulta allí eran las enfermedades respiratorias agudas asociadas a la inhalación de fungicidas y las enfermedades gastrointestinales asociadas a la contaminación de las aguas.

Al asociar ambas situaciones se hizo evidente para mí que no sólo el consumo de los mismos objetos contribuía a diluir las diferencias culturales entre indígenas y mestizos. Ambos grupos también compartían la subordinación al orden técnico establecido por la modernización, un orden que no sólo los desvinculaba de la tierra y del café, sino incluso de su propia salud y bienestar, bien para vender su fuerza de trabajo como una mercancía más o para maximizar la producción del grano.

7.7 Las supervivencias ancestrales

A pesar de que los datos expuestos anteriormente podrían dar la idea de que la modernización cafetera cumplió a cabalidad su propósito, hubo un componente de la investigación realizada por los “Gallitos de Roca” que parecía indicar que tal afirmación no era del todo cierta: Los afiches elaborados por Sergio y Gisela q sobre los animales del corregimiento.

El primero había tomado las fotos de diferentes animales que traían los trabajadores de la finca de su familia cuando regresaban de *brujiar*⁵⁰ en el monte: gürres, iguanas, pájaros barranqueros y tucanes falsos. Gisela por su parte asumió aquella labor como un homenaje a los animales de su localidad y encontró una manera muy original de caracterizarlos, que daba cuenta de la familiaridad que tenía con ellos como de sus capacidades narrativas para dar cuenta de sus experiencias:

(...) yo me encargaba de tomar fotos de los animales, los roedores, los azulejos y todos esos animalitos que se ven por acá, averiguar cómo era su nombre científico y como lo llamamos por acá, qué era lo que hacían, las comidas que comían, por ejemplo, el guatín⁵¹

⁵⁰ Expresión referida a irse a curiosear por algún lugar sin un propósito específico.

⁵¹ Un tipo de roedor pequeño propio del neotrópico.

que tiene una carne deliciosa!, el gürrre⁵² o la chucha.⁵³ ;Fue muy bacano!, a mí como me gusta sacarle un verso a lo que sea, en una mañana salía y empezaba a hacerlos con todos los animales que encontraba, hasta me tomé una foto con una culebra que se me enredó en la mano como una manilla. (Semillero de investigación ‘Gallitos de Roca’ grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Me sorprendió que, pese a las quejas de Raúl sobre la afectación que los monocultivos hacían a la biodiversidad, subsistieran tantos animales entre los cafetales y que en los pequeños reductos boscosos que aún quedaban en aquellos lares, persistiera la práctica de cazarlos con perros especializados -guatineros, gürreros, guagueros-, o de criar algunos de aquellos animales como mascotas, como ocurría con los guatines (Diario de campo visita a escuelas del corregimiento de Peralonso, 21 de septiembre de 2017).

Las maneras en que los estudiantes escribían los registros sobre los animales me dieron una pista del porqué de la persistencia de su presencia en aquellos parajes: Pese a que intentaron taxonomizarlos rotulando cada foto con el nombre común y el nombre científico de la especie, para estos investigadores los animales no existían en abstracto.

Estos formaban parte de experiencias que les habían ocurrido a las personas en aquel lugar. De ahí que las descripciones que hacían de los mismos no tenían relación con atributos intrínsecos a los animales, sino que daban cuenta de los recuerdos que cada especie convocaba. De tal forma que lo que mostraban aquellos afiches no era sólo una colección de animales, sino un entramado de historias que daba cuenta de la existencia de una relación entre pobladores y animales silvestres en aquel corregimiento, algo que persistía a pesar de los esfuerzos modernizadores por transformar las prácticas de estas comunidades, el uso de agrotóxicos, la deforestación y el agotamiento de las fuentes hídricas.

Sin embargo, más allá de ese hecho, cuando los investigadores se propusieron inventariarlos, tuvieron la posibilidad de desplegar los recursos, talentos y capacidades que cada cual tenía, para relacionarse con ellos de una manera distinta a la habitual y con un propósito novedoso para su contexto: detectarlos, registrarlos visualmente, aprender sobre ellos, hablar de ellos con otros, y en el caso de Gisela hacer poesía con ellos.

Aquello no ocurría comúnmente en las escuelas, donde lo usual es que al hablar de fauna se evocara a los grandes mamíferos africanos, los animales de granja, los de compañía u otras especies que salen en los documentales. Esta fue, entre otras, una de las razones por las que

⁵² Nombre local del quirquincho.

⁵³ Nombre local de la zarigüeya.

sus compañeros y vecinos se interesaron tanto por sus hallazgos cuando estos empezaron a ser valorados más allá de los linderos del corregimiento.

No obstante, explicitar públicamente las relaciones que tradicionalmente habían construido las personas del corregimiento con los animales del monte, resultó ser una experiencia reveladora para estos investigadores como lo pude evidenciar en un relato de Gisela en el que daba cuenta de una anécdota que le ocurrió en una exposición en un municipio vecino:

(...) a mí me gusta que me pregunten, porque pues yo me choco y ya pa' que voy a frenar, como cuando estábamos en una exposición en La Virginia y empiezo yo hablar de que es la carne de guatín y eso, porque siempre nos decían 'hablen mucho de lo que comen', cuando nos dicen: 'oiga y ustedes no saben que nosotros somos de la Carder',⁵⁴ eso está prohibido' y yo le dije que eso son las tradiciones de nosotros. No, no, esa fue la metida de patas... (risas), porque no sabíamos que los animales no se podían cazar, pero estábamos defendiendo las tradiciones de por acá y yo no sabía quiénes eran ellos. (Semillero de investigación 'Gallitos de Roca' grupo Peralonso. Comunicación personal, 25 de abril de 2014)

Experiencias como esta les permitió a los estudiantes de aquel grupo darse cuenta de cómo sus modos de vida en el campo estaban siendo regulados por entidades que restringían su autonomía y controlaban sus acciones en el territorio, así no estuviesen asentados en él.

Tales regulaciones estaban relacionadas con las diferentes oleadas de “modernización”, que vivió Raúl a lo largo de su vida, las cuales habían convertido a los campesinos *montañeros* en caficultores y había desligado en gran medida a sus descendientes de la tierra. Algo que ocurrió de manera sutil, a medida que tomaban decisiones sobre sus vidas y sus tierras.

Así, los campesinos se convirtieron en pequeños empresarios cafeteros mientras tecnificaban sus cafetales para maximizar sus ganancias, pero también en la medida en que esas ganancias les permitieron consumir mercancías modernas. En ese proceso, muchos de ellos dejaron de percibir como riquezas los atributos naturales y culturales de su entorno y en consecuencia olvidaron por ejemplo cómo diferenciar entre sí los árboles de los que no podían obtener un provecho comercial.

También dejaron de compartir sus memorias y saberes con las nuevas generaciones y estas a su vez aprendieron en la escuela a transportar su imaginación, su inteligencia y sus habilidades a las ciudades y a otros países. Esto ocurría, mientras los santuareños se fueron

⁵⁴ Autoridad Ambiental de la región

construyendo como una comunidad transnacional multilocalizada que añora con nostalgia aquella cultura campesina que sus acciones y omisiones contribuyeron a erosionar.

Las autoridades ambientales no eran ajenas a estas oleadas, de hecho, al reducir la percepción de las formas de vida existentes, a meros recursos naturales y repartir el territorio en zonas de uso caracterizadas más por los potenciales que estos tenían para generar mercancías que, por las relaciones que creaban, como señala Echeverri (2004) en el caso de comunidades indígenas amazónicas, terminaban desconociendo o devaluando las formas tradicionales en que los pobladores han relacionado históricamente sus vidas con su territorio.

El desconocimiento, la desvalorización y sobre todo la simplificación, por parte de las autoridades ambientales, de las estrategias a través de las cuales los campesinos *montañeros* habían delimitado y apropiado aquel territorio, era un fenómeno que estaba ligado a todas esas limitantes que, según Diana, encontraban los estudiantes cuando miraban a su alrededor y no veían muchas posibilidades para hacer algo *productivo* con sus vidas en el campo.

Caí en cuenta entonces que lo que había singularizado la experiencia de aquel semillero no fueron sólo los asuntos sobre los que se interesaron o los saberes que produjeron, sino las relaciones que construyeron para producirlos, en los diálogos con su maestra investigadora, con sus vecinos y otros investigadores como yo. Esos vínculos eran los que les habían permitido entender que la vida tenía otras dimensiones, además de la productiva.

Era a través de esas relaciones que había encontrado rastreando las trochas que habían caminado en su experiencia, que pude percatarme de hechos que daban cuenta de que había en aquel lugar un buen número de personas como Raúl, que no se resignaban a ver como se deterioraba todo a su alrededor y cultivaba muchos de los valores que habían heredado de sus ancestros. Es así como puede evidenciar que no toda la caficultura de Santuario se encontrara tecnificada y que aún existían campesinos que cultivaban variedades tradicionales de café con sombrío, producían parte de sus alimentos en su propia finca y preservaban los *nacimientos* que en ella afloraban.

Igualmente, el hecho que los campesinos hubiesen accedido a hacer retroceder sus frentes de colonización en el macizo del Tatamá y se hubieran replegado de los 2.600 a los 2.100 metros de altura y que, además de permanecer cultivando alimentos de tierra fría, hubiesen reorientado sus habilidades y conocimientos como cazadores hacia la preservación del entorno y el ecoturismo indicaba que la apuesta modernizadora había encontrado sus límites en la propia cultura campesina que trató de erradicar (Ovidio, Comunicación personal, 20 de marzo de 2017).

Tales hechos se sumaban a otros, como la existencia de lugares como la Hacienda “Brisas del Tambo”, en la que se atesoraba todo aquello que el pueblo fue dejando a un lado a través de su historia, como un recordatorio de lo que les diferenciaba de otras comunidades.

La persistencia de la identidad santuareña entre los emigrantes que seguían replicado sus usos y costumbres en ciudades tan remotas como París, Londres o Englewood, y desde las que contribuían solidariamente al sostenimiento de sus parientes en el municipio, era otro de esos hechos, así como la permanencia funcional de fincas que han dejado de ser rentables como negocio. Todos ellos eran indicios de que, a pesar de la euforia de la bonanza cafetera, y en parte gracias a las oportunidades que ella generó, el pasado campesino no había sido erradicado totalmente de la memoria y la acción colectiva en el municipio.

De otra parte, educación y migración eran, según el historiador Jaime Vásquez las actividades principales que estaban contribuyendo a que el pueblo se recuperara de la crisis cafetera y los estragos que el conflicto armado había dejado en él. Aquellos elementos según Jaime, revitalizaban los remanentes de ese pensamiento liberal que caracterizó al municipio hasta su “conservatización” en los años 50s y que aún quedaban en algunos maestros.

Todos estos elementos aparentemente contradictorios con las premisas productivistas de la modernización cafetera se mezclaban en el territorio para configurar un paisaje en el que, los más osados le están apostando contra todo pronóstico a fortalecer la caficultura tecnificada que practican, porque, como dice Raúl, *no tiene intención ni de dejar de ser cafeteros, ni de dejarse sacar del territorio.*

Un paisaje que, a los ojos de los turistas y los expertos era otro Patrimonio Cultural de la Humanidad en la creciente lista de la Unesco, pero para sus habitantes, era sólo la imagen del lugar desde el que hacían su vida y se proyectaban al mundo.

La supervivencia de aquellos elementos ancestrales ocurría de una manera sutil, no exenta de contradicciones, y quienes la agenciaban parecían saber, que si bien los valores se pueden encarnar en palabras y a través de ellas, influir en el comportamiento humano como señalaba Evans-Pritchard (1992), su capacidad para representar una idea, no emana sólo de ella, sino de las diferencias conceptuales que permiten distinguirla de otras palabras, independientemente de su expresión física, es por ello que, tales diferencias pueden hacer que el valor de una palabra se modifique de manera indirecta, con sólo modificar otra palabra con la que tenga relación.

Por ello, aunque relacionaran aquellos elementos ancestrales, con el PCC, simultáneamente los relacionaban a través de sus prácticas con otros universos de sentido, tales como “desarrollo”, “biodiversidad” y “lo ambiental”, con lo cual, aunque se presentaran

como lo mismo, empíricamente se referían a cosas distintas a las que los impulsores de dicho proyecto suponían entender.

De esta forma, al mimetizar sus intenciones para que parecieran encajar en las formas de valorización que legitiman las instituciones modernizadoras presentes en el territorio, era posible continuar produciendo vínculos entre los habitantes del campo con su tierra, a través de prácticas sustantivas como cazar animales, recorrer los bosques, comer guatín, propiciar diálogos intergeneracionales, introducir en la escuela el estudio de la vereda o propiciar el desarrollo de habilidades específicas en niños y jóvenes mientras valoraban su territorio desde el hacer.

8. CAPÍTULO IV. FETICHES Y DESVINCULACIONES MODERNIZADORAS

*“... los hombres no sólo viven en sociedad,
sino que producen sociedad para vivir
y para ello se requiere combinar tres bases:
Hay que dar ciertas cosas,
hay que vender o intercambiar otras
y algunas hay que conservarlas en lo posible.”*
Maurice Godelier (2000, p.189).

Desde los años sesenta, la modernización cafetera generó una serie de desvinculación de las personas con su territorio en su afán por institucionalizar relaciones de mercado en torno a la producción de café en las montañas santuareñas. Este proceso se inscribió en el marco del Frente Nacional, un acuerdo de paz entre los partidos Liberal y Conservador, que libraban una guerra civil no declarada, desde que éste último perdió su hegemonía en el gobierno en los años 30 del siglo XX.

La primera de estas desvinculaciones tuvo que ver con la separación del sectarismo político y el fanatismo religioso del manejo del dinero y los negocios, para incorporar la producción cafetera a las dinámicas institucionales del mercado mundial que se generaron a partir de los acuerdos de Breton Woods. La segunda implicó separar agricultura, naturaleza y cultura campesina, para abrirle paso a la caficultura tecnificada.

Ambos movimientos supusieron un reordenamiento de los niveles de valor (Munn, 1977, 1992, 1992) y las totalidades de sentido (Graeber, 2001) a partir de los cuales los santuareños, realizaban el valor de sus acciones y productos, establecían alianzas y obligaciones e intercambiaban objetos con otros y en general, se posicionaban socialmente de acuerdo con la capacidad de control e influencia, que lograban alcanzar a través de sus acciones.

Aquello fue un fenómeno que afectó tanto las instituciones tradicionales del municipio como las que fueron introducidas a lo largo de las sucesivas oleadas de modernización que vivió este territorio para hacerse cafetero. Tales oleadas fueron alargando cada vez más las distancias del parentesco (Sahlins, 1974, pp. 85-276), a través de las cuales las personas realizaban sus transacciones, de tal forma que estas se establecían con otras cada vez más extrañas y en circunstancias cada vez más impersonales. Lo que acarreó una reducción en la circulación y puesta en valor de dones y un incremento de la circulación y puesta en valor de mercancías

En el presente capítulo daré cuenta de la manera en que la ruptura de tales vínculos y el establecimiento de otros, configuraron el modo de vida cafetero de montaña, el cual, a su vez,

propició el incremento en la capacidad de producción y consumo de las gentes de la región, a expensas de la sostenibilidad de sus propias dinámicas de reproducción biocultural, aislando a las personas de su entorno y compartimentando los circuitos de intercambio para privilegiar sólo aquellos que hacían posible la realización del valor como dinero.

Igualmente, describiré la manera en que, los procesos de valorización de la “caficultura de montaña” que han tenido lugar en Colombia, han modelado la institucionalidad escolar en un municipio como Santuario y, cómo, la escolarización, en su afán de contribuir a la configuración de una subjetividad empresarial y urbanocentrada, libre de las trabas que imponían las relaciones de producción tradicionales al uso del dinero y la producción de capital, contribuyó, tanto a la desintegración de los mecanismos y procesos creadores de formas y valores, propios del campesinado cafetero, que hacían posible su existencia autónoma antes de la modernización, como a la reestructuración de sus expectativas de vida y de consumo en torno al ánimo de lucro.

Para ello empezaré por realizar una reconstrucción histórica de la manera en que se configuró dicho modo de vida, desde la perspectiva del valor, a partir de los indicios que encontré en mis conversaciones con Jaime Vásquez, los profesores Maribel y Raúl, así como algunos caficultores santuareños.

Posteriormente, me detendré en los procesos desarrollados para encuadrar las acciones educativas a los niveles de valor subordinados que requería la participación del campesinado en el mercado mundial regulado de café. Para ellos dialogaré con las experiencias desarrolladas por las profesoras Maribel, Angélica y Diana con sus respectivos estudiantes, entre los años 2013 y 2016 y desde la cabecera municipal de Santuario y su corregimiento de Peralonso. Y conversaciones que sostuve con la rectora de la Institución educativa de Peralonso en el 2017.

8.1 Modernizar para pacificar

La apuesta por la modernización de la economía cafetera partió del supuesto que la participación de los campesinos en el mercado mundial de la segunda posguerra, a través de la producción y comercialización de café tipo exportación, así como del consumo de productos industriales y medios de comunicación, tendría efectos civilizatorios para una región que intentaba sacudirse de los estragos de la guerra.

Lo anterior, en tanto se consideraba que el mercado era un mecanismo más eficaz que la política o la religión, para alcanzar la armonía de los intereses humanos relacionando la oferta y la demanda mediante los precios y sometiendo las decisiones al cálculo racional de

utilidades, de la misma forma que los partidos del Frente Nacional estaban haciendo con la burocracia estatal.

En este sentido, el proceso modernizador además de brindarles a los campesinos cafeteros la manera de acceder a los medios monetarios que les permitieron vincularse al consumo de productos industriales y los medios de comunicación masiva, también supuso una puesta en sacralidad del valor de cambio como referente de significación a su existencia rural.

De esta manera, este valor entró a complementar, y en algunos casos a desplazar, a los valores ideológicos, culturales y religiosos, como medio para que los caficultores pudiesen resolver la mayoría de las cuestiones importantes a nivel individual y colectivo, y movilizar sus deseos de actuar en el nuevo marco de relaciones que instituyó el Frente Nacional.

Al igual que todo valor, el valor de cambio, no es más que un arbitrario cultural que busca ser legitimado, disimulando las relaciones de fuerza en las que se funda su propia fuerza y añade su propia fuerza simbólica a esas relaciones de fuerza (Bourdieu-Passeron, 1977).

Quizá sea por ello que, en los relatos oficiales sobre el proceso modernizador de la economía cafetera se sobredimensiona el rol de la Federación, se minimiza el papel de las instituciones políticas que lo hicieron posible y en muchos casos, silencian los cambios institucionales que fueron necesarios para que el negocio de la caficultura tecnificada pudiera emerger y sostenerse en el tiempo, ya que, como señala Polanyi (1996), no hay economía sin reglas e instituciones políticas. Esto es debido a que, es a través de la política, que un Estado genera las condiciones para que una cierta forma de hacer economía se despliegue en un territorio.

En el caso de la Federación, está pudo jugar un papel protagónico en la producción de una nueva forma de integración social en las regiones cafeteras, gracias a las condiciones institucionales que se generaron para poner fin a las disputas por el poder entre los partidos Liberal y Conservador a mediados del siglo XX. Gran parte de las luchas políticas que se dieron en el país hasta los años 60 del siglo pasado tuvieron que ver con las disputas partidarias entre las élites liberales y conservadores por el control de la producción cafetera, la cual significaba la principal fuente de divisas para el país.

Igualmente, la fuerte presencia de la iglesia católica como referente moral de las comunidades campesinas fue aprovechada por las élites gobernantes para instigar la violencia contra los liberales, a quienes percibían como una amenaza al orden señorial existente en el país desde principios del siglo XX cuando el conservatismo impuso militarmente su hegemonía política.

De acuerdo con el secretario privado del presidente conservador Mariano Ospina Pérez, dicho orden estaba cimentado en una base triangular de granítica consistencia:

...el gobierno, la jerarquía eclesiástica y la organización disciplinaria del conservatismo, estrechamente unidos, para sus determinaciones solidarias, en un generoso prospecto de salud pública... -De esta manera- gobierno, clero y partido se influenciaban recíprocamente formando el trípode autoritario que garantizaba con su armónica distribución de fuerzas, el equilibrio de la patria. (Barrera, 1956: 484)

Los esfuerzos de las élites conservadoras por preservar tal equilibrio se habían revelado insuficientes ante el ascenso político de los liberales a partir de los años 30 del siglo XX y alcanzaron su punto crítico con la insurrección del liberalismo popular el 9 de abril de 1948 cuando asesinaron a su líder, Jorge Eliecer Gaitán, el cual con un discurso político anti-oligárquico se proyectaba como el futuro presidente de país.

La respuesta a esta insurrección de carácter nacional fue un proceso sistemático de *limpieza política*, que se prolongó hasta finales de los años 50s. A través de ella, las élites conservadoras que gobernaban el país pretendieron recuperar su hegemonía en territorios de mayoría liberal, a través de la eliminación física de sus dirigentes y militantes.

Uno de esos casos de *limpieza política* ocurrió precisamente en Santuario entre 1948 y 1949, cuando los liberales de aquel municipio, que se habían sublevado durante aquel 9 de abril, fueron asesinados o desterrados, para ser posteriormente reemplazados por gentes procedentes de municipios tradicionalmente conservadores como Apia, Anserma y otros del suroeste antioqueño, en el marco del proceso que Jaime Vásquez denomina *conservatización del antiguo Caldas*. (Jaime Vásquez, comunicación personal, 24 de septiembre de 2015)

La violencia política que se desató entre 1945 y 1964 mientras el país atravesaba su primera gran bonanza cafetera, propició el despojo sistemático de fincas, ganado, cosechas, compraventas de café y la manipulación del mercado de trabajo, en los departamentos del antiguo Caldas -Caldas, Risaralda, Quindío- y el norte del Valle del Cauca.

Tal proceso, vino acompañado de un desvío de un patrón general de la caficultura colombiana de ser producida en fincas familiares, a una nueva capa agricultores medios que con el tiempo se transformarían en una especie de burguesía rural. (Deas, 1997), integrada en el caso de Santuario por muchos de los nuevos pobladores del municipio, conservadores procedentes de otros municipios y departamentos que se apropiaron de las tierras de los liberales que fueron desterrados.

Tales transformaciones demográficas e ideológicas fueron reafirmadas a través de las negociaciones de paz que dieron origen al Frente Nacional en 1957, un pacto planeado en un

principio para 12 años, pero que se prolongó inercialmente hasta su descomposición hasta finales de los años 80. A través de él, se propició la profundización de las relaciones de mercado, en municipios cafeteros como Santuario.

De esta manera se remodeló pragmáticamente el debilitado trípode autoritario citado por Barrera, adecuando de manera regional el discurso globalizante del desarrollo para impulsar un proceso de modernización de la economía agroexportadora articulándolo políticamente el pacto de paridad burocrática establecido entre los partidos liberal y conservador, y dando un fuerte impulso a la escolarización de la población.

A través de estas estrategias, las elites liberales y conservadoras esperaban que las personas del campo se reconocieran como ciudadanos formales y desideologizados, se convirtieran en consumidores de mercancías y empresarios interesados en la producción de ganancias a través de la tecnificación de sus cafetales para incrementar su capacidad para realizar el valor de sus productos como dinero. Aquello, asociando lealtad partidaria a beneficios económicos.

Igualmente, el Frente Nacional apostaba a que los hijos de los campesinos y de los cientos de miles desplazados por la guerra del campo a las ciudades podrían incorporarse al mundo de las fábricas, el comercio y la vida pública. Todo lo cual debería alejarlos de participar en disputas ideológicas violentas, que pudiesen desafiar el orden establecido.

8.2 La paz cafetera

Los gobiernos que emergieron del Frente Nacional le dieron a la Federación la autonomía y los recursos para que orientara la producción y exportación de café, ejecutara las obras públicas y desarrollara los programas que considerara necesarios para movilizar el interés, la fe y la atención de los campesinos *montañeros* en este negocio, de tal forma que las comunidades campesinas se cohesionaran en torno a él.

El carácter paraestatal de la Federación, gestionando recursos y bienes públicos con lógica empresarial, jugó un papel importante en la estabilización política de la región al aprovechar los acuerdos y las ventajas que le ofrecía el Frente Nacional para desligar el sectarismo político y el fanatismo religioso del manejo del dinero y el funcionamiento del mercado, ello se materializó en el desarrollo de infraestructuras viales y la implementación de servicios públicos y educativos en las zonas cafeteras, así como en la exclusión de los precios internos del café de los ciclos electorales y las hegemonías partidistas (Cárdenas & Partow 1998).

Las escuelas y colegios que conocí en Santuario, lo mismo que las carreteras, puentes, acueductos y redes eléctricas que se extendían por el municipio habían sido en gran medida,

fruto de esta decisión política, tanto, como el sistema de empleo rural, las disposiciones de compra y venta de propiedades rurales o las provisiones de dinero y crédito que se construyeron para el gremio cafetero, y que se sostuvieron socialmente mediante el ejercicio del poder coactivo del Estado hasta la crisis de los 80.

Para varios académicos, lo que explicaba la paz relativa de la zona cafetera en medio de la nueva oleada de violencia que se desarrolló en el país después de los años 60, como respuesta a la exclusión de otros partidos de la vida política del país, fue la fuerte presencia de la Federación de Cafeteros y la calidad de vida de su población, superior a la del promedio nacional (Thorp & Durand, 1997; Thorp, 1991).

Para Jaime Vásquez, en Santuario, después de la *conservatización* del municipio, no se volvieron a presentar crímenes asociados a disputas interpartidistas o ideológicas, lo que no significa que dejaran de cometerse robos y asesinatos. Lo que cambió fueron las motivaciones, que pasaron a estar ligadas a asuntos económicos o familiares, como la vendetta que enfrentó a las familias Acosta, Hurtado y Correa a lo largo de los años 70 y 80s, la cual produjo más de doscientas muertes en dicho periodo. (Jaime Vásquez, comunicación personal, 24 de septiembre de 2015).

Las ventajas con las que contaba la Federación le permitieron institucionalizar gran parte de los vínculos comunitarios preexistentes en sus áreas de influencia, alineándolos con sus pretensiones de manera tan estrecha que incluso en la actualidad, en municipios como Santuario, gran parte del presupuesto orientado al desarrollo agropecuario termina siendo ejecutado por el Comité de Cafeteros, en detrimento de otras posibilidades de desarrollo económico en el campo (Diario de campo conversaciones con caficultores en la plaza del pueblo, 23 de septiembre de 2015).

El poder de la Federación llegó a ser tan grande en los municipios cafeteros que, como lo recuerdan en Santuario, las elecciones de los Comités de Cafeteros eran más importantes que los demás comicios y las cédulas cafeteras, documento de identificación de los caficultores, resultaban ser tan importante como la cédula de ciudadanía colombiana (Diario de campo conversaciones con caficultores en la plaza del pueblo, 23 de septiembre de 2015).

Una muestra de ese poder la conocí a través de una experiencia en la que Jaime Vásquez participó como gerente. Según él, los productores de tierra fría del municipio habían logrado organizarse autónomamente a inicios del siglo XXI en una asociación para la comercialización de yuca, plátano, frutas y hortalizas, alimentos muy importantes de la dieta de los colombianos, que producían en sus cultivos transitorios.

La organización tuvo tal éxito que logró montar una tienda de insumos agrícolas y ofrecer créditos con intereses moderados a sus socios. Las autoridades del pueblo en alianza con el Comité de Cafeteros, presionaron a los asociados para que renunciaran a su autonomía y se sometieran a su dominio político so pena de perder los subsidios que el Comité les otorgaba en su calidad de cafeteros.

Ante este panorama, los asociados prefirieron liquidar la organización y abandonar en buena medida los cultivos complementarios al café y repartirse entre ellos los activos que habían quedado. La prohibición al expendio de alimentos en las vías públicas del pueblo, a través de una ordenanza municipal, y la creación de una galería comercial para reemplazar la antigua plaza de mercado, selló la suerte de este tipo de producción local, que ya no pudo ser comercializada en la cabecera municipal y fue reemplazada por productos traídos de un gran centro regional que mercadea productos importados de otras regiones y países.

Este ejemplo muestra cómo los vínculos comunitarios al tratar de ser cooptados por la institucionalidad cafetera, dominada a nivel local por grupos de poder y articulada a las políticas nacionales que fomentan la importación de alimentos y la producción de productos tropicales exportables, han terminado empobreciendo la vida rural en esta región.

Ello ha implicado que muchos campesinos se vean obligados a abandonar sus prácticas agrícolas tradicionales y a dejar a un lado su interés por producir productos diferentes al café tecnificado, para dedicarse por completo al monocultivo de este, al considerar que era el único producto agrícola que contaba con las condiciones institucionales propicias para realizar su valor en el mercado de manera rentable y satisfacer sus expectativas de vida y de consumo desde el campo.

Quienes no pudieron reencauzarse en el cultivo exclusivo de café, y permanecen en el territorio, intentan dedicarse a actividades no agrarias, que empiezan a disfrutar de condiciones institucionales favorables para la realización de su valor en el mercado, tales como servicios, turismo rural, ecoturismo, cafés especiales, venta de artesanías.

Con la crisis cafetera de los 80 se puso de manifiesto el carácter paternalista y dependiente, de las relaciones en las que estaban inscritos los caficultores en la Federación, particularmente cuando se agotaron las reservas del Fondo Nacional del Café y con ellas, la capacidad de la Federación para actuar autónomamente.

Empero, los caficultores continúan atendiendo y correspondiendo a las iniciativas de la Federación, son pocos los que se atreven a retirarse de ella, aunque critiquen con frecuencia el manejo que esta entidad ha dado a la caficultura, y a los intentos de algunos de ellos por

generar asociaciones de cafeteros independientes o alternas a la Federación, como el movimiento “Dignidad Cafetera”.

De ello se desprende que tal correspondencia no se realiza fuera de la voluntad de los caficultores, ni exclusivamente como respuesta a las obligaciones que han contraído, sino como el cumplimiento del deber de mantenerse anudados a la caficultura tecnificada de montaña, así eso implique ser negligentes frente a la necesidad de anudarse a las fuentes sustantivas de su existencia en el campo.

De ahí que les cueste concebir o confiar en otras formas de integración social que, al estar fundadas en otros tipos de actividad, les permitan continuar habitando el campo de maneras diferentes a las que han experimentado.

Tal situación no es fortuita, ya que los campesinos montañeros con su trabajo, no sólo producen café para el mercado mundial, sino que, para hacerlo, van modulando su atención y su imaginación en relación con la experiencia que van viviendo. Por ello, al participar de la caficultura tecnificada, con cada cosecha están actualizando su vida material y van transformando sus maneras de percibir, pensar y actuar, hasta especializarse como caficultores.

8.3 El “oro del campesino”

*“sólo cuando el nuevo espíritu,
el espíritu del capitalismo, desplace a las creaciones de la imaginación
que en el mundo precapitalista dan significado a la vida,
cuando se asimilen las nuevas "reglas del juego",
las fabulaciones que engendra el consumo
podrán estar sujetas a tipos muy diferentes de formaciones fantasiosas”*
Michael Taussig (1993, p.74)

El éxito del proceso modernizador liderado por la Federación y soportado políticamente por el Frente Nacional, se fundó en la producción de un nuevo tipo de subjetividad campesina proclive a orientar su existencia rural hacia la producción de café tecnificado y, de esta forma maximizar las posibilidades de ganancia que ofrecía el posicionamiento alcanzado por el “Café de Colombia” en los mercados internacionales como “el más suave del mundo”.

En aquella época Colombia trató de sacar provecho de las condiciones ambientales excepcionales que tenía en la franja cordillerana comprendida entre los 1.000 y los 2.000 metros de altura para producir intensivamente una nueva variedad híbrida del grano,

producida en los laboratorios del Centro Nacional de Investigaciones del Café (Cenicafé), propiedad de la Federación.

Dicha semilla combinaba la “productividad” de las variedades de cafés robustas que crecen en zonas cálidas entre los cero y 1000 metros y las propiedades organolépticas de las variedades arábicas que se cultivaban tradicionalmente en las montañas. Esta nueva variedad permitiría revalorizar la “caficultura de montaña” intensificando las exportaciones del grano a fin de ampliar la participación de la producción colombiana en el expansivo mercado mundial de la segunda posguerra.

Sin embargo, el cultivo de esta semilla difería de las maneras en las que tradicionalmente se había cultivado el café de montaña, ya que implicaba el establecimiento de monocultivos cafeteros y la aplicación de paquetes tecnológicos desarrollados experimentalmente en laboratorios especializados, por ello su adopción por parte de los caficultores estuvo acompañada de incentivos monetarios provistos por el Estado a través de la Federación, ya que aquello implicó la tala del bosque cafetero y la sustitución de los cafetos tradicionales por la nueva variedad.

En pocos años, la vida cotidiana de los campesinos *montañeros* que, entre otras especies vegetales, cultivaban café, se subordinaron a la generación de valor de cambio a través de esta nueva mercancía. Sus prácticas de cultivo, sus modos de relación, sus maneras de habitar, educar, percibir, valorar, consumir y cuidarse fueron transformadas en función de producir la mayor cantidad posible de ganancias a través del cultivo de esta variedad específica de café que se denominó caturro, la cual se fetichizó entre los caficultores como “el oro del campesino”.

Con la fetichización, lo abstracto, el “oro del campesino”, se presentó como determinante de lo concreto, en este caso de la caficultura tecnificada. De manera tal que la idea de riqueza se asoció de manera más pronunciada que antes, con el dinero en tanto encarnación del valor de cambio que alcanzaba el grano en las nuevas circunstancias de realización, que suponía la modernización de la economía cafetera. Dicho fenómeno estuvo asociado a la reconfiguración de los niveles a partir de los cuales los santuareños le habían dado valor a lo que hacían hasta entonces.

Antes de la modernización, en tales niveles, además de las prácticas de producción agropecuaria para el autoconsumo y la generación de excedentes comercializables en el mercado para la obtención de dinero, se le daba gran importancia a prácticas reproductivas tales como la preservación de la biodiversidad, el cuidado de las fuentes de agua, la hospitalidad, el cuidado de los hijos o el respeto a la palabra empeñada, al igual que a

prácticas políticas, tales como la militancia partidista y, religiosas, como la participación en las actividades organizadas por la iglesia católica.

Aquella pluralidad valorativa presuponía que las acciones que desarrollaban las personas contaban con diferentes escenarios de realización de su valor, tales como la comunidad de fieles, la familia, la vereda y el directorio político y la plaza pública. Tales escenarios se reforzaban mutuamente e incidían en las condiciones de participación de las personas en los mercados de tierras, trabajo o café, al punto que, como señala Jaime Vásquez, estas podían ser marginadas de participar en ellos por la vía del despojo, el destierro o el asesinato o, por el contrario, fomentar su participación, por la vía de la compra a precios preferenciales, el acceso a becas y cargos públicos y la venta de tierras de los despojados a precios especiales (Jaime Vásquez, comunicación personal. Julio 22 de 2017).

Con la modernización cafetera, la realización de sus productos en forma de dinero pasó a ser el principal propósito de las acciones que realizaban los campesinos. En otras palabras, de las actividades realizadas por los campesinos *montañeros*, sólo cobraron importancia, aquellas que les generaban ingresos monetarios. En consecuencia, el cultivo, la recolección y comercialización del café se tornó en una actividad tan importante, que los caficultores comprometían en ella a toda su familia, al punto que su identidad cultural se particularizó como cafetera.

Este giro supuso el abandono, o en su defecto la devaluación paulatina, de actividades que, pudiendo ser más importantes para la sostenibilidad de la vida en común, no encontraban oportunidades para realizar su valor en el mercado o, lo realizaban con muy bajo margen de utilidad. Algo que empezó a ser percibido por los caficultores como negativo, en tanto dejaba de aportarles las ganancias monetarias que esperaban.

El café tecnificado pasó entonces a percibirse como un producto que, independientemente de cualquier determinación, podía convertirse en riqueza monetaria más fácilmente que el café tradicional u otras actividades agrícolas. Tal creencia, pasaba por alto que, aquel negocio era rentable, no porque el café en sí mismo tuviera valor, sino porque un complejo sistema de acuerdos institucionales a escala nacional e internacional y algunas casualidades climáticas, estaba permitiendo en ese momento que así fuera.

En tales circunstancias, como señala Jaime Vásquez, entre los campesinos *montañeros*, devenidos en caficultores, hizo carrera la idea de que, con suerte, al igual que en las minas de oro en tiempos coloniales cuando se encontraban filones y vetas, ellos podían tener *bonanzas*, momentos en los que la capacidad del café para convertirse en oro se incrementaría. Y que por eso los caficultores debían tener *la fe del carbonero*, es decir una fe ciega, en las

directrices técnicas de la Federación, aunque en ocasiones no las entendiera muy bien, para maximizar la posibilidad de que las bonanzas cafeteras aparecieran (Jaime Vásquez, comunicación personal. Julio 22 de 2017).

Cultivar o cosechar café se convirtió en sinónimo de acceso al dinero en el campo, un lugar en el que históricamente este no había abundado y, en el que el existente circulaba de manera restringida, debido a que la mayoría de las personas cultivaban sus propios alimentos, se educaban a través del trabajo, hacían sus propias casas y ropas, sanaban sus enfermedades con plantas locales, abonaban la tierra y controlaban las plagas haciendo uso de los saberes producidos a través de generaciones, sobre las condiciones ambientales de su localidad.

La creencia en la capacidad del café para convertirse en oro no era nueva en el país, tenía como antecedente, un fenómeno que ocurrió a inicios del siglo XX cuando, al culminar una larga y devastadora guerra civil que se desarrolló entre 1899 y 1902 llamada “la Guerra de los Mil Días”, se promocionó desde las parroquias y los ateneos literarios y científicos existentes en la región la siembra de café, para que los campesinos pudieran tener acceso al dinero. Por aquel entonces tanto desde los púlpitos como desde las revistas locales, algunas de las cuales conserva Jaime Vásquez, se hablaba del café como el “grano de oro”, cuya exportación, traería la salvación del país (Lenis, 1919, p. 163).

Dicha guerra provocó una situación muy peculiar en relación con el dinero, ya que cuando ésta terminó, la mayor parte del territorio nacional estaba plagado de billetes de múltiples formas, tamaños, colores, denominaciones y proveniencias, que las fuerzas en contienda habían impreso y que, en ese momento solo tenían un poder adquisitivo no muy superior al valor del papel en que estaban impresos. (Meissel, 1990, p.1).

Las monedas de oro y plata conocidas como *morrocotas* habían desaparecido casi totalmente de circulación y en muchos casos fueron atesoradas por la gente entre las paredes y los pisos de sus casas, en lo que posteriormente se conocerían como *entierros*.

En aquellas circunstancias el café, en tanto producto exportable se convirtió en la principal fuente de obtención de monedas de oro y billetes convertibles en dicho metal, respaldados por el gobierno nacional, para realizar transacciones económicas.

Mi bisabuelo, Buenaventura Morales, uno de aquellos *montañeros*, vivió por aquel entonces una situación que da cuenta de la importancia del café para la obtención de ese oro. Según mi abuela, él trabajaba como peón en una hacienda y le pagaban en especie. Durante un tiempo enfermó severamente y debió recurrir a fiar alimentos en la fonda de su vereda, cuando se recuperó, después de varios meses, había acumulado una deuda de 200 centavos oro y tenía el problema que en la fonda no aceptaban pagos en especie.

Como a través de su trabajo no podía acceder a ese dinero, Buenaventura se asoció con un pariente para montar un pequeño cultivo de café y al llegar la cosecha, vendieron el grano en un depósito y pudo obtener los centavos oro con qué saldar su deuda (María Benilda Morales, comunicación personal, agosto 3 de 2014).

Tal era la fe de los caficultores en el café, que, de acuerdo con Jaime Vásquez, *en muchas ocasiones adquirirían provisiones e insumos en tiendas y fondas con vales convertibles en sacos de café una vez llegara la cosecha* (Jaime Vásquez, comunicación personal. Julio 22 de 2017), evidenciando en este caso también se presenta el fenómeno descrito por Graeber (2012), según el cual, el crédito antecedería a la moneda como expresión del dinero, en la medida en que aquel se asumía como una obligación moral imprecisa y hasta cierto punto difusa, asociada a la preservación de la vida en común en los territorios de colonización reciente, donde la gran mayoría de las personas eran parientes entre sí.

Experiencias como estas nos permiten entender como a principios del siglo XX, los campesinos santuareños, al igual que los demás caficultores de la región, no sembraban una planta como tal, sino que, como sus ancestros mineros y guaqueros, lo que en realidad hacían era buscar en la tierra los granos de este nuevo tipo de oro, que les permitía adquirir todo aquello que no podían producir por sí mismos, o que se producía en otras latitudes.

En aquellos tiempos, el café era uno de los muchos cultivos que se podían encontrar en una finca. Posteriormente, cuando se crea la Federación y se produce la modernización, se inicia el proceso de homogenización e incremento de la “productividad” de los cultivos de café de montaña.

La modernización trajo como consecuencia que las transacciones realizadas entre las personas se alejaron más de las relaciones de parentesco, formalizándolas al punto de hacerlas impersonales y extenderlas hasta alcanzar agentes urbanos nacionales e internacionales. Aquello generó un cambio en el carácter moral, impreciso y difuso de las deudas que tradicionalmente adquirirían los campesinos montañeros, para hacerlas calculables con precisión, avanzando en el sometimiento del campesino, en tanto deudor monetario, a los comercializadores e intermediarios y proveedores de agroinsumos, los cuales terminaron condicionando lo que este produce, las maneras en las que lo produce, y la forma de cálculo a través de las cuales se saldan las deudas.

Todo lo anterior se tradujo en una devaluación de las cosas que, dadas las condiciones de mercado, no podían ser realizables en dinero. En su afán de generar la mayor cantidad de dinero posible, a través de la producción de los apreciados granos de “oro del campesino”, los caficultores de la modernización, denominados por aquel entonces “empresarios cafeteros” o

“empresarios familiares cafeteros”, se especializaron, con la asistencia técnica de la Federación y su institucionalidad paraestatal, en la producción del café tipo exportación e intentaron desvincularse de todos los lastres de su vida pasada que pudiesen limitar el incremento sostenido de la “productividad” de sus monocultivos.

Así las cosas, la cultura montañera, al igual que de la biodiversidad existente en la región se fueron empobreciendo, a medida que iban siendo desvalorizadas y relegadas, las costumbres campesinas que protegían zonas y fomentaban prácticas estratégicas para la preservación de la vida, la dispersión de la propiedad, la educación familiar y contextualizada, el cuidado de sí mismo e incluso, los vínculos que permitían el uso común de ciertos territorios, así como también, los que propiciaban los fanatismos religiosos y los sectarismos políticos entre los santureños.

En aquel momento aquello no era muy notorio, dado que la “caficultura de montaña” parecía ser una fuente inagotable de riqueza, especialmente para los pequeños propietarios que disfrutaron de un repentino mejoramiento de sus condiciones de vida. Lo que se percibía, era una convergencia, altamente productiva, entre las condiciones biológicas, sociales y culturales de la región: tierras fértiles, el predominio de la pequeña y mediana propiedad, una estructura familiar de tipo empresarial, una cultura proclive al trabajo y la existencia de pactos político entre los mercaderes internacionales de café, el Estado Colombiano, la Federación Nacional de Cafeteros y, los medianos productores de café.

La institucionalización creciente de la “caficultura de montaña” en torno a las directrices de la Federación, entidad legitimada por los acuerdos para gestionar las deudas de los campesinos cafeteros a través de su red de organizaciones paraestatales, estuvo acompañada del incremento de las regulaciones y disputas violentas -muchas de ellas aparentemente vinculadas con disputas políticas- por el control biopolítico de los territorios, las poblaciones rurales productoras de café y sus formas de relación social.

De ahí que, a la fetichización del grano como “el oro del campesino”, le siguiera la invención de una identidad regional centrada en la producción exclusiva de café, la cual se universalizó en torno a las figuras de “Juan Valdez” en el exterior y el “Profesor Yarumo” - un símbolo de la asistencia técnica que la Federación ofrecía a los caficultores- en el interior.

Laderas cubiertas de monocultivos de café a libre exposición solar y los sacos de café trillado con el nombre “Café de Colombia” que cruzaban los mares rumbo a las tostadoras de Europa y Estados Unidos, las cuales, además servían de unidad de medida para establecer el precio de las mercancías que se importaban, complementaron icónicamente dicha construcción identitaria, vinculada, a su vez con el Fondo Nacional del Café, el Banco

Cafetero, la Flota mercante Grancolombiana, los Comités Departamentales de Cafeteros y las Cooperativas Municipales de cafeteros orientadas a la comercialización del grano y la venta de mercancías varias a los campesinos.

8.4 Ahora se necesita plata para todo

“El dinero cobra sentido para las personas que lo utilizan en tanto condensa sus intencionalidades.”⁵⁵

David Graeber (2001, p. 67)

La Federación también cumplió un papel importante, al lado del Ministerio de Educación, en la operacionalización de uno los compromisos adquiridos por los partidos Liberal y Conservador de invertir anualmente no menos del 10% del presupuesto nacional en educación pública durante el tiempo que durara el Frente Nacional, poniendo fin a la histórica oposición del conservatismo y la iglesia católica a la expansión del sistema educativo público. Esto llevó a que, para 1975 el total de estudiantes de entre siete y trece años de edad matriculados en las escuelas constituyera más del 77% y en 1978 el presupuesto educativo hubiera llegado a ser el 20% del nacional, mientras la población rural disminuía del 53% en 1960 a 32.7% en 1980 (Lavados, H., & Piñera, S. 1981).

De esta forma, la Federación contribuía a realizar un viejo sueño liberal en el marco del Frente Nacional: “civilizar al pueblo, sacarlo de la barbarie, e integrarlo socialmente en el marco de las instituciones existentes, para evitar que este cediera a las tentaciones revolucionarias de aquellas décadas” (Centro de Memoria Histórica, 2016, pp. 54-70). Un sueño que suponía que la escuela sería la puerta a través de la cual el pueblo inculto podría entrar a la sociedad.

Las intervenciones sociales y culturales de la Federación se dieron además en un contexto de buenos precios del café y la implementación de la “Alianza para el Progreso”, impulsada por el gobierno estadounidense. Aquello permitió que, en un primer momento del proceso de modernización de la economía cafetera, emergiera una clase media rural vinculada a la caficultura tecnificada y que esta fuera protegida y fortalecida para que pudiera acceder al empleo público, la educación superior, la salud, la vivienda y el consumo, en el marco de las milimétricas negociaciones políticas que realizaban los partidos del Frente Nacional.

⁵⁵ “Money has meaning for the actors, then, because it sums up their intentions” (Traducción propia).

De esta clase media emergente hicieron parte los hijos de muchos caficultores que protagonizaron y padecieron la violencia política de los 50s y que, como Raúl, pudieron escolarizarse y titularse más allá de la básica primaria y secundaria, al disponer de los recursos para viajar a las ciudades a realizar estudios técnicos y universitarios, como el caso de Maribel y Angélica, dos profesoras pertenecientes al semillero, ambas oriundas de la región. Al respecto Jaime, el historiador de Santuario, resalta con especial orgullo como la primera mujer profesional del departamento fue una santuareña (Jaime Vásquez, comunicación personal, 24 de septiembre de 2015).

Dicha clase media emergente, sin ser mayoritaria con respecto al total de la población, jugó un rol preponderante en la urbanización del país, la masificación del sistema educativo nacional y la diversificación de la economía en el marco de la política sustitución de importaciones que orientó las políticas desarrollistas de la época.

No obstante, las desvinculaciones generadas por la modernización acarrearón con el tiempo problemas no previstos por sus artífices, como que la adopción por parte de los caficultores y especialmente de sus hijos, de aspiraciones urbanas de vida y de consumo, se tornarían cada vez más difíciles de satisfacer desde el campo. Esto a su vez devino en un creciente desinterés de las nuevas generaciones por la caficultura y la vida en el campo en general, poniendo en riesgo el relevo generacional en el manejo de las fincas cafeteras familiares.

Aquello ocurrió mientras hacían caficultura tecnificada, consumían las mercancías que las bonanzas cafeteras ponían a su alcance, olvidaban su pasado, silenciaban sus conflictos buscaban el *progreso* y se volvían *ciegos* a las particularidades de su entorno, como decía Gisela, a partir de su experiencia en Peralonso.

Aprendiendo a transportar su imaginación, su inteligencia y sus habilidades a las ciudades y otros países, los hijos de los habitantes de las zonas rurales cafeteras separaron sus senderos de los de los animales y las plantas, para anudarse desde la escuela y el consumo con senderos urbanos y lógicas modernas, en las que se hacía cada vez más difícil situar los saberes tradicionales, o estimar como necesarios los valores, habilidades y capacidades propias de los campesinos *montañeros*.

Angélica, profesora de primaria en una sede del INSA, reflexionaba al respecto:

(...) uno como profesor se va volviendo muy mecánico en la profesión y en la manera de estar en el aula de clase, se va volviendo tan rutinario que todo se va convirtiendo como en abstracto, como que uno no puede salir del salón de clase. En la mayoría de los casos uno ni se inmuta porque los niños experimenten esas cosas de las que uno habla y quedarse

en lo abstracto es dejar a los niños como en un mundo de fantasía, como de algo que puede pasar en algún lado, pero que a ellos no los toca y uno se va impregnando de eso también.
(Angélica, comunicación personal, 26 de julio de 2016).

Esto explica fenómenos como que en la actualidad haya “empresarios cafeteros” y jornaleros que no sean capaces de distinguir un árbol de otro, que los muchachos del INSA, aunque vivan en el campo, sepan muy poco de caficultura, de insectos polinizadores o plantas.

La profesora Angélica, se dio cuenta de aquello cuando al empezar a desarrollar su proyecto de aula sobre plantas medicinales, evidenció que los niños que vivía en el pueblo no las conocían y que muchos de ellos tampoco habían salido al campo, lo cual se reflejaba en la poca consciencia que tenían de la riqueza natural que había a su alrededor.

Esta falta de conciencia no era exclusiva de los niños, la misma profesora me confesó que cuando empezó el proyecto con los niños, ni siquiera ella sabía sobre plantas medicinales, a pesar de que su madre tiene una huerta muy bien surtida. Según ella, lo que ocurre es que *generalmente uno ve las plantas y no les da importancia, no les da el valor, no las cuida, las daña, pues no tienen mucho sentido para los niños y hasta para uno* (Angélica, comunicación personal, 26 de julio de 2016).

Según los estudiantes investigadores, lo que más los motivó a participar del proyecto fue que *ellos no sabían sobre plantas porque nadie les había contado*, y pensaron que si sus papás y abuelos se murieran se llevarían esos saberes y ellos se quedarían sin aprenderlos.

Ese interés creció cuando se dieron cuenta, a través de las experiencias de algunos compañeros, que sus malestares físicos podían sanarse con la infusión de alguna de las plantas aromáticas y medicinales que estudiaban con la profesora. Michel, una de aquellas estudiantes, al recordar su participación en dicho proyecto señalaba que a través de él había aprendido a *saber de plantas*, pero, además, a conocer que en su municipio *había mucha naturaleza y cultura* (Diario de campo visita a la escuela Jhon F. Kennedy, 26 de julio de 2016).

Aquellas respuestas ilustraban la magnitud de la desvinculación existente entre los procesos educativos familiares y escolares con un entorno tan particularmente biodiverso como el suyo, así como el carácter marginal que ahora ocupaban los saberes ancestrales sobre el campo, que aún sobrevivían a los procesos de modernización.

Un caso semejante le ocurrió con la profesora Maribel, cuando realizó su proyecto *¿Cómo llega un grano de café a tinto?*, a través del cual reconstruyó con sus estudiantes el proceso tradicional de elaboración de un tinto con café recolectado y procesado en una finca cafetera.

El proyecto contempló, además, ligar este proceso con las expresiones lingüísticas que utilizaban cotidianamente los campesinos en ella, emulando el trabajo de Euclides Jaramillo en su obra “un Extraño Diccionario”.

Tales experiencias le revelaron, para su asombro, que sus estudiantes, incluso aquellos que vivían en fincas cafeteras ignoraban el proceso de siembra, cultivo, beneficio, trilla, tostión, molienda y preparación del café.

Elizabeth, una de las estudiantes que participó de aquel proyecto recuerda, después de un año, el rico olor de los granos de café tostándose en un recipiente sobre el fogón de leña en la finca que conocieron con la profesora, y lo relaciona con las conversaciones que tuvo con la gente del pueblo y los campesinos, cuando investigaba la historia de Santuario con Raúl, revelándome la profundidad de las desvinculaciones que había generado la modernización:

(...) eso fue algo que detonó mi interés por mi municipio, antes era más bien como egoísta, sólo participé en esos proyectos por la nota, pero después de conocerlo, empecé a cogerle un amor tremendo a mi pueblo, ahora Santuario está en mis proyectos de futuro y hasta me ayudó a acercarme con mi papá porque me di cuenta de que lo que él hacía no era porque fuera un viejo loco que se iba para las montañas todas las semanas, un día me fui con él me explicó lo que sabía, entonces entendí que él era un campesino santuareño amante del monte. También, cuando encontraron la guaca en el centro del pueblo, supe que mi papá había sido guaquero y él me explicó cómo era que se sacaban ahí entendí el valor que tenían las vasijas de barro que teníamos en la casa. (Elizabeth, comunicación personal, 21 de abril de 2016)

Lo narrado por Elizabeth me permitió entender, por contraste, cómo los procesos escolares que había vivido antes de su vinculación al semillero, habían contribuido a desconectar sus deseos de las posibilidades existentes en su municipio, al punto de no verlo en sus proyectos de futuro, ni ver en su padre la continuidad del pasado en un presente tan confuso que obstruye la valoración común de lo que hacen y poseen generaciones diferentes.

De la mano del desinterés de la población local por la caficultura, la vida en el campo y su pasado prehispánico vinieron otras problemáticas como la progresiva concentración de las tierras de cultivo, la subdivisión de las pequeñas propiedades en otras aún más pequeñas y la victimización de la población a causa del conflicto armado que alcanzó la región.

Se estima que dicho conflicto ha afectado a alrededor de 1150 personas en el municipio de Santuario (“Santuario Empresa de Todos” Plan de Desarrollo 2016-2019:66) y se ensañó de manera particular con las escuelas rurales, muchas de las cuales fueron ocupadas como cuarteles de los grupos armados o destruidas, como en el caso de la vereda “Campamento”,

exponiendo a los estudiantes y profesores al fuego cruzado de los combates, como recuerda la profesora Maribel, cuando en sus primeros años como docente, helicópteros artillados del ejército sobrevolaron amenazantes la sede multigrado donde trabajaba, y cuya sala de materiales había sido ocupada por un grupo paramilitar (Maribel, Comunicación personal. 25 de septiembre de 2015).

Las problemáticas anotadas se ligaron con otra, que apenas es percibida por los promotores del PCC, y es que, la cultura cafetera producida por la generación que abrazó la modernización no está siendo apropiada por las nuevas generaciones y por ello, la “caficultura de montaña” está empezando a ser operada por inmigrantes provenientes de otros municipios y departamentos *menos desarrollados*, mientras los locales migran a otras latitudes.

La inmigración de poblaciones negras e indígenas no propietarias es un fenómeno creciente que va haciendo que el sostenimiento de la producción cafetera, otrora relacionada con arrieros, chapoleras y colonos de ascendencia antioqueña, ahora dependa de poblaciones vinculadas a otras tradiciones culturales, que han aprendido el manejo técnico de los cafetales o que entran a ocupar el precario espacio laboral que dejaron los peones y cosecheros locales.

Tal recomposición poblacional ha traído aparejada una disminución de la matrícula escolar porque según indican la profesora Maribel, *para esas poblaciones la escolaridad no es tan importante dado que aún no han logrado entender la importancia que tiene el manejo de los saberes escolares para desempeñarse en el mundo mestizo* (Maribel, Comunicación personal. 29 de octubre de 2016).

Aquella respuesta parecía indicar que para los mestizos la escuela si era importante, pero diferentes situaciones que conocí en las instituciones educativas del municipio me indicaban que no era así, que en general, la función educativa de la escuela está perdiendo sentido incluso para muchos de los docentes y directivos encargados de agenciarla. Ello, en la medida que la distancia entre lo que se enseña y el contexto que experimentan estudiantes y docentes se hace más grande.

Al respecto, vale la pena aclarar que si bien, en un primer momento la modernización cafetera produjo la expansión de la educación básica primaria en el sector rural, algo que en su tiempo fue considerado progresista, también fue acompañado por la deslegitimación y desaparición de formas tradicionales de educación, mediante las cuales las nuevas generaciones aprendían en el campo, a través de la experiencia de trabajo con sus padres, la sensibilidad, los saberes y las habilidades que se requerían para vivir en él con relativa autonomía.

Aquello, en gran medida, debido a que la tecnocracia cafetera puso su énfasis en el desarrollo, la transferencia y la apropiación de tecnologías descontextualizadas social, cultural y ambientalmente, las cuales buscaban modificar los modos de vida de las poblaciones a medida que los convertían en operadores de paquetes tecnológicos dependientes de técnicos externos, laboratorios de semillas y multinacionales productoras de abonos y agrotóxicos.

En la región las instituciones escolares se orientaron de manera mayoritaria partir de un modelo tradicional de escolarización, dirigida a la formación de ciudadanos cumplidores de sus deberes para con el Estado frentenacionalista y obedientes de la moral fijada por la religión oficial y a la tradición cultural de occidente para acceder a la erudición, el poder y los conocimientos prácticos necesarios para el desarrollo de la región.

Adicional a ello, la Federación apoyó iniciativas educativas que buscaron desarrollar procesos escolares pertinentes y contextualizados en las zonas cafeteras. En Santuario se desarrollaron dos de ellas, el programa Escuela Nueva y el Sistema de Aprendizaje Tutorial (SAT).

El primero fue establecido por el Ministerio de Educación Nacional en 1976 con el propósito de ofrecer solución a problemas de eficiencia en la administración de la educación primaria en las zonas rurales del país. Para ello, ajusta el currículum nacional a las características de los niños y de las comunidades a las cuales está dirigido el programa y desarrolla actividades de enseñanza y aprendizaje centradas en la participación activa del estudiante. En el marco de aulas multigrado. Este modelo se ha extendido a la secundaria a través de la modalidad de posprimaria, el cual es administrado por el INSA en el corregimiento de Peralonso.

El Sistema de Aprendizaje Tutorial (SAT) por su parte, tiene un enfoque desarrollista y fue creado en 1974 por la Fundación para la Aplicación y la Enseñanza de la Ciencia (Fundaece), con el ánimo de adaptar el conocimiento a los problemas del desarrollo rural en lugares específicos, mediante su análisis continuo desde el punto de vista de los estudiantes. Es una oferta educativa desescolarizada que permite a niños y jóvenes estudiar sin abandonar las labores del campo. En el corregimiento de Peralonso esta modalidad se ofrece a través del programa de Bachillerato en Bienestar Rural.

A pesar de que tales programas han hecho aportes importantes a los habitantes del campo, han tenido poco impacto en la medida en que fueron creados en ciertos momentos políticos como alternativas educativas para la ruralidad y posteriormente pasaron a operar con escaso

apoyo del Estado, problema que se agudizó con los recortes presupuestales que ha supuesto la crisis de la modernización cafetera para la Federación.

A pesar de sus intenciones, hasta cierto punto, el tipo de educación que propició la Federación en asocio con el Ministerio de Educación, no sólo produjo desarraigo entre los pobladores rurales, sino también olvido. Una muestra de ello, como lo pudieron apreciar los chicos del equipo “Gallitos de Roca” en Peralonso, es que cada vez menos personas en el campo recuerdan como era la vida rural antes de la modernización de la economía cafetera, lo que hace que les sea complicado contrastar o cuestionar la realidad en la que viven actualmente.

Esto es algo que se amplifica en las nuevas generaciones, las cuales comprenden cada vez menos lo que ocurre en su entorno a la vez que, urgidos de generar ingresos en un contexto donde la dependencia del dinero se generaliza, parecieran valorar cada vez menos el aporte que la escuela hace a sus vidas, en tanto no les provee herramientas para conseguirlos.

Por ello también disminuye la matrícula escolar en el municipio de Santuario, como lo revelan las estadísticas sectoriales 2011-2015, de la Dirección Nacional de Planeación (ver ilustración 20).

DESCRIPCIÓN	2011	2015
Matricula total bruta	3106	2502
Matricula total sin adultos (regular)	2290	2363
Matricula total rural	1219	987
Matricula total urbana	1887	1515
Matricula total adultos	186	139
Total necesidades educatias especiales	135	65

Ilustración 20. Comparativo de matrícula escolar Santuario 2011-2015. *Fuente* MEN.

Adicionalmente, un buen porcentaje de los trabajadores del campo, no están dispuestos a mantener a sus hijos en el sistema escolar más allá de la básica primaria, eso se aprecia en el descenso de cobertura educativa del 88.9% en primaria al 59.4% en secundaria, cayendo hasta un 25, 1% en la media (MEN), esto, a pesar de las restricciones legales existentes que limitan el ingreso de menores a la vida laboral y los incentivos que generan subsidios estatales como “Familias en Acción”, que condicionan su desembolso a la permanencia de los hijos en el sistema escolar.

Curiosamente, la pérdida de importancia de la educación es un fenómeno que se hace extensivo a los docentes y rectores, especialmente en las instituciones educativas menos supervisadas. Pude darme cuenta de ello cuando, al preguntarle a la profesora Diana

... ¿por qué las demás profesoras de Peralonso no utilizaban la autonomía y la poca supervisión que tenían, para multiplicar los alcances de los proyectos Ondas?, ella me respondió, después de algunas vacilaciones, que la mayoría de los profesores tienen otros trabajos, tiene otras cosas que hacer, la educación no es lo más importante para los profesores. (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Su respuesta me dejó perplejo, en aquel entonces no se me había ocurrido que la educación no fuera lo más importante para los profesores y le pedí que me explicara que quería decir con eso, a lo que me respondió:

... yo creo que para la mayoría de los profesores la educación es un trabajadero, una posibilidad de conseguir con que vivir. Creo que para ellos tiene el mismo valor trabajar allá que en una tienda. Creo que eso he visto durante estos años de trabajo en la educación, son personas que tienen sus pensamientos en otras cosas, la mayoría en sus familias, en sus hijos, en cómo manejar sus recursos y que no se detienen a problematizarse. (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014)

Lo anterior se sumaba al hecho de que muchos de los colegas de Diana asumieran su formación desde la perspectiva del valor de cambio que las titulaciones educativas pudiesen tener para su ascenso en el escalafón docente que regula sus ingresos, antes que desde el valor de uso que esta pueda tener en su desempeño profesional.

Al respecto Diana me contaba a manera de anécdota que sus compañeras no entendían porque ella estudiaba una maestría y la pagaba con su propio salario. *Ellas hacían cuentas y lo único que veían era que estaba perdiendo plata* (Profesora Diana. Comunicación personal, 22 de abril de 2014).

La valoración del saber como medio para incrementar ingresos monetarios se extiende también al tiempo. Esto lo comprendí a través de la experiencia que tuvo la profesora Diana con su equipo de investigación. Ella había decidido donar parte de su tiempo no laboral y de su saber como profesional universitaria para desarrollar con los estudiantes un proyecto Ondas, al considerar que aquello era una obligación moral de su autoidentificación como maestra.

Sin embargo, al realizar aquella experiencia, aprendió que no podía seguir haciéndolo, dado que su tiempo disponible ya había sido comprado por su salario. En consecuencia, le urgía cumplir deberes laborales que limitaban su posibilidad de realizar actividades extracurriculares o bien, podía orientar su tiempo disponible a otros propósitos formativos de carácter personal.

Por eso, la profesora optó por abortar el proceso que venía desarrollando con sus estudiantes, aunque con ello afectara de manera negativa el vínculo moral que había

construido con ellos, para responder a las demandas de producción que le hacía la escuela. Algo similar a lo que antes hicieron los campesinos *montañeros* de la región cuando abandonaron sus cultivos tradicionales de café para darle paso a otros cultivos más rentables, reduciendo la diversidad presente en su territorio.

La profesora Diana descubrió trabajando en el proyecto Ondas, que la posprimaria rural no valoraba los flujos de vida que se anudaban en ella, sino la promoción de estudiantes. Algo que había empobrecido su percepción del entorno en el que está inserta, de las gentes que lo habitan y del sentido mismo de lo que es educación desde su perspectiva.

Además de ello, la aparición del dinero en las conversaciones sobre las profesoras ponía en evidencia como, a pesar de que los procesos escolares pretendían estar por fuera de los intercambios monetarios, las relaciones pedagógicas entre docentes y estudiantes se tensionaban en su presencia.

Aquello ocurría de manera extrema cuando, el ánimo de lucro se imponía a la función educativa de la escuela en las decisiones de los rectores. La actual rectora del colegio de Peralonso me contó una anécdota al respecto que me hizo comprenderlo:

Ella había concursado para rectora rural, después de haber trabajado en múltiples instituciones públicas y privadas de desarrollo, porque creía que podía hacer la diferencia en aquel lugar, cuando llegó se encontró con varias sorpresas, como que la institución educativa, a pesar de estar en malas condiciones locativas tenía una abultada cuenta bancaria que no se había movido en años, o que a sus superiores jerárquicos le ofrecían insistentemente, reubicarla en otra plaza más cercana a la ciudad.

Después de averiguar con vecinos y funcionarios, se dio cuenta que ella era una rareza en aquel lugar, porque aquella plaza era considerada burocráticamente como un *jubiladero* de maestros, un lugar que era ocupado por docentes que necesitaban mejorar su condición salarial en los últimos años de su vida profesional, para asegurarse una buena pensión de jubilación, y que no estaban interesados en “complicarse la vida” realizando gestiones educativas que les implicase algún tipo de riesgo o esfuerzo adicional. Las consecuencias de ello era que la institución educativa, a pesar de contar con recursos monetarios, estaba al garete.⁵⁶ (Rectora colegio de Peralonso, comunicación personal, 21 de septiembre de 2017)

Para entender de una manera más amplia esta situación, que podría ser tipificada por algunos como “corrupción”, y encontrar su relación con el proceso de modernización de la vida rural, creo pertinente retomar la idea de Marx (1975) según la cual “el capital no se

⁵⁶ A la deriva, sin rumbo o plan definido.

valoriza *per se* en la circulación, sino que lo hace extrayendo y acumulando los excedentes de valor de cambio producidos por el trabajo y el saber humanos en un proceso de explotación”.

En tal proceso de valorización, según Roig (2014), se siguen las reglas del don propuestas por Mauss, es decir, se “da” algo incommensurable -trabajo o saber-, se “recibe” algo incommensurable -trabajo o saber- y se “devuelve” algo ficticiamente mensurable -salario o ingreso-. La imposible equiparación de lo dado con lo devuelto funda el plusvalor, y es a su vez el excedente que sigue flotando en la relación de producción, es la deuda de los propietarios de los medios de producción hacia los trabajadores.

Esta secuencia no ocurre en la relación pedagógica, ya que el ciclo no culmina con la devolución de dinero, sino con la devolución de aprendizajes y producciones incommensurables, cuyo valor, al realizarse en niveles no monetarizados, tales como la clase, se hacen difícilmente capitalizables para los profesores y las familias, quienes buscan incrementar sus ingresos monetarios en un entorno de creciente desigualdad, -no olvidemos que Colombia es el tercer país más desigual del planeta.

Dado que, en la actualidad, el dinero no sólo mide el valor de algo, sino también el propósito de muchas de las actividades humanas, también crea inequidades y destruye diferencias cualitativas (Lyon, 2017). De ahí que, a pesar de existir actividades significativas para el aprendizaje de los estudiantes, como las que promueve el programa ONDAS, Éstas terminan siendo minusvaloradas en favor de dinámicas escolares y familiares orientadas a la titulación de las nuevas generaciones.

Obtener y otorgar titulaciones pasa a ser lo más importante que puede ofrecer la escuela, en tanto estas certifican formalmente que las personas han cumplido las horas de escolaridad necesarias para valorizar su capital humano en el mercado laboral. Algo que eventualmente les permitirá *conseguir algún empleo en las ciudades*, como señalaba la profesora Diana, y con ello, los ingresos para hacer frente a la precariedad de sus condiciones de vida.

Lo anterior pasa por alto que un bajo porcentaje de los que ingresan a la escuela logran graduarse y que, contrario a lo que se percibe en el medio escolar, a pesar de la emigración, la mayoría de los jóvenes permanece en el municipio indistintamente de si se gradúan o no, de hecho, las personas entre los 20 y los 39 años constituyen el 27,19% de la población, siendo el grupo más numeroso del municipio (DANE, 2015).

En el caso de los profesores, la incommutabilidad de la experiencia de aprendizaje en mejoras salariales hace que el tiempo dedicado a la enseñanza riña con el tiempo que dedican a la obtención de ingresos monetarios, eso devalúa el significado que tiene la docencia para ellos, dejando de lado procesos de aprendizaje potencialmente valiosos, pero que implican

una mayor dedicación de tiempo y mayor responsabilidad personal por lo que él aprende y enseña. En este sentido su posición era semejante a la de políticos como el concejal santuareño que pensaba que educar era una actividad marginal que, al igual que la de cosechar café, podría ser ejecutada por cualquiera.

Por ello, en estas escuelas rurales pareciera estar pasando lo descrito por Illich (1973) en los 70, cuando la masificación de los sistemas educativos latinoamericanos estaba en auge:

Educación (escolarizada) ha llegado a significar lo opuesto del proceso vital de aprendizaje que parte de un medio ambiente humano; un medio en el cual, casi continuamente, la mayoría tiene acceso a todos los hechos e instrumentos que modelan sus vidas. Ha pasado a significar algo adquirible a espaldas de la cotidianidad, mediante el consumo de una mercancía y la acumulación del conocimiento abstracto sobre la vida. (Illich, 1973: 36)

El dinero se impone en el escenario educativo, al igual que en la vida rural, como principio de valor que le da sentido a las acciones que ejecutan sus agentes, al tiempo que encubre las inequidades y las diferencias cualitativas entre las actividades que ellas realizan para obtenerlo.

Por ello, enseñar o dirigir una institución educativa termina teniendo la misma importancia, para muchos, que vender mercancías o asegurarse una buena pensión, ya que todas estas actividades terminan siendo asumidas por sus agentes como medios para la obtención de los ingresos monetarios que les permitirán satisfacer las expectativas de vida y de consumo generados en ellos por la modernización, la apertura económica y la subordinación de los sectores rurales a las dinámicas urbanas.

De alguna manera, es como si tanto padres de familia, estudiantes y profesores hubiesen reconocido que el sueño liberal de integrarse socialmente en el marco de las instituciones existentes a través de la escolarización es sólo un mito que no tiene relación con la realidad que deben asumir cotidianamente, y que la participación en él es sólo un ritual, que, al perder su carácter sustantivo, deviene una performance destinada a obtener en la escuela beneficios distintos a los educativos.

La expresión más dramática de esto se presenta cuando, para acceder a subsidios, algunos padres matriculan a sus hijos en los colegios para adquirir el certificado de estudio que les exige el programa “Familias en Acción” para desembolsarles dinero y algunos meses después, logrado este propósito, los retiran de las instituciones educativas.

La omnipresencia del dinero en las relaciones sociales del municipio se me hizo evidente conversando con Lucy, una de las madres de los estudiantes del colegio, quien me decía:

(...) ahora se necesita plata para todo, hasta para sembrar, no era como antes que uno sembraba y la tierra daba, ahora si uno no tiene por lo menos para el abono no saca nada. En el campo no se gana gran cosa, la Federación ayuda a los dueños de finca, pero los trabajadores que siembran, que abonan, fumigan, cosechan, están muy desprotegidos. Aquí este pueblo siempre ha vivido del café, pero eso sólo se ve en forma unos cuantos meses al año, mientras hay cosecha y eso depende de que llueva, cuando no llueva como este año el tiempo de cosecha no es tan largo porque el café que se coge es más malo.
(Diario de Campo, recorrido por Santuario, 1 de junio de 2016)

Esta omnipresencia del dinero también permeaba el nivel escolar de valorización de las actividades de las personas y generaba una tensión en la relación pedagógica entre profesoras y estudiantes, así como entre padres de familia e instituciones educativas, a través de los cuales, se expresaba el profundo enraizamiento del valor de cambio en la que se había generado en las personas expuestas de manera directa e indirecta al proceso de modernización de la economía cafetera.

En este caso, los profesores y los estudiantes, al igual que los caficultores, buscaban apartarse de lo que consideraban indeseable, en este caso, donar tiempo y esfuerzo para educar, aprender y cuidar, en un contexto en el cual prima el intercambio de mercancías, es decir, la reciprocidad negativa (Sahlins, 1974, p. 213).

En estas circunstancias, la educación rural en esta región, al igual que las pequeñas fincas cafeteras, se convierten para estudiantes, familias, docentes y directivos en sinónimo de *economía*, es decir, *una posibilidad de conseguir con qué vivir*.

Al lograr que las formas modernas fuesen percibidas por los campesinos montañeros como mucho más relevantes que las tradicionales, el proceso de “modernización de la economía cafetera” contribuyó a devaluar y hacer imperceptibles aquellos atributos biológicos y culturales que sustentaron su existencia en el campo durante casi un siglo. Los mismos que, en la actualidad, Raúl se esforzaba en visibilizar entre sus coterráneos como tesoros comunes: *la gente, la biodiversidad, el agua la memoria colectiva*.

El gran cambio que genera la modernización cafetera y que está detrás de las desvinculaciones que hemos descrito, tiene que ver con que radicaliza la transformación de la idea de trabajo imperante en el campo. Este pasa de ser una necesidad impuesta por la naturaleza, para satisfacer necesidades particulares o comunitarias y eventualmente generar excedentes para adquirir algunas mercancías complementarias, a una producción abstracta de fuerza laboral, que se constituye como un fin en sí mismo para la sociedad. Como señala Kurz (1992):

La lógica de esa necesidad se invirtió en el sistema de producción de mercancías de la modernidad: en la medida en que las fuerzas productivas, a través de la industrialización y cientifización, detonan los límites y constricciones de la ‘primera naturaleza’, se vuelven una constricción secundaria aplicada inconscientemente sobre la sociedad. La forma social de reproducción de las mercancías se vuelve ‘segunda naturaleza’, cuya necesidad se impone a los individuos con la misma ceguera y exigencia que aquella ‘primera naturaleza’, aunque fuera creada socialmente. (Kurz, 1992: 41)

Esta transformación hace que se generalice la idea fetichista según la cual, el trabajo no se agota en el valor de uso que pueda tener, sino que, a través de él es posible generar ganancias y, en consecuencia, que el trabajo solo tiene sentido, en tanto contribuya a producir las formas de dinero y capital. A su vez, como dinero y capital tienen como propósito generar más dinero, en definitiva, son usados reflexivamente para remover las limitaciones que la sociedad y la naturaleza oponen a que tal cosa pueda ocurrir.

En ese contexto, las necesidades que antes se satisfacían a través de un tipo de trabajo socialmente imbricado, ahora sólo pueden realizarse a través de un trabajo orientado a la producción de plusvalía y, en consecuencia, el mercado deja de ser un espacio local para el intercambio de bienes de uso, y pasa a ser un espacio global para la conversión de mercancías (trabajo muerto) en dinero, un espacio en el que “el acceso a bienes de uso solo acontece como un fenómeno secundario del verdadero proceso esencial que se realiza en el nivel monetario” (Kurz, 1992, pp. 43-44).

Aquello significó que el dinero dejara de ser percibido como un mediador que facilitaba los intercambios, al representar el valor de los objetos que ponía en relación, y se fetichizara como poder real, a punto que los objetos y las personas pasaron a tener valor solo en la medida en que representen dinero.

Así, el proceso vital individual y social de las gentes del campo tiende a ser subordinado por entero a la producción y reproducción de acciones y objetos cuyo valor sea realizable en dinero, en la medida en que este se ha convertido en un medio que permite integrar las capacidades y acciones productivas de las personas en una totalidad contrastante, como lo es el mercado.

Esto hace que el dinero pase a ser percibido como una expresión del poder de las personas y de su nexos con la sociedad, es decir, la posibilidad de *valer algo* en ella. Por ende, el dinero se convierte en algo más importante, visible y valioso, que la sostenibilidad misma de la vida. En la misma línea, la formalidad escolar devino en más importante que la educación, a la vez

que, el consumo y el beneficio monetario, se hicieron más importantes que la producción y reproducción de cultura desde el campo.

Aquellos elementos disolventes de los vínculos comunes entre las gentes del campo y la naturaleza, al principio permitieron la expansión de las posibilidades y expectativas de vida y de consumo de las personas del campo, al superar las trabas que imponían las relaciones de producción tradicionales al uso del dinero y la producción de capital, pero luego, al cambiar las condiciones del mercado internacional del café, agudizaron la crisis de la “caficultura de montaña” y abrieron las puertas a nuevas formas de descomposición y recomposición social en el territorio.

8.5 El “oro del campesino” pierde sus atributos

“Todo el misterio de las mercancías, toda la magia y la nigromancia que rodea a los productos del trabajo en tanto que toman la forma de mercancías, tan pronto como llegamos a otras formas de producción, se desvanecen”.

Karl Marx (1975)

Vincular la realización del valor del café a su exportación a lugares remotos, tuvo como consecuencia que la agricultura se desligara de la cultura campesina local, fundada en un gran conocimiento empírico de los ecosistemas de montaña, el trabajo familiar y la solidaridad vecinal, al reemplazar los saberes tradicionales por los saberes técnicos producidos en centros de experimentación científica y priorizar el ánimo de lucro sobre la producción de modos de vida campesina.

Aquello generó que las consecuencias de la modernización de la economía cafetera no fueran exclusivamente “económicas” como usualmente se presentan, ya que la preeminencia de un valor en un lugar y en tiempo, no implica la desaparición de los demás, sino su subordinación, es por ello que, según Godelier (2000)

... los hombres no sólo viven en sociedad, sino que producen sociedad para vivir y para ello se requiere combinar tres bases: Hay que dar ciertas cosas, hay que vender o intercambiar otras y algunas hay que conservarlas en lo posible. (Godelier, 2000: 189)

En este sentido, si bien, con la modernización, se produjo una gran afectación en la diversidad biológica y cultural de la zona cafetera, en tanto los seres vivos visibles e invisibles que la constituyen, las cosas que les dan soporte y los modos de vida de las familias rurales fueron valorados como susceptibles de producir sólo en la medida en que generaran ganancias a corto o mediano plazo. También se desarrollaron procesos que desvalorizaron

lugares, prácticas y saberes campesinos, para subordinarlos a la reproducción de capital a través de la caficultura y, además, se preservaron algunos territorios, para garantizar el control estatal de lo que estratégicamente podría ocurrir en aquella región.

Este proceso tuvo su máxima expresión en los años ochenta del siglo XX cuando se delimitaron el PNN Tatamá y las zonas de protección ambiental. Ya que, al sacralizar su existencia como zonas de preservación de la naturaleza y sustraerlas de la explotación económica, tácitamente se delimitó el resto del territorio como explotable y, al desligar las prácticas de producción agrícola de las prácticas de reproducción y preservación biocultural, se desacralizaron las prácticas estratégicas, desarrolladas ancestralmente por los campesinos *montañeros* para garantizar la existencia productiva de los ecosistemas de montaña, tales como el cuidado de las fuentes de agua o el policultivo.

Estos cambios, desde la perspectiva de Jaime Vásquez, generaron a su vez una diferenciación jerárquica en el campo que daba prelación a los productores cafeteros sobre los campesinos tradicionales. Los primeros dedicados a la incorporación de paquetes tecnológicos a sus cultivos con el ánimo de maximizar sus ganancias y, los segundos, poseedores de saberes tradicionales relacionadas con el manejo de semillas, suelos y biodiversidad, los cuales fueron producidos a partir de la práctica, la observación y la experimentación meticulosa, desarrollada por las generaciones de campesinos que les antecedieron desde América, Europa y África (Jaime Vásquez, comunicación personal. Julio 22 de 2017).

Dicha diferenciación jerárquica, daba cuenta de la reestructuración que sufrió el sistema de niveles de valor imperante en aquella comunidad a través del proceso de modernización. Esto, dado que, los primeros empezaron a desarrollar prácticas que son más reconocidas y valoradas por los agentes del mercado mundial de los *commodities* y, consecuentemente, adquirieron mayor control e influencia sobre lo que ocurría en su localidad, en tanto desarrollaron la capacidad técnica y organizativa necesaria para ampliar el rango espacio-temporal y el volumen de sus intercambios, para poder realizar el valor de sus productos en mejores condiciones en el mercado mundial cafetero.

Caso contrario era el de los segundos, quienes desarrollaban acciones que, si bien podían tener valor en términos de asegurar la soberanía alimentaria, la conservación del medio ambiente y el cultivo de las tradiciones campesinas, no encontraban medios para ser reconocidas y valoradas en el marco de sentido planteado por el modelo agroexportador de la Federación a las poblaciones rurales.

Dicha situación entorpecía la posibilidad de que los campesinos tradicionales pudiesen incrementar su capacidad para establecer las alianzas y las obligaciones con otros, requeridas para preservar su modo de vida, reduciendo así sus posibilidades de interactuar con otros, cosa que complicó aún más las posibilidades de reproducción de dicho modo de vida.

La jerarquización establecida a través de proceso de modernización cafetera, al privilegiar un tipo de caficultura orientada a incrementar la “productividad” de las áreas sembradas de café a través de la utilización de modernas tecnologías agrícolas, indujo así, no sólo una escasez de medios para el logro de fines -en este caso formas de vida y de cultivo, lo mismo que de saberes y de personas- sino también de fines, ya que paulatinamente el propósito de las acciones de los caficultores se fue orientando primordialmente hacia la producción de ganancias. Al fomentar en el campo el establecimiento de relaciones impersonales de interdependencia entre los seres humanos y su entorno, relaciones pretendidamente "objetivas", formales y funcionales al ánimo de lucro y la acumulación de capital, se hizo innecesaria la presencia permanente de muchos campesinos en el campo o, que estos incorporaran a través de procesos de educación propia, la compleja red de saberes ancestrales sobre la naturaleza y la cultura local que eran necesarios para producir alimentos, mantener la cultura y vivir autónomamente en el campo.

De esta manera, la modernización también profundizó la separación entre agricultura y cultura campesina, ya que las labores agrícolas tecnificadas requieren de intervenciones puntuales en momentos específicos del cultivo, las cuales pueden ser contratadas con cualquier persona que sepa administrar los paquetes tecnológicos de la Federación, así no sepan realizar labores culturales de preservación de los suelos o control biológico.

Esto lo pude constatar en la hacienda “Atenas”, en donde a pesar de que don Everardo Echeverri se esfuerza por reconvertir su cafetal recuperando técnicas ancestrales, al conversar con algunos de sus trabajadores, ellos decían *sentirse mal por aplicarlas*. Incluso a pesar de que allí les pagan por jornal y no por kilo recolectado, porque suponen que están *descuidando el cafetal*, al no aplicar las tecnologías que aprendieron con los técnicos de la Federación, para su manejo (Diario de campo visita a la Hacienda “Atenas”, abril 26 de 2016).

Al minimizar la importancia de los saberes locales y de las condiciones ambientales, la modernización cafetera propició un desarraigo progresivo de la caficultura con los modos tradicionales de vida campesina. Esta situación ha hecho que en el negocio cafetero ya no importe mucho quien se dedique a la producción de café, siempre y cuando aprenda y esté dispuesto a aplicar los paquetes tecnológicos diseñados por la Federación para cumplir con

los estándares internacionales impuestos por las grandes cadenas procesadoras y comercializadoras de café a nivel mundial como Phillips Morris, Procter & Gamble y Nestlé.

Dicha situación ha producido así, una especie de campesino sin atributos, cuya existencia en el campo sólo cobra valor, en tanto participa de la caficultura tecnificada en calidad de productor o recolector del grano.

Estas maneras de actuar, aparentemente racionalizadoras de la actividad agrícola, a la larga ha hecho vulnerable a la caficultura colombiana frente las decisiones de las grandes compañías que controlan la comercialización del grano y manipulan el mercado para mantener los precios de compra al productor en los niveles más bajos posibles.

Una muestra de ello fue la decisión que tomaron estas compañías en los años 80 (Guthman, 2002, pp. 304-307) al asumir el café como “un commodity”, es decir una materia prima genérica, sin atributos particulares, un bien homogéneo sin calidad y refinación, que se paga en relación con la “productividad” de quien la produce o procesa, es decir, a su capacidad para maximizar la producción de café, minimizando sus costos de producción. Una fórmula que beneficia ampliamente a los procesadores, quienes se apropian por competencia, de la mayor parte del valor de cambio global que genera el café.

Según la economía formal, el valor de cambio de una mercancía se determina a partir de una triple consideración: sus cualidades intrínsecas, su escasez y el deseo que despierte en los consumidores. Al asumir el café como un commodity, las corporaciones multinacionales hicieron intrascendente la primera consideración, con lo cual redujeron la posibilidad de que se produjeran bonanzas para los productores, cuando el café escaseaba en ciertas regiones debido a cambios climáticos y, se encargaron de potenciar el deseo de consumo de café a través de sus redes de marketing y aplicando tecnologías de punta maximizaron la “productividad” de sus procesos de industrialización y comercialización de café y sus derivados.

Es por ello que la “*commoditificación*” del café limitó la capacidad de negociación de los países productores, lo cual conllevó a la ruptura del Pacto Mundial Cafetero. De repente, el hecho de que el Café de Colombia fuera “el mejor café suave del mundo” dejó ser considerado un atributo socialmente relevante que contribuyera a la valorización comercial de los granos que se exportaban, su capacidad para convertirse en oro y producir bonanzas se vio seriamente disminuida y los productores de café se vieron entrampados por las exigencias de los compradores.

Arévalo (2017), reconocido consultor internacional de café señala al respecto:

... Luego de estar trece años trabajando como consultor en la industria del café, he aprendido que la ‘calidad’ siempre será subjetiva. En últimas, el café es un negocio, no una ciencia. Puedes tener en cuenta factores medibles como el tamaño, el nivel de humedad y los defectos, pero la calidad siempre estará definida por las expectativas del consumidor y las capacidades del productor para cumplir con ellas. En otras palabras, la calidad del café es un acuerdo de palabra entre el vendedor y el comprador... (Arévalo, 2017)

Este cambio en las reglas de juego puso a países productores a competir entre sí, para incrementar la producción y compensar la constante disminución de los precios al nivel del productor en los mercados internacionales, que contrasta con el precio creciente del café al menudeo, un fenómeno que Ponte (2002) denominó la “paradoja del café”.

En Santuario estos acontecimientos se tradujeron en la introducción de nuevas variedades híbridas de café más productivas y resistentes a las plagas como la variedad Colombia y la variedad Castillo®, cuyos frutos una vez cosechados, me decía don Everardo Echeverri, se entremezclan en los depósitos de café con los de las otras variedades cultivadas en el municipio (Caturra, Típica y Borbón), e incluso con cafés orgánicos que no encuentran otra posibilidad de realizar su valor, para ser empacados en sacos que identifican genéricamente su contenido como “Café de Colombia”. (Diario de campo visita a la Hacienda “Atenas”, abril 26 de 2016)

Esta imagen pone de relieve que la “commoditificación” tanto del café como del trabajo de los campesinos, lleva implícita la reducción de los productos generados por los caficultores a una medida común, que los priva de toda cualidad intrínseca, a la hora de comercializarlos. De tal forma que, indistintamente de la especificidad del trabajo concreto que utilizaron para producir el grano, al momento de intercambiarlo por dinero, ya sea en la tolva de la finca cafetera, a la que acuden los cosecheros para pesar y juntar los granos recolectados a lo largo del día o en los depósitos de café, a donde acuden los productores a vender su café despulpado y seco, este sólo importa en su faceta abstracta, es decir, en tanto gasto de energía, sin consideración a sus contenidos y a sus consecuencias.

Así, por ejemplo, el cosechero que ha trabajado toda su vida recolectando café de manera cuidadosa, podría constatar en el mercado de trabajo, que el tiempo que dedica a tal actividad, de repente no vale tanto en esta, como en la cosecha pasada, o el caficultor que despliega su saber agroecológico para producir café, puede encontrar que se lo compran al mismo precio que el café que no ha sido cultivado con esos cuidados.

En ambos casos la razón puede ser la misma, la concurrencia en el mercado cafetero de cafés proveniente de países que han logrado hacer más productivo este tipo de trabajo gracias

a la implementación de nuevas tecnologías, que gozan de condiciones topográficas que facilitan la mecanización de algunos procesos productivos o, en su defecto, países en los que las relaciones laborales son altamente desfavorables para los trabajadores, al punto de reducir el porcentaje de participación de la “mano de obra” en los costos de producción cafetera por debajo del existente en Colombia.

Estas decisiones han venido apartando la caficultura tecnificada, de los pequeños propietarios y desmotivando a los cosecheros tradicionales. Esto porque la caficultura tecnificada requiere cada vez más inversiones de capital que, si bien se traducen en un incremento en la fuerza productiva del trabajo que se aplica al cultivo y reduce la cantidad necesaria del mismo para la producción de café, también reduce la magnitud del valor de cambio que puede obtener dicha mercancía en el mercado (Marx, 2016).

Sin embargo, la “caficultura de montaña”, al depender de la recolección manual de su cosecha impuso límites a la implementación de la tecnología mecánica e informática, una situación que ha tratado de ser superada con innovaciones genéticas, las cuales cada tanto revelan las limitaciones de las semillas producidas en laboratorios para adaptarse a las condiciones ambientales que el mismo modelo monocultor ha producido en la zona.

Esta situación hace que la recolección artesanal del grano, a pesar de ser una actividad a través de la cual los recolectores perciben sólo 75 dólares semanales durante las cinco semanas de cosecha anuales, represente para los caficultores entre el 40% y el 80% de los costos de producción (Duque, H. & Dussán, C. 2005).

Para 2017, según me contaban algunos cafeteros y comerciantes del pueblo con los que consulté al respecto mientras se desarrollaba la cosecha, en Santuario, a un recolector en temporada de cosecha le pagan \$500 por kilo recolectado. Un recolector promedio cosecha entre 80 y 90 kilos de café, lo que les representa unos \$225.000 semanales si se tiene en cuenta que trabajan cinco días a la semana (Diario de campo conversaciones con cafeteros y comerciantes del pueblo, 25 de noviembre de 2017).

Mis informantes precisaban que esa información podía variar de finca en finca e incluso de lote en lote de cultivo, ya que la recolección del grano es una actividad sometida a múltiples contingencias, tales como el estado y la edad del cafetal, el clima, la habilidad del cosechero para escoger los granos, la pendiente de la ladera en la que esté sembrado el cultivo, de tal modo que hay días o semanas en los que pueden ganar más o menos (Diario de campo conversaciones con cafeteros y comerciantes del pueblo, 25 de noviembre de 2017).

Pude percatarme de estas variaciones de manera indirecta en el año 2016, cuando acompañaba una salida pedagógica de la profesora Maribel y sus estudiantes de segundo de

primaria a una finca cafetera en el marco del proyecto “los insectos del cafetal” en la vereda la “Baja Esmeralda” (ver ilustración 21).

Aquel año había sido particularmente seco, así que no había llovido lo suficiente como para que los granos de café tuviesen un buen tamaño y la mayoría de los cafetales del municipio estaban infestados de broca.

La profesora se detuvo frente a unos cafetos que estaban afectados por aquella



Ilustración 21. La profesora Maribel enseñando a sus estudiantes el comportamiento de la broca del café. Fuente: Fotografía del autor.

plaga, tomo uno de los granos y les mostró a sus estudiantes el agujero a través del cual el insecto se inserta en ellos. A continuación, les explicó que este animal devora el interior del grano, haciendo que el café pese menos, aunque conserve su volumen externo y de cómo la sequía era propicia para que se multiplicara en los cafetales. En ese momento, una de las estudiantes, hija de un cosechero, realizó un descubrimiento que le produjo mucha emoción: *¡Ya sé porque a mi papá les están pagando más poquito, es porque el café está brocado!*

Que el café estuviese brocado y aun así pagaran por él, era una muestra de la creciente pérdida de atributos que estaba teniendo el “oro del campesino” y además ponía en evidencia que el carácter artesanal de la recolección se constituye la mayor fuente de valor de este tipo de café, algo que paradójicamente se convierte en su talón de Aquiles en un mercado de productos sin atributos como el de las commodities, en el que lo importante es vender grandes volúmenes al precio más bajo posible.

En consecuencia, un recolector se ve obligado, al final de las cinco semanas de cosecha, a migrar a otros lugares del país para buscar nuevos productos que cosechar, y él pequeño caficultor usualmente debe endeudarse para cultivar de nuevo, con la esperanza de que en el momento de la cosecha, los precios de compra del commodity que produce sean suficientemente altos como para que las ganancias que obtiene de ella le alcancen para cubrir sus deudas, satisfacer las aspiraciones de vida y de consumo de su familia y con suerte, seguir cultivando y preservando su propiedad.

En este contexto, una mala cosecha o una baja en los precios internacionales puede significar para el cosechero una merma en los ingresos que recibe como pago a su trabajo y para un pequeño productor puede significar verse obligado a vender su tierra a propietarios

más grandes para saldar sus deudas, o entregarlas al banco, como lo denunció, a través de pasquines, el Movimiento Nacional Cafetero durante el Paro Nacional Cafetero del 2013 (ver ilustración 22).

Así las cosas, cada vez que un caficultor siembra café o zoquea, trata de maximizar la producción de grano por hectárea para incrementar su ganancia a corto plazo.

De esta manera reafirma la utilidad de

monocultivar con semillas experimentales y consumir agrotóxicos y fertilizantes cuyo efecto en ecosistemas de alta biodiversidad es incierto.

Una reafirmación que puede poner en riesgo la existencia de zonas estratégicas para la preservación de la vida en estas montañas, como los nacimientos de agua, o pasar por alto, prácticas tradicionales para la preservación de los finos equilibrios ecológicos que, en estos trópicos, contribuyen al control de las plagas, el mantenimiento de la fertilidad de los suelos y la polinización de los cultivos.

Adicionalmente, en cada nueva cosecha el recolector trata de maximizar la cantidad de café que recoge, desatendiendo los cuidados fitosanitarios que hay que tener para evitar la propagación de plagas, como recoger los granos que caen al suelo, por ejemplo, contribuyendo a la larga a incrementar el uso de agrotóxicos y, en consecuencia, los costos de mantenimiento del cultivo (Diario de campo conversaciones con cafeteros y comerciantes del pueblo, 25 de noviembre de 2017).

Por eso, a pesar de cada siembra y renovación de cafetales supone para los caficultores una empresa en la que corren todos los riesgos ambientales y financieros. Dado que no tienen control sobre ninguna de las variables que inciden en el precio internacional del café que cultivan, y no pueden reducir el costo de la mano de obra tanto como lo han hecho los países que poseen tecnologías de recolección automática, siguen entrampados tratando de hacer surgir de sus propiedades ese “oro del campesino” del que tanto se beneficiaron y que ahora los tiene al borde de la quiebra.

Ellos hacen parte de esa generación de “empresarios cafeteros” que incorporaron tan profundamente las disposiciones de la Federación para hacer caficultura moderna, los que a juicio de Raúl *morirán quebrados, viejos y tercos*, incapaces de reorientar sus prácticas habituales de cultivo, por más que constaten en cada cosecha que ningún incremento en la



Ilustración 22. Panfleto que circuló durante el paro cafetero de 2013. Fuente: Fotografía del autor.

producción de café logrará hacer que este vuelva a convertirse en el “oro del campesino” que tantos beneficios les produjo.

La *terquedad* de estos caficultores está detrás de la queja de Raúl de que, en Santuario *cada mini bonanza se convierte en una nueva catástrofe ambiental*. Tal actitud, me hizo evocar el análisis que hace Bourdieu (1997), sobre la expresión “la nobleza obliga” cuando expresa:

(...) el *habitus* del noble dirige -en su doble sentido- sus prácticas y sus pensamientos como una fuerza -‘es más fuerte que yo’-, pero sin obligarlo mecánicamente; asimismo guía su acción como una necesidad lógica -‘No se puede hacer otra cosa’ ‘no puedo hacernada más’-, pero sin imponerse a él como si aplicara una regla o se sometiera al veredicto de una especie de cálculo racional. (Bourdieu, 1997: 211)

En el caso de estos caficultores, su *terquedad* sería la expresión de ese *habitus* empresarial cafetero que han incorporado a lo largo del proceso de modernización, a partir del cual dirigen sus prácticas y sus pensamientos como una fuerza, sin sentirse obligados a hacerlo, de tal forma que perciben sus acciones como necesarias y lógicas, aunque sus resultados no dejen de ser adversos.

Con el paso del tiempo esta *terquedad* ha empezado a afectar peligrosamente los recursos estratégicos para el sostenimiento de la vida en el municipio, como el agua, las prácticas y saberes ancestrales en relación con la naturaleza o el manejo de semillas.

La ilusión de que las bonanzas regresarán algún día, hace que cuando se presente alguna mejora en los precios del café, muchos animales, plantas y nacimientos, que, siendo útiles en el campo, no producen ganancia o limitan la obtención de esta a corto plazo, son arrasados, como decía Raúl, para sembrarlo *hasta en la pata de la cama*.

No obstante, como señalaba en párrafos anteriores, el café es la única mercancía legal, que, de acuerdo con la experiencia de los caficultores, tiene asegurada la realización de su valor en los mercados de productos agrícolas.

En tales mercados, estos caficultores compiten con otros como ellos que, desde otras latitudes del planeta, se esfuerzan diariamente, sin saberlo, para maximizar los beneficios de los tostadores y comercializadores, los nuevos alquimistas que logran convertir los granos de café en “oro” para sí, a través de sofisticadas campañas de marketing y estrategias oligopólicas que someten a los cultivadores a la condición de productores estandarizados de un commodity igualmente estandarizado.

Al tener como propósito principal la producción de ganancia antes que la sostenibilidad del modo de vida cafetero, esta manera de producir y comercializar café terminó haciendo

que la producción cafetera fuera presa de las adversidades ambientales que ella misma generó.

En la actualidad, en el marco de la desregulación de los intercambios económicos entre países que se generó con la ruptura del Pacto Mundial de Cuotas y de la expansión de la producción de café en el mundo, este modelo de caficultura se muestra incapaz de soportar las modificaciones que ha hecho en su propio entorno, lo mismo que de mantener su valorada capacidad para convertir el café en oro a



Ilustración 23. “El café sigue en Crisis”. Fuente: caricatura de Homez con motivo del Paro Cafetero de 2013.

los ojos de los campesinos -lo que los economistas denominan “rentabilidad”.

Los caficultores han terminado así, siendo víctimas de su propio éxito, como lo ilustra Homez en su caricatura de 2013 (ver ilustración 23), ya que la expansión mundial de la producción de café fue posible, precisamente porque al desvincular su producción de la naturaleza y de la cultura, el modelo del monocultivo pudo replicarse en diferentes países del mundo que tradicionalmente no eran cafeteros y que pueden pagar el trabajo campesino de manera más precaria que en Colombia.

En su afán de mantener y elevar sus beneficios, los empresarios cafeteros, indiferentes a las consecuencias de sus acciones en el entorno, cayeron en el juego de incrementar la “productividad” de sus cultivos de montaña, produciendo una cantidad cada vez mayor de café que, a pesar de consumir cada vez más recursos naturales, representa una masa que reduce constantemente sus capacidades de realizar su valor como dinero.

Esto contribuyó, sin saberlo y sin poder impedirlo, a la disminución de la masa global de valor de cambio asociada al café y, en consecuencia, de plusvalía y, por consiguiente, de su beneficio. El impacto monetario de tales cambios es ilustrado por la organización *Café for Change* al señalar que

... Nestle, JDE - JAB Holdings, Volcafe, NKG, ECOM, ELAM, Starbucks, Illy, Lavazza, pagan ahora (2018) a los cada vez más pobres caficultores hasta 60% menos por libra de café, en términos reales, que en 1983. El precio actual del café llegó a tan solo 1.17 dólares por libra lo que equivale a 0.48 dólares de 1983. El precio en 1983 era de 1.20 a 1.40

dólares por libra, monto que ajustado a la inflación sería hoy 2.95 a 3.44 dólares por libra. El mal llamado ‘café certificado’, ‘Comercio Justo’, ‘UTZ’ y ‘Rainforest Alliance’ tiene un precio por libra para el caficultor 50% inferior al que le pagaban hace 34 años, en 1983, entonces sin el costo de la falsa certificación. (Morales-de la Cruz, Fernando, 11 de marzo de 2018)

La caída de ingresos para los caficultores ha hecho que, en la actualidad, la acumulación de capital a través de la producción de café en lugares como Santuario, se mantenga a través del crédito, la especulación y la explotación de los trabajadores, es decir, que los incrementos de “productividad” en la economía real, terminan afectando los rendimientos que los caficultores reciben por sus inversiones. Es por ello que, para continuar produciendo café, terminan atados a sistemas de endeudamiento, lo que, a su vez, aumenta la presión explotadora sobre el último eslabón de la cadena, los cosecheros.

El proceso de modernización de la economía cafetera, sometió la vida rural al principio de la “rentabilidad”, convirtió el dinero en mediación universal, introdujo en ella un modelo escolar orientado a la reproducción de la vida urbana, el cual fue reforzarlo por el incremento de la capacidad de compra de los campesinos, el despliegue de los medios de comunicación urbanocentrados y la inversión de la Federación en infraestructura y un pronunciado distanciamiento generacional con respecto a las actividades agrícolas, que se refleja en la actualidad en las enormes dificultades que experimentan los caficultores, para realizar un relevo generacional en sus actividad.

Todo aquello, en el marco de un mercado mundial cafetero regulado que operó como universo de sentido y valorización a las acciones de los caficultores, contribuyó a debilitar la capacidad de los campesinos para vivir de manera relativamente autosuficiente en el campo, al profundizar la dependencia de este con respecto a los centros urbanos nacionales e internacionales.

Así las cosas, las bonanzas cafeteras, que propició la modernización y que terminaron con el cambio de reglas de juego en el mercado mundial del café, generaron las condiciones para que mucha gente abandonara la actividad cafetera y migrara buscando mejores oportunidades para adquirir ese “oro” con el que representaban la riqueza y que había dejado de estar asociado a la producción de café.

Aquello se convirtió en un bumerang, especialmente para los dueños de medianas y grandes fincas cafeteras, los cuales, como señalaba Raúl en una de nuestras entrevistas, *siempre pensaron que iban a tener mano de obra cautiva, que la gente no se les iba a ir.* En

la actualidad, la población rural del eje cafetero no pasa del 20% del total y desde 1991 ha sido la única región del país en la que dicha población no para de descender.

En su afán de controlar el territorio a través de la posesión de la tierra, sin asumirla completamente como un medio de producción, estos caficultores terminaron entrampados en un negocio en el que, como señala el dirigente cafetero Guillermo Trujillo: “no genera acumulación de capital, pues da solo para la subsistencia. La finca de café no da para satisfacer las necesidades del trabajador y del dueño, eso sólo sucede cuando trabajador y dueño son la misma persona” (Correa, Ricardo, 2013).

No obstante, lo señalado por Trujillo, para que la finca cafetera pueda garantizar la subsistencia de sus propietarios, deben existir algunos factores adicionales, tales como la existencia de una propiedad ni demasiado grande, ni demasiado pequeña, unas condiciones ambientales óptimas y una dinámica de vida campesina capaz de diversificar su producción para enfrentar las fluctuaciones de precios y una escuela con capacidad para dotar de significado la vida rural en el contexto contemporáneo para las nuevas generaciones. Como ocurre en departamentos como el Huila, Cauca y Nariño, los cuales están experimentando un florecimiento de la caficultura a través de los “café especiales”, como lo reportan, tanto los expertos en caficultura, como muchos de los recolectores que vienen a Santuario en temporada de cosecha.

En el territorio santuareño del PCC ocurre justamente lo contrario: la diversidad biocultural se deteriora, los latifundios crecen, y los minifundios se dividen generando microfundios insostenibles en la lógica monocultora, orientada a la exportación de café “Tipo Federación”. Esta es una tendencia general en las antiguas regiones cafeteras, incluso en Risaralda, el departamento con menor concentración de propiedad de la tierra en el eje cafetero, que pasó de tener un índice de concentración de Gini de propietarios de 0,80 en 2000 a 0,83 en 2009 (PNUD, 2011).

Por ello, al hablar de “crisis cafetera”, deberíamos hablar más precisamente de “crisis del proceso de modernización de la economía cafetera”. Es decir, una crisis del modelo de valorización de la “caficultura de montaña” que no sólo afecta a los caficultores, sino también a todas las instituciones legitimadoras del mismo, incluida la escuela rural.

Una crisis que, a pesar de haber expuesto sus fetiches y sus limitaciones ambientales, no ha logrado desencantar a los caficultores, los cuales persisten en mantener viva esta forma de hacer agricultura y, con ella, una forma de integración social fundada en la tenencia de la tierra, el control territorial de la población y la participación en el mercado mundial cafetero,

así como por el *sesgo*, del que hablaba Raúl, el cual solo permite entender la riqueza como producción de beneficios monetarios.

La *terquedad* de estos caficultores no les permite dimensionar el alcance que tienen en su actividad las transformaciones demográficas, migratorias y educativas que experimenta su territorio, así como, las complejas implicaciones que está teniendo la reconfiguración del mercado del café como totalidad que da sentido y valor a sus acciones en el campo.

Tales cambios los presionan, a pesar de su *terquedad*, a buscar alternativas para el uso de su tierra. Alternativas que se adecúen a la reestructuración de los niveles de valor que empiezan a experimentarse en su territorio.

Dichas presiones no solamente han obligado a muchos caficultores a asumir otras formas de producir café y sacarles provecho a sus productos asociados, sino que también, como señalaba uno de los caficultores con los que hable en la plaza, *que hayan tenido que revolverle “otras cosas” a la caficultura para mantenerse* (Diario de campo, conversaciones con caficultores en la plaza, 24 de septiembre de 2015).

Una afirmación que aludía al hecho que, aprovechando la crisis, diversos grupos de narcotraficantes colonicen los remanentes legales de la deteriorada economía cafetera y parasite en su beneficio, las redes familiares e institucionales asociadas a ella. Así como también, la emergente industria turística y el floreciente mercado de bienes raíces.

Un fenómeno que autores como Márquez (2001), Mejía *et ál* (2002), Forero, (2012) y Rettberg, (2017) han registrado, como asociado con el lavado de activos, el tráfico de personas, la expansión del mercado interno de la droga, el control de corredores estratégicos para el tráfico y la producción, así como el reclutamiento de mano de obra para las actividades ilícitas.

Otra cara de la crisis se expresa en los hechos identificados por la maestra Diana, de que, para muchos profesores, *la educación no es lo más importante*, que la vean como *un trabajador, una posibilidad de conseguir con que vivir* o que algunas rectorías de instituciones educativas rurales sean asumidas como *jubiladeros*.

Dichos comportamientos, sumados a la desvinculación generada desde las escuelas rurales y la extensión rural en las relaciones existentes entre las personas y su entorno campesino y la dependencia generalizada del dinero para garantizar la vida en el campo, ponen de manifiesto, las consecuencias del éxito que tuvieron las políticas educativas desarrollistas agenciadas en el marco de la modernización cafetera.

La efectiva implementación de tales políticas logró reconfigurar, no sólo el sentido del valor del café y de la caficultura en la región, sino, además, las posibilidades de realización

del valor del trabajo, el saber y en general, sesgando la producción de riqueza hacia la generación de mercancías y valor de cambio. Algo que, a su vez, limitó la posibilidad de que, a través de los procesos educativos formales e informales que se despliegan en el campo, se pudiese seguir produciendo de manera autónoma, esas riquezas que habían redescubierto en su experiencia los “Gallitos de Roca”: *la biodiversidad, el agua, la gente, la memoria colectiva*.

9. CAPÍTULO V. UN PAISAJE CULTURAL PERFORMADO POR EL VALOR

“La instauración de las divisiones sociales es la clave”.
Godelier (Mayr, Guillermo, 4 de enero de 2011)

“El control del sistema económico por el mercado [...] significa simplemente que la sociedad es gestionada en tanto que auxiliar del mercado”.
Karl Polanyi (2003, p.27)

La crisis que hoy tienen los caficultores no parece tener salida fácil, ni a corto plazo. Es por ello que en la actualidad hay un consenso en el mundo cafetero en relación con que su actividad necesita *cambiar de chip* como señalaba Arango. Sin embargo, realizar este cambio no depende sólo de la adopción de un nuevo discurso, sino el replanteamiento del modo de valorizar la “caficultura de montaña”, de tal forma que haga posible la renovación de las prácticas de diferenciación social, de las que habla Godelier (Mayr, Guillermo, 4 de enero de 2011), en el territorio santuareño.

Aquello supone un rediseño de las formas de apropiación jurídico-ideal de la naturaleza y la cultura desde parámetros distintos a los generados por la modernización cafetera, pero también, de las formas de integración social y de los fetiches heredados desde los tiempos del Frente Nacional, los cuales, como vimos, a pesar de su crisis, continúan operando inercialmente en diferentes ámbitos de la vida de los pobladores del campo, dando sentido a sus acciones y generando sentidos de pertenencia.

Tal rediseño involucra una intervención sobre las formas de vida de las personas que habitan estos territorios, en tanto, como señala Mauss (2009), si bien la propiedad, el derecho, la organización social, la moneda o el valor son hechos sociales, hechos reales que corresponden a la estructura real de la sociedad, estos no existen fuera de los individuos y de las sociedades que los crean, los hacen vivir y viven de ellos.

Es precisamente por esto último que, el ansiado cambio de *chip*, por el que se aboga desde la institucionalidad del PCC, también implica el reposicionamiento de los agentes institucionales públicos y privados en nuevos arreglos sociales, así como la institucionalización de nuevos universos de sentido, que entren a operar como marcos interpretativos de lo que se hace, se produce y se desea en la región.

Lo anterior supone instituir condicionamientos en los niveles más bajos de la cadena de producción y realización de valor y, tramar un campo social con la suficiente “fuerza performativa” (Yúdice 2002, p. 17), como para normalizar los comportamientos y

conocimientos de los habitantes del campo, en sintonía con las nuevas dinámicas de acumulación de capital que introduce el capitalismo cognitivo y financiero.

En el presente capítulo daremos cuenta de cómo se está estructurando dicho proceso en el municipio de Santuario y su relación con la escuela rural.

Para ello seguiré las trayectorias de diferentes actores locales, regionales e internacionales, anudados en torno al desarrollo de los proyectos gubernamentales, académicos y empresariales, para revalorizar la cultura cafetera de montaña, así como para reconfigurar los niveles de valor y el universo de sentido en torno al cual se está *performando* el PCC.

Igualmente, describiré los procesos de transformación que experimenta la escuela en el contexto de las nuevas apuestas de valorización de la “caficultura de montaña” en la región. En particular, las maneras en las que la educación se articula y asume la valorización en marcha, en la medida en que los profesores se preguntan por el futuro que proyecta el PCC para esta región y el lugar de los niños y jóvenes en esa proyección.

Para ello analizaré cómo se complejizan las experiencias de los “Gallitos de Roca” a medida que se involucran más profundamente en los procesos de valorización patrimonial del PCC. Igualmente analizaré la manera en que, desde el INSA, se asume la introducción de nuevas agendas educativas que, desde instancias nacionales y regionales, presionan a los docentes para reconfigurar sus prácticas educativas tradicionales y contribuyen desde la informática, el manejo de lenguas extranjeras y el emprendimiento, al fortalecimiento de las cadenas de producción de valor que se están configurando en la región.

9.1 El nuevo *chip*

Una valla en medio de un cafetal cercano a la entrada de casco Urbano de Santuario, anuncia que en el municipio hace presencia desde 2010 la multinacional Nestlé con su “Plan Nescafé”

En desarrollo de dicho “Plan”, varias fincas cafeteras de Santuario participan de él y la compañía ha puesto en el mercado un café instantáneo denominado “Nescafé Artesano Santuario” (ver ilustración 24), publicitado ampliamente como “café de origen místico” (Versus comerciales –productora-, 2017a), que reúne los atributos culturales y naturales de la región del Tatamá.



Ilustración 24. Publicidad de Nescafé Santuario.
Fuente: Versus comerciales –productora-, 2017a

Su existencia ha causado revuelo entre la diáspora santuareña que lo compra asiduamente cada vez que vienen a visitar su pueblo, y entre los locales, que se regocijan de que su municipio aparezca representado de esa manera en las pantallas. Sin embargo, nadie sabe a ciencia cierta si el café que envasan efectivamente



Ilustración 25. Publicidad de Nescafé Santuario. Fuente: Versus comerciales –productora-, 2017a

es producido en el municipio, ya que se sabe desde hace tiempo que los cafés instantáneos producidos en Colombia suelen ser mezclas de “pasillas” de café nacionales e importadas, con los cafés que no tiene la calidad para ser exportados (Domínguez, Juan Carlos. Marzo 18 de 2013).

Para generar confianza en el Plan y en la nueva marca de café, la compañía logró que el historiador Jaime Vásquez participara de un video promocional de la misma (Versus comerciales –productora-, 2017b), el cual se filmó en el municipio con el beneplácito de las autoridades municipales. En dicho video Jaime, después de afirmar que la suya es *una tierra*

mágica donde el que llega encuentra futuro recordar cómo los colonizadores trajeron consigo la cultura del café, afirma que el café promocionado que está tomando es ¡*delicioso!* (ver ilustración 25).

Igualmente, Rosa Restrepo, una reconocida ambientalista santuareña que trabaja con el sistema de Parques Naturales Nacionales, fue contratada por la compañía como la imagen promocional del nuevo producto. Su imagen aparece en la etiqueta de los frescos de aquella marca encarnando a una mujer cafetera beneficiaria del “Plan Nescafé” (ver ilustración 26).



Ilustración 26. Publicidad de Nescafé Santuario. Fuente: Fotografía del autor.

A nivel local, la campaña publicitaria del nuevo café instantáneo se expresa, con un mural alegórico a los atributos bioculturales del municipio, pintado en una de las paredes exteriores del INSA por una

ONG del municipio con el patrocinio de Nescafé, algunos establecimientos del pueblo y los aportes de algunas familias (ver ilustración 27).

En él se destaca en el centro la imagen de Rosa Restrepo que aparece en la etiqueta. En el extremo izquierdo del mural aparece una mujer negra vendiendo fruta en medio de un



Ilustración 27. Mural Nescafé Santuario. Fuente: Fotografía del autor.

cañal y en el derecho, una mujer Emberá cargando un canasto y rodeada de montañas y animales. Todas ellas aparecen rodeadas por imágenes representativas de la fauna y flora que puebla el macizo del Tatamá.

La elección de estos actores y escenarios da cuenta del giro que pretenden darle a la “caficultura de montaña” este tipo de organizaciones, con el apoyo de las instituciones políticas pertinentes, para incrementar el valor de cambio de sus productos tradicionales y los nuevos que emerjan, en el marco del capitalismo cognitivo.

De la imagen genérica del campesino paisa colombiano que encarnó “Juan Valdez”, se pasa a una mujer ambientalista de un municipio cafetero específico que está incluido en la declaratoria de la Unesco como Patrimonio Cultural de la Humanidad, acompañada de una mujer indígena, y del profesor Yarumo, representación de los técnicos de la Federación, se pasa a un historiador local que da fe de la excepcionalidad del lugar al que hace referencia la nueva marca.

Ambos movimientos buscan asociar el café con atributos culturales y ambientales de carácter local, pero reconocibles en los medios de manera universal. De esta forma, se abre la posibilidad de diferenciar el café colombiano de montaña según su origen, con lo cual se amplía el mercado cafetero con “nuevas” experiencias de consumo.

El “Plan Nescafé”, hace parte de estos esfuerzos por configurar “clusters” en torno a la “caficultura de montaña” que se practica en Risaralda y, es presentado formalmente como una iniciativa para “facilitar vidas más sanas y felices para las personas y las familias, y ayudar al desarrollo de comunidades prósperas y resilientes” (Nestlé, Good Food, Good Life, 2018).

A través de dicho Plan, la multinacional busca desarrollar el “capital social” y “humano” que necesita para sus operaciones, a la vez que fortalece su capacidad para controlar la cadena de valor del café desde antes de la siembra hasta la taza.

Dicha corporación prevé, fundamentada en un estudio del instituto Australiano del Clima (The Climate Institute. August 29, 2016), que hacia el 2080 las variedades silvestres de café arábica que crecen en las áreas boscosas de las montañas, podrían desaparecer a causa de la deforestación y la propagación de enfermedades y plagas letales, como la roya o la broca, así como por el deterioro de los suelos, debido al uso intensivo de agrotóxicos.

Este fenómeno, asociado con las dificultades que se están presentando en el relevo generacional de las personas dedicadas a la “caficultura de montaña”, podría acarrear que el tipo de café que se produce de esta manera, escasee en el mundo.

Oficialmente, dicho Plan busca propiciar la “Creación de Valor Compartido” en torno a la caficultura. Por ello, Nestlé apuesta a incorporar a los productores de café a sus cadenas transnacionales de producción de valor de cambio, utilizando a su favor la progresiva regulación que se despliega sobre los procesos de producción de café.

Para lograrlo se ha comprometido a capacitar a los caficultores en lo que denomina “buenas prácticas agrícolas”, para garantizar a futuro, que al menos 30 millones de hogares en diversas comunidades a nivel mundial estén conectadas a sus actividades de negocio y se comprometan a gestionar los recursos naturales, en especial el agua, para que las generaciones futuras puedan seguir produciendo café.

Un segundo compromiso de esta corporación es la de propagar y distribuir millones de plántulas plantas de café de alto rendimiento, genéticamente manipuladas, para que sean resistentes a las enfermedades y los agroquímicos con las que se controlan las plagas.

Un tercer compromiso, es comprar el “café verde”, es decir, seco y trillado, listo para su tostión y procesamiento en las empresas de la compañía, lo que asegura que los productores continúen siendo abastecedores de una materia prima sin atributos

El “Plan Nescafé” que anuncia la valla en la entrada del pueblo, es entonces, a la vez, un reconocimiento de que la caficultura como se conoce no recuperará su “rentabilidad” y un anuncio de las nuevas estrategias de valorización que se están gestando en torno a una “caficultura de montaña” amenazada, entre otras cosas, por una crisis ambiental inevitable.

El problema es tan serio que, la Federación está flexibilizando sus posiciones en asuntos que en otros tiempos eran lineamientos inamovibles, como el cultivo a libre exposición, al admitir que no debe ser una regla universal para el cultivo intensivo de café, sino que, su

implementación debe depender de las condiciones ambientales en las que se cultive el grano (Baker, P., & Duque, H. 2007).

La Federación también ha aceptado, desde el 2015, reducir su control sobre la producción y la comercialización del grano, al reconocer oficialmente la existencia de otras formas de organización cafetera, como las asociaciones de productores de “café especiales” y, autorizar que, además del café tipo exportación, también se exporte café de baja calidad, denominado pasilla.

El evidente deterioro de los suelos ha llevado a que la Federación acepte también que, muchas de las prácticas agrícolas que promovió, generaron una grave afectación al entorno y parece esforzarse por contrarrestarlos. Por ello, por ejemplo, ha patrocinado proyectos marginales de recuperación de fuentes de agua y el establecimiento de corredores biológicos entre los mojones de bosque que aún subsisten en el territorio. La Federación también ha patrocinado estudios sobre el impacto ambiental de la caficultura (Botero, J., Lentijo, G., & Sánchez, L. 2014), los cuales, de la misma forma que las experiencias investigativas desarrolladas por los “Gallitos de Roca”, han puesto en evidencia los impactos adversos de la misma en la biodiversidad.

La gravedad de la situación, ha hecho que Guillermo Trujillo, uno de los analistas más agudos de la caficultura en la región señalara en una entrevista para el periódico las Dos Orillas, refiriéndose a los grandes y medianos productores de café, que...

Desafortunadamente después de haber contribuido por décadas con su producción al país, la nueva realidad de los mercados los va a obligar a tomar la decisión racional de buscar alternativas económicas para el uso de su tierra, alternativas que no requieran tanta mano de obra y que sean económicamente viables (Correa, Ricardo. agosto 18 de 2013)

Lo propuesto por Trujillo, implica replantearse el lugar de las personas y de la producción misma en la “caficultura de montaña”, dando espacio a la financiarización de la actividad, en aras de garantizar la sostenibilidad del uso de la tierra como una fuente de mercancías valorizables en el mercado, algo que no necesariamente implica producir café.

Como describí en capítulos anteriores, la modernización cafetera, fundada en la lógica económica del capitalismo industrial, propició la transformación de los campesinos en “empresarios cafeteros” y los entrenó para que aprendieran a administrar técnicamente la producción de sus fincas, así como el trabajo de los jornaleros y cosecheros, el beneficio del grano, su almacenamiento y posterior transporte para la venta en los depósitos de la Federación.

Esas prácticas administrativas si bien siguen siendo importantes en la producción de café, han sido devaluadas, ante la emergencia de un nuevo modo de integración social que le da primacía a la realización financiera del valor de lo aquello que se produce o se deja de producir.

Esto ocurre en un contexto en el que han dejado de existir sistemas de estabilización de cuotas de participación de mercado mundial cafetero. Esto ha incidido en que, tanto el significado, como el valor de lo que se hace, se deja de hacer o se *perfora* en torno a la “caficultura de montaña”, se realice en un mercado que ha desregulado sus niveles superiores de realización de valor para darle juego a la especulación financiera, lo que se traduce, como señala Susan George (2004, p. 20), en una primacía de “la libertad de inversión, la libertad de movimientos del capital y la libertad para comprar y vender cualquier cosa en cualquier parte”.

Los cafeteros deben estar atentos, además, a otro cambio en el mercado que incide en la realización del valor de sus productos, la creciente estandarización de los procedimientos de valorización que se está desarrollando en sus niveles inferiores. Precisamente aquellos en donde ocurre la producción de café, así como también, en los que se reproduce la vida en el campo, en su doble y compleja dimensión biológica y cultural.

Este cambio implica que, para continuar en el juego del mercado, el “empresario cafetero” deba transformarse en “gerente” o contratar uno, para encargarse de nuevos procesos, tales como la interpretación, decisión, dirección y control de su sistema productivo en un contexto de inestabilidad y cambio permanente (Druker, 1994).

En tales condiciones los caficultores se ven abocados a un nuevo desafío para que su empresa siga existiendo, visibilizar, cuantificar y gestionar, lo que de simbólico y diverso pueda tener la caficultura, como lo hace Nestlé con marcas como “Nescafé Santuario”.

Lo anterior, le supone al caficultor, interactuar con tecnologías y manejar información que no tienen que ver directamente con la producción de café, pero que definen las posibilidades de realización de su valor en el mercado, de una manera muy distinta a la que habían experimentado hasta ahora los cafeteros: producir de manera directa el mínimo riqueza material, generando, a la vez, el máximo de riqueza inmaterial, es decir, la mayor cantidad posible de garantías formales que le permitan preservar la existencia y proyección de su empresa como generadora de ganancia.

La riqueza inmaterial es entendida, en el capitalismo financiero, como una versión expandida del capital económico, la cual subsume diferentes dimensiones de la vida social y cultural a las dinámicas financieras (Ventocilla, 2013), tal como ocurre con el “Plan

Nescafé”. Lo “social”, “político” y “ambiental”, son entendidos como capitales que permitirían reducir el tiempo y el costo de las operaciones económicas de una empresa, a la vez que incrementan la calidad y cantidad de lo que produce de acuerdo con los parámetros del mercado. El intelecto humano también es asumido como otro tipo de capital, el cual permitiría generar satisfacción, seguridad, lealtad, calidad de vida y competencias entre los miembros de la empresa. La estructura organizativa y las relaciones sociales de los grupos humanos es igualmente concebida como un capital, cuyo desarrollo les permitiría asumirse como empresa, posicionarse y participar de manera estratégica en el mercado.

Finalmente, el dinero captado de terceros, invertido en operaciones especulativas orientadas a controlar capitales ajenos y obtener renta de ellos, es entendido como “capital financiero”, un capital que los caficultores deben aprender a atraer hacia sus iniciativas, para continuar operando.

En estas circunstancias, para el cafetero, acostumbrado a producir “oro del campesino”, y a acudir al crédito para comprar los insumos necesarios para cada cosecha, el problema en la actualidad ya no es sólo lograr que sus cafetales sean productivos. Ahora debe desarrollar la capacidad de integrarse socialmente a un modelo de realización de valor que si bien preserva algunos elementos del Frente Nacional, tales como la necesidad de conectarse social y políticamente para garantizar la financiación de su actividad, también propone otras novedades, tales como la necesidad de producir eficientemente en términos ambientales o contar con trabajadores competentes -capital humano- para responder a las demandas de calidad de sus clientes y, poseer la capacidad organizativa -el capital estructural- para lograr que otros produzcan, distribuyan y consuman para su beneficio.

A esto, el discurso oficial lo asocia con la idea de que, para sobrevivir a la globalización, las empresas e instituciones deben “colaborar para competir”. En consecuencia, la intervención gubernamental está siendo reorientada, para promover las condiciones económicas y extraeconómicas de competitividad consideradas necesarias para el nuevo régimen de acumulación.

De esta reorientación, emergen las denominadas “alianzas estratégicas”, entre agentes económicos de diferentes niveles, respaldadas por las instituciones públicas territoriales que, como es el caso de la gobernación de Risaralda, se comprometen a agenciarlas (ver ilustración 28), a través de la política pública.

Lo anterior implica, para los entes gubernamentales, no sólo generar las condiciones de infraestructura tecnológica, sino, además, cultivar y promover en el territorio la formación en las personas, de subjetividades proclives al emprendimiento. De manera que los caficultores,

devenidos en los que Jaime denomina *comerciantes del agro* y las nuevas generaciones que están recibiendo educación formal, estén dispuestos a innovar y crear valor de cambio de manera compartida, a través de los denominados “clusters” (Porter, 2000, p. 2).⁵⁷

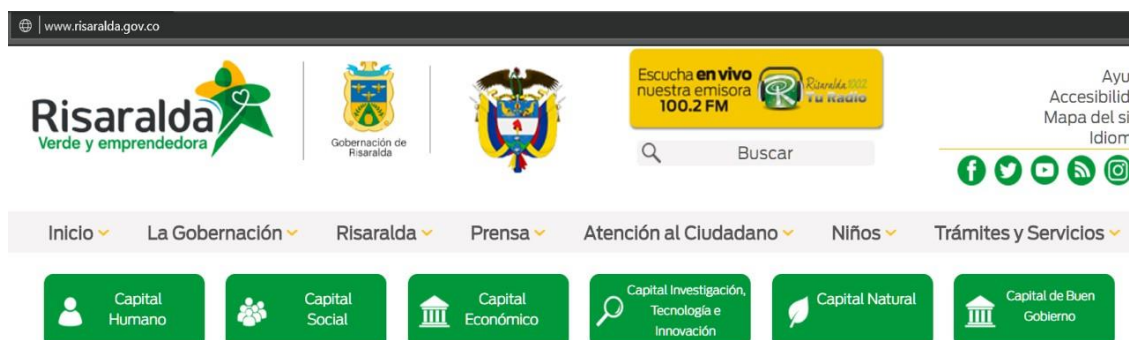


Ilustración 27 Líneas de Acción Estratégica Plan de Desarrollo 2016-2019 Risaralda Verde y Emprendedora. Fuente: Risaralda Verde y Emprendedora (2017)

Generar tales agrupamientos se ha convertido en el departamento de Risaralda, en una estrategia que, si bien permite a las empresas locales competir a escala global, propiciando la co-producción de mercancías, también profundiza el esquema de reciprocidad negativa que instauró la modernización.

Esto, dado que, no sólo convierte el trabajo concreto de muchos, en la forma fenoménica de su opuesto, el trabajo humano abstracto, sino que, además, propicia las condiciones para su usufructo desigual por parte de terceros.

Tal apuesta política, expande la lógica del mercado a toda la cadena de valor, desbordando las distinciones entre producción y reproducción. Dicha expansión deja a los campesinos abocados a subordinarse a los “clusters”, perdiendo su autonomía productiva o, como decía un cafetero, *a luchar como gladiadores” en la arena del mercado contra otros cafeteros, la Federación y las marcas comerciales, para vender el café procesado y empacado*, si quiere permanecer en el territorio (Diario de campo conversaciones con caficultores en la plaza 24 de septiembre de 2015).

Mantenerse al margen de estos encadenamientos se hace aún más difícil, en tanto las redes establecidas para la comercialización de café procesado favorecen a los mayoristas, lo que ha implicado para muchos cafeteros que se esmeran por obtener certificaciones de calidad y procesar sus granos, como el caso de Don Everardo Echeverry, terminen vendiendo parte de su producción de cafés especiales en los centros de acopio de la Federación, lugares en los que su esfuerzo por producir un café cualitativamente distinto se desvanece, en la medida que

⁵⁷ Anglicismo incorporado en el discurso contemporáneo del desarrollo, para identificar agrupamientos geográficamente próximos de empresas interconectadas e instituciones asociadas en un campo particular, vinculadas por complementariedades y puntos en común.

sus granos son comprados al mismo precio que otros menos cuidados y terminan mezclándose con ellos, para su comercialización estandarizada a las tostadoras.

9.2 Dones no solicitados, encargos y desencuentros

Cuando el gobernador del departamento realizó una visita al INSA en 2014, las presentaciones principales que mostró el colegio fueron los productos generados por el grupo “Gallitos de Roca” a través de cinco proyectos de investigación que asociaban la biodiversidad de su región y la cultura cafetera, con el aprendizaje de las matemáticas, las ciencias naturales, la literatura, así como de la lectura y la escritura.

En aquel momento el Semillero no contaban con un gran respaldo institucional, de tal manera que lo que hacían, dependía en gran medida de la voluntad de sus integrantes, algo que les implicaba, asumir y sortear toda suerte de limitaciones curriculares, presupuestales y administrativas.

En contraposición a tales actividades, las apuestas gubernamentales en educación básica y media era patrocinar el aprendizaje de inglés, sistemas, emprendimiento y educación financiera en instituciones educativas rurales como el INSA.

Tales asuntos, se esperaba desde las instituciones, que fungirían como los puntales tecnológicos, ideológicos para “darle valor agregado a los productos y servicios de nuestra economía y propiciar el desarrollo productivo y una nueva industria nacional” (Ministerio de Educación Nacional. 10 de febrero de 2009) y, así superar las limitaciones materiales presentes en el territorio, que impedían su estandarización como otro lugar capitalizable desde la perspectiva cognitiva y financiera, en el circuito turístico global de Patrimonios Culturales de la Humanidad, al igual que en el transformado mercado mundial de cafetero.

Como parte de esas apuestas, habían puesto una gran valla en la entrada del pueblo, en ella, aparecía una niña trigueña sonriente, manipulando un computador en una institución educativa. A través de dicha imagen se anunciaba que la conectividad había llegado al municipio a través de un programa gubernamental llamado “Puntos Vive Digital”. Dicho programa consistía en el montaje, en una de las sedes del INSA, de un salón dotado de modernos equipos de cómputo y programas de manejo de información y comunicación.

No obstante, todo aquel derroche de tecnología digital, durante la visita del Gobernador no se presentó ningún producto relacionado con aquellas y, sorprendentemente tampoco con el inglés, el énfasis oficial de aquella Institución Educativa.

Posteriormente me explicaron que había sido porque, si bien el INSA era el administrador de dicho punto, la señal de internet no era muy buena para operar a plena capacidad los

programas que tenían y que, debido a su ubicación, a los profesores de las demás sedes educativas del municipio se les hacía engorroso hacer uso de él.

Durante la visita, el semillero “Gallitos de Roca” le manifestó al gobernador que una de sus limitaciones para el desarrollo de sus proyectos, al igual que la de los campesinos para sacar sus productos agrícolas a los mercados, era la falta de recursos para transportarse a las veredas del municipio.

Sin embargo, al final de la gira, aquel gobernante, después de elogiar la labor del semillero, hizo como si no hubiese escuchado nada de lo que le presentaron y decidió “premiar” al colegio por su labor educativa con 700 “tablets”, un don no solicitado por la institución, que le acarrearía nuevas preocupaciones administrativas, pero que estaba incluido de antemano en el Plan de Desarrollo Departamental. Este “regalo” que les hacía el gobernador, era en realidad un nuevo *encargo* que la Institución Educativa debía asumir, aunque no supiese muy bien qué hacer con él.

Según Raúl, el acceso a esos medios, genera nuevas diferenciaciones entre los estudiantes, ya que

(...) hacen que el estudiante que es bueno sea muy bueno, porque maneja más recursos que los buenos de antes, pero resulta que no todos los estudiantes tienen acceso a estas tecnologías, ni todos los que lo tienen, lo tienen todo el tiempo, ni para hacer lo que quieren. También, no todos los que tienen acceso saben lo que tienen y lo que pueden hacer con ella y, además, no todos los que tienen y saben que pueden hacer con ella, están dispuestos a compartirla. (Raúl, comunicación personal, 20 de noviembre de 2015)

A través de aquella laberíntica reflexión, Raúl me hizo entender que, si bien los esfuerzos institucionales desde el nivel nacional y departamental buscaban generar las condiciones para allanar el camino a la tercerización de la economía en el municipio, estos esfuerzos no parecían dimensionar la complejidad que, las condiciones materiales, simbólicas y sociales presentes en el territorio, suponían a la implementación de estas tecnologías.

De ahí que el mero despliegue de equipos, programas, conectividad y capacitación, no fueran suficientes para que la población se incorporara a los procesos de tercerización, aquello requería, además, interés, colegaje, tiempo y disposición a compartir y cooperar.

Por otra parte, conversando en diferentes ocasiones con profesores del colegio y las escuelas de Santuario que no participaban de los proyectos Ondas, me di cuenta de que una buena cantidad de ellos realizaba o había realizado actividades y proyectos relacionados con la educación ambiental, la agricultura limpia, el manejo de residuos sólidos, la caficultura, o

el manejo de plantas medicinales, y que reconocían en ello una extraordinaria posibilidad de aprendizaje acorde con las condiciones rurales del municipio.

A pesar de su interés, muchos de ellos habían abandonado tales proyectos por falta de tiempo, respaldo, incentivos institucionales y acumulación de tareas que limitaban su autonomía, al igual que en su momento lo había hecho la profesora Diana en Peralonso, a pesar de la insistencia de los estudiantes en que siguieran realizándose. Quizá por ello, tales profesores preferían mantener un bajo perfil en la Institución en relación con tales experiencias y no hacer esfuerzo alguno para que fuesen incorporadas como líneas de trabajo en el Proyecto Educativo Institucional.

Asociando la visita del gobernador con las experiencias frustradas de aquellos profesores, recordé, las quejas de Raúl sobre la *pedagogía del encargo* y, de cómo los rectores presionados para mostrar desde sus Instituciones Educativas los resultados estadísticos, a través de los cuales, los gobernantes demostrarían que sus propuestas políticas fueron acertadas, se movían al son de lo que aquellos financiaran en educación y se arriesgaban tanto como los marcos normativos se lo permitían.

En este caso, muchos docentes percibían que, si para educar en general y hacer educación ambiental en particular se necesita ser un apóstol de la educación y estar dispuesto a correr riesgos crecientes, lo mejor era limitarse a hacer lo que las instituciones foráneas le encargaban a la escuela, en el horario establecido para ello. Esa era la razón por la que, a pesar del interés de los educadores por desarrollar procesos acordes con el entorno cultural y social en el que estaban, la Institución Educativa le daba prioridad a la enseñanza del inglés, el emprendimiento y el manejo de las tecnologías de información y comunicación, justo aquellos programas para los que el Ministerio y la Secretaría Departamental de Educación destinaba los mayores recursos de inversión.

Tal situación, no permitía a la Institución ofrecer un respaldo concreto para el desarrollo de iniciativas autónomas de los docentes a nivel local. Algo que contribuía a profundizar la desvinculación modernizadora entre educación formal y entorno, ahora con el argumento, de garantizar los derechos de los niños, niñas y adolescentes, así como de fortalecer lo que a nivel gubernamental se empezaban a denominar “cadenas productivas”, la nueva apuesta que enlazaría la cultura cafetera de montaña local con el mercado mundial.

Sin embargo, al no estar convencidos de la legitimidad de hacer lo que les encargaban o no tener los recursos culturales para interpretar plenamente lo que les pedían hacer, muchos docentes y rectores no ejecutaban sus *encargos* tan bien como las instituciones esperaban,

siendo en cambio, muchas veces, permeados por la corrupción, el ánimo de lucro o la "necesidad" de generar ingresos adicionales al salario, como había ocurrido en Peralonso.

Desvalorizados en tanto intelectuales, muchos docentes desvalorizaban, a su vez, su propio trabajo intelectual y se concentraban en desarrollo de los mínimos educativos exigidos por los currículos y el acompañamiento a las labores de cuidado derivadas de la implementación, a través de la escuela, de políticas sociales estatales. Los docentes terminaban realizando entonces actividades tan precariamente valoradas socialmente, que daban pie a que muchos políticos y ciudadanos consideraran que su labor podría ser ejercida por cualquiera.

Imbuidos en esta lógica, muchos profesores tendían a pensar, que estudiar sólo valía la pena, en tanto les permitía ascender en el escalafón docente que regulaba sus salarios, o que los saberes que adquirían y producían en su formación, no eran relevantes para ser socializados y, menos aún para nutrir los procesos de construcción institucional. Como lo pude constatar en el caso de los trabajos de grado de Raúl, sobre educación ambiental y de Gildardo, el Coordinador Académico del INSA, sobre informática educativa, que, pese a la calidad y pertinencia de sus aportes, no se veían reflejados en ninguno de los documentos orientadores de la Institución.

Aquellas circunstancias hacían que muchos docentes se inhibieran de ser productores de saber pedagógico y, que las instituciones educativas, perseverando en las "lógicas de repetición", que plantea Parra (1995) y la "pedagogía del encargo" de la que habla Raúl, se convirtieran en centros de consumo de paquetes tecnológicos y culturales. Los cuales no solo eran elaborados en otras latitudes, sino que sus propósitos, apenas si se lograban intuir a nivel local, como ocurría con "la Educación por Competencias", los "Derechos Básicos de Aprendizaje", las "Salas de Sistemas" o los "Centros Vive Digital".

Aquellas circunstancias también hacían que los docentes fueran, a la vez disfuncionales y funcionales al nuevo modelo de integración social que se erige en torno a la ruralidad cafetera. Dado que, si bien las acciones que realizaban permitían contener conflictos sociales potenciales e insertaban a las poblaciones en las dinámicas de consumo cultural y tecnológico que imponían las agendas gubernamentales, no lograban desarrollar en los estudiantes, las competencias necesarias para que estos se articularan a las lógicas cognitivas y financieras de valorización del capital. Como se evidencia en los resultados de las pruebas estatales aplicadas por el Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación (ICFES) en 2014, las cuales revelaron que sólo uno de cada 100 bachilleres colombianos tiene buenos niveles de lectura crítica.

En el caso del INSA, aquella tendencia se veía reflejada en que, a pesar de que su énfasis fuese el aprendizaje del inglés, el colegio no era bilingüe, o que, a pesar de las grandes inversiones en tecnología, los profesores seguían siendo en gran medida “analfabetas digitales”, que hacían un uso instrumental de los sistemas informáticos, sin trascenderlos.

Es precisamente, desde aquel lugar de desencuentro entre los propósitos educativos de los docentes del INSA, las dinámicas educativas que se desarrollaban en aquel territorio y las representaciones oficiales de lo que ocurría o debía ocurrir en tales lugares que, emergió el lugar de enunciación y práctica los “Gallitos de Roca”.

9.3 “Paisaje Cultural”: Un algoritmo para invisibilizar visibilizando

“Las virtudes rurales significan en realidad cosas muy diferentes en diversas épocas, y lo que está en juego en cada uno de ellos son valores por completo diferentes”

Raymond Williams (2011, p.37)

Ante la commoditización del “oro del campesino” y la consecuente crisis del modelo de valorización “caficultura de montaña”, la aparición de “Planes” como el de Nescafé y otras “clusters” semejantes, ponen de relieve la emergencia un nuevo fetiche biocultural, en torno al cual se busca atraer la confianza de los inversionistas y el interés de los caficultores en la “caficultura de montaña” como dispositivo de generación de riqueza material e inmaterial a escala global. Un propósito en torno al cual convergían las políticas educativas que privilegiaban el desarrollo de elementos tecnológicos orientados a oferta de servicios inmateriales y la extranjerización del lenguaje.

Aquello, era algo que se desprendía de mis observaciones, sin embargo, no era muy claro por qué la fetichización se estaba produciendo precisamente en torno a lo biocultural.

Diversos factores geográficos, biológicos, culturales y sociales se habían entrelazado durante miles de años para generar la megadiversidad biológica, la gran diversidad de ecosistemas y la explosión de modos de vida existentes en la región y, eso la hacía portadora de cualidades que la diferenciaban claramente de otras.

Sin embargo, dichas cualidades habían sido invisibles no sólo para los moradores locales, como afirmaban Gisela y Raúl, a medida que estos se involucraban más profundamente en la división social del trabajo y se interesaban por segmentos cada vez más reducidos de la vida

social, biológica y cultural que les rodeaba. la identidad, la biodiversidad y la cultura local, también habían sido elementos a los que las élites colombianas desde el siglo XIX, habían señalado como la causa del atraso del país, con respecto a las naciones desarrolladas (Muñoz Rojas, 2011. P 13-15).

Después de participar en algunos eventos sobre “Valorización de Paisajes Bioculturales” que se realizaron en el marco de las actividades que desarrollaban las universidades de la región para direccionar la producción del PCC, empecé a entenderlo.

En aquellos eventos noté que todas las experiencias que se presentaban, tenían un mismo hilo conductor: asumían la naturaleza y la cultura como “recursos” susceptibles de ser valorizados y, para sugerían que, para lograr dicha valorización, la biodiversidad, la identidad y la cultura, debían ser incorporados en las dinámicas territoriales de desarrollo como elementos diferenciadores, inductores de escasez y, en consecuencia, generadores de nuevos mercados. (Diario de campo Encuentro “Valorización de Paisajes Bioculturales”, Manizales, Julio 21, 22 y 23 de 2016).

Aquello me pareció, de manera inicial, una modificación en la lógica desvinculante que había promovido la modernización cafetera, ya que, en lugar de desvalorizar la identidad, la biodiversidad y la cultura local, para incorporar la región al mercado mundial cafetero, ahora se proponía que estas fueran asumidas como “recursos” diferenciadores que le dieran valor agregado a lo que se ofrecía en ese y otros mercados, desde la región, como ocurría en el caso de “Nescafé Santuario”.

La resistencia demostrada tanto por los campesinos portadores de prácticas agrícolas tradicionales y los organismos tropicales ante las oleadas modernizadoras, así como su capacidad para producir *valores que nacen del hacer*, como argumentaba Raúl, resultaban ahora elementos susceptibles de ser reconocidos institucionalmente como “estrategias comunitarias de supervivencia y preservación del ambiente”, dignas de ser objeto de la admiración pública a nivel global, a través de los procesos de valorización que se estaban desarrollando en torno a la “caficultura de montaña”.

Algo que, a la larga, se me revelaría como un velado intento por subsumir tales resistencias, ahora debilitadas y sometidas al control estatal, en una fuente de realización de valor de cambio especulativo, articulándolas a las lógicas contemporáneas del desarrollo (Leff, 2002).

La naturaleza ya había empezado a ser asumida como “recurso” en el marco de las políticas de “desarrollo sustentable”, que se gestaron en el mundo a partir de la Conferencia de Estocolmo de 1972 y del Informe Brundtland, que pusieron en evidencia que el modelo de

desarrollo, fundado en el crecimiento infinito de la producción de riqueza material, era insostenible y, que, por tanto, dicho modelo estaba abocado a provocar crisis cada vez más complejas y prolongadas como la que atraviesa la caficultura colombiana desde los años ochenta.

Tanto la Conferencia como el Informe, advirtieron que la utilización de los recursos naturales tenía límites, ya que la transformación de materias primas no solo degrada, sino que también genera escasez de energía libre disponible y accesible para el ser humano. Esto, a su vez, ocasiona que la producción de materias primas requiera cada vez mayores inversiones para superar los límites que un mundo finito le impone a la acumulación de capital.

Aquello era lo que había pasado con programas como el de la modernización cafetera, los cuales, desde mediados de los años 80, se encontraron con límites sociales, ambientales, y culturales, que estancaron su capacidad para incrementar la realización del valor de los “commodities” producidos.

Tal estancamiento, puso en riesgo la posibilidad de que las actuales y futuras generaciones pudiesen disponer de “recursos” para su desarrollo. Por ello, el informe recomendaba dar un manejo adecuado a las zonas naturales explotadas en aquel entonces, para reducir el ritmo de su deterioro, al igual que la creación de reservas en las que se preservaran “recursos” explotables a futuro. Es en aquel escenario en el que aparece y se despliega el “capitalismo cognitivo y financiero” con la promesa de superar las limitaciones materiales a la producción de riqueza, de manera que como señala Jappe, “solo los negocios financieros permiten a los propietarios de capital obtener los beneficios que se han vuelto imposibles de conseguir en la economía real.” (2009, p. 24)

El disparo de salida para tal despliegue, fue el fin de la convertibilidad del dólar en oro en 1971. Un hecho que a mediados de los ochentas del siglo veinte se tradujo en Santuario en la pérdida de los atributos asociados al “oro del campesino” al desanclar la acumulación de riqueza de cualquier sustento material y orientarla hacia las dimensiones simbólicas y estéticas de la caficultura de montaña. Esta transformación en la forma de medición del valor de cambio, expande la lógica del capital a nuevas dimensiones de la vida social que antes segregaba -la reproducción y la conservación-, sin alterar su principio de valorización de las acciones humanas, ya que la producción de ganancia a través del intercambio mercantil, continúa siendo la instancia de realización de valor de los procesos y las relaciones sociales generados en torno al café y la caficultura de montaña en municipios como Santuario.

Aquello supuso insertar la caficultura de montaña en un proceso shumpeteriano de “destrucción creadora”, dado que el tiempo de trabajo humano, las relaciones sociales y los

procesos productivos propios de un cultivo con fuertes componentes artesanales como este, dejaron de ser tenidos en cuenta en los procesos especulativos de realización del valor del café en las bolsas de valores -que se desataron a partir de la ruptura del pacto mundial de cuotas-, amenazando la sostenibilidad de su producción en lugares como Santuario.

Paradójicamente, aquella amenaza, fue percibida por los inversionistas y algunas autoridades territoriales como una posible fuente de realización de valor de cambio especulativo: la posibilidad de garantizar la existencia patrimonial de la caficultura de montaña, *performándola* como Paisaje Cultural.

De esta manera la especulación sobre las probabilidades de satisfacción de deseos y necesidades que ofrece la fetichización de los atributos bioculturales asociados al café y a la caficultura de montaña, se convertiría en la nueva manera de medir la riqueza cafetera socialmente producida en la región. Esto, ya no a través de la represión de las resistencias que los campesinos y el medio ambiente tropical le oponían a la acumulación de capital a través de la práctica de la caficultura modernizada, sino por el contrario, a través de su producción institucionalizada como diferencias culturales y biofísicas locales.

Así, esta transformación en la forma de medir el valor de cambio realizable a través de la caficultura de montaña, expande la lógica del capital a nuevas dimensiones de la vida social que antes segregaba, tales como la reproducción de la cultura rural y la conservación de la selva andina, sin alterar su principio de valorización de las acciones humanas, ya que la producción de ganancia, continúa siendo la instancia de realización de valor de los procesos y las relaciones sociales generados en torno al café y la caficultura de montaña en municipios como Santuario.

Para que aquello suceda, debe generarse un cambio en la manera en que los caficultores y los empresarios cafeteros entienden la naturaleza y la cultura -el cambio de chip al que se refiere Arango- que, implica “discriminarlas positivamente” como señala Quijano (2002, p 22), a fin de modularlas y refuncionalizarlas, con el propósito de reducir los costos, ya no de la producción cafetera, sino de la producción de valor de cambio especulativo en torno a la caficultura de montaña.

Para tal efecto, las ideas existentes sobre la cultura y la naturaleza son sometidas, por parte de las Universidades de la región, las entidades territoriales y otros entes reguladores particulares, a procesos de homogenización, que entremezclan alta cultura, cultura antropológica y cultura masiva, al tiempo que disuelven los límites entre lo común, público y lo privado, las áreas de explotación económica y las áreas protegidas y subordina los deseos e intereses locales a procesos especulativos globales

Lo anterior, con el fin de construir un nuevo sentido común en torno a lo “biocultural”, según el cual, la realización de su valor estaría sujeto a la probabilidad de que la naturaleza y la cultura cafetera pudiesen contribuir a resolver problemas tales como la reducción de los conflictos sociales o el desarrollo de mercados (Yúdice, 2000b).

Aquello se me hizo palpable, en una de las formulaciones, a través de las cuales el Centro Latinoamericano de Desarrollo Rural, promovía en el Encuentro sobre “Valorización de Paisajes Bioculturales” al que asistí, su programa de “Desarrollo Territorial con Identidad Cultural”

...Entender a la agricultura como patrimonio cultural no significa emprender un romántico regreso al pasado, sino estimular la competitividad territorial basada en la ‘unicidad’ del lugar de origen y la calidad de sus productos emblemáticos, tutelando al mismo tiempo la biodiversidad, la diversidad de manifestaciones culturales locales, y fortaleciendo el tejido social y ciudadano. (Diario de campo Encuentro ‘Valorización de Paisajes Bioculturales’, Manizales, julio 21, 22 y 23 de 2016)

En consecuencia, en el nuevo modelo de integración social que supone “el capitalismo cognitivo y financiero”, la “unicidad” cultural y biológica presentes en municipios cafeteros como Santuario, no realiza su valor, de acuerdo con la importancia que se les asigna en la memoria colectiva de quienes la cultivan en el ámbito local, como señala Bonfil (1991). Si no, en la medida en que puede sea producida y gestionada como “biocultural”, desde los esquemas interpretativos y los niveles jerárquicos de valoración, construidos por instituciones como la Unesco, para normalizarla, atendiendo a agendas globalizadoras que plantean la diversidad cultural como eje del desarrollo humano (Pérez de Cuéllar, 1995; Ruijter & Van Vucht Tijssen, 1995; Unesco, 1997, 2002a, 2002b).

Como señala Frigolé, (2006):

La creación de una realidad ‘tradicional’, ‘auténtica’ es una respuesta a un proceso de cambio local y global que se pone de manifiesto en la tercerización de las actividades, en el cambio de las relaciones entre el mundo rural y el urbano, en las nuevas exigencias del mercado sobre la especialización de los territorios y sus funciones, etc. (Frigolé, 2006: 8)

Es por ello, que el foco de atención de los procesos de desarrollo a escala global, se centra ahora en territorios ricos en diversidad biológica y cultural. Lugares en los cuales es posible encontrar los “recursos” materiales y simbólicos para producir institucionalmente formas confiables de diversidad local, a partir de las cuales sea posible especular a escala global.

En este sentido, la gestión del territorio cafetero para propiciar su “desarrollo con identidad cultural” como PCC, diluye progresivamente las diferencias que la modernización

había establecido entre cultura y naturaleza. Esto lo hace, codificando, regulando y disciplinando las variaciones y especificidades físico-naturales y socioculturales existentes en lugares como Santuario, para así neutralizar la potencia que pueda tener la diversidad, para configurar modos de vida “poco rentables”, como el actual modelo de caficultura de montaña que se practica en Santuario, o las propuestas conservacionistas promovidas por ambientalistas locales como Raúl.

Es posible apreciar la manera en la que estos planteamientos se han inscrito territorialmente en el municipio de Santuario, analizando los cambios de nominación en los que se ha visto inmiscuido. Así, el territorio en el que se inscribe Santuario había recibido nombres en relación con héroes de la independencia, como el sabio Caldas, con una cuenca hidrográfica, como la del río Risaralda, o la producción de café, de ahí que personas como Raúl recuerden haber vivido en el Departamento de Caldas, en el Departamento de Risaralda y en el “Eje Cafetero”, sin haberse movido de municipio. Cada uno de estos nombres evocaba horizontes de sentido que, en su momento pretendieron distinguir la región de otras e integrarlas a las dinámicas de construcción del Estado-Nación colombiano.

Con la crisis cafetera, aparecen nuevas nominaciones para dar cuenta de aquel territorio, nominaciones híbridas que, desde una perspectiva administradora de lo ambiental, la inscriben en el horizonte de la diversidad “biocultural”. Es entonces cuando, desde organizaciones como Sueje, el Ministerio de Cultura, las Corporaciones Autónomas Regionales, la Federación Nacional de Cafeteros y las administraciones locales se acuñan nominaciones identitarias como “Ecorregión de los Nevados” -la cual no ha tenido mucho eco- o “Paisaje Cultural Cafetero”, la cual, como hemos visto, ha logrado posicionarse a nivel internacional como “Patrimonio Cultural de la Humanidad”.

Un “Paisaje Cultural” sería entonces, según Folch (2011, p. 213) un “algoritmo socioecológico”, a través del cual se procesa información para intentar reflejar la “realidad” ambiental presente en el territorio, al tiempo que compendia la historia de los procesos que las personas y las instituciones han desarrollados en el mismo. Lo anterior, en aras de captar “el “carácter” de un territorio a través de la modelización y la parametrización de los valores y atributos que le hacen único, de acuerdo a los estándares globales establecidos para tal efecto por la Unesco.

En consecuencia, el “Paisaje Cultural Cafetero” no es sólo una nominación más que se hace del territorio en el que está inscrito Santuario, sino un algoritmo que, al asumir los valores y los atributos bioculturales como información, les quita toda la potencia de

invención y variación que generan el hacer y el azar de las personas, los seres y las fuerzas que los hacen posibles.

De ahí que, sus gestores busquen invisibilizar y marginalizar de la discusión pública, las acciones “no gestionadas” de la cultura y la naturaleza, que realizan cotidianamente los pobladores rurales, obstruyendo así la posibilidad de que encuentren lugares sociales para la realización de su valor y en consecuencia promover su marchitamiento como veremos más adelante en el caso de los productores agrícolas de tierra fría de Santuario.

El PCC se convierte así, en una interfaz institucional que aquieta las alteridades que puedan afectar la obtención de ganancias a través de la especulación, las cuales están encarnadas en diversos bienes comunes presentes en este territorio cafetero, para producir imágenes homogenizadas, codificadas y “confiables” de ellas. Imágenes a partir de las cuales sea posible visualizar, medir, gestionar y explotar el potencial que tiene su “anormalidad”, como riqueza inmaterial, valorizable en el mercado globalizado de la diversidad (Herzfeld, 2004).

9.4 Una oportunidad educativa que no estaba en el currículo

El lugar de enunciación que encontraron los “Gallito de Roca” a través de sus procesos de investigación, les permitió percibir, la declaratoria del PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad, no sólo como un campo de valorización para la “caficultura de montaña”, sino también como un nuevo escenario para producir educación en territorios como Santuario.

Cuando Uriel se encuentra con el trabajo que realiza Raúl en el INSA, se encuentra con una de esas acciones no gestionadas de la cultura y la naturaleza, que eran invisibilizadas y marginadas de la discusión pública, por no coincidir con las prioridades de las agendas gubernamentales y se propone acompañarlos para que encuentren lugares sociales donde pudieran realizar su valor.

De ahí su empeño por convencerlo de sintonizar con las agendas internacionales sobre biodiversidad, en lugar de centrarse en la observación de especies y el aleccionamiento a sus coterráneos para que no desarrollen prácticas depredadoras de la naturaleza. Una labor que hace que Uriel, además de gestionar la implementación del proyecto Ondas en el INSA, termine actuando como traductor de las acciones que realizan los “Gallitos de Roca”, al lenguaje valorizador del PCC.

Cuando Raúl entiende esto, empieza a percibir el PCC como una oportunidad educativa *que no estaba en el currículo*, ni en las agendas de encargos gubernamentales a la escuela. Raúl entiende, que, más allá de la *terquedad* de los viejos cafeteros y los afanes

institucionales por implementar “cadenas productivas”, tanto las escuelas como los organismos que están institucionalizando esta nueva forma de integración social *deben entender que sin los niños y los jóvenes no hay futuro para la ecorregión*.

El asunto es, de qué manera la educación, en su dimensión formal e informal se articula al proceso de transformación en marcha y asume las oportunidades que esta genera, algo que, a su vez, está ligado con las preguntas por ¿cuál es el futuro que proyecta el PCC para un lugar tan particular como Santuario? y ¿cuál es el lugar de los niños y jóvenes de este municipio en esa proyección?

Aquellas preguntas, en particular la última, excedía el interés financiador del algoritmo PCC y, por tanto, no habían sido planteadas por los gestores del proceso de patrimonialización del mismo. Por eso constituían un punto ciego para ellos, uno desde el cual un actor escolar podría participar de la valorización de la “caficultura de montaña”, para explorar la posibilidad de revincular la escuela con el territorio y producir saberes y conocimiento sobre la diversidad biocultural de Santuario, que pueda ser valorizado a nivel local, superando los *sesgos* que no permiten a los santuareños percibirla como riqueza.

Inicialmente los gestores del PCC no consideraron pertinente articular la escuela al proceso de patrimonialización, si bien contemplaban la necesidad de formación de “capital humano competente”, para ofertar los nuevos bienes y servicios que se generarían en el marco de este modelo de integración social. Preveían que esa labor podría desarrollarse a través de las acciones educativas de las Universidades, el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), las ONG y los programas de extensión de la Federación.

La población objeto a la que apuntaban para formar como emprendedores del PCC estaba integrada por jóvenes bachilleres y adultos, por ello se pensaron diplomados, cursos técnicos y carreras tecnológicas para capacitarlos e “incubadoras” de empresas para asesorarlos y financiarlos. Los niños no aparecían en ese mapa, pese a constituir la mayor parte de la población escolarizada en los sectores rurales. Al parecer, se daba por sentado que, además del desarrollo de las competencias básicas en lectura, escritura y matemáticas, no se requería nada más para que los jóvenes se integraran a dichas propuestas de capacitación.

No obstante, experiencias de “apropiación de los valores patrimoniales del PCC desde el aula de clase”, como las que promovía Uriel en Santuario, mostraron a los agenciadores del PCC, que era importante vincular también a la escuela primaria en el proceso de valorización patrimonial.

Para lograr dicha vinculación, las acciones emprendidas por los “Gallitos de Roca”, para contribuir al conocimiento de su territorio y al aprovechamiento de los saberes locales a

través de sus proyectos de indagación, fueron presentadas por parte de Uriel, como legitimadoras del PCC desde el aula de clase.

Aquello contribuyó a que, las acciones de grupos como el de ellos, pudiesen ser traducidas e interpretadas oficialmente, como contribuciones al fortalecimiento de los fetiches, en torno a los cuales se estaba desplegando el proceso de valorización patrimonial del PCC: sus cuatro valores y 16 atributos patrimoniales.

Uriel y Raúl tenían la pretensión, que las experiencias realizadas por los “Gallito de Roca” permitieran acercar *el PCC a la gente de a pie* o que los estudiantes, a través de los proyectos de aula, *apropiaran los valores y atributos patrimoniales del PCC*, procesos que implicaban leer su territorio en relación con referentes de sentido financiador, tales como “Patrimonio” y “Paisaje Cultural”. Sin embargo, contrariando sus pretensiones adultas, los niños y jóvenes, al encontrarse con lugares de vida repletos de historias, prácticas, seres y sitios asombrosos que no habían experimentado a pesar coexistir con ellos, entendieron que estos cobraban más sentido para ellos en relación con referentes de sentido tales como “Ambiente”, “Biodiversidad” o “Desarrollo”. Los estudiantes descubrieron que *experimentar conocimiento*, a través de la reflexión y la indagación de sus lugares de vida, resultaba ser de gran importancia para valorizar su experiencia de vida en el campo, desde un lugar distinto al que corrientemente les había propuesto la escuela. Un lugar, que les posibilitaba experimentar y complejizar, de manera concreta, su relación con el mundo desde su localidad y, generar anudamientos, con procesos, personas y objetos, que los animaban a aprender y trascender desde su municipio.

Aquello supuso un paso importante hacia la superación del problema de la abstracción en la educación, del que hablaba la profesora Angélica en el capítulo anterior, un problema al que la reificación por *encargo*, de los atributos y valores patrimoniales del PCC sólo contribuía a actualizar.

Los saberes que construyeron y apropiaron los “Gallito de Roca” sobre su municipio, siguiendo las rutas que les abrieron las preguntas por la fauna local, las historias de su municipio, la composición de la población, el poder medicinal de las plantas, el proceso del café, los mitos y leyendas de sus mayores, la relación entre los monocultivos y la biodiversidad, así como las de los insectos con el entorno, les habían dado los elementos para posicionarse, ya no como estudiantes que saben lo que se supone que debe saber cualquier estudiante del país, sino como personas con saber sobre su territorio.

Ocupar aquella posición, les permitía realizar el valor de sus acciones investigativas ante su comunidad y ante personas extrañas, que a sus ojos vivían en lugares más desarrollados

que el suyo, tales como el gobernador del departamento, pares de otros municipios, expertos nacionales e internacionales, así como con funcionarios ambientales y educativos.

En aquellos niveles, las acciones del semillero cobraban valor en tanto productoras de memoria local y conciencia ambiental, al punto de lograr movilizar a algunos de los pobladores del municipio, a conocer el pasado y los diferentes ecosistemas de su municipio desde perspectivas ajenas a la generación de beneficios monetarios. Sin embargo, sus acciones también empezaron a cobrar valor como productoras de información y conocimientos susceptibles de ser vinculados a las redes de inteligencia desterritorializadas que están performando el PCC.

Así, *experimentar conocimiento*, como lo afirmaba Gisela, le permitió a este grupo de docentes y estudiantes, reconocer que, si bien la declaratoria de la Unesco era uno de esos flujos globalizadores con los que valía la pena vincularse localmente *para que estos pueblos no se acaben*, como señalaba Raúl, ellos eran *mucho más que paisaje*, y su escuela, mucho más que un lugar para graduarse antes de migrar, como pensaban algunos de sus estudiantes.

Si bien, esta manera de aprender el territorio, reñía con la estrechez de las representaciones formales de la realidad cafetera que trataban de imponer el PCC, el proceso de “Apropiación social de los Valores y Atributos del PCC” que impulsaba Sueje a través de agentes como Uriel, les ofrecía una posibilidad de interlocución pública y relación institucional, que les daba acceso a los recursos monetarios y técnicos que, sumados a los propios, les permitían continuar desplegando sus iniciativas.

Los “Gallitos de Roca” lograron encontrar en la transversalización curricular, una posibilidad para realizar gran parte de sus propósitos en el tiempo laboral de los profesores, a la vez que aprendieron a maximizar sus resultados para dar cuenta de aquellas tareas propias del área o nivel educativo que tienen a cargo y, además, de aquellas que les eran impuestas por las políticas educativas a través de programas discontinuos tales como los Proyectos Ambientales Escolares (PRAES) o la Cátedra de Emprendimiento.

Por esta vía, las prácticas investigativas del semillero del INSA pudieron ser refractadas en diferentes niveles de valor, para hacer frente, como educadores interesados en producir conocimiento, a las limitaciones derivadas del hecho que, sus campos de actuación e interés, no coincidan con las prioridades gubernamentales, así:

Uriel las presentaba ante los agenciadores de PCC como acciones dirigidas a generar el “capital social” necesario para garantizar la sostenibilidad de la patrimonialización. Ante las autoridades escolares y ambientales se presentaban como actividades orientadas a la generación de beneficios, tales como el “emprendimiento ambiental”, “el turismo

comunitario” o “la guianza turística”. Finalmente, ante la comunidad fungían como *actividades de rescate de los saberes tradicionales y generación de conciencia ambiental* y, ante la academia como una experiencia de “ciencia abierta y colaborativa”.

Manejar aquellos niveles era crucial para que Raúl y su grupo pudiesen contar con las condiciones favorables al desarrollo de sus proyectos. Actuar de esta manera, con el acompañamiento de Uriel, les implicó ganarse un reconocimiento social y un lugar en el colegio y en su Municipio, e incluso en el mapa institucional de los temas que ellos manejan, ganando niveles de expertos en biodiversidad, PCC, PRAES o en los proyectos ONDAS, porque hacen su labor con juicio y la realizan en los niveles de valor adecuados para tales fines. Sin embargo, al actuar de esta manera, también terminaban visibilizando sus acciones como información justificadora de agendas exógenas, e invisibilizando la especificidad relacional y vinculante de su hacer educativo, lo cual, a su vez, impedía su institucionalización.

Esta situación hace que deban estar pendientes de *meter goles*, como suele decir Uriel refiriéndose a las maniobras formales que hay que hacer para responder creativamente a las limitaciones presupuestales que la burocracia educativa pone para fondear proyectos que no son relevantes para los administradores, o en su defecto, a las gestiones que hay que realizar para conseguir padrinos, mecenas y voluntarios, que les permitan contar con los recursos, amparos, legitimaciones y coberturas necesarias para mantener desarrollar sus proyectos.

En consecuencia, el lugar de enunciación que construyeron los “Gallitos de Roca”, si bien les permitió a estudiantes y profesores realizar cosas extra-ordinarias y *obtener pergaminos*, expresión utilizada por Raúl para aludir al prestigio que se logra, también los atrapa en la trama de relaciones de poder que despliegan e instituyen los entes gubernamentales y privados sobre su territorio. Aquello acarrea que, a través suyo, integren a la escuela como un agente institucional que, al interrogar el PCC desde lo “ambiental”, la “biodiversidad” o el “desarrollo”, contribuye a la performación de éste como “Patrimonio” y “Paisaje Cultural”.

Aquello se hizo visible para mí, al observar la deriva mediática que tomaron los proyectos Ondas de los “Gallitos de Roca” cuando decidieron incorporar de los dones del gobernador y nuevos equipamientos como cámaras fotográficas, para el registro de sus actividades, y de video para la observación de la vida silvestre.

Tales equipos les permitieron formalizar el conocimiento que generaban a través de sus prácticas, haciéndolo inteligible para otros, en formatos digitales tales como presentaciones en Power Point, biofonías del PCC, colecciones fotográficas, pequeños documentales y un par de blogs de divulgación, producciones que, a su vez, les permitieron ampliar los circuitos

de reconocimiento en los que participaban. No obstante, la elaboración de tales materiales exigía el manejo de unos niveles de complejidad técnica que en muchos casos estudiantes y docentes ni siquiera lograban entender, pero suplieron con ayuda de realizadores externos a la institución educativa que, como yo, aportaron conocimiento al respecto.

La generación de tales productos comunicativos terminó consumiendo gran parte del tiempo que dedicaban a la investigación, igualmente condicionó sus actividades para que se realizaran de tal forma que pudiesen ser registradas a través de los medios que adquirieron. (Diario de campo preparación de presentaciones del grupo “Gallitos de Roca” 2016-2017).

Esta deriva, les permitió a los “Gallitos de Roca” posicionarse a través sus acciones en ciertos niveles de valor, desde los que alcanzaron un mayor control e influencia que otros profesores y agentes sociales de su municipio, tanto en su Institución Educativa como instancias departamentales y regionales, a través de su participación en Foros Ambientales Municipales dedicados al PCC, Encuentros intermunicipales de experiencias sobre el abordaje del PCC desde el aula de clase, la Cátedra Unesco sobre Paisajes Culturales, Encuentro Internacional de Ciencia Abierta y Colaborativa. Dicho posicionamiento también les permitió participar de la creación de espacios institucionales, como el Comité Municipal del PCC y justificar a través del PCC un cambio de énfasis en el currículum del INSA.

Participar socialmente de aquella manera les permitió a docentes, estudiantes y asesor, obtener prestigio y valoración social en la medida en que sus productos les permitían interactuar con otros agentes institucionales, sociales y comunitarios en diferentes niveles de valor. No obstante, el reconocimiento que recibían se convertía en el equivalente a aquellas “tablets” que el gobernador había donado al INSA y, se traducía en obligaciones con personas de lugares cada vez más lejanos a su Institución Educativa. Al visibilizarse en el contexto del PCC, experiencias como la suya encontraron un lugar para la realización de su valor en dicho universo de sentido, al ser relacionados con los referentes de valor socialmente instituidos para tal efecto, en este caso, los cuatro valores y 16 atributos patrimoniales del PCC.

Una vez encuadradas sus acciones en un proceso que excede el marco de lo escolar, y los inscribe en las cadenas de producción de valor en torno a la “caficultura de montaña”, los “Gallitos de Roca” empezaron a ser presionados por las instituciones para que usen el prestigio recibido, para devolver a la comunidad de gestores del PCC, productos cada vez más innovadores y detallados, a fin de preservar status y autoridad simbólica de la que habían sido investidos, *al convocarse solos, a un cuento que no era para ellos*, como recuerda Raúl.

Lograr este tipo de desarrollos no es para nada sencillo, ya que implica mantener motivados a los docentes y estudiantes para que innoven y de paso, entender y maniobrar con los esquemas administrativos de las instituciones educativas, así como con las del programa Ondas y de Sueje. Una labor que en ocasiones puede hacer que lo administrativo y lo formal pese más que lo sustantivo. En este proceso, Uriel asumió el rol de *engolosinador*, el cual le permitió de forma creativa incidir en la estructuración del campo de acción de los docentes y los estudiantes del INSA, que participaban en el programa Ondas, de tal forma que se mantuvieran articulados al proceso patrimonializador. Al respecto, Uriel señala que:

Hay que andar insistiéndoles -¿Qué queremos?, ¿pa' qué salimos?, ¿q' hubo del informe?- escriba, el maestro es invisible y lo que no se escribe no existe, preséntele al rector el informe de la salida, -Escribí que lo que vos haces es muy importante, es interesante. Hasta que termina copiándole a uno porque uno lo invita a todos esos eventos y el tipo saca pecho contando lo que ha hecho. (Uriel, comunicación personal, 20 de marzo de 2017)

La insistencia de Uriel en la escritura y la sistematización de las experiencias de los docentes no obedece sólo a su afán por *mostrar resultados*, como él argumenta, sino que es la cabeza de un iceberg institucional más complejo, que demanda desligar a las personas del conocimiento tácito del que son portadoras. Ello implica involucrarlas en procesos de codificación que permitan enajenar el saber del que son portadores, pero a la vez, tejer vínculos que permitan ponerlo a disposición de otros, sin límites de tiempo o espacio. De esta manera, aquellos podrán ser apropiados selectivamente y recreados convenientemente en niveles superiores de las cadenas de valor de la caficultura de montaña, para maximizar la realización de su valor de cambio en los mercados de la diversidad.

La codificación del saber y el conocimiento en los niveles más bajos de las cadenas de producción de valor, supone un paso crucial para que este conocimiento socialmente producido, sea convertido en información que pueda propagarse y nutrir las “redes de inteligencia” que están tejiendo los diferentes entes públicos y privados para incrementar el cada vez más estrecho margen de ganancia, que los incrementos de “productividad” generan en el valor de cambio de lo que se produce en la región. La codificación del conocimiento producido por los Gallitos de Roca, traducido por las instituciones en indicadores de gestión e ideas para formular políticas públicas para la escuela o la sostenibilidad de la declaratoria del PCC como patrimonio Cultural de la Humanidad, se convierte así, en el dispositivo a través del cual, terminan contribuyendo al incremento de dichos márgenes de ganancia.

De esta manera, los saberes producidos en una Institución Educativa pública terminan subsumidos en la compleja red de producción compartida de valor de cambio que se está estructurando en torno al PCC. Así, los procesos de aprendizaje e investigación generados en una institución educativa pública, pueden ser instrumentalizados indirectamente para la generación de lucro por parte de agentes privados.

De ello me di cuenta, al participar de algunas reuniones institucionales tales como el Encuentro “Valorización de Paisajes Bioculturales” y el “Encuentro del Nodo de innovación en Biodiversidad del Departamento de Risaralda” el 20 de abril de 2018 en la Universidad Tecnológica de Pereira. En ellas, la educación era invocada repetidamente como recurso fundamental para la sostenibilidad del PCC, pero sólo en tanto fuese agenciada por ingenieros, arquitectos y administradores, que enrutaran sus productos a la implementación de modelos de negocios, estudios de mercadeo, la ampliación de la oferta de servicios comercializables a través del diseño de experiencias o, en su defecto, a la ampliación de capacidades para producirlos localmente. (Diario de campo Encuentro ‘Valorización de Paisajes Bioculturales’, Manizales, julio 21, 22 y 23 de 2016)

Algo semejante pude constatar con el despliegue del programa de “Escuelas Amigas del Turismo” y la “Cátedra de Emprendimiento Ambiental”, que se empiezan a implementar en el INSA. A través de las cuales, las actividades de aprendizaje a través de la experimentación del conocimiento que realizan los “Gallitos de Roca”, buscan ser incorporadas, en la perspectiva de la destrucción creadora schumpeteriana, al ámbito de la producción mercantil, para que puedan realizarse su valor en términos monetarios. En el caso del INSA, la idea es que Raúl ayude a gestionar la estructuración de rutas turísticas en el municipio, a partir de su experiencia de *experimentar conocimiento del territorio haciendo trocha a través de la palabra* (Diario de campo presentación de la propuesta de Emprendimiento Ambiental en el INSA 5 de marzo de 2018)

El proceso de encadenamiento de las actividades escolares e investigativas a la producción de valor de cambio no ocurre de manera automática. Por el contrario, se enfrenta a resistencias de los diferentes agentes que se relacionan. Algunas de esas resistencias están ancladas en la desconfianza de los locales frente a sus propias capacidades para relacionarse en niveles de valor diferentes a aquellos en los que están habituados a operar, como ocurrió con la profesora Maribel, la cual, pese a tener un muy buen método para enseñarle a sus estudiantes a aprender a leer y escribir a través de la indagación de los insectos de su entorno, cuando Uriel le propone escribir sobre su experiencia, le responde:

(...) pero es que yo no soy buena en eso de escribir, de exponer y yo soy campesina, soy profesora de una vereda, de un pueblo y eso de hablar con gente con títulos sofisticados, además yo no tengo la formación para decir esas cosas. (Maribel, comunicación personal, 4 de octubre de 2015)

Otra fuente de resistencia es la desconfianza frente a la institucionalidad que se han generado en la región, a partir del manejo de los conflictos que la han atravesado, lo mismo que de los programas que llegan a la escuela. Un ejemplo de ello lo protagonizó Raúl cuando fue convocado a presentar su experiencia en un encuentro para seleccionar los mejores PRAES de la región, evento en el cual no pudo realizar su presentación porque según él, ya estaban escogidos los que seleccionarían. Posteriormente, fue llamado por un contratista de un Ministerio, el cual, luego de preguntarle por cómo había sido atendido y obviando los reclamos de Raúl, le dijo:

(...) mi intención es que usted me comente qué es lo que están haciendo, porque nos pareció que su trabajo es muy importante, entonces yo soy la persona encargada de sistematizar lo que ustedes están haciendo, yo le voy a mandar a su correo una minuta y usted de aquí a dos o tres días me devuelve la informacioncita... (Raúl, Comunicación personal, marzo 16 de 2016)

Raúl se sintió ofendido ante tal propuesta ya que, no sólo percibió que al hacerlo estaría haciendo un trabajo por el cual al contratista le estaban pagando, sino que, además, le daría indicadores de gestión a una entidad de la que recibían muy poco apoyo. Por ello se negó a realizar lo que el contratista le pedía. Al contarme aquella anécdota Raúl, concluía:

¿Qué sistematice mi experiencia pa' que otro se la lleve así no más?, ni que fuera bobo. Los de los Ministerios siempre están tratando de ganar puntos con nuestro trabajo. Así pueden decir ellos que tienen a tantos profesores investigadores inscritos en su página. Nosotros trabajamos en los proyectos, ponemos de nuestro tiempo y recursos para que los chicos tengan opciones y se arraiguen en el territorio, que valoren lo que tenemos, no es porque ganemos más dinero, antes nos ganamos más dificultades. A nosotros nos ofrecen reconocimientos tipo la Marquesa de Yolombó, se apropian de nuestro trabajo, nos dan reconocimientos de papel y lo que es peor, nosotros los exigimos. (Raúl, Comunicación personal, marzo 16 de 2016)

La obra costumbrista a la que se refería Raúl se basó en un hecho real que tuvo lugar después de la independencia, en un pequeño pueblo de Antioquia llamado Yolombó, en el que la una próspera minera negra le regaló al rey de España una gran cantidad de oro y a cambio, el rey le otorgó el marquesado sobre su pueblo, un título sin ningún valor, ahora que

el rey no era soberano de dichas tierras. Tal alusión daba cuenta del lugar jerárquico y el rol que, como profesor e investigador, percibía que tenía en aquellos sistemas de producción compartida de valor de cambio.

La negativa de Raúl a sistematizar su experiencia para aquella entidad también tomaba en consideración el hecho de que, a medida que divulgaba su trabajo y recibía reconocimientos, otros grupos del municipio cercanos a la alcaldía retomaban los componentes más valiosos de sus experiencias para elaborar proyectos que, a diferencia de los suyos, lograban realizar su valor de cambio al obtener financiación estatal.

9.5 Un paisaje cultural performado por el valor

“La manera más eficaz de gestionar el cambio es crearlo”⁵⁸
Peter Drucker (2012c, p.295).

“**Risaralda** inspira CONFIANZA “, ese es el lema de la Gobernación del departamento, que se ve en las diferentes piezas publicitarias que promocionan su accionar en el territorio. Aquel lema alude performativamente a la apuesta política de esta administración por realizar lo que esté a su alcance para favorecer el rendimiento económico de las inversiones que se hagan el territorio que gobierna (ver ilustración 29).

Adicionalmente, dicho lema da cuenta de sus esfuerzos por sacar provecho del acceso a zonas, bienes y servicios bioculturales a los cuales no tenían acceso ni las instituciones, ni las empresas, a causa de la larga guerra que se libraba en el país, y que llegó a su fin con la firma del acuerdo



Ilustración 29. Promoción de logros en la implementación de cadenas Productivas. Fuente: Risaralda Verde y Emprendedora (2017).

del teatro Colón entre el gobierno nacional y la más antigua guerrilla del país, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en noviembre de 2016.

Los actos *performativos* son formas de habla que autorizan, las cuales simultáneamente realizan ciertas acciones y ejercen un poder vinculante con respecto a ella. No obstante, ello es posible por la existencia de un discurso previo que habilite a quien realiza el acto *performativo*, para hacerlo (Butler, 2002, p.316).

⁵⁸ “The most effective way to manage change is to created it” (Traducción propia).

En el caso de los gestores del PCC, estos actúan performativamente para “inspirar CONFIANZA” entre los inversionistas, legitimando sus acciones a través de la declaratoria del PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad por parte de la Unesco, pero, además, a través del “Acuerdo del Teatro Colón”. De esta manera, los gestores del PCC pretenden entronizar los valores y atributos patrimoniales codificados en dicho algoritmo, como los rasgos identitarios que definen la región en términos patrimoniales y, consecuentemente, prescriben lo que en ella debería hacerse.

En la medida en que instituciones como la Unesco, conciben o extienden derechos y recursos a esas identidades patrimonializadas, se empiezan a aplicar lo que Yúdice (2002) denomina “presupuestos coherencistas”. A través de ellos, se moviliza el poder del Consejo Nacional de Planeación (Conpes), los Ministerios de Cultura y Educación, la Federación Nacional de Cafeteros y las Entidades Territoriales, entre otros, para hacer que las identidades patrimonializadas aparezcan en las diferentes dimensiones de la esfera pública.

Así el PCC deja de ser un mero documento académico producido por las Universidades de la región, para constituir una realidad *performada* que se evidencia en estadísticas e indicadores de desarrollo, pasando por los foros de discusión académica, los nichos de mercado o las fiestas de los pueblos o el discurso escolar. Una “realidad” susceptible de ser abordada por grupos como los “Gallitos de Roca” desde el aula de clase, la cual llega a materializarse en modificaciones estéticas y de la estructura urbana de un pueblo, o en la creación de organizaciones específicas como los Comités Técnicos y Municipales del PCC o la Asociación de Alcaldes del PCC, para asumir la representación de estas identidades patrimonializadas.

Al aceptar el reconocimiento patrimonial para negociar respeto a su diferencia y recursos, los procesos de reproducción de la vida en común, son atrapados por procesos de gerenciamiento o administración de poblaciones, que obvian el hecho de que todas las identidades se constituyen en una relación recíproca con otras identidades. De esta forma, el capital mediatiza las relaciones sociales que reproducen la vida y se apropia privadamente de tales relaciones, transformándolas en mecanismo de valorización.

En consecuencia, las instituciones despliegan una serie de dispositivos de captura que obligan a las personas, como señala Yúdice (2002), “no solo a actuar, sino a imaginar su acción dentro de una estructura “fantaseada” que asigna presencias, acciones y posiciones” (p 68). A través de tales dispositivos, se pretende que los seres, las cosas y los procesos existentes en el territorio, incluidos aquellos que pretenden ser alternativos, como el

desarrollado por los “Gallito de Roca”, se incorporen a los mecanismos gubernamentales de producción y preservación del PCC y ocupen una posición normativa.

En el caso del PCC, tales mecanismos comienzan por la asignación de términos económicos y econométricos a los bienes patrimonializados, así por ejemplo su existencia misma es catalogada como “oferta” y desde esta perspectiva se realizan inventarios para establecer sus componentes, estos se clasifican a su vez de acuerdo a sus usos como “bienes y servicios”, se cuantifica su “capacidad de carga” para establecer el tipo de actividades que pueden realizarse en ellos y dimensionar la magnitud de la presión que los ecosistemas pueden tolerar por parte de tales actividades sin deteriorarse (Sebastián, comunicación personal, 22 de octubre de 2017).

A partir de ello, las instituciones diseñan “planes de manejo” que recomiendan “buenas prácticas” en relación con el conocimiento, la conservación y el aprovechamiento sostenible del PCC, a la vez que asignan lugares legales que deben conquistarse, para participar en ellas.

Tales planes establecen, además, los parámetros para instituir “sistemas de certificación de calidad” en las áreas de negocios promisorias, así como modalidades de trabajo asociativo entre diferentes agentes públicos, privados y comunitarios, cuyos intereses convergen en el campo, tales como las “rutas”, los “negocios verdes” o las “cadenas productivas”, en torno a los cuales se promueve la producción compartida de valor de cambio a partir del trabajo material e inmaterial de agentes ubicados en diferentes niveles de las cadenas de valor (Sebastián, comunicación personal, 22 de octubre de 2017).

Dichos mecanismos, tanto técnicos como legales, son diseñados e implementados por universidades y Ongs, a través de contratos con diversas entidades públicas, con el propósito de “controlar la creación y circulación del conocimiento y regular el reparto de los beneficios generados por la creación y difusión de una invención o de cualquier entidad valiosa” (Lazzarato, 2006, p131).

De este modo, las élites cafeteras y los gestores del territorio, pretende emular lo realizado a través de la modernización cafetera, cuando, mediante la caficultura tecnificada y el fetiche del “oro del campesino” lograron crear al “caficultor colombiano” y al “empresario cafetero”.

En este caso, se pretende que, a través de la gestión del fetiche “Paisaje Cultural Cafetero, Patrimonio Cultural de la Humanidad”, se puedan producir nuevos personajes maleables que habiten y *performen* esta suerte de “paraíso terrenal”. Pero también, gestores de la cultura y el ambiente, capaces de actuar, como si la desconocida biodiversidad que hay en aquel territorio, la cultura cafetera de montaña que heredaron de sus mayores, que aprendieron de la

Federación, o con la que recién se encuentran, jugara de verdad un papel importante en la definición identitaria de sí mismos, de sus contemporáneos y de las futuras generaciones.

Para tal efecto, al igual que ocurrió durante la modernización de la economía cafetera cuando fue destruido el bosque cafetero que habían construido los colonos, ahora se gestiona ambientalmente la “destrucción creativa” del modo de vida de los pueblos cafeteros, para propiciar la captura de la renta que produce su uso como patrimonio biocultural.

Ejemplo de ello, es la privatización de bienes comunes, cosa ocurre con algunas propiedades ubicadas en miradores estratégicos, en cuyos linderos carreteables se empiezan a erigir cercas vivas para que el paisaje sólo pueda ser disfrutable desde el interior de las mismas, o a través de la especulación inmobiliaria y el encarecimiento generalizado en el costo de la vida en los pueblos, con la aparición de emprendimientos que buscan agregarle “valor patrimonial” a las mercancías que comercian, al igual que con el incremento en la demanda de locales comerciales y propiedades por parte de extranjeros.

En otros casos, las dinámicas de estandarización estética del PCC acuden a criterios de higiene, salud pública o conservación, para depurar aquellos modos de vida rural que afectan la “sostenibilidad” de un paisaje. Aparecen entonces, casos en el que prácticas tradicionales son prohibidas, como ocurrió con la caza de animales silvestres en Peralonso, ilegalizadas, como la elaboración de canastos con fibras naturales sin los debidos permisos de explotación de las lianas del monte o, vetadas, como ocurrió con los agricultores que fueron desplazados de sus lugares de comercio en el mercado dominical de la plaza principal del Santuario, atendiendo a parámetros formales de calidad, concebidos desde las ciudades, en muchos casos, por profesionales que se formaron como tales durante la modernización cafetera, a cambio de perder sus vínculos con la tierra.

El valor de cambio generado por la explotación comercial del patrimonio biocultural, también es capturado por las empresas turísticas y comercializadoras, a medida que se oficializan los saberes sobre lo patrimonializado y se homogenizan las representaciones estéticas del PCC, como ocurre con los cursos y certificaciones sobre guianza turística y la formación de “vigías del patrimonio”, actividades que inducen la escasez de voces autorizadas para hablar sobre el PCC.

Igual pasa con la marca registrada del PCC que diseñó la Federación para ser estampado en las mercancías producidas en la zona de la declaratoria, como una alternativa más vistosa que el logo oficial otorgado por la Unesco, pero cuyo uso, a diferencia de este, debe ser remunerado (Sebastián, comunicación personal, 22 de octubre de 2017).

En estas circunstancias, es desestimada la premisa de que los “valores nacen del hacer” postulada por Raúl, la cual entiende que los vínculos sociales de cualquier tipo, sean de dominación o relaciones libremente elegidas, se tejen a través de las acciones en las que se involucran las personas, que los haceres de las personas no están disociados de la vida social y en consecuencia, la vida rural se soporta los saberes y las prácticas generados por los cultores y los cultivadores a partir de experimentar de manera práctica sus condiciones concretas de existencia en el campo, sin guiones preestablecidos.

Por el contrario, la fetichización del PCC supone que los vínculos sociales existentes en el territorio sean utilizados para performar una vida rural “fantaseada”, que no esté soportada en la experiencia cotidiana de la vida en el campo, sino por la gestión de recursos para la co-producción de valor de cambio.

Una vida rural que es individualizada institucionalmente al resaltar su unicidad y cuya sostenibilidad se busca a través de la racionalización de los elementos que la constituyen, de manera que se incremente de manera sostenible el poder de los gestores sobre ella, al tiempo que debilita los vínculos sociales y las relaciones ecosistémicas que la soportan.

Para lograr este propósito, diferentes gestores gubernamentales y no gubernamentales visitan periódicamente el municipio para hacer inventarios, registrar saberes o decantar los bienes y servicios patrimonializados que cuentan con las mayores posibilidades de convertirse en negocios de acuerdo a la terminología y los procedimientos que se han instituido para tal efecto.

A partir de ello, los gestores direccionan procesos de diseño de productos y modos de relación productiva de diversidad, que consideran convenientes, para generar un entorno en el que, los inversores puedan obtener beneficios monetarios a corto y mediano plazo. Así, la producción de valor de cambio se profundiza como el motor *performador* de haceres locales haciendo que debiliten aún más los vínculos orgánicos de los habitantes del campo con su entorno. En consecuencia, los agenciamientos patrimonializadores terminan privilegiando el aturdimiento comercial, la puesta en escena de la tradición, antes que su potenciación. Como ha ocurrido en un pueblo cercano a Santuario, donde se ha empezado a promocionar a una virgen como “Patrona del PCC”.

Lo anterior, ha propiciado la conversión de muchos campesinos en lo que Raúl denomina *mercaderes del campo*, los cuales, en la actualidad empiezan a diversificarse para ser conocidos a nivel regional como *vendedores de paisaje*, *emprendedores ambientales*, *productores de cafés especiales*, o *agencias certificadoras*.

En palabras de Sebastián, un Administrador del Medio Ambiente, de la Universidad Tecnológica de Pereira, cercano a estos temas:

... los entes de control vigilan que el dominio de los grupos de poder en el campo se mantenga, por eso las experiencias alternativas son vigiladas, entorpecidas, para que no se desplieguen, ni tengan grandes alcances, eso lo hacen a través de las certificaciones de calidad o los sellitos que le dan valor adicional al café, o las prohibiciones sanitarias a la puesta en circulación de productos locales (Sebastián, comunicación personal, 22 de octubre de 2017)

De esta manera, en torno al PCC se estructura un nuevo modo de apropiación jurídico-ideal de los recursos productivos cafeteros, así como un nuevo modo de establecer derechos sobre el patrimonio biocultural cafetero, que inducen su escasez y regula su intercambio, otorgando de manera institucional, más poder al Estado, los empresarios e inversionistas, así como a los expertos académicos, para controlar el potencial productivo de las personas del campo, de modo que puedan ser subsumidos en las nuevas dinámicas de valorización de la caficultura de montaña

Esta transformación afecta particularmente a ciertos grupos que quedan excluidos de los procesos de creación de propiedad sobre este Patrimonio Cultural de la Humanidad, bien por no encajar, entender o apropiarse de las condiciones legales, por no poseer las infraestructuras que permiten convertirlas en mercancías ficticias generadoras de renta, o no disponer de los medios para certificarse como competitivos. Para permanecer en el territorio, tanto pequeños y medianos productores, agregados, empleados de comercio, así como los cosecheros indígenas y los productores agroecológicos se ven entonces obligados a innovar y desarrollar recursos que les permitan soportar mejor las consecuencias de las agresiones sociales y culturales que los procesos de globalización económica desatan en su contra, de tal forma que puedan continuar produciendo mercancías capitalizables en las actuales condiciones de mercado, así como encontrar un lugar en los sistemas de jerarquización que se están estableciendo con el propósito de reconfigurar las relaciones entre cosas y las relaciones entre gentes, al tiempo que, describir, prescribir y ponderar institucionalmente, aquello que debe ser reconocido socialmente como legítimo, valioso y deseable de una manera trascendental en este territorio.

9.6 Sacralización de simulaciones

“El propósito de los negocios es crear y mantener un cliente”⁵⁹
Peter Drucker (2012a, p.37)

Las instituciones comprometidas con la fetichización patrimonial del PCC, parecieran de manera discursiva, querer sacralizar ante el mundo, la historicidad de una identidad cultural cafetera construida por más de cien años en la región y presentarla como una suerte de “paraíso terrenal”, al cual, sólo algunos tendrían el privilegio de acceder y habitar.

Sin embargo, al vincular este asunto con la competitividad, sacralizan una versión modelada y atemporal de los atributos y valores que singularizan a esta región. Esto lo logran desestimando algunas diferencias presentes en el territorio, como la *conservatización*, y enfatizando otras, como el monocultivo de café, de tal forma que puedan admitirse como tolerables, las nuevas y viejas inequidades que genera el entronque del PCC con las dinámicas de intercambio del capitalismo financiero.

Así, el patrimonio deviene materia prima inagotable a partir de la cual puedan performarse esos “mundos de signos” a través de la publicidad y la cultura de masas, que, según Rolnik (2006), sustituyen en el capitalismo cognitivo a las mercancías materiales que se producían en el capitalismo industrial.

A diferencia de lo propuesto por Godelier (2000), en el caso del PCC, lo “sacralizado” a través de la patrimonialización no se guarda para sustraerlo de los intercambios, sino que se exhibe y se divulga a través de dossiers y declaratorias de alcance y validez global. Así, la sacralización patrimonial del PCC pretende sentar las bases para instituir una nueva relación de poder en el territorio cafetero, esta vez, fundada en la seducción. Es decir, en la capacidad del discurso patrimonializador, de aturdir a propios y extraños con versiones idealizadas de la “caficultura de montaña”, a partir de las cuales, con la ayuda de las nuevas tecnologías, se puedan innovar las maneras de producir riqueza a partir de esta.

Quizá precisamente porque lo que se sacraliza con la declaratoria, no son los modos de vida campesina cafetera como tal, sino una representación idealizada de la misma, diseñada para competir en el mercado global de la diversidad, es que los excepcionales valores y atributos bioculturales que las instituciones reconocen como inscritos en aquel territorio, sólo

⁵⁹ “The purpose of business is to create and keep a customer” (Traducción propia)

contribuyen a fetichizarlo como Paisaje Cultural, antes que a sacralizar la caficultura de montaña que allí se practica.

Una muestra de aquello, ocurrió en el año 2018, cuando los recursos aportados por los caficultores al Fondo Nacional del Café, fueron utilizados para importar parte del café liofilizado que se exportó con la marca “Café de Colombia” (Ardila, Cedeño Claudia, 11 de abril de 2018), o que gran parte del café comercial que se consume en el país, sea producido con pasillas importadas, aunque se promueva como un producto nacional.

Un fetiche es una forma a priori, “un código simbólico inconsciente, previo a toda forma posible de acción y de pensamiento” (Jappe, 2009, p.15), por ello con la fetichización, como señalaba Marx, se produce una inversión constante entre lo que debería ser el elemento primario y lo que debería ser el elemento derivado, entre lo abstracto y lo concreto. De ahí que la primera particularidad de la forma equivalente, el valor de uso se convierte en la forma fenoménica de su contrario, el valor de cambio. La fetichización patrimonial del PCC, no ha sido la excepción, ya que a través de ella se invisibiliza la capacidad de los campesinos cafeteros para producir valores de manera autónoma y, por el contrario, los gestores del PCC, asumen que son los valores y atributos patrimoniales, en tanto cuerpos de información estandarizadas e institucionalizada, los que *performan* la nueva ruralidad cafetera.

En consecuencia, los gestores biopolíticos del territorio, se esfuerzan para seducir a los habitantes del territorio para que articulen sus acciones y productos con los sistemas de producción estandarizada que se están generando bajo la marca PCC, es decir, a performar sus haceres, memorias, sensibilidades y relaciones en consonancia con los valores y atributos patrimoniales que ha reificado la declaratoria de la UNESCO, seguros de que es ella y no sus modos de vida en sí, lo que hace valioso su territorio.

Un ejemplo de esto es el programa de mejoramiento de fachadas (ver ilustración 30), a través del cual el gobierno departamental busca restaurar y destacar



Ilustración 3028 Promoción de logros en el programa de embellecimiento de fachadas durante el año 2017. Fuente: Risaralda Verde y Emprendedora (2017)

exteriormente, la “singularidad arquitectónica” de las viviendas coloniales del pueblo que lograron mantenerse en pie a través de los años, las guerras y la modernización.

Tales casas han sido patrimonializadas de acuerdo con los criterios establecidos para tal efecto por el PCC, paso seguido fueron convenientemente maquilladas para atraer el turismo, de modo que se han convertido en símbolos representativos de la “diferencia” que representa

el PCC con respecto a otros lugares del mundo. Un proceso a través del que se evidencia el esfuerzo institucional por producir y definir la identidad “cafetera” de aquel territorio, estandarizando una imagen atemporal de los pueblos incluidos en el PCC, que elimina de ellos las huellas de otros procesos históricos que no tienen el mismo potencial para ser mercadeados como parte de la cultura cafetera patrimonializada.

De acuerdo con Folch (1999, p. 213), “mantener un tipo determinado de paisaje, equivale a mantener una forma determinada de entender las relaciones de los humanos con el entorno, es decir, mantener un determinado algoritmo socioecológico como expresión y apoyo material de un determinado algoritmo socioeconómico”.

En el caso del algoritmo PCC, se produce un proceso que visibiliza y transmuta el conocimiento biocultural que los pobladores locales han construido en relación con su territorio a través de generaciones, en información codificada, cuantificada, clasificada y formalizada, de manera que pueda ser gestionada de manera inmaterial para producir ganancias. Con ello, los promotores de la patrimonialización pretenden transitar del algoritmo socioeconómico modelado en los tiempos de la “modernización de la economía cafetera” sobre un modelo agroindustrial, hacia una “caficultura de montaña” en la que predominen las actividades no agropecuarias, especialmente las de prestación de servicios.

Algo que, si bien está generando una amplia y variada oferta material y simbólica en la que se entrecruzan lo moderno y lo tradicional, también está modificando las representaciones y las prácticas relativas a los objetos y las relaciones sociales, cuyo significado estaba relacionado con cosmovisiones y modos de relación que fueron producidos en contextos diferentes y que, en la actualidad se encuentran altamente erosionadas por las oleadas modernizadoras o son obsoletos para orientar la vida presente de los santuareños.

En esta lógica, objetos tradicionales disociados de sus atributos funcionales originales, son rediseñados para que cumplan los estándares institucionalizados para atraer turistas ávidos de experiencias novedosas. Viejos artefactos, que en su momento fueron considerados “basura”, como los que conservó el doctor Pareja en la Hacienda “Brisas del Tambo” se hacen así extraños y novedosos en tanto expresiones de la “diversidad” performada en torno a al PCC.

Igual pasa con los saberes que durante mucho tiempo fueron oficialmente proscritos como supersticiones, signos de atraso, como los existentes entre los pobladores en relación con las plantas medicinales, los animales de monte, las formas de cultivo, los medios de transporte o los mitos y leyendas, los cuales se revelan ahora como portadores de valores expropiables a partir del establecimiento de derechos de uso sobre lo que ellos representan en el algoritmo

PCC. Es decir, no en tanto cumplan su función tradicional, sino en tanto puedan ser usados para producir valores de cambio, en el marco de coproducciones comerciales.

Lo mismo ocurre con las formas de construcción tradicional como el “bahareque”, las cuales son imposibles de replicar en la actualidad dado que se han extinguido las especies arbóreas que las hicieron posibles, pero cuya imagen, embellecida de acuerdo a los estándares del PCC, es usada extensivamente en piezas publicitarias que lo promocionan y jalona el proceso de gentrificación de y extranjerización de los territorios delimitados como Paisaje Cultural Cafetero.

En aquellos casos, al igual que en el del “Café Artesano Santuario”, lo que se busca al invocar la “tradicición” y la “identidad” cafetera, es performar una nueva ruralidad, en la que diferentes objetos y prácticas de un pasado mítico, son fetichizadas como patrimoniales para generar beneficios a empresas del presente, que se esfuerzan por adaptarse al paladar de consumidores ávidos de experiencias exóticas. Por ello es posible encontrar en oferta, mercancías completamente ajenas a las tradiciones campesinas locales que, sin embargo, dicen ser parte de la cultura cafetera local. Este es el caso de las fincas cafeteras para turistas, el barismo, las bebidas y alimentos exóticos a base de café que jamás se consumieron en la región, tales como cervezas, gaseosas, dulces y masas de café, e incluso tazas de café de alta calidad.

Cada uno de esos productos se presenta como una refracción del proceso a través del cual se performa la sacralidad de la caficultura de montaña como Paisaje Cultural y como Patrimonio Cultural de la Humanidad. Es por ello que, las nuevas industrias culturales generadas en torno a estas, se esfuerzan para que sus productos cumplan los estándares instituidos por las autoridades, para inducir la escasez y regular el intercambio y la apropiación de los valores y atributos del PCC, a fin de que puedan ofertarse en los mercados de la diversidad, como mercancías con algún tipo de sello de distinción oficial, que las vincula de modo fetichista con las riquezas más valiosas que ha producido la humanidad a través del tiempo, así, históricamente no hayan contribuido a su creación o sostenimiento.

A los ojos del turista, tales objetos y prácticas representan esa forma de vida excepcional patrimonializada por la declaratoria de la UNESCO, sin embargo, a medida que el proceso *performador* del PCC avanza, estas se hacen cada vez más distante, tanto de las que existían tradicionalmente, como de las existentes contemporáneamente en la vida cotidiana de los habitantes del territorio.

Aquello, bien porque los locales han generado otros modos de vida a través de los múltiples intercambios que han sostenido voluntaria y forzosamente con otros, a través del

tiempo, o bien porque la “gourmetización” y la especulación en torno a los objetos, prácticas y consumos “tradicionales”, los ha transformado de tal manera que, a pesar de haber sido en muchos casos, parte del sustento de gentes monetariamente pobres, ahora se hacen inaccesibles para muchos por sus elevados precios.

En ambos casos se evidencia como los moradores de la localidad son conscientes de que la sacralidad del PCC es una simulación *para salvar a estos pueblos* como dijera Raúl, terminan otorgándole a este fetiche, el poder para imponerles vínculos y compromisos, a partir de los cuales van modificando sus modos de conocer, habitar, narrar, experimentar y relacionarse consigo mismos, con los demás y con su entorno, que hacen posible transformar las condiciones de realización del valor de lo que producen y, de esta manera, profundizar las desvinculaciones generadas por la modernización en aquel territorio.

9.7 La apropiación social de los valores y atributos Patrimoniales del Paisaje Cultural Cafetero

*“La productividad del trabajo no es responsabilidad del trabajador, sino del gerente”.*⁶⁰

Peter Drucker (2012b, p.15).

La institucionalización del PCC como interfaz que permita visualizar, medir, gestionar y explotar el potencial de riqueza inmaterial presente la unicidad de los valores y atributos bioculturales patrimonializados, requiere para realizarse, del trabajo mancomunado de los pobladores del territorio y, de manera especial, de los agentes educativos. Esto debido a que, en las actuales condiciones de mercado, el algoritmo PCC deberá ser capaz de performar de manera sostenible la forma de vida que dice representar, si aspira a permanecer en la jerarquía global de valor instituida por la Unesco.

De esta forma, así como los cafeteros deben compiten como *gladiadores* con otros para hacer que su café sea deseable para los consumidores, los agentes del PCC deberán mantener la confianza en que, tal algoritmo mantendrá de manera sostenible, la autoridad institucional para performar, de manera eficaz, una forma de vida rural creíble y deseable, en un mundo donde las particularidades identitarias son cada vez más escasas y atractivas.

Igualmente, como señala Yúdice (2002, pp. 61-62), las fundaciones internacionales, las ONG y las instituciones intergubernamentales como la Unesco sólo proporcionan uno de los

⁶⁰ The productivity of work is not the responsibility of the worker but of the manager” (Traducción propia).

vectores dentro de los campos de fuerza que poseen las diferentes sociedades en las que se producen procesos de patrimonialización.

Por ello, la manera en que los agentes del PCC ejerzan los mandatos de la Unesco para gestionar el PCC como Patrimonio Cultural de la Humanidad, depende del campo de fuerza total que configuran las diversas instituciones y actores interesados, así como con la forma en que ellos se posicionen en ese campo, el cual, a pesar de la globalización, continúa siendo nacional.

En el caso del proceso de *apropiación social del PCC* del que participa el semillero “Gallito de Roca” en Santuario, convergen lógicas e intereses complementarios, divergentes y contrapuestos, que en ocasiones se anulan entre sí, se obstruyen, se alinean o se complementan según la tarea que realicen y los gestores que converjan en torno a ella.

Tenemos así que la gestión del PCC se realiza en este municipio, en torno a un campo de fuerzas en el que es posible reconocer, por lo menos cuatro grandes grupos, los cuales, no necesariamente por tener intereses comunes actúan de manera mancomunada y viceversa:

Un primer grupo estaría integrado por instituciones como la Universidad Tecnológica de Pereira con una perspectiva administrativa y tecnológica de lo ambiental, una Federación de Cafeteros modernizadora, los Ministerios de Cultura y del Medio Ambiente, de la mano con gobiernos locales y departamentales, que si bien le apuestan a su manera a desarrollar el capitalismo cognitivo y financiero en el territorio, siguen atrapados en la inercia de las estructuras clientelares que lo han gobernado desde los tiempos del Frente Nacional.

Un segundo grupo, estaría integrado por multinacionales que quieren ampliar y hacer sostenible el usufructo que ellas realizan de las plusvalías del café, conjugando las viejas condiciones de capitalismo industrial con las nuevas del capitalismo cognitivo y financiero. También harían parte de este grupo, finqueros interesados en apropiarse de los bienes comunes para maximizar sus ganancias, *comerciantes que venden hasta lo inverosímil*, como dice Jaime, operadores turísticos que quieren beneficiarse de la visibilidad que ha logrado la región a escala internacional, así como narcotraficantes que quieren *lavar* su dinero y expandir el consumo de drogas psicoactivas, usando la declaratoria como cobertura de sus operaciones.

Un tercer grupo de involucrados, estaría integrado por ambientalistas que quieren preservar la biodiversidad de la región, campesinos que se resisten a perder sus modos de vida, agro ecólogos que le apuestan a generar valor a partir de incrementar la cantidad de trabajo vivo que invierten en los cultivos, pequeños y medianos caficultores que le apuestan a la asociatividad, arqueólogos descendientes de guaqueros, interesados en ampliar los marcos

de referencia histórica y ambiental desde los que se percibe el territorio, profesores que quieren revincular a las nuevas generaciones con la tierra, así como los emigrados que sostienen sus fincas cafeteras con remesas para preservar su prestigio social en el pueblo entre otros.

Finalmente, existiría un cuarto grupo, integrado por personas e instituciones cuya participación en la performación del PCC resulta ser incidental, funcional y en algunos casos reactiva, en el podríamos encontrar a los vecinos que desconocen su entorno, las escuelas que le han dado la espalda a su territorio, migrantes que recién se aproximan a la cultura cafetera desde manuales técnicos, así como los campesinos sin tierra, que se *rebuscan* el dinero para vivir día a día, realizando todo tipo de labores ocasionales, tanto de carácter productivo como especulativo o de servicios.

De otra parte, la gestión de la declaratoria también se ve abocada a lidiar con las condiciones sustantivas de existencia de los santuareños. Muchos de ellos han aprendido, a través de dolorosos procesos de violencia y despojo, a desconfiar, y en algunos casos a temer, tanto a sus vecinos como a las instituciones. Esto debido a que, en muchos casos, aquellos han resultado ser sus competidores por el usufructo de bienes comunes como el agua o, por recursos públicos como las partidas presupuestales y los subsidios estatales.

Adicionalmente, en alguna coyuntura desfavorable, tales personas e instituciones pueden manipular las organizaciones de base en beneficio de terceros, como ocurrió con la asociación de productores de tierra fría que lideró Jaime. También pueden despojarles de sus predios por algún medio legal o ilegal e incluso matarlos, como ha ocurrido en diferentes ocasiones a lo largo de la historia santuareña, en la que la violencia ha sido la forma que han encontrado diferentes grupos para dominar el territorio.

A lo anterior, hay que sumarle el deterioro que han sufrido lo bienes comunes bioculturales que buscan patrimonializarse. Aquello, a raíz de las desvinculaciones que propició la modernización cafetera, y que ocasionaran que muchos pobladores perciban dichos bienes como inútiles u obsoletos, ante la eficacia demostrada por las tecnologías modernas para satisfacer a corto y mediano plazo, las expectativas modernas de vida y de consumo. Igualmente, un elemento adicional que entra a complejizar el proceso de gestión de la declaratoria, es el hecho que la mayoría de los procesos escolares desarrollados en el territorio han privilegiado el desarraigo, la titulación y la asistencia social, por sobre los procesos de aprendizaje en contexto. Aquello, ha generado las condiciones para que no exista en el presente, un número significativo de habitantes con las competencias requeridas para

operar, tanto el modelo decadente de modernización cafetera, como las nuevas formas de integración social que se aspira a desarrollar en la región.

En estas circunstancias, la fetichización prevista por el algoritmo PCC, no tiene la potencia suficiente como para enmascarar la virtualidad del territorio que produce. Lo cual pone en evidencia que el PCC se sustenta, más en estudios, certificaciones, declaratorias oficiales, campañas publicitarias y puestas en escena, que, en las prácticas concretas de los pobladores, un requisito para garantizar la sostenibilidad de la declaratoria de la Unesco.

Estas circunstancias afectan la posibilidad de que efectivamente, la patrimonialización conduzca a una valorización de la “caficultura de montaña” y con ello, que esta se convierta en una fuente de riqueza inmaterial. Esto, debido a que, como señala Pasquinelli (2010):

el conocimiento sólo puede existir a través de vectores materiales. El punto nodal es la fricción entre la libre reproducibilidad del conocimiento y la no reproducibilidad del material. Lo inmaterial genera valor solo en cuanto conceda ‘sentido’ a los procesos materiales. (Pasquinelli, 2010: 677-678)⁶¹

Por ello, para que las nuevas experiencias y mercancías asociadas con la “caficultura de montaña” puedan circular y tener sentido en el territorio, la apropiación social de los valores y atributos del PCC, se convierte en requisito básico para que, en cada pueblo y vereda pueda existir un entorno colaborativo que permita performar el PCC, ya que, sólo mediante el uso y la difusión coordinada y asociativa del PCC por parte de los cuatro diferentes grupos de actores interesados en la caficultura de montaña en aquellos lugares, se podrá producir y realizar su valor financiero en los mercados globales de la diversidad.

Esto supone que, quien quiera producir, controlar y parasitar las cadenas de producción de valor de cambio que se generan directa o indirectamente en relación con el PCC, deberá tener los medios para orientar el trabajo, la confianza, la cooperación, la creatividad y la capacidad comunicativa de todos los grupos de interesados en la caficultura de montaña, empezando por las personas que habitan y producen ruralidad montañera, hacia la fetichización de la unicidad de la “caficultura de montaña”, en términos patrimoniales.

Conscientes de ello, uno de los primeros pasos emprendidos por los gestores del PCC en municipios como Santuario, fue conquistar la voluntad política de los principales agentes institucionales públicos, privados y de la sociedad civil. Eso les permitió contar con la

⁶¹ knowledge exists only through material vectors. The nodal point is the friction between the free reproducibility of knowledge and the non-reproducibility of the material. The immaterial generates value only if it grants meaning to a material process (traducción propia).

suficiente fuerza *performativa*, para gestionar “formas de creación y apropiación de valor en una esfera pública organizada por el conocimiento socio-científico” (Alonso, 2015, p. 402).

De esta manera, el PCC pudo ser promocionado en el sector público y privado, como una producción técnica, supuestamente desideologizada, que potenciarían la “productividad” de los emprendedores que harían uso de ella.

Sin embargo, lograr consensos en torno a estos propósitos, en un campo de fuerzas tan complejo no ha sido nada fácil. Las condiciones materiales concretas, la desconfianza existente entre los diferentes actores implicados, así como las diferencias de poder para gestionar la diferencia existente entre ellos, desafían la posibilidad de establecer una serie de normas performativas que hagan converger sinérgicamente a las diferentes instituciones en la construcción de un nuevo esquema de jerarquías sociales, capaz de reemplazar aceptablemente, el establecido por la modernización cafetera.

En este orden de ideas, el cambio que está viviendo la “caficultura de montaña”, implica que las élites cafeteras y las corporaciones multinacionales, con el apoyo de las instituciones políticas del nivel nacional, departamental y local, y las Organizaciones No Gubernamentales, deban esforzarse ahora, no sólo por encontrar maneras más rentables de hacer que los caficultores produzcan café de montaña, si no también, de generar dispositivos que les permita conocer, normatizar y regular las actividades productivas y creativas que realizan emprendedores, agentes educativos o grupos de investigación como los “Gallitos de Roca”, en relación con los bienes bioculturales que están siendo patrimonializados, de tal modo que puedan ser refuncionalizados y orientados a la producción de riqueza inmaterial.

Es en ese contexto, que las instituciones estatales del gobierno nacional y departamental se proyectan en el nivel local y particularmente en las escuelas rurales, con programas aparentemente técnicos y sin ningún sesgo ideológico, como el del aprendizaje del inglés, la “donación” de tablets o salas de sistemas, o la formación de vigías del patrimonio o las “Escuelas Amigas del Turismo”.

Sin embargo, dichos programas eluden cuestionar las desvinculaciones generadas por la modernización que están a la base de la crisis cafetera. Por el contrario, le apuestan a la profundización de tales desvinculaciones, de tal manera que los pobladores estén dispuestos a simular que les importa aquello que ni siquiera cultivan o reconocen como propio y estén disponibles para trabajar en los proyectos que traerán los inversionistas. Una apuesta que les permitirá a los hijos de los caficultores, adquirir los ingresos y saberes necesarios para alejarse un poco más del campo montañero.

Sin embargo, aquella apuesta no es para todos. Las inversiones que atrae el mercado de la diversidad, buscan maximizar el uso de la tierra, reduciendo la cantidad de mano de obra utilizada para explotarla e incrementando el uso de información y conocimiento especializado para hacerlo. En otros casos, dichas inversiones, a través de “alianzas estratégicas con los gobiernos, se instalan en lugares que les ofrezcan la posibilidad de que gran parte del trabajo que requiere la explotación de los bienes bioculturales presentes en un territorio, sea obtenido de manera gratuita o subsidiada, a través de “clusters” capaces de articular los procesos de creación cultural local, incluidos los de carácter escolar, a los diferentes niveles de realización de valor estructurados por los mercados financieros.

9.8 Patrimonializar para competir

*“Las propiedades de los materiales
no constituyen atributos fijos de la materia,
sino que son procesuales y relacionales.
Describir estas propiedades significa contar sus historias”*
Tim Ingold. Los Materiales contra la materialidad.
Papeles de Trabajo, Año 7, N° 11, mayo de 2013, p.19.

Como vimos en los apartados anteriores, los bienes comunes culturales y naturales existentes en las áreas rurales como Santuario, se hacen susceptibles de ser gestionados en las redes globales de la especulación financiera, a través de su algoritmización biocultural o socioecológica, y su articulación a “cadenas productivas” y “clusteres”.

Aquello, con el propósito explícito de atraer inversiones que promoverán el “desarrollo territorial con identidad cultural” a través de actividades no agropecuarias como el turismo o de industrias culturales dependientes de la propiedad intelectual, al igual que de las tecnologías de la información y la comunicación.

Lo anterior ha conllevado a un reposicionamiento de los intereses de las instituciones en relación con el potencial de los bienes comunes naturales y culturales, que los somete a complejos procesos de rediseño para construirlos como patrimonio.

Corrientemente, como señala Alonso (2017):

se ha pensado que el patrimonio es algo dado, incluso bueno y valioso por sí mismo, y que ha existido siempre, por ello, el concepto de patrimonio no ha sido cuestionado como categoría, es decir, como una forma de relación propia de sociedades fetichistas y, por tanto, históricamente determinada y con unas raíces histórico-culturales intrínsecamente conectadas al surgimiento y expansión del capitalismo y de la epistemología de la Ilustración, moderna y occidental. (Alonso, 2017: 1)

Es por ello que muchos agentes del PCC, promueven la recuperación del patrimonio y su valoración como un aporte al rescate de la memoria colectiva de una comunidad, así como a la toma de conciencia de su existencia. Dichas características convertirían a los procesos de valorización patrimonial, por sí mismos, en estrategias de adaptación social y económica a las nuevas condiciones del capitalismo, así como en una forma de "resistencia cultural" o respuesta local frente a los procesos de homogeneización global (Frigolé, p. 2006)

Lo que se pasa por alto en estas reflexiones, es que aquello puede ser cierto, bajo unas condiciones específicas propiedad, disponibilidad de recursos, articulación de agentes, educación y movilización social, que no se encuentran actualmente en todos los municipios del PCC. Además, pasan por alto el hecho que, antes de ser patrimonio, muchos de los elementos que pretenden ser valorizados patrimonialmente, tales como los conocimientos tradicionales sobre el cultivo en lugares montañosos de alta biodiversidad y gran fragilidad como Santuario, son bienes comunes, es decir, bienes que no le pertenecen a nadie en particular, pero que contribuyen al mantenimiento de una particular manera de existencia social de los integrantes una comunidad en particular.

Bienes en torno a los cuales una comunidad construye de manera autónoma relaciones sociales de co-operación, a través de los cuales, logra que sus vínculos y haceres en relación a tales bienes, sean compartidos y coordinados y preservados, a fin de generar equilibrios dinámicos no exentos de tensión, con el fin de reproducir una forma de vida social. En el caso de Santuario, pude constatar cómo, esos bienes comunes eran uno de los factores que le habían permitido a muchos santuareños, permanecer en el municipio, a pesar de las diferentes oleadas de desplazamientos forzados por la violencia política, la intolerancia religiosa, la modernización y la crisis cafetera.

El traslado del dominio sobre estos bienes hacia lo público, implica su cercamiento legal. Un desplazamiento que aleja a las personas y grupos que tradicionalmente se han dedicado a su creación, cultivo, protección, conservación, sostenimiento y usufructo, de la posibilidad de continuar haciéndolo de manera autónoma. A través de la patrimonialización, los bienes comunes pasan a ser bienes que, aunque no puedan ser comprados o vendidos en ningún mercado, puesto que tienen la característica de ser "colectivos" y de uso público, pueden ser gestionados por el Estado o por particulares con autorización del primero. En consecuencia, la gestión del patrimonio pasa a depender del interés público representado por el Estado, antes que de las formas comunales de apropiación del territorio.

Las formas contemporáneas de la patrimonialización parten del supuesto que, antes que, del estado material mismo del bien patrimonial, "el valor del patrimonio surge en la

interacción abierta de este con otros bienes comunes: una población educada y sensible, turistas interesados, instituciones informadas o sólidas redes académicas” (Alonso, 2014, p. 365).

De manera que, las restricciones institucionales que la patrimonialización impone a los locales en relación con los bienes que antes les eran comunes, pretenden ampliar el rango de las interacciones que puedan gestionarse en torno a dichos bienes, en caso del PCC, aquello ocurre en el marco de los múltiples Tratados de Libre Comercio que Colombia ha firmado con otros Estados, así como con las políticas de homologación internacional de titulaciones educativas sobre la base del desarrollo de competencias estandarizadas.

La patrimonialización, al igual que la conservación obedecían, en el marco del capitalismo industrial, a procesos sacralizadores que buscaban sustraer ciertos aspectos de la cultura y la naturaleza de los intercambios mercantiles, enfatizando en su capacidad simbólica y material para legitimar identidades y memorias colectivas que daban sentido al mundo presente, así como su capacidad para preservar ecosistemas y diversas formas de vida, para el usufructo de las futuras generaciones.

El giro hacia la búsqueda de competitividad territorial, basada en la unicidad del lugar y la calidad de los productos bioculturales generados en él, hace que la patrimonialización y la conservación sean redefinidas y articuladas a los procesos de valorización financiera de la diversidad. De tal forma que puedan contribuir a la selección y promoción de aquellos aspectos de la naturaleza y la cultura propias un territorio, a partir de los cuales se pueda performar la diversidad local como mercancía.

Por tal razón, en torno a los procesos de producción y patrimonialización de paisajes culturales se ha venido configurando, una nueva división internacional del trabajo cultural (Yúdice, 2002), en la que se yuxtapone la diferencia local a la administración y la inversión transnacional.

Por ello, es posible encontrarse en un lugar como Santuario, actores tan diversos como la Unesco, Nestlé, los Ministerios de Cultura o educación, Sueje, la Federación Nacional de Cafeteros o el Centro Latinoamericano de Desarrollo Rural, entre otros, trabajando con ONGs locales, escuelas rurales y organizaciones como los “Gallitos de Roca”, para impulsar la agencia de sus moradores hacia la performación local del PCC.

Tales yuxtaposiciones, hacen que, aunque los bienes públicos patrimoniales tengan, por definición un dominio estatal, la coordinación de su manejo, tanto a nivel local como internacional, puedan ser orientada por corporaciones nacionales o multinacionales como la Unesco, en caso de que los Estados decidan someterse a las reglas del juego que estas

proponen para que el objeto patrimonializado alcance visibilidad internacional y pueda atraer inversiones extranjeras.

Es en este contexto, que han cobrado importancias declaratorias como “Patrimonio Cultural de la Humanidad”, las cuales sirven para generar confianza inversionista en ciertos Paisajes Culturales como el PCC, en tanto legitima la existencia de su unicidad a nivel global.

Las certificaciones internacionales de calidad que se otorgan a ciertos productos impulsados por la declaratoria, como los cafés especiales o los servicios hoteleros juegan un papel semejante, lo mismo que instrumentos como el Índice Sintético de Calidad Educativa (ISCE),⁶² a través del cual se jerarquiza a las escuelas del país, en función de su capacidad para producir los indicadores que reclama la Organización Mundial del Comercio a través de los Ministerios de Educación Nacional.

Es importante resaltar que tales certificaciones están orientadas a transformar procesos locales de reproducción de la vida para hacerlos calzar en los estándares financieros globales que se han establecido para hacer rentable la diversidad. No obstante, estas se gestionan a partir de supuestos altruistas como, que “para preservar la biodiversidad es preciso conservar las tradiciones culturales”, que “hacen falta sistemas de valoración económica y no económica adecuados para evitar la pérdida de la biodiversidad”, o que “las inversiones en cultura y naturaleza sensibles a la diversidad fortalecerán el desarrollo político y económico de las localidades” (Diario de campo Encuentro “Valorización de Paisajes Bioculturales”, Manizales, Julio 21, 22 y 23 de 2016).

Así las cosas, patrimonializar a escala global un algoritmo socio ecológico como el “Paisaje Cultural Cafetero”, busca convertirlo en lo que Ventocilla denomina una “palanca de valor” (2013, p. 90). Es decir, una herramienta reificada de gestión de la información, que facilita el cercamiento y la realización del valor de uso generado por el conocimiento biocultural que, de un territorio, tiene sus habitantes.

Esto ocurre, en el marco de procesos que buscan reconocer y dominar institucionalmente la diversidad biológica y cultural local. Procesos a través de los cuales, como señala Hale,

... el Estado no sólo reconoce a la comunidad, a la sociedad civil, a la cultura indígena y sus similares, sino que activamente las reconstituye a su imagen, desviándolas de los

⁶² El ISCE es definido por el Ministerio de Educación Nacional como “un instrumento de medición de la calidad educativa de los establecimientos educativos y de las entidades territoriales certificadas en educación», el cual se consolida a partir de los siguientes componentes: progreso, desempeño, eficiencia y ambiente escolar. (Resolución 00665 del 24 de enero de 2017).

excesos radicales, incitándolas a hacer el trabajo de formación del sujeto que de otra manera recaería en el propio Estado. (Hale, 2002: 496)⁶³

A través de la gestión institucional, la diversidad biocultural construida por una comunidad como la santuareña, a lo largo de más de cien años, es *performada* y “empaquetada” para el mercado mundial, como “Paisaje Cultural Cafetero”. Una maniobra que permite fetichizar diferentes propiedades asociadas a dicha diversidad, como si fueran atributos patrimoniales inherentes a ella.

Aquella maniobra permite presentar el PCC como, un lugar “único”, en el que, además, se desarrolla una forma de vida con “valor universal”, al punto de merecer ser incluida en el selecto grupo de los “Patrimonios Culturales de la Humanidad”.

Aquél proceso, hace posible aprovechar el deterioro que experimentan los rasgos que han sido catalogados como atributos patrimoniales, a raíz de la prolongada crisis cafetera, para gestionar su oferta como medios diversos escasos. Aquello propicia las condiciones para su performance como expresiones controladas de una diversidad biocultural, aptas para ser comercializadas y producidas de manera colaborativa, aunque la sustancia de la cual están constituidos sea tan misteriosa, como la materia prima del “Café Artesano Santuario”, que produce Nestlé.

Así, se hace posible la apertura de nuevos mercados para mercancías que logren convertirse en “expresiones identitarias de una forma de vida distinguible como prestigiosa a escala global” (Rullani 2009, p. 243). Mercancías que logran trascender su condición de commodities, al asociar, en torno suyo, deseos, necesidades, relaciones sociales, cuerpos y mentes de locales y foráneos, con la versión legitimada patrimonialmente de la caficultura de montaña.

En este sentido, la patrimonialización propicia las condiciones institucionales para que los agentes del capitalismo cognitivo y financiero a escala global, puedan conocer, controlar y gobernar el valor que surge de las acciones creadoras de las personas que habitan territorios ricos en diversidad biocultural. Además de ello, también les permite subsumir las relaciones de las personas con la cultura y la naturaleza, así como su potencial para hablar, pensar, recordar y actuar, en el marco de las nuevas distribuciones financiarizadas de lo sensible (Thrift 2006, p. 297).

⁶³ “the state does not merely ‘recognise’ community, civil society, indigenous culture and the like, but actively re-constitutes them in its own image, sheering them of radical excesses, inciting them to do the work of subject-formation that otherwise would fall to the state itself.” (Traducción propia)

En ello radica la importancia de la fetichización del Paisaje Cultural Cafetero como Patrimonio Cultural de la Humanidad, y es que, a través de ella, se aspira a que esta tierra, que antes producía riqueza material - “oro del campesino”- y que en la actualidad importa el 80% del café que consume (Domínguez, Juan Carlos. 18 de marzo de 2013), pueda producir sosteniblemente riqueza inmaterial, a partir de la explotación de la “cultura cafetera” encadenando a la población local a dicha tarea y, además, atrayendo el interés por ella, no sólo de los amantes del café, sino también los turistas, inversores, especuladores inmobiliarios, amantes de la naturaleza, académicos, científicos y, por supuesto, también a las instituciones educativas de la región.

9.9 Ser más que PCC

*“Los agentes sociales no son portadores pasivos de ideología,
sino apropiadores activos,
quienes reproducen las estructuras existentes
sólo a través de la lucha, la competencia
y una penetración parcial de esas estructuras”.*

Paul Willis (1981, p.175).

*“Las mentes se despiertan en un mundo,
pero también en lugares concretos,
y el conocimiento local es un modo de conciencia basado en el lugar,
una manera lugar-específica de otorgarle sentido al mundo”*

Arturo Escobar (2000, p.75).

La búsqueda de ganancia a través de la subsunción del conocimiento como información, si bien pretende abarcar la totalidad del proceso de reproducción social susceptible de producir valor de cambio, a través de sus algoritmos, tiende a generar una disociación entre lo que se experimenta en el lugar de vida que se habita y el proceso de producción de valor en el que se está involucrado. Dicha disociación, propicia a su vez, que las personas produzcan imágenes homogeneizadas de su realidad, como las que produce el PCC.

Experimentar la diferencia y el conocimiento es lo que permiten que las personas se ubiquen o sean ubicadas en la realidad social, pero, además, que puedan sentirla y sentirse parte de ella (Thompson, 1989), con sus contradicciones y conflictos, de modo que puedan incorporar las relaciones sociales existentes en su territorio y sentirse integrados a una comunidad. De esas experiencias es que está constituido el conocimiento tácito y por ello no puede ser desencarnado de quien lo posee. Una condición que dificulta su expropiación y hace que cobre un valor considerable para quien pueda auto apropiarlo y disponer del mismo,

ya que, así lo emplee para producir algo para otros, seguirá siendo su portador (Fumagalli, 2010, p. 104).

Por ello, independientemente de los juegos de poder institucionales en los que en ocasiones se involucran los profesores en su afán de participar en la apropiación de los valores patrimoniales del PCC y la valorización de la “caficultura de montaña”, *experimentar conocimiento* de la manera en la que lo hacen los “Gallitos de Roca”, les abre a los estudiantes, lo mismo que a los profesores, la posibilidad de incorporarse al territorio e incorporarlo como propio y apalabrarlo. Así, al exponerse, como sus mayores, a las tramas que lo han constituido, reconociendo de primera mano los seres y las cosas que lo forjado, se exponen a ser habitados por la memoria de lo que generaciones anteriores han aprendido en aquellos parajes y se arriesgan a ser su portavoz por donde vayan.

Estos procesos son los que hacen que cada lugar y objeto presente en Santuario, cobre significados y orientaciones múltiples para sus indagadores, que ellos tejan trochas entre la escuela y su entorno, entre los habitantes del municipio, el campo y la naturaleza, entre la ancestralidad, el tiempo presente y los atisbos de futuros posibles. Lo cual hace que valoren su lugar de vida por lo que hacen en él y a partir de él, deslindando los encubrimientos interesados que realiza PCC.

Es esa *experimentación del conocimiento* y no la mera transmisión o gestión de información abstraída sobre su territorio, la que permite que nuevos valores y atributos bioculturales sigan naciendo, cultivándose y apalabrándose, a través del hacer de sus pobladores, independientemente de las intencionalidades de las instituciones y las derivas migratorias que ellos puedan tener.

Por esa razón, a pesar de los temores de la profesora Maribel con respecto su escritura, a la hora de presentarse con sus estudiantes en un evento internacional como el “Encuentro de Ciencia Abierta y Colaborativa” (ver ilustración 31) que tuvo lugar en la Universidad Tecnológica en el año 2015, pudo dar cuenta de su proceso con solvencia. Sorprendiendo a sus compatriotas, de que un trabajo como el suyo se desarrolle en una escuela pública del sector rural e impresionando a profesores como Leslie Chan de la Universidad de Toronto, que viene



Ilustración 29. Presentación en el Encuentro de Ciencia Abierta y Colaborativa. Universidad Tecnológica de Pereira, octubre 14 de 2015. Fuente: Fotografía del autor.

trabajando el tema de justicia cognitiva, por el conocimiento que estos niños tenían de su entorno y la manera en que la profesora los había orientado para lograrlo.

No pensaba que lo que estaba haciendo pudiera ser interesante y pudiera interesarles a otros me dijo ella con lágrimas de emoción en los ojos después de recibir el reconocimiento de profesionales de Canadá, Costa Rica, Perú y España. (Diario de campo de campo, Encuentro internacional de Ciencia abierta y Colaborativa, octubre 14, 2015).

Experiencias como estas, hacen que docentes como Raúl, Maribel o Angélica, quienes han logrado encontrar un lugar de vida y de trabajo cerca de los suyos, sepan que con o sin el PCC, no tienen *como amarrar a los muchachos* al pueblo y a sus campos.

Ellos saben que su territorio es valioso, no porque una entidad internacional lo reconozca y halla inversionistas interesados en él, sino porque a través de su hacer han podido crear relaciones sociales vinculantes y desarrollar sus capacidades y anhelos.

Saben también que esos vínculos que construían a través del experimentar conocimiento de manera situada, eran los que hacían que los niños y los jóvenes de “Gallitos de Roca” se sintieran importantes para sus compañeros, sus vecinos, sus profesores, sus familias y esa pléyade de instituciones que iban a visitarlos para conocer su experiencia y reconocer públicamente su valor transformador.

Es en ese sentido, que su participación en el proceso de valorización del PCC implica que se involucren en la lucha que por la definición de los símbolos y significados de la vida y la escuela en el medio rural se presenta en la actualidad. Aquello, en un entorno de crisis de “rentabilidad” de la caficultura, que ha hecho superflua la presencia permanente de muchos de ellos en el campo, para reproducir antiguos fetiches como *el grano de oro* o *el oro de campesino*.

Un entorno en el que incluso ser explotado por el capital en cualquier lugar del planeta se ha convertido en un privilegio reservado a una minoría. Un entorno en el que las salidas que se buscan a la crisis optan por privilegiar la abstracción y la performación de la realidad por sobre la existencia concreta de los santuareños.

Algo que, al profundizar la desvinculación de los valores y atributos campesinos, de las personas que los encarnan cotidianamente, debilita su capacidad de control e influencia sobre su entorno, al punto que muchos de los actuales moradores de Santuario permanecen en él, sólo gracias a las remesas que les envían sus parientes desde el extranjero o de los subsidios estatales que reciben periódicamente.

Raúl y su grupo no son ingenuos frente a estas realidades, así como frente a la disposición de sus coterráneos al ánimo de lucro, la avaricia, de hecho, son capaces de reconocerla como

propia, sin embargo, lo que diferencia su postura con respecto a ellos es el hecho de que consideren tales fenómenos como peligrosos moralmente para garantizar la sostenibilidad de su comunidad. Por ello sus esfuerzos educativos y sociales, se orientan a prevenir que los estudiantes que pasan por las experiencias de investigación, asuman ingenuamente que el dinero definirá el sentido de su existencia, ya que entienden, por lo vivido a través de los diferentes procesos de valorización que ha experimentado la caficultura, que el mercado está siempre regulado en favor de los poderosos.

En palabras de Raúl, su mayor aspiración es que sus chicos puedan ser *estudiantes competentes*, una categoría que, a pesar de tener el mismo nombre que la que utiliza el Ministerio de Educación, tiene un significado distinto. Para él, *un estudiante competente es el que tiene la capacidad para conocer, reconocer, entender, valorar y disfrutar, el contexto propio y el ajeno, contribuyendo a su construcción y mejoramiento* (Raúl, comunicación personal, 20 de noviembre de 2015).

Los *estudiantes competentes* serían entonces personas con capacidad de reconectarse con las formas sustantivas de la vida (*biodiversidad, la tierra, el agua*), que llevan el campo adentro (*la memoria colectiva, la gente*) y, desarrollan las capacidades para percibir las, conocerlas, disfrutarlas, hacerlas valer, como parte del proceso de valorización de la “caficultura de montaña” y contribuir a su cultivo, desde el lugar en que se encuentren, empezando por su localidad.

En consecuencia, los *estudiantes competentes*, serían personas cuya capacidad de agencia se crea a través del experimentar el conocimiento de manera situada y, del desarrollar vínculos con y desde el territorio, a través del hacer. Dicho posicionamiento en relación con el conocimiento y el territorio, les diferenciaría de las personas que experimentan procesos escolares disociados de su contexto, al tiempo que les permitiría contar con conocimiento tácito y propio, a partir del cual puedan tomar decisiones sobre su propia vida. Aquello, aunque deban vivir en contextos que tienden a condicionar sus elecciones, hacia la producción de valor de cambio, so pena de perder significación y valor para la sociedad.

En palabras de los profesores, un estudiante competente es una persona que pueda desarrollar arraigo y proyección en la vida desde su territorio, *que se reconozcan santuareños, que sepan de donde son, cual es la raíz que tienen, independientemente a donde los lleven sus alas* (Diario de campo, Foro ambiental “A la sombra del Tatamá” en el INSA, 6 de julio de 2017).

Ya sea que se queden en el pueblo o que migren, su idea es que se proyecten, que no se dejen llevar por las circunstancias y las inercias culturales, como les pasó a muchos de los

que han migrado, los cuales se fueron detrás del dinero que pueden conseguir en el extranjero, y terminaron de jardineros, cuidando ancianos, trabajando como aseadores, soldados o como obreros de construcción, actividades con las que no necesariamente se sienten identificados o desean realizar, pero son las que están más disponibles para ellos en relación con su calificación laboral y sus condiciones de migrantes. (Diario de campo conversaciones con migrantes santuareños de visita en el municipio, agosto 6 de 2017)

Lo anterior, implica que los estudiantes aprendan que su municipio es un *aula viva*, cuyas enseñanzas no pueden ser aprehendida sólo a través de pantallas y libros, sino que, requieren que los interesados expongan y afinen el cuerpo, la sensibilidad y la reflexividad para lograrlo.

Aquello, dado que ellos tienen el desafío, al igual que lo tuvieron sus mayores, de aprender a vivir en un mundo que, aunque no pueden controlar plenamente, ofrece la posibilidad de ser conocido y apalabrado. Ofrece la posibilidad de habitarlo en la medida en que se atreven a abrir en él, *trochas* que vinculen sus vidas con las de otros y aprendan juntos a lidiar con sus anhelos y temores. De esta manera, los profesores del semillero, aspiran a que indistintamente de si se quedan o si se van a otro lugar, las nuevas generaciones de santuareños puedan contrastar sus experiencias y darse cuenta que son personas con atributos que los diferencian de otros y, además, que esa diferencia es la que les permitirá abrirse camino, en tanto les habilita para leer y actuar en el mundo desde dimensiones impensables para otros, esa dimensión impensables del valor, que tiene que ver con la reproducción y la preservación biocultural de la vida.

Eventualmente, esta percepción relacional de sí mismos podría permitirles escapar a la tentación individualizante de hacerse in-diferentes hacia los demás y hacia sí mismos, para competir en “el absurdo mercado de hombres sin cualidades” del que habla Jappe (2009). Un mercado en el que, “al igual que las mercancías, todos los ciudadanos son medidos por el mismo rasero; son porciones cuantitativas de la misma abstracción” (p. 36).

Ese mercado del cual participan no sólo muchos de los santuareños que han migrado, sino también los que se quedaron y están “de rebusque”, dispuestos a hacer, al igual que cualquier otro, cualquier cosa para conseguir ingresos, aún a expensas de la propia vida.

Uno de los casos que los profesores tienen como referencia de ese *estudiante competente* es uno de los chicos que pasó por el proceso de “Gallitos de Roca”, a quien tuve la oportunidad de entrevistar en la Universidad, mientras se preparaba para hacer una pasantía como profesor de una escuela Waldorf en Alemania. La mayoría de sus compañeros de curso habían migrado, cuando le pregunté porque él no había seguido el mismo camino, me

respondió que, a través de los proyectos Ondas había entendido que lo mejor era tomarse un tiempo para aclararse que era lo que quería para su vida y entendió que lo suyo era la música, por eso decidió formarse profesionalmente como músico para *migrar a lo bien*. (Egresado del INSA, comunicación personal, 6 de agosto de 2014).

La ceguera, el sesgo, que hace que la gente de Santuario perciba unas cosas y no otras, como riqueza y que desee actuar de determinadas formas en relación consigo mismo, los demás y su entorno para apropiársela, regularla, o salir a buscarla en otras latitudes, son producto de las experiencias que han vivido a través de generaciones, las cuales han configurado su mirada sobre la realidad. Dichas experiencias en Santuario, como han estado íntimamente relacionadas con los procesos de valorización de la “caficultura de montaña” y la articulación de esta actividad productiva, así como de la forma de vida biocultural que le da soporte, al mercado mundial.

Es precisamente por eso, que las experiencias investigativas realizadas por los “Gallitos de Roca” a partir del INSA, cobran importancia, en la medida en que les permite a las nuevas generaciones, descontextualizar el proceso de valorización de la caficultura de la lógica capitalista. Esto hace posible que puedan proponer su propia versión de lo que es un “persona educada” (Levinson, Foley y Holland, 1996) y proveerlas de un lugar social y simbólicos desde donde puedan construir relaciones, representaciones y conocimientos, que pueden ir en contra, ser tangenciales, coincidentes o contradictorios con las versiones de “persona educada” que el MEN o la Federación quieren producir desde las escuelas rurales.

Para ello los profesores no dudan en agitar la imaginación de las nuevas generaciones de “Gallitos de Roca”, invitándolas a *experimentar conocimiento* desde una perspectiva ambiental, que les permita percibir como riqueza, elementos, cuyo valor potencial se realiza en la medida en que logra vincularles con su entorno rural.

Algo que, en principio, les estimula a cultivar algunos de los atributos campesinos montañeros que se han desarrollado en su municipio y a movilizar sus deseos y sus afectos para que la *biodiversidad, la gente y la memoria* que descubrieron *abriendo trocha a través de la palabra* en esa *aula viva* que es Santuario, haga parte de sus proyectos de futuro, independientemente de adónde vayan.

10. CONCLUSIONES

“Que jamás te seduzca la idea de que lo que no genera beneficios no tiene valor”⁶⁴
Arthur Miller (en (Castle, L, p. 258, 2006).

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”.
Marx, K. (1986).

He presentado, a través de las situaciones elegidas a lo largo de los capítulos que integran la presente tesis, una descripción de la escuela, que se aparta de las imágenes más difundidas sobre ella, incluidas aquellas que la consideran una institución extraeconómica, las que la encuadran sólo como un espacio de reproducción de capital y las que reducen el estudio del valor de lo que ocurre en ella a su dimensión econométrica.

Esta elección estuvo orientada a buscar la manera de poder sacar a luz, como hechos sociales totales, un conjunto de prácticas de valorización del café y de la caficultura de montaña, de los que la escuela participa y que, a su vez, atraviesan, estructuran y confrontan diferentes espacios y lugares de la vida social, incluida la escuela misma. En este sentido, dichas prácticas, no sólo involucran y relacionan a los docentes, estudiantes, padres de familia y directivos que integran lo que se ha dado en llamar la “comunidad escolar”, sino que incluyen además a agentes estatales y privados del pasado y del presente, los cuales despliegan su agencia desde diferentes ámbitos sociales y niveles, jerárquicos, territoriales y sectoriales.

De esta manera, he pretendido, inscribir este trabajo, en una realidad insuficientemente estudiada desde una perspectiva antropológica, como lo es la relación de las escuelas rurales con los procesos de valorización. Hasta el momento, son relativamente escasos los trabajos que han estudiado las escuelas rurales en relación con el tipo de prácticas y situaciones estudiadas en este trabajo. Entre otras razones porque se trata de realidades históricas emergentes, que se hacen evidentes a partir de coyunturas como la crisis cafetera o el despliegue de un proceso de valorización patrimonial. Los cuales desnudan lógicas y mecanismos de estructuración de la vida que se han instituido a través del tiempo, en sectores rurales como el estudiado, para articularlos a las lógicas del desarrollo capitalista.

⁶⁴ “Don't be seduced into thinking that that which does not make a profit is without value.” (Traducción propia).

Cuando dichas lógicas entran en crisis, es posible que se abran a nuevos procesos de valorización. Un giro que expone las dinámicas vinculares, fetichistas, alienantes y de jerarquización social generadas por los procesos anteriores, al tiempo que pone en evidencia la existencia de prácticas subordinadas o desvalorizadas, que permiten su reproducción o afectan la sostenibilidad de su productividad.

La participación de la escuela en tales procesos y la incidencia de ellos en la manera en que esta se estructura, se hace posible, en la medida en que esta acoge lo que ocurre en su entorno, como objeto de reflexión e investigación, algo que no ocurre con mucha frecuencia, dado el creciente aislamiento al que están siendo sometidas, pero que tuvo la fortuna de encontrar en el INSA.

En este apartado de conclusiones, me detendré en lo que considero, se desprende de la lectura del conjunto de las situaciones descritas y que denomino un proceso abierto de incorporación de la escuela a las dinámicas de valorización capitalista del café y la caficultura de montaña, a través de los procesos de incorporación del campesinado libre al mercado internacional del café, la modernización de la economía cafetera y la valorización patrimonial de atributos bioculturales.

Mi hipótesis interpretativa es que estamos asistiendo a un proceso de modificación de la institución escolar rural y de la ruralidad, que no puede ser entendido sin tomar en cuenta la crisis del modelo de valorización generado por la modernización de la caficultura de montaña, las desvinculaciones que generó el proceso de valorización patrimonial del algoritmo PCC que está en marcha y los desplazamientos valorativos asociados a ellos. Desplazamientos valorativos que modifican los significados instituidos sobre lo que es concebible como riqueza, valor, naturaleza o cultura, así como lo que se entiende por saber, conocer, valorar, ser competente. Pero que también afectan las maneras en las que se enlazan prácticas reproductivas y productivas, redefiniendo los modos de relación existentes entre Estado, escuela, comunidad y mercado, así como las formas de realización del valor potencial que aquello que se produce en el territorio.

En el caso de la escuela rural, esta se ve abocada a profundizar la formalización de sus prácticas educativas, a través de la implementación de algoritmos, protocolos y estándares, que las alejan de la interacción concreta con sus contextos inmediatos, y las vincula con procesos globalizantes de producción de valor, que expulsan material y simbólicamente a las nuevas generaciones rurales hacia las ciudades.

Sin embargo, los procesos de valorización del café y la caficultura de montaña, también implican conflictos de valores, a través de los cuales, los habitantes del territorio evidencian

su condición de productores de sentido y su capacidad para interferir en la modificación institucional del ambiente en el que despliegan su existencia.

Intentaré sustentar estas afirmaciones, retomando algunas de las observaciones realizadas en los capítulos anteriores, bajo el supuesto de que ellas configuran la base de un complejo y contradictorio proceso de redefinición de las instituciones escolares rurales, así como de la ruralidad en general, que puede ser reconstruido, mediante la descripción contextualizada de sus desplazamientos valorativos, al igual que el establecimiento de los vínculos, tensiones y desvinculaciones asociados, en este caso, a los procesos de valorización del café y de la caficultura de montaña, los cuales afectan la totalidad de la vida social en Santuario, no sólo su dimensión productiva.

A continuación, daré cuenta de cinco fenómenos que caracterizan dichos procesos, sin que se agoten en ellos. Los fenómenos que intentaré relacionar entre sí son los siguientes: las desvinculaciones generadas por los procesos modernizadores de valorización del café y la caficultura de montaña, los procesos de fetichización que reducen la naturaleza y la cultura a la condición de recursos bioculturales, la unidimensionalización del valor del café y de la caficultura de montaña como mercancía, la reconfiguración de los niveles de valorización y los universos de sentido, en torno a las cuales se realiza el valor del café y la caficultura de montaña y, finalmente, los efectos creativos derivados del ejercicio de la capacidad de agencia por parte de grupos que participan de tales procesos, como es el caso del semillero “Gallitos de Roca”, a partir de los cuales es posible reflexionar teóricamente desde la antropología de la educación, sobre los procesos de apropiación social del patrimonio como prácticas económicas socialmente imbricadas.

10.1 Desvinculaciones modernizadoras

Las sucesivas oleadas modernizadoras de valorización de la “caficultura de montaña” que vivió y vive en la actualidad el municipio de Santuario han propiciado una serie de desvinculaciones que han tenido el efecto de debilitar las formas tradicionales de integración social y realización del valor de lo que se hace y se produce en aquel lugar. Esto, a fin de reemplazarlas por relaciones capitalistas, que privilegian la realización del valor de las mercancías en el mercado. Esto, subordinando la realización del valor potencial de dones y bienes, a la contribución que puedan hacer para garantizar la generación de ganancias.

Tales desvinculaciones han logrado, a través del tiempo, escindir en primer lugar las prácticas agrícolas de su articulación orgánica con los ecosistemas andinos. Dicha ruptura ha propiciado que, el saber milenario, construido las comunidades campesinas sobre la

biodiversidad, las condiciones y relaciones ambientales de los lugares que habitan, las técnicas que garantizan una producción limitada, diversificada y sostenible de alimentos, a la par con variedades acriolladas de café, fueran desvalorizadas y pasaran a ser irrelevantes. Aquello, a medida que se establecían y desarrollaban redes de intercambio que alejaban la producción cafetera de montaña, de las relaciones de parentesco y la articulaban con mercados cada vez más lejanos, abstractos y complejos.

La intervención estatal y paraestatal fue definitiva para que tal cosa ocurriera. De un lado, la decisión estatal de incorporar la fértil región interandina del valle del río Cauca a la división internacional del trabajo, a través de la exportación de café, hace más de cien años, condujo a que se concentraran en la región grandes inversiones en infraestructura y educación, que contribuyeron a reconfigurar la idea de riqueza que tenían los campesinos libres que habitaban estas montañas.

De otra parte, el despliegue de una institucionalidad paraestatal como la constituida en torno a la Federación Nacional de Cafeteros para estimular y garantizar el desarrollo de la caficultura de montaña como negocio, a partir de la estandarización de las semillas, los cultivos y las técnicas para el beneficio del café, de manera que se homogeneizaran, tanto sus condiciones de producción y su calidad, como las posibilidades de realización de su valor en el mercado mundial, transformaron las maneras de percibir a las personas y la naturaleza, así como las formas de vincularse e integrarse socialmente con ellas y a través de ellas.

Dicha intervención propició la destrucción de la mayoría de los policultivos tradicionales de café -los cuales, a su vez habían emergido de la destrucción de las selvas andinas por parte de los campesinos colonizadores en el siglo XIX- y su sustitución por el monocultivo de un reducido número de variedades de café, diseñados en laboratorios. Los cuales, al depender del uso intensivo de abonos químicos, plaguicidas y mano de obra artesanal para mantener su producción, se hicieron predominantes en la región.

El paso de la agricultura de subsistencia y las relaciones comunales a la caficultura de exportación y las relaciones agroindustriales, también supuso la desvinculación progresiva de los campesinos con la tierra. Esto, en la medida en que fueron valorizándola sólo como medio de producción de ganancias, desestimando la posibilidad de realizar su valor en instancias diferentes al mercado.

Tal proceso trajo aparejada, la orientación prioritaria del trabajo hacia la producción de ganancias por parte de los caficultores y la sustitución progresiva de los vínculos comunitarios por relaciones moduladas por la institucionalidad cafetera, así como la

neutralización relativa de la incidencia del sectarismo político y el fanatismo religioso, en el manejo del dinero y el funcionamiento del mercado.

Con el desarrollo del negocio cafetero y el deterioro ambiental, no solo se desacralizaron zonas y prácticas estratégicas para la preservación de la vida, como el cuidado de las fuentes de agua o la práctica del policultivo, sino que además se generó un deterioro de la salud de los habitantes del campo, al estar expuestos a todo tipo de agrotóxicos. Adicionalmente, los caficultores más vulnerables, empezaron a ser presionados para abandonar la caficultura tecnificada debido a sus altos costos de producción y la inestabilidad de los precios del café en el mercado internacional cafetero, dominado por especuladores financieros, algo que se tradujo en un proceso de concentración de la tierra que aún continúa.

Todas esas desvinculaciones se refractaron en la educación de las gentes del campo, las cuales pasaron de aprender los saberes que requerían para agenciar su vida en un campo rico en biodiversidad, de manera práctica en el entorno familiar y social, a escolarizarse, en un espacio en el que, en palabras de Parra (2006), “se escinde la teoría de su práctica, [se] separa el concepto de su uso, [se] divorcia el discurso del mundo a que se refiere” (p. 48).

Este cambio implicó que las nuevas generaciones de pobladores rurales se incorporaran a prácticas educativas que acercaron sus expectativas de vida y de consumo, así como sus imaginarios y representaciones, al estilo de vida urbano. Tal situación, generó a su vez desarraigo, olvido de los saberes ancestrales e incompreensión de las dinámicas que atraviesan la vida en el campo, entre los descendientes de los campesinos montañeros que hace cien años empezaron a articular sus vidas a la exportación de café.

Aquellos cambios se agudizaron con el incremento en la capacidad de consumo que para las familias cafeteras significaron las *bonanzas cafeteras* de los años 70 y 80, así como por la creciente penetración de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías de información y comunicación. Estas transformaciones, exacerbadas por la crisis cafetera, incidirían en la reticencia de las nuevas generaciones a permanecer en el campo y en particular, de los hijos de los caficultores, para continuar con la empresa cafetera familiar, prefiriendo en cambio hacerse una vida en ciudades colombianas o europeas, con la consecuente transnacionalización de la comunidad santuareña.

Los cambios producidos fundamentalmente a partir del proceso de modernización de la economía cafetera, produjeron a su vez una desvinculación de los locales con la caficultura, propiciando una recomposición poblacional del territorio, en la medida en que personas provenientes de otras regiones, particularmente indígenas y de comunidades negras, llegaron a la zona para reemplazar a los locales que ya no quieren dedicarse a las labores agrícolas.

Una de las consecuencias más notables de esta transformación, ha sido el estancamiento demográfico del municipio y la disminución de la matrícula escolar, lo cual se complementa con una desarticulación de las formas de integración social tradicionales y una persistente desconfianza entre agentes sociales e instituciones, que fue agravada por diferentes periodos de violencia a los que ha estado expuesto el municipio desde mediados del siglo XX.

Las desvinculaciones modernizadoras a las que hago referencia, permitieron así la fragmentación y mercantilización del territorio, al romper las relaciones de valor existentes entre la tierra, la gente, los saberes, la educación, la producción agraria y la cultura campesina y recomponerlas en torno a la producción hegemónica de mercancías y la primacía de los modos urbanos de vida y, sobre todo, de consumo.

10.2 Fetichizaciones valorizadoras

De la mano con los procesos de desvinculación se desplegaron sobre el territorio, procesos de fetichización orientados a entronizar el mercado como principal escenario de realización de valor del café y la caficultura de montaña y, en consecuencia, como un sistema perfecto, capaz de proveer de significado a las acciones y representaciones realizadas en torno a él, incluso si excluye a los cafeteros de sus beneficios, para preservar su lógica interna.

A medida que crecía la interdependencia de los caficultores de montaña con respecto a agentes sociales ubicados en lugares cada vez más remotos, se fueron especializando en la producción de café, al punto que perdieron de vista, no sólo las instancias no monetarias de realización del valor que tienen las cosas que existen y se producen en el campo, sino, además, las maneras en que les afectaban las cosas que ocurrían en otros segmentos de la sociedad.

La desvinculación que produjo la mercantilización del territorio para estimular el monocultivo del café, entre productores y consumidores, hizo que los caficultores sólo vieran de la caficultura lo que desde su limitada perspectiva podían percibir como importante. En este caso la intercambiabilidad del café por dinero, lo cual fue consagrado en fetiches como el “oro del campesino” y el “grano de oro” con los que se asoció el café en el periodo de la modernización, o los “cafés especiales”, “cafés de origen”, en las nuevas dinámicas de valorización patrimonial de la caficultura de montaña.

El lugar de los campesinos cafeteros en las relaciones instituidas en torno a tales fetiches, ha sido siempre deficitario, siendo insuficientes los esfuerzos que hacían para maximizar sus beneficios de una manera sostenible, razón por la cual, debían estar en permanente transformación, para adaptarse a las cambiantes condiciones del mercado.

Algo semejante ocurrió del lado de los consumidores, quienes ignorando las condiciones de producción del grano, percibían como importante la capacidad de café para satisfacer sus deseos, de ahí que se relacionaran con el Café de Colombia a través de su fetichización como “el más suave del mundo”, o que, en los procesos contemporáneos de valorización, asuman que efectivamente el PCC posee cualidades y poderes intrínsecos, al punto de merecer el apelativo de “Patrimonio Cultural de la Humanidad”. relaciones que, en ambos casos, invisibilizan las maneras en que las complejas tramas de relaciones que soportan la vida de cientos de miles de personas, están siendo reducidas a la condición de mercancías para tal efecto.

De la misma manera, el *sesgo* que no deja ver otro tipo de riquezas distintas a la monetaria, del que hablaba Raúl, así como la *ceguera egoísta* que no deja ver lo que hacen las demás personas, a la que aludía Gisela, daban cuenta de cómo, la modernización de la economía cafetera, no implicó solamente la fetichización del café, sino también, la fetichización de la forma escolar rural y el extensionismo rural como sinónimos de educación. Un proceso que no solamente limitó las posibilidades de realización del valor de las formas educativas tradicionales, ligadas al trabajo, la oralidad, y la relación directa con la tierra. Sino que modificó la percepción de la vida rural que tenían sus pobladores y especialmente la que tenían sus hijos, haciendo que asumieran diferentes abstracciones como determinantes de lo concreto.

Así, por ejemplo, el precio del café en la bolsa de valores de Nueva York, pasó a ser el determinante para la realización del valor, ya no sólo de aquel commodity, sino, además, de todas las actividades sociales y culturales asociadas directa o indirectamente a su existencia.

Aquello se pone de manifiesto en el caso del dinero, el cual, a través del proceso de modernización dejó de ser percibido por los campesinos como un mediador que facilitaba sus intercambios, y se fetichizó como poder real. Al punto que los objetos y las cosas producidas por las personas, sólo eran valoradas en función de su capacidad para ser intercambiadas por dinero.

Este cambio hizo que este pasara a ser percibido por los santuareños, como una expresión del poder de las personas y de su nexa con la sociedad, como la posibilidad de *valer algo* en ella y, por ende, como algo más importante, visible, valioso y deseable, que la sostenibilidad misma de la vida.

En consecuencia, se hace “normal” para los santuareños, que las necesidades que antes se satisfacían a través de un tipo de trabajo socialmente imbricado, pasen a resolverse casi exclusivamente, a través del dinero. En el caso de la escuela, dada su desvinculación con el

mundo rural y su orientación hacia el desarrollo de competencias laborales propias del mundo urbano, acoge, a través de propuestas como el “emprendimiento” o la generación de “Proyectos Pedagógicos Productivos”, la idea fetichista de que el trabajo sólo tiene sentido, en tanto contribuya a producir ganancias en forma de dinero y capital.

Esta situación se repite en relación con el modo en que muchos docentes devalúan el trabajo educativo que realizan, dado que a través de él no consiguen las ganancias que requieren para vivir como desean y, en consecuencia, acuden a otras actividades diferentes a la docencia para conseguir ingresos complementarios.

Tales patrones de acción, instituidos a través de procesos como el de la modernización cafetera, terminaron inscritos de manera fantasmal en una serie de objetos y lugares vinculados directa o indirectamente con la caficultura, los cuales, se fueron convirtiendo en objetos de deseo a medida que se revelaban como portadores de valores potenciales realizables en el mercado.

Tal fenómeno afectó profundamente a las escuelas rurales, en las cuales tanto estudiantes como profesores fetichizaron las titulaciones, como el producto más valioso que pueden generar los procesos escolares, en la medida en que les abre a sus portadores la posibilidad de acceder al mercado laboral urbano. Es por ello que se impuso la tendencia de promover estudiantes, aunque no hubiesen desarrollado las competencias requeridas por el MEN, con la esperanza de que, *encuentren un trabajo en el que al menos se ganen el salario mínimo*.

En el caso de algunos profesores, el saber pasa a un segundo plano, de manera que, sólo realizan capacitaciones y posgrados, en la medida en que estos representen un incremento significativo en sus ingresos. En la misma línea, la formalidad escolar devino en más importante que la educación, a la vez que, el consumo y el beneficio monetario, se hicieron más importantes que la producción y reproducción de formas de vida campesinas.

Por su parte, la unidad entre personas y café de montaña impulsada por los procesos de modernización cafetera les permitió a los campesinos montañeros extender y diversificar su interdependencia social, a expensas de transformar su relación consigo mismos y con el entorno. Esto es visible en la imagen más emblemática de dicho proceso: Juan Valdez con su mula y dos montañas homogéneas a sus espaldas. Dicha unidad modernizadora pretendió valorizar la caficultura de montaña, en tanto mercancía realizable en el mercado mundial, como dinero, racionalizando para tal fin las relaciones entre los pobladores del campo a través de las instituciones cafeteras y las escuelas rurales.

Sin embargo, dichas relaciones no pudieron ser expurgadas en su totalidad, ni de lo personal, ni de lo específico. Esto, en tanto a nivel local, continúan vigentes otras formas de

riqueza no monetaria, tales como la propiedad de la tierra o de bienes inmuebles patrimoniales, así como el prestigio social, el saber sobre el territorio, o el conocimiento del negocio del café. Adicionalmente, en la sociedad santuareña, el parentesco, sea consanguíneo, religiosos, gremial, partidista o étnico, sigue teniendo un valor importante para que las personas puedan o no, extender su capacidad de realizar intercambios con lugares y personas distintas a las del municipio.

Así las cosas, si bien los procesos de valorización de la caficultura de montaña redefinen cada tanto la idea de riqueza expandiendo la posibilidad de que nuevas cosas tangibles e intangibles puedan ser convertibles en dinero. Las relaciones de parentesco existentes en el municipio y el valor que aún suponen otras formas de riqueza, inciden en la determinación del lugar del café de montaña y del dinero en los intercambios que se producen entre los santuareños.

Así, se pasó de un contexto en el que el oro y el café podían ser intercambiados por mercancías, en los primeros tiempos de la caficultura, a otro modernizador, en el que el café era intercambiado por dinero y este a su vez era usado para adquirir alimentos, tierra, mercancías y educación. Aquello estimuló a los santuareños a reconsiderar críticamente la lógica interna y la significación general de su ser montañero y en consecuencia de las relaciones con su entorno.

Posteriormente, la crisis cafetera supuso un deterioro de las condiciones de realización del café como dinero en los mercados internacionales, lo que significó que muchos santuareños debieran migrar o dedicarse a actividades no relacionadas con la caficultura para ganar el dinero que requerían. Este cambio supuso un replanteamiento de la relación café-dinero, ya que el primero dejó de ser la principal fuente de acceso al segundo. Aparecen entonces en el contexto santuareño la *plata de las remesas* que remiten periódicamente los migrantes a sus parientes y, el *dinero sucio* producto del tráfico de droga.

Estos nuevos dineros rompieron las limitaciones que las formas tradicionales de producción rural imponían a las personas para la obtención de dinero (poseer tierras, saber sobre el campo, o la caficultura). Algo que permitió a las nuevas generaciones emanciparse de las relaciones de subordinación y dependencia, que mantenían con sus mayores y, a través de ellos con la escuela, la Federación y el mercado cafetero internacional.

Sin embargo, la aparición de estos nuevos dineros no supuso un desplazamiento del dinero proveniente el café como el más prestigioso en la comunidad. Este sigue estando asociado con prácticas que le han dado una identidad particular a esta región, así como con los valores “tradicionales” que les dan un lugar a las personas en el municipio.

Así, en la actualidad, *La plata de las remesas* contribuye de manera significativa al sostenimiento de los parientes que permanecen en el campo, proveyéndoles los ingresos para atender sus necesidades básicas con medios modernos, pero también ayudándoles a preservar o mejorar las propiedades familiares existentes, manteniendo su vocación cafetera, aunque den pérdidas o estén enmontadas.

En algunos casos, este dinero ha servido también para recuperar la propiedad familiar sobre tierras y viviendas perdidas en medio de la crisis cafetera. De este modo, *la plata de las remesas* se convierte en protectora de la ruralidad cafetera, en la medida en que permite a los caficultores retener sus tierras por más tiempo o incluso recuperarlas, así no sean rentables o suficientemente productivas.

Dichos comportamientos, si bien no obedecen a la racionalidad económica propuesta por la modernización cafetera, si se corresponde con los valores tradicionales de los santuareños, que ven en la tenencia de una finca o de una casa, una riqueza que les garantiza un lugar de prestigio en su comunidad. *La plata de las remesas* que envían los emigrados también se usa en grandes celebraciones en las que abundan las comidas y bebidas *típicas* de la región. Celebraciones que, a la manera de los potlatch, contribuyen a reafirmar el prestigio social de su patrocinador y de su familia, aunque no viva de manera permanente en el pueblo.

El *dinero sucio* del narcotráfico, pese a su abundancia, no existe de manera oficial, por tanto, es invisible en las transacciones cotidianas, ya que es *lavado* para que circule como dinero producto de la caficultura o en su defecto, como *plata de las remesas*.

Sin embargo, cosecha tras cosecha se hace evidente que todas estas respuestas creativas de los pobladores a la crisis de la caficultura de montaña, sumados a los subsidios gubernamentales y los programas de asistencia social ofrecidos por las instituciones educativas, no son suficientes para resolverla, menos aún, cuando para muchos docentes y directivos rurales, sus ganancias monetarias son más importante que el saber o el conocimiento que se pueda cultivar y producir en la escuela.

10.3 Institucionalización homogeneizadora

Los procesos de valorización del café y la caficultura de montaña, bien sean asociados a la modernización de la economía cafetera o a la patrimonialización del PCC, tienen como denominador común la valorización de las dimensiones formales de la vida en detrimento de las sustantivas. Las personas que colonizaron las montañas santuareñas eran multifacéticas, su identidad no se definía exclusivamente por la función productiva que cumplían y en consecuencia eran más autónomos, y estaban vinculados con las diferentes dimensiones de la

vida en su localidad por eso podía ser a la vez músicos, combatientes, mineros, cosecheros, agricultores, leñadores, artesanos, vendedores, gUAQUEROS, miembros de logias y cofradías, compositores o narradores orales, además de cumplir roles familiares y comunales.

En consecuencia, no se dedicaban de manera exclusiva a producir objetos para obtener ganancias, algo por demás poco probable, en un contexto predominantemente autárquico, en el que el mercado era un lugar en el que se realizaban transacciones complementarias, muchas de ellas, mediadas por lazos de parentesco o por afinidad política o religiosa.

De ahí, que muchos de ellos asumieran su existencia como un proceso educativo constante, en *la universidad de la vida*, metáfora empleada para referirse a que su aprendizaje se producía a través del hacer, el experimentar, el participar, el explorar, el cuidar, el socializar, el trabajar, el crear, el amar, e incluso, el combatir. Es decir, habitando una región compleja en términos topográficos y de biodiversidad, que exigía conocerla y desarrollar las habilidades necesarias para poder hacerse un lugar sostenible en ella. Un lugar que, a la larga, les diferenciaría de otras comunidades humanas, para identificarles genéricamente como *montañeros*.

Estos *montañeros* le daba valor, tanto a las prácticas de producción agropecuaria para el autoconsumo y la generación de excedentes comercializables en el mercado para la obtención de dinero, como a las prácticas reproductivas tales como la preservación de la biodiversidad, el cuidado de las fuentes de agua, la hospitalidad, el cuidado de los hijos o el respeto a la palabra empeñada, igual que a prácticas políticas, como la militancia partidista y, religiosas, como la participación en las actividades organizadas por la iglesia católica.

Aquella pluralidad valorativa presuponía que las acciones que desarrollaban las personas contaban con diferentes escenarios de realización de su valor, tales como la comunidad de fieles, la familia, la vereda, el directorio político y la plaza pública. Tales escenarios se reforzaban mutuamente, e incidían en las condiciones de participación de las personas en los mercados de tierras, de trabajo o del café, al punto que, como señala Jaime Vásquez, estas podían ser marginadas de participar en ellos por la vía del despojo, la excomunión, el destierro y el asesinato o, por el contrario, fomentar su participación, por la vía de la compra a precios preferenciales, el acceso a becas y cargos públicos y la compra de tierras de los despojados a precios bajos.

Para fines del siglo XIX y principios del siglo XX, las unidades monetarias que circulaban en la región no se habían unificado, ni eran confiables. Esto, debido en gran parte, a que el Estado nacional republicano no había logrado controlarla, ni integrarla a sus dinámicas de

poder. Dicha integración se logró, a través de la incorporación de los campesinos montañeros de aquella región, al mercado mundial del café.

Para ello, el gobierno invirtió en infraestructura para beneficiar el café, trillararlo, almacenarlo y transportarlo hasta el puerto de Buenaventura en el pacífico, para ser exportado a Europa y los Estados Unidos. A partir de entonces se produce en la región, una serie de procesos de valorización de la caficultura que, paulatinamente fue transformando a los *montañeros* en *campesinos cafeteros*, modificando de a poco sus prácticas de cultivo, sus modos de relación, sus maneras de habitar, educar, percibir, valorar, consumir y cuidarse, con el propósito incrementar el cultivo de café para la exportación, en detrimento de otros cultivos tradicionales. Lo cual supuso un incremento en la circulación de dinero y mercancías importadas, en la región.

Posteriormente, con el auge económico de la segunda posguerra mundial y el acuerdo de paz que puso fin a la guerra civil entre liberales y conservadores, el proceso de modernización de la economía cafetera, introduciría en la región el café tecnificado y con él, la necesidad de incrementar la “productividad” de los cultivos de café. Algo que implicó, tanto la estandarización de las semillas que se cultivaban y la homogenizando las áreas cultivadas, así como también, el desarrollo de políticas orientadas a reducir la importancia de las instancias en las que tradicionalmente se realizaban otro tipo de valores, a la par que fortalecían la expansión del mercado como espacio de realización del valor de aquello que producían los *campesinos cafeteros*, transformados ahora en *empresarios familiares cafeteros*, una identidad social asociada prioritariamente con la subsunción de sus redes de parentesco a la producción de café.

La escolarización jugó un papel clave en estas transformaciones, en tanto propició el distanciamiento y la desvinculación, primero de los hijos de los *montañeros* y luego de los hijos de los *campesinos cafeteros*, de las tradiciones culturales de sus mayores y sus prácticas educativas centradas en la experiencia, que no distinguían entre instancias productivas y reproductivas.

La institución escolar, introdujo en las nuevas generaciones las ideas del cálculo, la racionalización del tiempo y el espacio, la administración compartimentada de los saberes, así como el disciplinamiento e higienización de los cuerpos de los niños del campo. Igualmente, estableció límites etéreos para educarse, promovió, indirectamente, los estilos de vida urbana como los deseables de alcanzar.

Tales cambios, aportaron significativamente para que muchos de los hijos de los *empresarios familiares cafeteros* se transformaran en *emigrantes* y abandonaran el campo.

Aquel fue un tiempo en el que los *empresarios familiares cafeteros*, con la asistencia técnica de la Federación y su institucionalidad paraestatal, se especializaron en la producción del café tipo exportación e intentaron desvincularse de todos los lastres de su vida pasada, que pudiesen limitar el incremento sostenido de la “productividad” de sus monocultivos.

Este *sesgo* en su manera de asumir la vida en el campo, condujo con el tiempo al deterioro de los equilibrios ecosistémicos y sociales que garantizaban la producción de café a bajo costo, en tanto implicó la desvalorización tanto de las costumbres campesinas que fomentaban los fanatismos religiosos y los sectarismos políticos, como aquellas que protegían zonas y prácticas estratégicas para la preservación de la vida en el territorio, garantizaban el uso común de ciertos territorios, legitimaban la educación familiar y contextualizada, y promovían el cuidado de sí mismo.

Dicho proceso, a pesar de generar un enriquecimiento monetario a corto y mediano plazo de muchos de los cafeteros, contribuyó a su empobrecimiento cultural, en la perspectiva planteada por Durkheim (1999), cuando señala que

Todo cambio de alguna importancia en la organización de una sociedad, tiene como repercusión un cambio igualmente importante en la idea que el hombre se forma de sí mismo. Dado que, bajo la presión de la competencia, el trabajo social se fragmenta más y más, dado que la especialización de cada trabajador se hace cada vez más definida y más precoz, el círculo de las cosas comprendidas en la educación común habrá de restringirse y, por lo tanto, el tipo humano será menos rico en caracteres. (Durkheim, 1999: 73-74)

De hecho, los procesos de valorización de la *caficultura de montaña* al momento de la investigación, habían logrado homogenizar gran parte de las áreas de cultivo del café, y estandarizar las diversas semillas utilizadas para su siembra, de tal forma que sus productos pudiesen ser ofertados como “commodities”. También avanzaba en la restricción de los escenarios públicos de realización del valor de los productos del campo. Al tiempo que reducía la pluralidad valorativa sobre la que se sustentaba la vida de los montañeros, para transformarles en empresarios y más recientemente en productores, una suerte de campesinos sin atributos, cada vez más dependientes de paquetes tecnológicos y regulaciones institucionales. Una suerte similar, corrieron las escuelas rurales de la región, las cuales se enfocaron a administrar currículos estandarizados, orientados a producir estudiantes descontextualizados que, en muchas ocasiones, solo son diferenciables de otros, especialmente de los urbanos, por sus precarios desempeños académicos.

Los maestros, sometidos a las “pedagogías del encargo” (Raúl) y de la “repetición” (Parra), interesados prioritariamente en el valor de cambio que pudieran tener las

titulaciones educativas y, desinteresados por los usos del saber y la producción de conocimiento, han terminado realizando una labor que, según los políticos locales, *cualquiera puede hacer*.

La tendencia hacia la reducción de la diversidad asociada a la producción de mercancías y personas sin atributos diferenciadores, continúa, en la medida en que el dinero se consolida como el medio a través del cual las personas y los objetos son integrados al mercado para ganar relevancia social.

Dicha tendencia se profundiza con los procesos de valorización patrimonial de la *caficultura de montaña*, en la medida en que, a través de algoritmos socioecológicos como el PCC, los empresarios y las instituciones públicas, con el apoyo de las universidades, *performan* un mundo patrimonializable, dócil, predecible y encantador. Susceptible de ser medido, modelado, certificado, normalizado, estandarizado, y gestionado para obtener beneficios en los mercados globales de la diversidad.

Un mundo racionalizado, en el que se simplifican las complejas relaciones que han originado los cuatro valores universales excepcionales y los 16 atributos bioculturales que hoy se patrimonializan, para hacerlas calzar en las reglas y metarreglas patrimoniales sancionadas por la Unesco, y de esta manera, generar sentidos y significados sobre la *caficultura de montaña*, que la produzcan como una matriz inmaterial de producción de mercancías, sujeta a la especulación financiera.

Tal situación, propicia la estandarización, ya no sólo del café y sus derivados industriales, sino también de las prácticas culturales y la biodiversidad local, transmutadas en bienes y servicios turísticos y ambientales que son regulados a través de certificaciones de calidad.

Las instituciones educativas juegan aquí un rol destacado, en la medida en que amplían y profundizan las desvinculaciones modernizadoras de las que hablé en páginas anteriores, al convertir el entrenamiento de las nuevas generaciones en el desarrollo de las competencias técnicas y comunicativas que les permitan operar las tecnologías contemporáneas de información y comunicación en un fin en sí mismo. Para ello el Estado destina la mayor parte de sus recursos de inversión y adecúa la política y la legislación educativa, así como los lineamientos curriculares nacionales, en sintonía con los lineamientos de entidades como la OCDE.

De esta forma, la diversidad biológica y cultural producida e instituida por los *montañeros* en relación con su vida en el campo, es constreñida, impostada hasta cierto punto para garantizar la articulación de las actividades de los santuareños a una nueva red de relaciones sociales. Modificando así, no sólo el lugar de la *caficultura de montaña* en la vida y la cultura

de los campesinos montañeros de Santuario, sino además el lugar de ellos y de sus instituciones, en la caficultura de montaña.

Es por ello que la valoración de la caficultura de montaña, no se limita exclusivamente a un proceso de estandarización y cuantificación del patrimonio biocultural cafetero sino además la performación y legitimación ética y política de una manera de asumir la ruralidad, que permite expandir a bajo costo, los ámbitos de apropiación privada, de recursos, energía, y mano de obra, que hasta el momento estaban inexplotados por ser de carácter público o comunal, tales como como los PNN, la dimensión estética del territorio cafetero o las prácticas culturales de los campesinos montañeros.

10.4 Desplazamientos valorativos y performación de ruralidades

Tres han sido los grandes procesos de valorización que ha vivido el café y la caficultura de montaña en Colombia. Cada uno de ellos fue posible gracias a las acciones realizadas por diversos agentes, que los fueron estructurando de manera abierta y reflexiva. Dado que su continuidad ha dependido de la estabilidad de las instituciones que las soportan, han estado sujetos a crisis, replanteamientos y reconfiguraciones, en relación con las dinámicas internas y externas propias del negocio cafetero y la construcción del Estado-Nación colombiano, pero también, con los vínculos y compromisos que cada oleada valorizadora ha pretendido institucionalizar, las desvinculaciones que genera y los desplazamientos valorativos que propicia.

Así, el primero de estos procesos, transcurrió, como señalamos anteriormente, entre los años 20 y los 50 del siglo XX, y estuvo relacionado con un gran desarrollo de la infraestructura vial en la región, que hizo posible conectarla con el Océano Pacífico a través del puerto de Buenaventura y, por esta vía, aprovechar la apertura del Canal de Panamá, para exportar el café de montaña al creciente mercado mundial de este producto.

El segundo, conocido como “Modernización de la economía cafetera”, ocurrió desde los años sesenta hasta los años 90. Dicho proceso posicionó a Colombia como el segundo exportador mundial de café y permitió generar los ingresos suficientes para apalancar el desarrollo de la pequeña y la mediana industria nacional, además de mejorar las condiciones de vida de los caficultores y expandir la escolarización rural.

El tercero ocurre en la actualidad, se trata de la patrimonialización de la caficultura de montaña bajo la denominación “Paisaje Cultural Cafetero, Patrimonio Cultural de la humanidad”. Este último proceso pretende articular dicha caficultura, a las dinámicas

contemporáneas del capitalismo cognitivo y financiero, valorizando sus atributos bioculturales en el mercado global de la diversidad.

En cada caso, las instituciones que los agenciaron, configuraron en torno suyo un universo de sentido que le dio significado y orientación a la actividad rural en un contexto relativamente público; y a partir de ellas, estructuró niveles de valorización y patrones de acción que establecían la posibilidad o no, de que un cierto tipo de productos, prácticas o actividades socialmente producidas, pudiesen realizar su valor potencial.

Estos universos, a su vez fueron incidiendo en el sentido de lo que era considerado “riqueza” para los pobladores rurales, al tiempo que el Estado y la Federación introducían diversas concepciones sobre los seres humanos, las relaciones sociales, la naturaleza y la cultura, a través de prácticas educativas formales e informales, en función de los intereses de valorización del momento.

Por tal motivo, cada vez que un proceso de valorización entraba en crisis, se buscaba, lo que en palabras de Arango sería denominado un *cambio de chip*, es decir, un replanteamiento de las concepciones imperantes, para que encajaran en los nuevos esquemas de valorización que emergían como alternativa para adaptarse a los cambios en las dinámicas del mercado.

Cada *cambio de chip*, supondría entonces un replanteamiento en las formas de producir y realizar el valor de las cosas, pero, además, cambios en la manera de percibir, relacionarse, valorar y conocer, que incidirían en una modificación de las formas de reconocer, administrar y circular los bienes, dones y mercancías que se producen en un territorio.

Los desplazamientos valorativos desatados por estos procesos han tendido hacia la reducción de la heterogeneidad presente en la región, y para ello han sido muy importantes la fetichización del café y la caficultura como objetos capaces de transformar la vida de los habitantes del campo.

El primer momento de valorización supuso un cambio en la representación de la riqueza la cual se desplazó de los minerales preciosos como el oro, a un producto agrícola como el café, esto se tradujo en la fetichización de este último como el “oro del campesino” y el “grano de oro”.

Este cambio permitió darle predominancia al café no sólo con respecto a las actividades mineras, sino también, en relación con otros productos del campo y posicionó al campesino cafetero en el lugar privilegiado que antes ocupaba el minero. La tierra y la naturaleza en general, antes despreciadas por este último, se valorizaron en este periodo, al igual que los saberes relacionados con su conocimiento y con la explotación agrícola, la mayoría de los cuales, estaban en manos de los campesinos.

El segundo momento valorizador, profundizó el fetiche del “oro del campesino” y lo asoció con uno nuevo, orientado a los consumidores: “el café más suave del mundo”. Dicho cambio supuso no sólo la introducción de un nuevo elemento extraterritorial a tener en cuenta para la producción de café; sino además su racionalización y la implementación de tecnologías científicamente fundadas, para estandarizarlo como un commodity, fácilmente reconocible y demandable a nivel mundial.

El campesino cafetero debió convertirse entonces en empresario y privilegiar, con la asesoría y el patrocinio de las instituciones cafeteras, la función de la tierra y el campo como medios de producción racionalmente explotables, antes que como lugares de vida. Este giro supuso, a la vez, una valorización de los conocimientos científicos y tecnológicos, de los que se hicieron cada vez más dependientes; y una devaluación de los saberes, prácticas y productos campesinos, que habían garantizado su autonomía; al igual que la asunción de la naturaleza y la cultura local como obstáculos a superar para alcanzar el desarrollo. Cambios que contribuyeron, además, a devaluar las posibilidades de realización del valor potencial de los productos generados por las prácticas reproductivas, en favor de aquellos producidos en función de la producción de ganancias monetarias.

La masificación de la escolaridad y el extensionismo rural, fueron componentes clave para la generalización de estas nuevas concepciones entre las poblaciones rurales, al igual que para la devaluación de la cultura rural como folclore, formas estereotípicas de representación del mundo rural, que, si bien generaban y mantenían relaciones sociales, no eran consideradas como valiosas en sí mismas.

El tercer proceso de valorización es aún más complejo, ya que pretende superar los límites ambientales que afectan la valorización de la caficultura de montaña, en el contexto de un proceso globalizador que, desregula los mercados financieros internacionales, a la vez que expande, diversifica, estandariza, regula y subsume, las prácticas productivas y reproductivas que hacen posible la existencia de este tipo de cultura cafetera.

Este giro, pretendería instituir un valor de cambio especulativo, como la medida de la riqueza cafetera socialmente producida, es decir, que el valor del café en cada uno de sus niveles de valorización, se calcularía en función de la probabilidad de que este satisfaga las necesidades y deseos de los intermediarios y los consumidores, independientemente de sus costos de producción. Algo que estaría en la base del capitalismo cognitivo y del giro biocultural de tasación de la riqueza.

No obstante, que algo sea probable no significa que necesariamente se realice, pero si, incrementa las expectativas y moviliza deseos de que ocurra en la sociedad. Por ello emerge

toda una suerte de procedimientos formales que buscan garantizar la realización de lo que se pronostica como probable, a través del control de las condiciones productivas y reproductivas que hacen posible la existencia singular de esta cultura cafetera a medio camino entre la artesanía y la industrialización: Aparecen así en el territorio santuareño, dispositivos delimitadores y regulatorios tales como, el algoritmo socioecológico Paisaje Cultural, modelos de aseguramiento y certificación de la calidad de los productos y procesos asociados a la caficultura, modelos de gestión de riesgos, al igual que estándares de competencia educativa, entre otros.

A través de esos procedimientos, lo formal ha venido ganado terreno sobre lo sustantivo, lo *performativo* sobre lo productivo, la fetichización de las propiedades de los materiales bioculturales producidos socialmente, sobre los procesos y las relaciones que los producen y que garantizan su preservación y cuidado.

Que esto pase con la industria, altamente automatizable, es una cosa, pero que el mismo criterio se aplique a una práctica con un gran componente artesanal, como la caficultura de montaña, es tremendamente problemático, dado que, en ella, la economía de escala no es sostenible en términos comerciales y ambientales. haciendo que la producción de café de montaña en Colombia se ve seriamente amenazada. Esta situación, paradójicamente, se convierte en una fuente de realización de valor de cambio especulativo: la posibilidad de garantizar la existencia de lo que quede de la caficultura de montaña a través de su consagración en torno a nuevos fetiches tales como “Paisaje Cultural de la Humanidad, o los “Cafés Especiales” (de Origen y Orgánicos).

De esta manera la especulación sobre las probabilidades que la fetichización de los atributos bioculturales asociados al café y la caficultura de montaña, ofrece a sus intermediarios y consumidores; se convierten en la nueva manera de medir la riqueza cafetera socialmente producida en la región.

Esta jugada, les permite a los inversionistas internacionales, con el apoyo de entes gubernamentales y paraestatales, institucionalizar nuevas formas de integración social, tales como las “cadenas de producción de valor compartido”; arrebatándole a los “empresarios cafeteros”, ahora devenidos en “emprendedores”, “gerentes” o “productores” rurales, ya no sólo su autonomía productiva, sino también el control sobre lo que producen, la manera en la que viven en sus propios territorios y, los procesos a través de los cuales pueden realizar el valor de lo que producen.

Aquello implica, entre otras cosas, la cuantificación y estatización de bienes comunes, la protocolización de relaciones entre personas, naturaleza e instituciones, la estandarización de

los procedimientos y los resultados, la certificación de calidades, la algoritmización de realidades concretas y homogenización de lo diverso.

Todo ello, en función de reducir espacios de realización de valores diferentes al valor de cambio especulativo y racionalizar la subordinación de actividades reproductivas a la lógica del capital.

Para la escuela rural, aquello se traduce en una serie de esfuerzos institucionales por restringir su autonomía productiva para involucrarla en las “cadenas de producción de valor compartido”, como generadora de estudiantes competentes, capaces de operar las nuevas tecnologías de producción de “riqueza inmaterial”, aquellas asociadas a la producción, almacenamiento y procesamiento de información y la comunicación de la misma a nivel global a través de lenguas francas como el inglés; so pena de aquellos que no lo logren, queden marginados de la vida en el campo y se vean obligados a emigrar de él.

Aquello significa que, si los viejos y nuevos moradores y habitantes de estas tierras, quieren permanecer en ellas, deberán avanzar más allá del cultivo del café tecnificado de montaña y convertirse en productores y consumidores de “Paisaje Cultural Cafetero”, lo que supone incursionar en terrenos del turismo en diferentes variantes; el mercadeo de experiencias -como los que Jaime denomina *vendedores de paisaje*-, la especulación inmobiliaria patrimonializada; la innovación productiva -como el caso de los cafés especiales-; los negocios ambientales asociados a la explotación comercial de parques naturales y áreas de manejo especial; así como la investigación aplicada a la gestión del PCC.

En consecuencia, las instituciones escolares rurales se están viendo abocadas a replantear sus ideas de lo que un estudiante debe saber, conocer, experimentar, percibir, valorar, sacralizar, donar e intercambiar a su paso por la experiencia escolar. Esto, en contextos que garantizan una expansión de la producción de objetos materiales e inmateriales con valor potencial, pero que también están fuertemente regulados de manera que puedan ser subsumidas en las lógicas de valorización patrimonial, la cara del capitalismo cognitivo y financiero en el ámbito de la caficultura de montaña.

No obstante, lo que podemos apreciar en los tres procesos de valorización es que los fetiches en torno a los cuales se producen, tienen una eficacia simbólica limitada. Ya que, si bien logran ponerse en autoridad por algunas décadas, pierden los poderes mágicos que se les atribuyen, a medida que el negocio cafetero va topándose con contradicciones y circunstancias que lo hacen entrar en crisis, pero, además, en la medida en que tales fetiches son usados por los pobladores para generar compromisos y relaciones, diferentes a aquellas que aspiraban ser establecidas por los creadores de tales fetiches.

De esta forma, las crisis de los procesos de valorización, terminan abriendo el juego al establecimiento de nuevas formas de relación, comprensión y acción entre bienes, dones, mercancías, personas, saber y conocimiento, las cuales, a su vez, hacen posible la performación de nuevas identidades y territorios.

Es por ello que los procesos de valorización no son evolutivos ni lineales, sino que se desarrollan en medio de tensiones asimétricas entre lo múltiple y el uno; que no los deja cerrar y, en consecuencia, tensiones que impiden que ninguno de ellos logre constituirse de manera absoluta, como una totalidad de sentido ordenadora del territorio sobre el que se despliega, haciendo posible que este, a pesar de las presiones, continúe siendo producido de manera heterogénea.

En consecuencia, es posible hallar en territorios como Santuario, la coexistencia y superposición de comportamientos, en apariencia contradictorios o aparentemente ilógicos, desde la racionalidad económica clásica y neoclásica, que son catalogados formalmente como “problemas de productividad” y “rentabilidad”. Esto, cuando pueda tratarse de expresiones de la pervivencia de vínculos y compromisos generados por los habitantes, en relación con formas anacrónicas de producción de capital, pero también, con formas preexistentes de concebir, producir y reproducir riqueza que valoran el prestigio social, la reciprocidad y la redistribución, así como la sostenibilidad de la vida propia y ajena en el territorio, las cuales continúan teniendo sentido, para asumir problemas contemporáneos generados por el desarrollo.

Es en este tipo de situaciones, en las que se revela el sentido fetichista y arbitrario que subyace en el esperado *cambio de chip*, que deberán sufrir las personas de la región, en sus maneras de pensar, sentir y actuar, para abrirle paso a nuevas formas de valorización del café y la caficultura de montaña.

Cada nuevo fetiche erigido para institucionalizar un nuevo tipo de relaciones y acuerdos sociales en torno a valores arbitrarios, es revestido de una supuesta sacralidad, que pretende naturalizar dicha arbitrariedad y hacer indiscutible el carácter extraordinario de los atributos que se le asocian; de tal manera que pueda ejercer poder impersonal sobre las decisiones y acciones de las personas, al punto que los contratos, acuerdos, asociaciones, y responsabilidades que se generen a través de su mediación, sean respetados, valorados y legitimados de manera formal; al menos, mientras sus creadores sigan contando con la legitimidad para performar realidades en torno a los fetiches que han creado. Requisito para que las maneras de realización de valor promovidas por cada proceso de valorización, puedan

ser creíbles y deseables como referentes de sentido para las acciones productivas y reproductivas que se generen en un territorio.

Así, cada fetiche propuesto, aspira a representar el valor del trabajo, así como de todas las acciones creadoras y recreadoras, generadas en un territorio, y al hacerlo, se convierten en una representación que da vida a lo que representa (performance), de manera que puede ser percibido como la fuente misma de dicho valor del trabajo.

Dado que la caficultura se realiza en el seno de una sociedad atravesada por la corrupción, la violencia, la desigualdad, la migración y el narcotráfico y en muchos casos por relaciones señoriales, pero, además, una en la que se desarrollan resistencias ambientalistas y prácticas educativas reflexivas; la legitimidad de las instituciones generadoras de los fetiches cafeteros se ha encontrado históricamente en disputa y consecuentemente, la eficacia simbólica de estos es relativa y circunscrita a los circuitos de relación que dichas instituciones logran establecer sobre el territorio.

En consecuencia, es claro para los diferentes actores sociales en el territorio, que la sacralidad de la que son revestidos los fetiches cafeteros, es sólo un recurso simbólico, que puede ser usado en ciertos escenarios, para valorizar, tanto sus producciones materiales y simbólicas, como a sí mismos; de acuerdo con las capacidades de las personas y organizaciones, para establecer compromisos vinculantes con otras, en cualquiera los niveles de realización de valor que se van instituyendo para subsumir el potencial creador y recreador de una población, en torno formas performativas de comprender, producir y acumular riqueza. Compromisos, que una vez establecidos, adquieren unas inercias tales que oscurecen el proceso concreto de creación de valor potencial y realización del mismo, al punto de hacerlo impensable, sin la mediación sacralizadora del fetiche, en este caso, como si realmente el valor de las mercancías y el dinero puestos en circulación, procedieran de los atributos patrimoniales que incorporan; algo muy conveniente para aquellos que extraen valor de los bienes comunes bioculturales rotulados como parte del Paisaje Cultural cafetero, sin haber participado de su creación y preservación.

La acción de los fetiches, al instituir en torno suyo relaciones, compromisos y formas de subjetivación antes impensables, hace posible que se performen nuevas ruralidades en el territorio cafetero que objetiva los desplazamientos valorativos que van teniendo lugar. Sin embargo, es de destacar que los compromisos establecidos en torno a cada nuevo fetiche, no erradican completamente los compromisos establecidos en torno a otros fetiches, ya que, si bien en algunos aspectos pueden contraponerse, como en el caso de la valorización de las tradiciones campesinas, en otros las complementan como en el caso de los cafés especiales.

Así, el fetichismo presente en los procesos de valorización del café y la caficultura cafetera, se revela distinto del fetichismo capitalista, planteado por Marx, según el cual las mercancías y el dinero pasan a tener una vida propia con independencia de la acción y la voluntad de los actores humanos. Y se aproxima más a la idea de fetiche que analiza Pietz (1985, 1987, 1988) en sus ensayos sobre el surgimiento de este término en enclaves interculturales a lo largo de la costa de África occidental desde los siglos XVI a XVIII. En los que plantea la fetichización como un proceso de creación de arreglos sociales, en el que aquellos objetos que se crean o se apropian para la realización de propósitos específicos, llegan a ser percibidos como poderes que se imponen a sus creadores, justo cuando logran encarnar algún vínculo social recién creado, sin que los involucrados ignoren por completo lo que está sucediendo.

10.5 Una escuela rural en la disputa por la valorización de la “caficultura de montaña”

Las heridas de la guerra y la violencia causada por santuareños contra santuareños, perviven en la memoria e interfieren en el desarrollo de propuestas en el presente. Así, desconfianzas, maledicciones y deudas históricas se mantienen vivas y son reeditadas de generación en generación bajo formas diversas.

Por ello, el actual proceso de valorización patrimonial de la “caficultura de montaña” ha encontrado resistencias para movilizar los deseos de acción de los santuareños en torno al PCC, o que estos interpreten las propuestas financierizadoras de la caficultura de montaña a partir de las relaciones sociales que han construido históricamente. Aquello hace que, por ejemplo, no consideren deseable cooperar con antiguos adversarios o interferir con el control político que ciertas personas u organizaciones tienen sobre el municipio, o que supongan que la financierización de los bienes bioculturales presentes en su territorio, como bienes y servicios ambientales, contribuirá a preservarlos.

Quizá por ello, muchos santuareños, persisten en la *terquedad* de cultivar el devaluado café tecnificado, que unos pocos mantengan policultivos cafeteros a la manera de sus ancestros *montañeros* y que, para las nuevas generaciones, continúe siendo preferible migrar, antes que asociarse localmente para construir algo distinto en su municipio. Un entorno del que, por demás los niños y los jóvenes se han desvinculado progresivamente, al punto de resultarles tan extraño y desconocido, que ni siquiera aparece en sus proyectos de futuro. Su deseo de migrar, refracta la pérdida de la confianza en que la “caficultura de montaña” pueda volver a constituir una posibilidad de integración social, justamente lo contrario de lo que los gestores del PCC promocionan.

En ese contexto, la escuela aparece, ya no sólo como un espacio de entrenamiento de competencias aplicables a la operacionalización del algoritmo PCC, sino, además, como un lugar desde el que es posible reducir la presión ejercida por la precarización de las condiciones de vida de los que permanecen y, en el caso del semillero “Gallito de Roca”, un nodo de encuentro, investigación, producción de conocimiento local y proyección, para los que persisten y tratan de abrirse camino en medio de una crisis que no cede y la subsunción de los procesos de trabajo y creación rural, que se profundiza con la patrimonialización y “gourmetización” de la “caficultura de montaña”.

Entendiendo el PCC como *una estrategia para que estos pueblos sobrevivan*, Raúl y su grupo le apuestan barrocamente (Echeverría, 2000), a que las particularidades bioculturales de su localidad, esa riqueza que sus amigos “empresarios cafeteros” no logran percibir, puedan ganar visibilidad, significado y el valor ambiental suficiente que les permita sobrevivir, tanto a la financiarización del mercado internacional del café, como a la gestión de la “caficultura de montaña” performada a partir del algoritmo PCC.

Su esperanza es que tales particularidades sean incorporadas por las nuevas generaciones en forma de conocimientos, experiencias y saberes. Así podrán llevarlas consigo a donde quiera que vayan y ganar conciencia de que no son personas sin contexto ni atributos, sino descendientes de *montañeros* y caficultores, para que, como ellos, se animen a abrir las trochas que los proyecten, en medio de las incertidumbres del presente.

La presencia de esta experiencia en una institución educativa rural como el INSA y su participación en los procesos de valorización del PCC, supone una posibilidad para propiciar que los jóvenes desarrollen una conciencia del mundo desde lo local, como espacio vivido y enraizado en lugares, trabajos y tradiciones, que les permite imaginar otros futuros. En ese sentido abre una posibilidad para entender la educación rural, que trasciende las limitaciones de la escolaridad, al constituirse como una comunidad de aprendizaje que articula docentes, estudiantes, padres de familia, expertos locales, regionales y nacionales y en ocasiones burócratas estatales, en torno a un aula abierta: el municipio de Santuario.

Ello es posible en virtud de diversas condiciones. La primera de ellas es la presencia de docentes oriundos del municipio, los cuales, al tener vínculos parentales en el territorio y haber experimentado y reflexionado sobre las transformaciones que ha vivido su entorno, no se asumen solo como docentes, sino también como, vecinos, referentes comunitarios, amigos y desde ese lugar se construyen como intelectuales, cosa que difícilmente ocurre con los profesores que viven en Pereira y van al pueblo solamente a dar sus clases.

La segunda, es que, en las escuelas rurales, en tanto instituciones públicas nucleadoras de la mayor parte de la población del municipio, aún confluyen múltiples referentes de valor. Esto hace de ellas, un medio para fines diversos, y por ello, las experiencias que desarrolla, no se agotan en las disposiciones institucionales, sino que, por el contrario, contribuyen de manera desigual a la realización de diversas formas de integración social. Aquello, en la medida en que los estudiantes, docentes, directivos, padres de familia, autoridades y caficultores locales se apropian de la institucionalidad escolar.

Esto implica a su vez, que para que algo ocurra en ella, deba negociarse con diferentes agentes y que, no obstante, por lo general, todos ellos naveguen en la ambigüedad de prácticas que se adecúan convenientemente a los discursos oficiales, para lograr otros propósitos no declarados. Una situación que, a su vez, dificulta la posibilidad de estabilizar institucionalmente cualquier propuesta, más allá de la voluntad de individuos o colectivos. Esto, se ve reflejado en la discontinuidad y fragilidad de aquellas que buscan enlazar los procesos de valorización de la caficultura con la escuela, pero que también permiten la emergencia de experiencias como el semillero de investigación “Gallitos de Roca”.

Es por eso que en instituciones educativas rurales como el INSA, no operan sólo las lógicas institucionalizantes de valorización, sino que los usos instituyentes que de ellas hacen diversos agentes, también contribuyen a que la producción de significados de valor, a partir de los cuales rasgan las prácticas normalizadoras de desruralización y cuestionan las identidades que desde estas se construyen.

Esto hace que sea muy difícil establecer hasta qué punto efectivamente se está produciendo en el INSA un proceso formativo orientado a desarrollar actividades dirigidas a la producción de ganancia y, hasta donde, se están generando procesos de reelaboración personal de la cultura local, que pueden sanar *cegueras*, eliminar *sesgos*, valorar de manera plural y multidimensional a los seres y las cosas o animar a desear acciones diferentes a las normalizadas, como por ejemplo compartir en lugar de vender, preservar en lugar de talar o confiar en los saberes desarrollados por sus ancestros en lugar de asumir paquetes tecnológicos estandarizados.

Así, podemos encontrar, por ejemplo, como a través de sus proyectos, Raúl y su grupo usa el discurso del PCC para enturbiar los procesos de racionalización de los recursos bioculturales que este propone. Esto lo hacen, al interpelar el monocultivo cafetero, reivindicar la biodiversidad y la cultura local desde una perspectiva ambiental, imbricar sus procesos de producción de conocimiento con prácticas locales y vincularlos a procesos y conversaciones más amplias. Todo aquello permite desarrollar en los participantes de ese

nodo de investigación y aprendizaje que han constituido, capacidades creativas e innovadoras que, en su ambivalencia, trascienden el trabajo productivo en sentido capitalista

Experiencias como estas demuestran que no todas las acciones socialmente útiles y creativas que se desarrollan en Santuario están controladas por el mercado. Quizá esa sea la razón por la cual, muchas de las iniciativas educativas financiadas por el Estado colombiano, en el marco de la valorización de la “caficultura de montaña” hayan pretendido generar las condiciones para que los capitalistas industriales, cognitivos y financieros subsuman este tipo de acciones en sus procesos de capitalización. Así, podemos decir que al menos de manera parcial, detrás de las desvinculaciones de las gentes del campo con su entorno, encontramos los constreñimientos institucionales a los componentes reflexivos y críticos que puedan tener los procesos escolares, así como las regulaciones oficiales que controlan, tanto el acceso a las fuentes de conocimiento socialmente valoradas, como los alcances que puedan tener los procesos de formación y de aprendizaje.

Lo analizado en la presente tesis, me permitió entender la profunda incidencia de los procesos de institucionalización del significado de valor en torno a la “caficultura de montaña”, así como de los procesos de integración, jerarquización, normalización y apropiación social que traen consigo, en la estructuración de las escuelas y comunidades rurales del municipio de Santuario.

Es en este marco que cobran importancia experiencias como las del semillero “Gallitos de Roca”, en la medida en que a través de ellas se cultiva la autonomía productiva de las Instituciones Educativas rurales para movilizar comunidades, preservar su diversidad biocultural y reivindicar la capacidad de maestros y estudiantes para generar conocimiento desde su localidad, desatando sus potenciales creativos.

Estas pretensiones se revelaron en este estudio, como fundamentales para que las nuevas generaciones de santuareños puedan descubrir, en las *trochas* que forjan de manera extraordinaria con sus acciones y sus preguntas, qué es lo que hace que la vida merezca ser vivida desde estas tierras, gracias y a pesar de los fetiches y los procesos de valorización que estén en marcha.

10.6 Sobre los procesos de apropiación social del patrimonio como prácticas económicas socialmente imbricadas

Pensar las prácticas escolares en términos de prácticas económicas desde la perspectiva antropológica, implica entender que estas últimas están socialmente imbricadas y que la

educación implica no sólo reproducción social y cultural, sino también, producción y capacidad de agencia.

Desde esta perspectiva, las escuelas no sólo son lugares en los que se operacionalizan mecánicamente los “encargos” estatales, orientados a reproducir modelamientos sociales, tampoco son sólo centros de transmisión de saberes estandarizados en torno a lógicas globalizadoras. Esto, porque en ellas también existe autonomía productiva, como la desplegada por el semillero “Gallitos de Roca”, para experimentar conocimiento, para usar y explorar colectiva e intergeneracionalmente, los recursos bioculturales que han heredado sus participantes, al igual que aquellos que han adquirido a través de los procesos de modernización, educación ambiental y valorización patrimonial, para dar sentido y co-responder a las experiencias en las que se involucran.

Consecuentemente, las prácticas escolares y las económicas en sociedades tradicionales cuyos procesos de trabajo y creación, son subsumidos a las lógicas capitalista de valorización, como en el caso estudiado en la presente tesis, no se encuentran en esferas o ámbitos separados. Sino que ambas cobran sentido en relación a formas de integración social, agenciadas institucionalmente, para organizar y movilizar los deseos, afectos y acciones creadoras de las personas, hacia la producción de ganancias, a través de la generación, interdependiente y subordinada, de procesos y productos transables

Son las maneras situadas en las que se produce dicha integración social, las que hacen que, por ejemplo, un proceso escolar pueda o no, ser reconocido socialmente como educativo o que su valor pueda ser realizado o inhibido institucionalmente en términos reproductivos o productivos. Esto, ocurre, precisamente porque, a pesar de la autonomía productiva que tiene la escuela, el valor de lo que produce o reproduce no está dado de antemano, ni le es intrínseco, sino que tiene sólo un carácter potencial.

De ahí que, la posibilidad de que dicho valor sea realizado, depende de la capacidad de sus productores, para certificar que sus condiciones de producción y sus atributos, se ajustan a las exigencias, que supone la integración social de personas, grupos y generaciones en unas circunstancias históricas particulares.

De lograrlo, esto haría posible que las producciones escolares se jerarquizaran en un nivel donde puedan alcanzar una alta valorización, cosa que no sucedería en el caso contrario. De esta forma, los agentes escolares estarían, no sólo ejecutando encargos institucionales, sino agenciando la forma concreta en la que estos se integrarán socialmente en unas circunstancias particulares. Como ocurrió con las producciones generadas por los “Gallitos de Roca”, en su proceso de apropiación del PCC.

Esa doble dimensión productiva y reproductiva de la escuela -en ocasiones contradictoria-, se evidencia de manera privilegiada en situaciones de crisis de las formas de integración social instituidas, como ocurrió con la denominada “crisis cafetera”. Dichas situaciones suponen un conflicto de valores que afecta las jerarquizaciones establecidas y hace necesario desarrollar procesos de valorización que reconfiguren los niveles de realización del valor de las producciones humanas en relación con una nueva forma de integración.

En aquellas circunstancias, las relaciones sociales establecidas por los productores de procesos de apropiación social del patrimonio, con otros agentes, se revelan dinámicas y disputadas. Lo que abre hasta cierto punto, la posibilidad para que docentes y estudiantes, al intentar comprender aspectos oscurecidos, borrosos, novedosos e “incontrolables” de la crisis que experimentan, puedan eventualmente, asumir posturas creadoras, que les proyecten socialmente para valorizar lo que hacen.

Los resultados de las interacciones producidas entre agentes escolares y extraescolares en estas circunstancias terminan produciendo efectos inesperados, que sólo pueden ser comprendidos después de que han tenido lugar, Como pude constatar en la presente tesis, al establecer que, ni la escuela rural es lo que proyectó la Federación con la Modernización de la Economía Cafetera, ni los caficultores de hoy tiene la libertad de los campesinos montañeros de finales del siglo XIX, ni la “caficultura de montaña” es sostenible a pesar de la *terquedad* de los caficultores por mantenerla, ni las nuevas generaciones de habitantes del campo desean vivir bajo las mismas condiciones y valores instituidos por la modernización cafetera, aunque estén enamorados de su tierra.

11. BIBLIOGRAFÍA

- Alonso G.P. (2017) *El antipatrimonio, fetichismo y dominación en Maragatería*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Amaya C.A. & López, J. (prod); & Restrepo, L.E. (dir). (2007). *La Pasión de Gabriel* [Cinta cinematográfica]. Colombia: Babel Films.
- Anderson, G. & M. Montero-Sieburth (eds.) (1997). *Qualitative Educational Research in Latin America: The Struggle for a New Paradigm*. Nueva York: Garland.
- Apple, M. (1987). *Educación y Poder*. Buenos Aires: Paidós.
- Appadurai, A. (1991) *La mercancía y la política de valor en La vida social de las cosas*. México: Editorial Grijalbo.
- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Batalla, G.B. (1991). *Pensar nuestra cultura*. México: Alianza Editorial.
- Barrera, A.R. (1956). *De la Revolución al Orden Nuevo. Proceso y Drama de un Pueblo* Bogotá: Editorial Kelly.
- Becker, G. (2009). *Human capital: A theoretical and empirical analysis, with special reference to education*. EEUU: University of Chicago press.
- Benhabit, J. & Spiegel, M. (1992). *The Role of Human Capital in Economic Development---* C.V. New York: Starr Center for Applied Economics. New York University.
- Bourdieu, P. (1974). *Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase. Trad. Jorge Dotti. Dirs. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo*. Tucumán: Folio Editores.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2016). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. & Passeron, J. C. (1977) *La Reproducción: Elementos para una Teoría de los Sistemas de Enseñanza*. Barcelona: Laia.
- Boutang, Y. M. (2004). *Capitalismo cognitivo: Propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Barcelona: Paidós.
- Centro de Memoria Histórica (2016). *Los pueblos del nueve de abril*. Bogotá: CNMH.
- Clifford, J. & G. Marcus (eds.) (1986). *Writing culture: The poetics and politics of*

- ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- Colciencias (2014). *Ciencia, Tecnología e Innovación: Para Acelerar el desarrollo del país*
- Coleman, J., et al., (1966). *Equality and Educational Opportunity: Summary Report*. Washington D.C.: Government Printing Office.
- Compartir, F. (2014). *Tras la excelencia docente*. Bogotá: Editorial Puntoaparte.
- Chapman, A. (2005). *Karl Polanyi (1886-1964) for the Student*, in Rouillard, Pierre (comp.) *Autour de Polanyi*. París: De Bocard.
- De Alba, A. (1995). “*Las Perspectivas*”, en *Curriculum: Crisis, Mito y Perspectivas*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- De la Nación, P. G. (2006). *Código de la infancia y la adolescencia*. Bogotá.
- Denison, E. (1962). *The Sources of Economic Growth in the United States and the alternatives before us*. New York: Committee for Economic Development.
- Denison, E. (1985). *Trends in American Economic Growth: 1929-1982*. Washington D.C.: Brookings Institution.
- Dewey, J., Di Berardino, M. A., Faerna, Á. M., & Di Berardino, M. A. (2008). *Teoría de la valoración: un debate con el positivismo sobre la dicotomía de hechos y valores*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Drucker, P. F. (1969). *The knowledge society*. New York: New Society.
- Drucker, P. F. (1994). *The theory of the business*. New York: New Society.
- Drucker, P. F. (2012a). *The practice of management*. Routledge. New York: New Society.
- Drucker, P. F. (2012b) *Managing in Turbulent Times*, Routledge. New York: New Society.
- Drucker, P. F. (2012c) *Managing in the Next Society*, Routledge. New York: New Society.
- Du Gay, P. (1996). “*Organización de la identidad: gobierno empresarial y gestión pública*”. En “*Cuestiones de identidad cultural*”. Compilado por Stuart Hall y Paul du Gay. (2003). Madrid: Amorrortu.
- Dubet, F. & Martucelli, D. (1998). *En la Escuela. Sociología de la Experiencia Escolar*. Buenos Aires: Losada.
- Dufy, C. & Weber, F. (2009) *Más Allá de la Gran División: Sociología, Economía y Etnografía*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Dumont, L. (1987). *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dumont, L. (1999). *Homo aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*. Madrid: Taurus.
- Durkheim, É. (1999). *Educación y sociología*. Barcelona: Ediciones Altaya. S.A.
- Duterecq, Y. (2000). “*Administration de l'éducation: nouvelle perspectives*”, en *Revue*

- Française de pédagogie 130: 143.170. Paris: Institute National de Recherche Pédagogique.
- Eco, U. (1994). *Signo*, segunda edición. Bogotá: Editorial Labor.
- Echeverri, J. Á. (2004). *Territorio como cuerpo y territorio como naturaleza: ¿diálogo intercultural?*, en García Hierro, P. E., & Surralleés, A. E. (2004). *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. Copenhague: International Work Group Indigenous Affairs.
- Echeverry, J. C. & Partow, Z. (1998). *Por qué la justicia no responde al crimen: el caso de la cocaína en Colombia. Corrupción, Crimen y Justicia: Una Perspectiva Económica*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Eisner, E. W. (2002), *La escuela que necesitamos*. Madrid: Amorrortu.
- Escobar, A. (2000). *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?* Buenos Aires: Clacso.
- Escobar, A. & Ochoa, D. (2012). *La invención del desarrollo*. Cali: Universidad del Cauca.
- Esteban, J. M. (2013). *Naturaleza y Conducta Humana: Conceptos, Valores y Prácticas para la Educación Ambiental*. EEUU: Palibrio.
- Fernandes, B. (2008). *La ocupación como una forma de acceso a la tierra en Brasil: una contribución teórica y metodológica*. En publicación: *Recuperando la tierra. El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina*. Sam Moyo y Paris Yeros [coord.]. ISBN 978-987-1183-85-2. Buenos Aires: Clacso.
- Ferreiro, E. (2003). *Los niños piensan sobre la escritura*. México: Editorial Siglo XXI.
- Fish, S. (1998). “¿Hay algún texto en esta clase?” En Palti, E., *Giro lingüístico e historia Intelectual* (pp.217- 235). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Foley, D. E. (1990). *Learning capitalist culture: Deep in the heart of Tejas*. EEUU: University of Pennsylvania Press.
- Folch, R. (2011). (1999). *Diccionario de socioecología*. Madrid: Planeta.
- Forero, J. (2012). *Estrategias adaptativas de la caficultura colombiana. Crisis y transformaciones del mundo del café*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Fumagalli, A. (2007). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo*. Roma: Carocci.
- Galbraith, J. K. 1985. *The affluent society*. Londres: Deutsch.
- García Canclini, N. 1999 “*Los usos sociales del patrimonio cultural*”, en *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*, 16-33. Granada: Editorial Comares.
- George, S. (2004). *Otro mundo es posible sí...* (Vol. 10). Canada: Intermón Oxfam Editorial.
- Giroux, H. & McLaren, P. (1989). “*Introducción*”, en Giroux, Henry y McLaren, Peter (eds) eds. (1989) *Critical Pedagogy, the State, and the Struggle for Culture*. Albany, New York:

- Suny Press.
- Godelier, Maurice (compilador) (1976). *Antropología y economía*, 155-178. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Godelier, Maurice (compilador) (1989). *Lo ideal y lo material: Pensamiento, economía y sociedades*. Trad. AJ Desmont. Madrid: Taurus Humanidades-Alfaguara.
- Godelier, Maurice (1998). *El enigma del Don, el dinero, regalos, objetos santos*. Barcelona: Paidós.
- Godelier, Maurice (2000). *Cuerpo, parentesco y poder. Perspectivas antropológicas y críticas*. Quito: Ediciones Abya Ayala
- Godelier, Maurice & Blanc, N. (1967). *Racionalidad e irracionalidad en economía* (No. 330.1/G58rE). México: Siglo XXI.
- Gómez, P. (2010). *El patrimonio como representación colectiva. La intangibilidad de los bienes culturales*. Badajoz: Universidad de Extremadura.
- González Alcantud, J. A. (dir.) (2016) *La Alhambra, mito y vida 1930-1990. Tientos de memoria oral y antropología de un Patrimonio de la Humanidad*. Granada: Universidad de Granada.
- González, N.; L. Moll & C. Amanti. (2005). *Funds of knowledge: Theorizing practices in households and classrooms*. EEUU: Mahwah, New Jersey. Lawrence Erlbaum.
- Gonzalo, A. H. (2002). *Arqueología de la identidad*. Madrid: Akal.
- Graeber, D. (2001). *The False Coin of Our Dreams: Towards an Anthropological Theory of Value*. New York: Palgrave MacMillan.
- Graeber, D. (2012). *Debt: The first 5000 years*. EEUU: Penguin UK.
- Gregory, C. A. (2015). *Gifts and commodities*. Chicago: HAU Books.
- Gregory, C. A. (1997). *Savage Money*. Amsterdam: Harwood.
- Guattari, F., & Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Guber, R. (1991/2004) *El Salvaje Metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- Gudeman, S. (2001). *The Anthropology of Economy. Community, Market and Culture*. Oxford: Blackwell.
- Gudeman, S. & Alberto Rivera (1990). *Conversations in Colombia. The Domestic Economy in Life and Text*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ghul, Andrés. (2008). *Café y Cambio de Paisaje en Colombia 1970- 2005* Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT - Banco de la República.
- Guyer, J. (2004). *Marginal Gains. Monetary Transactions in Atlantic Africa*. Chicago:

- University of Chicago Press.
- Hart K. (1999). *The Memory Bank: Money in an Unequal World*. Londres: Profile Books.
- Heath, S. B. (1983). *Ways with words, language life and work in communities and classrooms*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Herzfeld, M. (2004). *The body impolitic: artisans and artifice in the global hierarchy of value*. EEUU: University of Chicago Press
- Holland, D. C., Eisenhart, M. A., & Eisenhart, M. A. (1990). *Educated in romance: Women, achievement, and college culture*. EEUU: University of Chicago Press.
- Hutchinson, Sharon. (1996). “*Blood, Cattle, and Cash. The commodification of Nuer Values*”. En: Nuer dilemmas. Coping with Money, War and the State. Berkeley and Los Angeles, pp. 56-102. California: University of California Press.
- Ingold, T., & Kurttila, T. (2000). *Perceiving the environment in Finnish Lapland*. *Body & society*, 6(3-4), 183-196.
- Ingold, T. (2011). *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. Canadá: Routledge.
- Ingold, T. (2012a). *Ambientes para la vida*. Uruguay: Ediciones Trilce.
- Ingold, T. (2015). *The life of lines*. Routledge.
- Jappe, A., Kurz, R. & Ortlieb, C. P. (2009). *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. España: Pepitas de calabaza.
- Jaramillo, E. (1959). *Un campesino sin regreso*. Medellín: Editorial Bedout
- Jaramillo, E. (1980). *Un extraño diccionario*. Medellín: Editorial. Bedout.
- Junta de Andalucía; (2005) “*Concepto y gestión del patrimonio local*”, Cuadernos de Antropología, 21. Barcelona: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Barcelona.
- Kluckhohn, K. (1949). “*The Philosophy of the Navaho Indian*.” In *Ideological Differences and World Order* (F. S. D. Northrop, ed.), pp. 356–84. New Haven: Yale University Press.
- Kurz, R. (1992). *El colapso de la modernización*. 1a ed. Buenos Aires: Editorial Marat.
- Lagunas, D. (ed.) (2007) *Antropología y turismo. Claves culturales y disciplinas*. México: Plaza y Valdés.
- Lavados, H., & Piñera, S. (1981). *Evolución del sistema educacional y pobreza en América Latina*. Colombia: Cepal.
- Lave, J. & Wenger, E. (1991). *Situated learning: Legitimate peripheral participation*, Cambridge: Cambridge University Press
- Laville, J. L. (2009). *Definiciones e instituciones de la economía. Para un diálogo maussiano*. En J. L. Coraggio (Comp), *¿Qué es lo económico? Materiales para un debate necesario*

- contra el fatalismo*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Lazzarato, M. (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Levinson, B. A, Foley, D. & Holland, D. (1996). *The cultural production of the educated person*. Critical ethnographies of schooling and local practice, Nueva York: State University of New York.
- Leff, E. (2002). *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lipovetsky, G. & Serroy, J. (2015). *La Estetización del Mundo*. Barcelona: Anagrama.
- Londoño Peláez Elías. (2013). *Retazos de Pueblo*. Armenia: Editorial Kinesis.
- Malinowsky, B. (1975). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Madrid: Editorial Península.
- Manjarres, M. E. & Mejía M. R. (2011). *Caja de Herramientas para Maestros y Maestras Ondas*. Bogotá: Prograf Ltda.
- Marcos A., J. (2008) *Objetos, sujetos e ideas. Bienes etnológicos y memoria social*. Tecnigraf. Badajoz: Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Badajoz.
- Marcus, G. (1998). *Ethnography through thick and thin*, Princeton: Princeton University Press.
- Marx, K. (1975). *El Capital Tomo I: "El Proceso de Producción del Capital"*. Buenos Aires-México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (1986) *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid. Fundación Federico Engels.
- Marx, K. (2016). *El fetichismo de la mercancía (y su secreto)*. España: Editorial Pepitas de Calabaza.
- Massey, D., & Massey, D. B. (2005). *For space*. Sage.
- Maurer, B. (2005). *Mutual Life, Limited: Islamic Banking, Alternative Currencies, Lateral Reason*. New Jersey: Princeton University Press.
- Mauss, M. (1979), *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Mauss, M. (2006), *Manual de Etnografía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina S.A.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas* (Vol. 3063). Argentina: Katz Editores.
- Mejía, M. R. (2008), *Educación(es) en la(s) Globalización(es) I*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Mejía, W., Fernández, Á., Vergara, G., Gärtner, G. & Ciro, M. (2002). *Las mulas del eje cafetero*. Bogotá: Dirección Nacional de Estupefacientes/Programa de las Naciones Unidas para la Fiscalización Internacional de Drogas/Gobernación de Risaralda/Red de Universidades Públicas del Eje Cafetero Alma Mater/Universidad Tecnológica de

- Pereira/Universidad del Quindío/Universidad de Caldas.
- Mèlich, J. C. (1994). *Del extraño al cómplice: La educación en la vida cotidiana* (Vol. 3). Barcelona: Anthropos Editorial.
- Merleau-Ponty, M. (1975). *Fenomenología de la percepción* Barcelona: Península.
- Merleau-Ponty, M. (1985). *El ojo y el espíritu*. Barcelona: Paidós.
- Meyer, B. & Peter G. (eds.) (1999). *Globalization and identity: dialectics of flow and closure*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Milstein, D. (2009). *La Nación en la Escuela, Viejas y Nuevas Tensiones Políticas*. Buenos Aires: Miño y Davila Editores.
- Miller, D. (1991), *Material Culture and Mass Consumption*, Oxford UK and Cambridge USA: Blackwell Publishers.
- Mina, M. (2011). *Esclavitud y libertad en el valle del Río Cauca*. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes.
- Ministerio de Cultura. República de Colombia. (2009). *Plan de Manejo Paisaje Cultural Cafetero*. Expediente entregado a la Unesco. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Ministerio de Cultura. República de Colombia. (2011). *Paisaje Cultural Cafetero Un Paisaje Cultural productivo en permanente desarrollo*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Ministerio de Cultura. República de Colombia (2014) *CONPES 3803 Paisaje Cultural Cafetero. Política de estado para el Paisaje Cultural Cafetero y para paisajes culturales en territorios regionales*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Ministerio de Educación Nacional - Ascofade (2004). *Formar en ciencias: ¡el desafío!: Estándares Básicos de Competencias en Ciencias Naturales y Ciencias Sociales*. Bogotá: Caligraphics S.A.
- Ministerio de Educación Nacional (2006). *Estándares Básicos de Competencias en Lenguaje, Matemáticas, Ciencias y Ciudadanas Guía sobre lo que los estudiantes deben saber y saber hacer con lo que aprenden*. Bogotá: Imprenta nacional de Colombia.
- Morduchowicz, A. (2003). *Discusiones de la economía de la educación*. Buenos Aires: Editorial Losada S.A.
- Mowery, D., & Rosemberg, N. (1989). *Technology and the Pursuit of Economic Growth*. New York: Cambridge University Press.
- Munn, N. (1983). *Gawan kula: Spatiotemporal control and the symbolism of influence*. The Kula: new perspectives on Massim exchange, 277-308. EEUU: Cambridge University Press.
- Munn, N. D. (1992). *The fame of Gawa: A symbolic study of value transformation in a Massim*

- (*Papua New Guinea*) society. EEUU: Duke University Press.
- Muñoz Rojas, C. (2011). *Los problemas de la raza en Colombia: más allá del problema racial: el determinismo geográfico y las 'dolencias sociales'*. Bogotá: Editorial de la Universidad del Rosario.
- Narotzky, S. (2004). *Antropología Económica. Nuevas Tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Negri, A. & Hardt, M. (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Argentina: Editorial Debate.
- Newby, H. (1987). *Country Life. A Social History of Rural England*. Nueva York: Barnes & Noble
- Parra, S., R. (2006). *Tres talleres: hacia una pedagogía de la investigación etnográfica en la escuela*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Parra, S., R. (1996). *Escuela y modernidad en Colombia, tomo II: La Escuela Rural*. Fundación FES-Fundación Restrepo Barco-Colciencias. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Polanyi, K. (2003). *La Gran Transformación. Crítica del Liberalismo Económico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Polanyi, K. (1996). *El sistema económico como proceso institucionalizado*. *Lecturas de Antropología Social y Cultural*, 275.
- Postone, M. (1993). *Tiempo, Trabajo y Dominación Social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Cambridge: Universidad de Chicago Cambridge University Press.
- Puiggrós, A., Gagliano, R. (dirección) Visakovsky, N., Zysman, A., Mercado, B., Ayuso, L. & Arata, N. (2004). *La fábrica del conocimiento. Los saberes socialmente productivos en América Latina*. Rosario: Homo Sapiens Editores.
- Quijano, O. (2002). *De sueño a pesadilla colectiva. Elementos para una crítica político-cultural del desarrollo*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca
- Ramírez, L. F., Silva, G., Valenzuela, L. C., Villegas, Á. & Villegas, L. C. (2002). *El café, capital social estratégico. Informe final Comisión de Ajuste de la Institucionalidad Cafetera*. Bogotá: FNC.
- Reina, M; Silva, G; Samper, F; Fernández, D. (2007). *Juan Valdez: La Estrategia Detrás de la Marca*. Bogotá: Ediciones B Colombia.
- Richards, P. (1993). "Cultivation: Knowledge or Performance". En *Anthropological Critique of development*, M. Hobart, (editor). Londres: Routledge.
- Rockwell, E. (ed). (1995) *La escuela cotidiana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rolnik, S. (2006b). *Cartografía sentimental*. Porto Alegre: Editora da UFRGS.
- Rosaldo, R. (1989). *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, serie Los Noventa,

- México: Conaculta/Grijalbo.
- Ruijter, A. & Lieteke, V. T. (1995). *Cultural dynamics in development processes*. La Haya: Unesco.
- Sahlins, M. (1988). *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica*. Barcelona: Gedisa
- Samper, M., Topik, S., Descamps, A. A., Bacon, C. M., Johnson, D. C., do Lago, M. A. C. & Pelupessy, W. (2013). *Crisis y transformaciones del mundo del café: Dinámicas locales y estrategias nacionales en un periodo de adversidad e incertidumbre*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Samuelson, P. & Nordhaus, W. (20013). *Economía*. New York: Mc Graw Hill.
- Sánchez, P. N. & Pareja. (s.f). *Trabajo de grado para la especialización en educación Ambiental: El ACUA-CAI* (1999:100). Bogotá: Universidad Santo Tomas.
- Santana, A. (1997). *Antropología y turismo. ¿Nuevas hordas, viejas culturas?* Barcelona: Ariel.
- Scott, J. W. (2001). Experiencia. *Revista de estudios de género: La ventana*, 2(13), 42-74
- Schumpeter, J. A., Rubio, J. A., Leontief, W., Sweezy, P. M., & Samuelson, P. A. (2010). *¿Puede sobrevivir el capitalismo?: la destrucción creativa y el futuro de la economía global*. (s.c): Capitan Swing Libros.
- Spinoza, B. (1980). *Ética demostrada según el orden geométrico*, trad. Vidal Peña. Madrid: Ediciones Orbis S. A.
- Sombart, W. (1998). *El burgués: contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Madrid: Alianza editorial.
- Tedesco, J. C. (1980). *Conceptos de Sociología de la Educación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Tenti, F. E. (2009). *Sociología de la Educación*. Argentina: Editorial Universidad nacional de Quilmes.
- Thoreau, H. D. (2017). *Una vida sin principios* (Vol. 68). Buenos Aires. Ediciones Godot.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco (1997). *Nuestra diversidad creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*. México: Unesco.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco (2002a). *Contribución a la paz y al desarrollo humano en una era de mundialización mediante la educación, las ciencias, la cultura y la comunicación. Estrategia a plazo medio 2002–2007*. París: Unesco.

- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco (2002b). *Declaración universal de la Unesco sobre la diversidad cultural (Plan de Acción)*. París: Unesco.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco (2005) *Convención sobre la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales*. París: Unesco.
- Pareja, Raúl (1998) cartilla *El ACUA-CAI, Agua naturaleza y vida, Un proyecto de educación ambiental*. Pereira: Fondo Editorial del Risaralda.
- Viñao, A. (2002). *Sistemas educativos, culturas escolares y reformas: continuidades y cambios*. Madrid: Morata.
- Vásquez, Jaime, (2007). *Apuntes cronológicos para una historia de Santuario*. Pereira: Gráficas Occidental.
- Ventocilla, E. (2013). *La Brújula del Valor*. Colombia: Editorial Géminis.
- Walsh, Catherine (compiladora) 2013. *Pedagogías Decoloniales, Prácticas Insurgentes del Resistir, el (Re)existir y el (Re)vivir*. “Pensamiento decolonial”. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Wenger, E. (1998). *Communities of Practice: Meaning, Learning, Identity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Editorial Península.
- Williams, R. (2011). *El campo y la ciudad. Espacios del saber*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Willis, P. (1988). *Aprendiendo a Trabajar, o cómo los chicos de clase obrera obtienen trabajos de clase obrera*. Madrid: Editorial Akal.
- Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- Zelizer Viviana. (2005), *The Purchase of Intimacy*. Princenton: Princenton University Press.
- Yúdice, G. (2011), *El Significado Social del Dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Referencias de la web

- Abduca, R.G. (2012), *Hacia un concepto renovado de 'valor de uso'. Cuerpo, imagen, símbolo*. En Memorias del VII Coloquio Internacional Marx Engels GT 3 - Marxismo y ciencias humanas, Recuperado de http://www.ifch.unicamp.br/formulario_cemarx/selecao/2012/trabalhos/7303_Abduca_Ricardo.pdf
- Abduca, R.G. (2007) *La reciprocidad y el Don no son la misma cosa*. Cuadernos de

- Antropología Social [en línea] 2007, (sm): [Fecha de consulta: junio 5 de 2014] Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180914245006> ISSN 0327-3776
- Acnur, U. (2017). Tendencias Globales–desplazamiento forzado en 2016.
- Aedo, C. & Vargas, J. (2011). *Economía de la Educación: una historia reciente, un futuro plagado de desafíos*, Recuperado de <http://biblioteca.uahurtado.cl/UJAH/Reduc/pdf/pdf/8211.pdf>
- Álvarez Vélez, Karol (13 de febrero 2019) *Caficultores en Risaralda están abandonando fincas por crisis económica*. RCN Radio Caracol Radio Eje Cafetero Recuperado de https://www.rcnradio.com/colombia/eje-cafetero/caficultores-en-risaralda-estan-abandonando-fincas-por-crisis-economica?fbclid=IwAR2N3XlkJK9jF3x4xH_TDNpMHk6AiIPUxj-D6mknAD8MgR6pid1tzGUJTEg
- Ardila, Cedeño Claudia (11 de abril de 2018) *Colombia importará café y lo pagará con la plata de los productores locales*. Caracol Radio Pereira Recuperado de http://caracol.com.co/emisora/2018/04/11/pereira/1523444788_018145.html?ssm=fb
- Arévalo, C. (4 de abril de 2017). *Fermentación Controlada: ¿Un Paso Crítico para el Desarrollo del Sabor?*, en Revista virtual, Perfect Daily Grind, Recuperado de <https://www.perfectdailygrind.com/2017/04/fermentacion-controlada-un-paso-critico-para-el-desarrollo-del-sabor/>
- Argañaraz, Cecilia; Torres, Pablo. “*El esfuerzo de mirar*”. *Entrevista con Marcio Goldman*. En Revista del Museo de Antropología, [S.l.], p. 149-158, jun. 2017. ISSN 1852-4826. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/antropologia/article/view/16757>>. Recuperado: 20 Aug. 2019 doi:<http://dx.doi.org/10.31048/1852.4826.v10.n1.16757>.
- Correa, Ricardo (18 de agosto de 2013), *¿Qué le pasó a la caficultura colombiana que Juan Valdez dejó de ser el orgullo nacional?* Las 2 Orillas, Recuperado de <https://www.las2orillas.co/que-le-paso-la-caficultura-colombiana-juan-valdez-dejo-de-ser-el-orgullo-nacional/>
- Camarero L. & Del Pino J. *Despoblamiento rural. Imaginarios y realidades* en Revista Viejo Topo 2 marzo, 2017. Recuperado de <http://www.elviejotopo.com/topoexpress/despoblamiento-rural-imaginarios-y-realidades/>
- Cosoy, Natalio (13 julio 2017). *¿Podrían US\$0,10 resolver el gran problema del café en el mundo?* BBC Mundo. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-40577836>
- Domínguez, Juan Carlos (marzo 18 De 2013). *El 80% Del Café Que Bebemos Es Importado*. Revista Portafolio. Recuperado de <http://www.portafolio.co/negocios/empresas/80-cafe->

bebemos-importado-73622

DANE. *Proyecciones y estimaciones de población 1985-2020* Recuperado de <https://geoportal.dane.gov.co/v2/?page=elementoEstimaciones>

Duque, H. & Dussán, C. (2005). “*productividad*” de la mano de obra en la cosecha de café en cuatro municipios de la región cafetera central de Caldas.

[http://www.cenicafe.org/es/publications/arc055\(03\)246-258.pdf](http://www.cenicafe.org/es/publications/arc055(03)246-258.pdf)

Fernández de Paz, E. 2006 “*De tesoro ilustrado a recurso turístico: el cambiante significado del patrimonio cultural*”, Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, vol. 4, nº 1: 1-12. Recuperado de: <http://www.pasosonline.org->

González, María Paula. *Saberes académicos y saberes escolares: para una revisión del concepto “transposición didáctica” desde la enseñanza de la historia*. Recuperado de <http://www.marisadipalma.com.ar/trama/pdf/gonzalez.pdf>.

Ibernet Media y Consultants. 2010. En 2010 la Cifra de Colombianos en el Exterior Llegará a los Seis Millones. Comunicado de Prensa, Nueva York, 5 de enero de 2010. Recuperado de <http://www.conexioncolombia.com/Comunicadoenero5-2010.pdf>

La Crónica del Quindío (junio 27 de 2014). Editorial: *Paisaje Cultural Cafetero en peligro*. Recuperado de http://www.cronicadelquindio.com/noticia-noticia_opinion-op-9989.htm.htm.htm

Lenis, Gartner Gilberto, *Rubiáceas*, en Revista Literaria y científica El Ateneo, año 1, entrega 9, órgano de “El Ateneo” de Santuario, Caldas.

Lyon, S. (2017) *Economics*, en by Brown Nina, Tubelle de González, Laura, and McIlwraith, Thomas (Editors) *Perspectives: An Open Invitation to Cultural Anthropology*. American Anthropological Association. Recuperado de <http://www.perspectivesanthro.org>

Mayr, Guillermo (4 de enero de 2011). *Godelier, Maurice. “El problema fundamental está en la definición de qué se entiende por economía”*. Blog: El Jinete Insomne. Recuperado de http://eljineteinsomne2.blogspot.pe/2011/01/maurice-godelier-el-problema_03.html

Meisel R., A. (2017) *El Banco de la República: antecedentes, evolución y estructura* (PDF Download Available). Available from: https://www.researchgate.net/publication/44513518_El_Banco_de_la_Republica_antecedentes_evolucion_y_estructura_Adolfo_Meisel_R_et_al [accessed Nov 30 2017].

Meillassoux, C. (1960). *Essai d'interprétation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'autosubsistance*. Cahiers d'études africaines, 38-67.

Ministerio de Educación Nacional (10 de febrero de 2009). *ABC de la transformación de Colciencias en Departamento Administrativo*. Recuperado de

- <https://www.mineduacion.gov.co/cvn/1665/w3-article-182872.html>
- Morales-de la Cruz, Fernando (11 de marzo de 2018). *Café: 0,01\$ por taza para los caficultores; miles de millones de dólares para las multinacionales*. Huffpost ed MX Recuperado de https://www.huffingtonpost.com.mx/fernando-morales-de-la-cruz/cafe-0-01-por-taza-para-los-caficultores-miles-de-millones-de-dolares-para-las-multinacionales_a_23408946/
- Nestlé, Good Food, Good Life (2018) *Creating Shared Value*. Recuperado de <https://www.nestle.com/csv/what-is-csv>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco (2008). *Directrices Prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial*. Recuperado de <http://whc.unesco.org/archive/opguide08-es.pdf>
- Polo Blanco, Jorge, *Aristóteles descubre la economía, para temerla. Una lectura desde Karl Polanyi*. Signos filosóficos (issn 1665-1324) [en línea] 2017, xix (enero-junio): Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34350519001>
- Prats, L. (2003). *Patrimonio+ turismo= ¿desarrollo?* Pasos. Revista de turismo y patrimonio cultural, vol. I, n° 2: 127-136. Recuperado de Internet: <http://www.pasosonline.org>
- Preciado, Beatriz, (2005). *Saberes_vampiros@War*, publicado en lengua francesa, en la revista "Multitudes, 20", primavera de 2005. En: <http://multitudes.samizdat.net/>
- Redacción El Tiempo. (05 de septiembre 2017) *Se buscan chapoleras para la cosecha grande*. El Tiempo. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/se-buscan-chapoleras-para-la-cosecha-grande-127408>
- Regüillo, R. (2007). *Formas del saber. Narrativas y poderes diferenciales en el paisaje neoliberal*. En publicación: Cultura y Neoliberalismo. Grimson, Alejandro. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Julio 2007. Recuperado de: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/grim_cult/Reguillo.pdf
- Redacción El Tiempo. (05 de septiembre 2017) *Se buscan chapoleras para la cosecha grande*. El Tiempo. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/se-buscan-chapoleras-para-la-cosecha-grande-127408>
- RIMSI Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural (28 de febrero de 2017) *Diversidad Biocultural y Territorios: Agricultura como patrimonio cultural*. Recuperado de <https://rimisp.org/noticia/agricultura-como-patrimonio-cultural/>
- Risaralda Verde y Emprendedora (2017) *Risaralda Inspira Confianza*. Recuperado de <http://www.risaralda.gov.co>
- Roig, A. & Wilkings, A. (2014). *Introducción a El Laberinto de la Moneda y las Finanzas*, en

- Estudios de la Economía*, Recuperado de <http://estudiosdelaeconomia.wordpress.com/2014/09/09/el-laberinto-de-la-moneda-y-las-finanzas-una-introduccion/>
- Rolnik, S. (2006). La dictadura del paraíso. La Vaca. Recuperado de <http://www.lavaca.org/seccion/actualidad/1/1392.shtml>
- Rolnik, Suely. (2014) Micropolíticas del Pensamiento. Sugerencias a quienes intentan burlar el inconsciente colonial. Barcelona: MACBA (Conferencia presentada en el evento Descolonizar el Museo, realizado en noviembre de 2014, en el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, organizado por Beatriz Preciado). Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=V73MNOob_BU
- Semillero de Investigación ONDAS-INSA (2013a) “*El Paisaje Cultural Cafetero desde el Aula de clase “haciendo Trocha a través de la palabra”*” Cartilla
- Semillero de Investigación ONDAS-INSA (2013b), *Informe técnico proyecto haciendo Trocha a través de la palabra.*
- The Climate Institute (Aug 29, 2016) *Coffee quality and cost to be impacted by climate change, but there are things we can do Media Release.* Australia: The Climate Institute. Recuperado de <http://www.climateinstitute.org.au/articles/media-releases/coffee-quality-and-cost-to-be-impacted-by-climate-change,-but-there-are-things-we-can-do.html>
- Tobella Mayans, Alba . (10 de marzo de 2018). *'Wera pa' (mujer falsa): Así viven las indígenas transgénero en Colombia.* Recuperado de <https://www.univision.com/noticias/america-latina/wera-pa-mujer-falsa-asi-viven-las-indigenas-transgenero-en-colombia>
- Uribe García, José Ignacio; Ortiz Quevedo, Carlos Humberto; García Cruz, Gustavo Adolfo. *Informalidad y subempleo en Colombia: dos caras de la misma moneda.* Cuadernos de Administración, [S.l.], v. 21, n. 37, dic. 2008. ISSN 1900-7205. Recuperado de: http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cuadernos_admon/article/view/3900
- Vásquez, Jaime, 2013. *A Recuperar el Paisaje Cultural Cafetero*, volante fotocopiado
- Versus comerciales (Productora). (2017a). *Comercial Nescafé. REF: Artesano.* De <https://vimeo.com/214731566>
- Versus comerciales (Productora). (2017b). *NESCAFÉ® Artesano Santuario - Jaime Vásquez.* De <https://vimeo.com/224267076>

Otras referencias

- Alfonseca, J.B. (2005). “*Para iniciar un debate. La apropiación social de los proyectos*

- escolares*”, en *Memoria, conocimiento y utopía*. Anuario de la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación, núm. 1, enero 2004-mayo-2005, Barcelona/México: Pomares.
- Alonso G.P. (2014). *From a given to a construct: Heritage as a commons*. Cultural Studies, 28(3).
- Alonso G.P. (2015). *The heritage machine: The neoliberal order and the individualization of identity in Maragatería (Spain)*. Identities, 22(4), 397-415.
- Apple, M. (1979). *What correspondence theories of the hidden curriculum miss*. The Review of Education/Pedagogy/Cultural Studies, 5(2), 101-112.
- Apple, M. (1982). *Work, gender and teaching*. University of Alberta, Department of Secondary Education.
- Apple, M. (1987). *Enseñanza y trabajo femenino: un análisis histórico e ideológico comparado*. Revista de educación, (283), 79-99.
- Arata, N. & Ayuso, M.L. (2014) Clase: 16: *Escuela, cultura y tránsito en América Latina: tres lecturas desde la perspectiva de los saberes*. Diploma Superior en Curriculum y Prácticas Escolares en Contexto- Cohorte 24.
- Arias, S.R. & Ramírez, C. S. (2013). Usos y abusos del Paisaje Cultural Cafetero: una reflexión desde el concepto de patrimonio. *Jangwa Pana*, 12(1), 115-128.
- Baker, P. & Duque, H. (2007). *Guía para la Caficultura Sostenible en Colombia: Un trabajo articulado con los caficultores extensionistas y la comunidad*. Biblioteca.cenicafe.org
- Becker, G. (1962). *Investment in Human Capital: A Theoretical Analysis*, Journal of Political Economy, 70.
- Bernstein, B. (1973). Socialización en el seno de la familia. Teorías de la reproducción.
- Blondeau, O., Dier-Witthof, N. D., Vercellone, C., Kyrou, A., Corsani, A., Rullani, E. & Lazzarato, M. (2004). *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*.
- Boas, F. (1897) “*The Social Organization and Secret Societies of the Kwakiutl Indians*.” Report of the U.S. National Museum for 1895, 311–738.
- Bohannan, P. (1955). “*Some Principles of Exchange and Investment among the Tiv*.” *American Anthropologist* 57:60–67.
- Botero, J., Lentijo, G. & Sánchez, L. (2014). *Biodiversidad en zonas cafeteras de Colombia: Principales lecciones*. Colombia: Biblioteca.cenicafe.org
- Bourdieu, P. (1986). *The forms of capital. Handbook of theory and research for the sociology of education*. JG Richardson. New York, Greenwood, 241(258), 19.
- Brumann, C. (2014) *Heritage agnosticism: A third path for the study of cultural heritage*. Social Anthropology, 22(2), 2014, pp. 173-188.

- Canaan, J. E. (1990). *Passing notes and telling jokes: Gendered strategies among American middle school teenagers. Uncertain terms: Negotiating gender in American culture*, 215-231.
- Castle, L. (2006) *Finding Your Bipolar Muse: How to Master Depressive Droughts and Manic Depression*.
- Chervel, A. (1991). “*Historia de las disciplinas escolares: reflexiones sobre un campo de investigación*”, *Revista de educación*, 295, pp. 59-111da *Educação*, nº1, pp. 9-43.
- De Janvry, A. & Sadoulet, E. (2004). *Hacia un enfoque territorial del desarrollo rural. Paper preparado para el Cuarto Foro Temático Regional de América Latina y el Caribe “Cosechando oportunidades: Desarrollo Rural en el Siglo 21”*.
- De Moura Carvalho, I. (2015). *La Percepción Social del Cambio Climático. Percepción y ambiente aportes para la epistemología ambiental*.
- Deas, M. (1997). *Marco Palacios, Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875–1994* (Santafé de Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma, 1995), pp. 386.-*Journal of Latin American Studies*, 29(2), 495-548.
- Derouett-Besson, M. C. (1996). “*Architecture et éducation : divergences des conjonctures politique et scientifique*”. En *Revue Française de pédagogie* 115, p 99-120. Paris. Institute National de Recherche Pédagogique.
- Drucker, P.F. (1959). *Long-range planning-challenge to management science*. *Management science*, 5(3), 238-249.
- Ezpeleta, J. & Rockwell, E. (1983). *Escuela y clases subalternas*. *Cuadernos políticos*, 37(70-80).
- Erickson, F. (1984). *Anthropology and Education Quarterly*, Vol. 15, 51-66.
- Finocchio, S. (2010). *Una cartografía de saberes escolares en movimiento para América Latina*, en *Revista Propuesta Educativa*. Año 19, nov. 2010, Vol 2(34). pp. 65 a 76.
- Folch, R. (s.f) *Territorio y paisaje en el ámbito mediterráneo*. *Quaderns de la Mediterrània*, 16, 213.
- Fraser, Nancy (2012). *Reflexiones en torno a Polanyi y la actual crisis capitalista*, en *papeles de relaciones ecosociales y cambio global* N° 118 2012, pp. 13-28.
- Frigolé, J. (2006). *Globalización y producción de localidad en un valle del Alt Urgell: modelo interpretativo y síntesis etnográfica*. In *Globalización y localidad: perspectiva etnográfica* (pp. 17-32). Facultad de Geografía e Historia.
- Giroux, H. (1983). *Theories of reproduction and resistance in the new sociology of education: A critical analysis*. *Harvard educational review*, 53(3), 257-293.

- Giroux, H. & McLaren, P. (1988). Educación de maestros y la política del compromiso: el caso pro-escolarización democrática. *Témpora. 1ª época: Pasado y Presente de la Educación*, (11), 113-140.
- Godbout, J. (1992). *La Circulation par le don. La revue du Mauss*, (15-16).
- Gonzalo, A. H. (2006). *Arqueología y Globalización. El problema de la definición del "otro" en la Postmodernidad*. *Complutum*, 17, 221-234.
- Guber, R., Milstein, D. & Schiavoni, L. (2014). *La Reflexividad y el análisis de datos. Tres antropólogas de Campo*. En Guber, Rosana (compiladora), *Prácticas Etnográficas Ejercicios de Reflexividad de Antropólogas de Campo*.
- Guthman, Julie. 2002. *Commodified meanings, meaningful commodities: Re-thinking production consumption links through the organic system of provision*. *Sociologia Ruralis* 42 (4), pp. 295-311.
- Hale, C. R. (2002). *Does multiculturalism menace? Governance, cultural rights and the politics of identity in Guatemala*. *Journal of Latin American Studies*, 34(3), 485-524.
- Hernández Martí, G. M. (2008) *Un zombi de la modernidad: el patrimonio cultural y sus límites*. *La Torre del Virrey: Revista de Estudios Culturales*, 5, 2008, pp. 27-38.
- Illich, I. (1973). *En América Latina: ¿para qué sirve la escuela?* (No. 04; Folleto, 510). Ingold, T. (1993). *The temporality of the landscape*. *World archaeology*, 25(2), 152-174.
- Ingold, T. (2012). *Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía*. In Conferencia pronunciada en la Universidad de San Martín.
- Ingold, T. (2015). *Contra el espacio: lugar, movimiento, conocimiento* (Artículos). (s.e).
- Jaramillo Villegas, Pablo (2005). *Educación y el desarrollo rural: experiencia exitosa de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia con particular referencia al caso Caldas-Escuela Nueva* (Caso exitoso No. 1). *Red Latinoamericana de Educación Rural*, 8.
- Jauss, H. (1981). "Estética de la recepción y comunicación literaria», en *Punto de Vista*, Año IV, número 12, julio-octubre, 1981.
- Julia, Dominique (2001) "A cultura escolar como objeto histórico", *Revista Brasileira de Historia*.
- Levinson, B. A. (1993a). *Accommodating voices: Notes for a critical school ethnography*. *Critical Pedagogy Networker*, 6(4), 1-10.
- Levinson, B. A. (1994). *Todos somos iguales: Cultural production and social difference at a Mexican secondary school*.
- Levinson, B. A, Sandoval-Flores, E. & Bertely-Busquets, M. (2007). *Etnografía de la educación. Tendencias actuales*. *Revista mexicana de investigación educativa*, 12(34), 825-

- Luttrell, W. (1989). *Working-class women's ways of knowing: Effects of gender, race, and class*. *Sociology of Education*, 33-46.
- López L, J. D. (2016b) *El patrimonio como constructo político y su potencial reflexivo*. *Revista PH*, n.º 90, octubre 2016, pp. 218-219.
- López L, J. D. (2016a) *La cultura sacralizada. Estudios sobre patrimonio y turismo en la provincia de Granada*. Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- Mariano, C. & Conforti, M. (2013). *Del registro al patrimonio, un camino con curvas cerradas. Gestión del patrimonio arqueológico y comunicación pública de la ciencia*. *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 49, núm. 1, enero-junio pp. 279-300.
- Márquez, G. (2001). *Medio ambiente y violencia en Colombia: una hipótesis*. *Análisis Político*, 44, 58-76.
- Martínez, J. (2014) *Ponencia presentada en el coloquio Reproducción material de la vida y transformación social llevado a cabo en la ciudad de Puebla, México, los días 8 y 9 de septiembre*
- Maurer, B. (2006). *The Anthropology of Money*. En *Annu. Rev. Anthropol.* 35:15–36.
- Meillassoux, C. (1975). *Maidens, meal and money: Capitalism and the domestic community* (No. 04; GN652. 5, M4y.).
- Munn, N. (1977). *The spatiotemporal transformations of Gawa canoes*. *Journal de la Société des Océanistes*, 33(33), 39-53.
- Pasquinelli, M. (2010) *The ideology of free culture and the grammar of sabotage*, in *Education in the Creative Economy: Knowledge and Learning in the Age of Innovation*, eds. D. Araya y M. Peters, New York, Peter Lang, pp. 285-304.
- Pérez de Cuéllar, Javier (1995). “*Culture and development. The winning combination*”, en *Unesco Sources*, núm.74, Unesco, Paris, pp. 7–11.
- Pérez, L., y Parra, C. (2004). *Paisajes culturales: el parque patrimonial como instrumento de revalorización y revitalización del territorio*. *Theoria*, 13(1).
- PNUD (2011). “*Colombia Rural: Razones para la Esperanza*”. *Informe Nacional de Desarrollo Humano 2011*, p. 197.
- Ponte, S. 2002. *The latte revolution. Regulation, markets and consumption in the global coffee chain*. *World Development* 30 (7), pp. 1099-1122.
- Porter, M. E. (2000). *Location, competition, and economic development: Local clusters in a global economy*. *Economic development quarterly*, 14(1), 15-34.
- Prats, L. (2006) “*La mercantilización del patrimonio: entre la economía turística y las*

- representaciones identitarias*", PH. Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, 58. Sevilla.
- Prats, L. (2005). *Concepto y gestión del patrimonio local*. Cuadernos de Antropología Social, 21, 2005, pp. 17-35
- Psacharopoulos, G. (1973), *Returns to education: An international comparison*, Elsevier, Amsterdam.
- Psacharopoulos, G. (1981). *Returns to education: An updated international comparison*, Comparative Education 17.
- Psacharopoulos, G. (1985) *Returns to education: A further international update and implications*, Journal of Human Resources 20,
- Psacharopoulos, G. (1993), *Returns to Investment Education, A Global Update*, The World Bank.
- República de Colombia, *Ley 1286 de 2009 de Ciencia, Tecnología e innovación*.
- Rettberg, A. (2017). *'Tomémonos Un Tinto': Café, Conflicto Armado y Criminalidad En Colombia*.
- Rockwell, E. (2005). La apropiación, un proceso entre muchos que ocurren en ámbitos escolares. *Memoria, conocimiento y utopía*. Anuario de la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación, 1, 28-38.
- Rodríguez, J. R. (2014) *¿Es posible desarrollarse en torno al café orgánico?, Las Perspectivas de un negocio local-global en Comunidades Mayas*. Antipod. Rev. Antropol. Arqueol. No. 19, Bogotá, mayo-agosto 2014, 292 pp. ISSN 1900-5407, pp. 217-241.
- Ruiz, M., M. (2015). Igualdad, ciudadanía y educación en la Colombia contemporánea. En revista IM-pertinente, 3 (1), 41-59.
- Rullani, E. (2009) *'Knowledge economy and local development: the evolution of industrial districts and the new role of "urban networks"*, Review of Economic Conditions in Italy, vol. 2, pp. 237_ 284.
- Sahlins, M. (1974). *Economía de la Edad de Piedra* (No. 330.15/S13e).
- Scharagrodsky, Ariel (2014). Clase 13: *Discursos pedagógicos, instituciones escolares y culturas corporales*. Diploma Superior en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto-Cohorte 24.
- Schultz, T. (1961), *Investment in human capital*, American Economic Review.
- Skinner, Debra (1990) *"Nepalese Children's Construction of Identities in and around Formal Schooling"*. Himalaya, the Journal of the Association for Nepal and Himalayan Studies: Vol. 10: No. 2, Article 7.

- Supervía, F. P. (2005). *La cultura del territorio (la naturaleza contra el campo)*. Ecología política, (29), 7-14.
- Taussig, M. (1993). *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*, Editorial Nueva Imagen. Traducción de Juan José Urrutia, 1o ed. Español.
- Talbot, J. M. (1997). *Where does your coffee dollar goes?* Comparative International Development 32 (1), pp. 56-91.
- Thrift, N. (2006). *Re-inventing invention: new tendencies in capitalist commodification*. Economy and Society, 35(02), 279-306.
- Thompson, E. P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, vol 2.
- Thorp, R. (1991). *Economic management and economic development in Peru and Colombia*. Macmillan.
- Thorp, R., & Durand, F. (1997). *A historical view of business-state relations: Colombia, Peru, and Venezuela compared*. Business and the state in developing countries, 216-236.
- Turner, Terence, 1979 “*Anthropology and the Politics of Indigenous Peoples’ Struggles.*” Cambridge Anthropology 5:1–43.
- Van Zanten, A. (2005), *Las estrategias de las familias de clase media ante la masificación de la escuela secundaria*. FLACSO.
- Wilk, R. R., & Cliggett, L. C. (2007). *Economies and cultures: foundations of economic anthropology*.
- Willis, P. (1981). *Cultural production is different from cultural reproduction is different from social reproduction is different from reproduction*. Interchange, 12(2-3), 48-67.
- Young, M. F. (1971). *An approach to the study of curricula as socially organized knowledge*. Knowledge and control, 19-46.
- Yúdice, G. (2000b). “*Para una ecología cultural*”. Trabajo preparado para el Seminario sobre Nuevos Retos y estrategias de las Políticas Culturales Frente a la Globalización. Institut d'Estudis Caralans, Barcelona, 22 al 25 de noviembre.
- Yúdice, G. (2008). *Dinero, Circuitos, Relaciones Íntimas* en Revista Sociedad y Economía, núm. 14, junio, 2008, pp. 7-30. Universidad del Valle.